

LA TORRE DE CRISTAL



Robert Silverberg

Titulo original: Tower of glass
Traducción: Cristina Macía
© 1970 by Robert Silverberg
© 1990, Ediciones Martínez Roca, S. A.
Gran Vía 774, Barcelona
ISBN: 84-270-1407-4
Edición electrónica: Somellier
R6 10/01

Mirad, quería decir Simeon Krug, hace mil millones de años no había ni siquiera un hombre, sólo un pez. Una cosa resbaladiza con agallas, escamas y ojillos redondos. Vivía en el océano, y el océano era como una cárcel, y el aire era como un tejado encima de la cárcel. Nadie podía atravesar el tejado. «Si lo atraviesas, morirás», decía todo el mundo. Y llegó este pez, que lo atravesó, y murió. Y luego llegó aquel otro pez, que lo atravesó, y murió. Pero hubo otro pez, que lo atravesó, y fue como si su cerebro ardiera, y las agallas le estallaran, y el aire le ahogaba, y el sol era una antorcha en sus ojos, y estaba allí, tendido en el barro, deseando morir, pero no murió. Se arrastró playa abajo, volvió al agua y dijo: «Eh, ahí arriba hay todo un mundo nuevo». Y volvió a subir, y se quedó tal vez dos días, y luego murió. Y otros peces se hicieron preguntas sobre ese mundo. Y se arrastraron hacia la orilla lodosa. Y se quedaron. Y aprendieron a respirar aire. Y aprendieron a erguirse, a caminar, a vivir con la luz del sol en los ojos. Y se convirtieron en lagartos, en dinosaurios, en otras cosas, y caminaron durante millones de años, y empezaron a erguirse sobre las patas traseras, y utilizaron las manos para agarrar cosas, y se convirtieron en monos, y los monos se fueron haciendo más inteligentes, y se convirtieron en hombres. En todo momento, algunos de ellos, al menos unos pocos, siguieron buscando nuevos mundos. Les dices: «Volvamos al océano, seamos peces de nuevo, así es más fácil». Y quizá la mitad de ellos están dispuestos a hacerlo, quizá más de la mitad, pero siempre hay alguno que dice: «No seáis locos. No podemos volver a ser peces. Somos hombres». Así que no regresan al mar.

20 de septiembre de 2218. La torre de Simeon Krug se alza ahora cien metros sobre la tundra gris amarronada del Ártico canadiense, al oeste de la Bahía de Hudson. Por ahora, la torre no es más que un tocón cristalino, hueco, sin tejado, resguardado de los elementos sólo por un campo repulsor que pende como un escudo pocos metros por encima del nivel superior de trabajo. Alrededor de la estructura inacabada, se arremolinan los equipos de trabajadores androides, miles de humanos sintéticos, de piel escarlata, que se afanan en sujetar bloques de cristal a grúas y enviarlas hacia la cima, donde otros androides colocan los bloques en su sitio. Krug hace que sus androides trabajen las veinticuatro horas del día, en tres turnos. Cuando oscurece, el emplazamiento de la construcción recibe luz de millones de placas reflectoras, distribuidas por todo el cielo a una altura de un kilómetro, y alimentadas por un pequeño generador de fusión, situado en el extremo norte del emplazamiento, con potencia para un millón de kilovatios.

Desde la enorme base octogonal de la torre surgen anchas bandas trenzadas de refrigeración, enterradas cincuenta centímetros en la alfombra helada de tierra, raíces, musgo y líquenes que es la tundra. Las trenzas se extienden muchos kilómetros en cada dirección. Sus células difusoras de helio-II absorben el calor generado por los androides y los vehículos utilizados para la construcción de la torre. De no ser por las trenzas, la tundra quedaría transformada en un lago de barro. Los cajones neumáticos que dan base a la colosal torre perderían su asidero, y el gran edificio se tambalearía y derrumbaría como un titán caído. Las trenzas mantienen la tundra congelada, capaz de soportar la inmensa carga que le impone Simeon Krug.

Alrededor de la torre se agrupan otros edificios, en un radio de mil metros. Al oeste del emplazamiento se encuentra el centro principal de control. Al este está el laboratorio donde tiene lugar la fabricación del equipo de comunicaciones, basado en las ultraondas de un rayo de taquiones: una pequeña cúpula rosada, en la que suele haber diez o doce técnicos ensamblando pacientemente los instrumentos con los que Krug espera enviar

mensajes a las estrellas. Al norte del emplazamiento hay un grupo de edificios para usos variados. Al sur se encuentra la hilera de cubículos transmats que une esta remota región con el mundo civilizado. Constantemente, personas y androides entran y salen de los transmats, que llegan desde Nueva York, Nairobi o Novosibirsk, y parten hacia Sidney, San Francisco o Shanghai.

Krug en persona visita invariablemente el emplazamiento por lo menos una vez al día, solo, o con su hijo Manuel, con alguna de sus mujeres, o bien con algún colega industrial. Suele charlar con Thor Vigilante, su capataz androide; guía una grúa hasta la cima de la torre y echa un vistazo al interior; examina el progreso en el laboratorio del rayo de taquiones y habla con algunos de los trabajadores, para animarlos en su trabajo. Por lo general, Krug no pasa más de quince minutos en la torre. Luego vuelve al transmats, que le transporta instantáneamente a los asuntos que le aguardan en otro lugar.

Hoy ha traído a un grupo considerable, para celebrar que la torre ha alcanzado una altura de cien metros. Krug está de pie cerca de lo que será la entrada oeste de la torre. Es un hombre recio, de sesenta años, muy bronceado, con pecho ancho, piernas cortas, ojos juntos muy brillantes y nariz rota. Le rodea un fuerte aura de campesino. Su desprecio hacia todos los arreglos cosméticos del cuerpo se trasluce en sus facciones recias, sus cejas espesas y su escaso cabello: está prácticamente calvo, y no hace nada para evitarlo. Las pecas se dejan ver entre los mechones negros que cruzan su cuero cabelludo. Es fisionable por valor de muchos millones de dólares, pero viste con sencillez y no lleva joyas. Sólo la infinita autoridad de su porte y expresión indican la extensión de su riqueza.

Cerca está su hijo y heredero, Manuel. Su único hijo, alto, esbelto, casi afectadamente guapo, vestido con elegancia con una amplia túnica verde, botas altas y cinturón dorado. Luce clavijas en los lóbulos de las orejas y una placa espejo en la frente. Pronto cumplirá los treinta. Sus movimientos son elegantes, pero, cuando está quieto, parece intranquilo. El androide Thor Vigilante está entre el padre y el hijo. Es tan alto como Manuel, y tiene la misma constitución poderosa que el mayor de los Krug. Su rostro es el de un androide normal clase alfa, con fina nariz caucásica, labios delgados, barbilla fuerte y pómulos agudos: un rostro idealizado, un rostro de plástico. Pero, desde su interior, ha impreso una sorprendente individualidad en ese rostro. Nadie que vea a Thor Vigilante le confundirá la próxima vez con algún otro androide. Un cierto fruncimiento de cejas, una cierta tensión de los labios, un cierto encorvamiento de los hombros, le delatan como androide fuerte y tenaz. Lleva puesto un chaleco de encaje calado; no le afecta el frío mordiente del emplazamiento, y su piel, la piel color rojo oscuro ligeramente cérea de un androide, queda al descubierto en muchos puntos.

Hay otras siete personas en el grupo que ha salido del transmats. Son:

Clissa, la esposa de Manuel Krug.

Quenelle, una mujer más joven que Manuel, la actual compañera de su padre.

Leon Spaulding, secretario privado de Krug, un ectógeno.

Niccolo Vargas, en cuyo observatorio de la Antártida se detectaron las primeras y débiles señales procedentes de una civilización extrasolar.

Justin Maledetto, el arquitecto de la torre de Krug.

El senador por Wyoming, Henry Fearon, un líder eliminacionista.

Thomas Buckleman, del grupo bancario Chase/Krug.

- ¡Todos a las grúas! - brama Krug -. Aquí..., aquí..., tú..., tú..., ¡vamos arriba!

- ¿Qué altura tendrá cuando esté acabada? - pregunta Quenelle.

- Mil quinientos metros - responde Krug -. Una gigantesca torre de cristal, llena de maquinaria que nadie entiende. Y luego la encenderemos. Y después hablaremos con las estrellas.

En el principio era Krug, y Él dijo: «Que haya Cubas», y hubo Cubas.

Y Krug miró las Cubas y vio que eran buenas.

Y Krug dijo: «Que haya nucleótidos de alta energía en las Cubas». Y fueron vertidos los nucleótidos, y Krug los mezcló hasta que quedaron unidos unos a otros.

Y los nucleótidos formaron las grandes moléculas, y Krug dijo: «Que haya padre y madre en las Cubas, y que las células se dividan, y que de las Cubas brote vida».

Y hubo vida, porque había Reproducción.

Y Krug presidió la Reproducción, y tocó los fluidos con Sus propias manos, y les dio forma y esencia.

Y dijo Krug: «Que de las Cubas salgan hombres, y que salgan mujeres de las Cubas, y que vivan entre nosotros y sean robustos y útiles, y los llamaremos androides»

Y así fue.

Y hubo androides, porque Krug los había creado a Su imagen, y caminaron sobre la faz de la Tierra y sirvieron a la humanidad.

Y por estas cosas, alabado sea Krug.

4

Vigilante se había despertado aquella mañana en Estocolmo poco lúcido: cuatro horas de sueño. Demasiado, demasiado. Dos horas habrían bastado. Despejó su mente con un rápido ritual neural, y se metió en la cabina para tomar una ducha fuerte. Mucho mejor ahora. El androide se estiró, contorsionó los músculos y examinó su suave cuerpo rosado desprovisto de vello en el espejo del cuarto de baño. Luego, un momento para la religión. «Krug, sálvanos de la servidumbre. Krug, sálvanos de la servidumbre. Krug, sálvanos de la servidumbre. ¡Alabado sea Krug!»

Vigilante engulló rápidamente su desayuno y se vistió. La pálida luz de las últimas horas de la tarde rozó su ventana. Pronto anochecería, pero no importaba; su reloj mental marcaba tiempo canadiense, tiempo de la torre. Podía dormir cuando quisiera, mientras fuese al menos una hora de cada doce. Incluso un cuerpo androide necesitaba algo de descanso, pero no a la manera rígidamente programada de los humanos.

Ahora, al emplazamiento de la construcción para recibir a los visitantes del día.

El androide empezó a fijar las coordenadas del transmat. Detestaba aquellas sesiones diarias. Las visitas demoraban el trabajo, puesto que había que tomar precauciones extraordinarias cuando había seres humanos en el emplazamiento; introducían tensiones especiales e innecesarias, y transmitían la implicación oculta de que su trabajo no era digno de confianza, que había de ser supervisado cada día. Por supuesto, Vigilante era consciente de que la fe de Krug en él era ilimitada. La fe del androide en esa fe le había mantenido espléndidamente, hasta entonces, en la tarea de construir la torre. Sabía que no era la desconfianza, sino la natural emoción humana del orgullo, lo que llevaba a Krug tan a menudo al emplazamiento de la torre.

«Krug me guarde», pensó Vigilante, y entró en el transmat.

Salió junto a la sombra de la torre. Sus ayudantes le saludaron. Alguien le tendió la lista de los visitantes del día.

- ¿Ha llegado ya Krug? - preguntó Vigilante.

- Dentro de cinco minutos - le dijeron

Y a los cinco minutos Krug salió del transmat, acompañado por sus invitados. A Vigilante no le gustó ver en el grupo a Spaulding, el secretario de Krug. Eran enemigos naturales: sentían mutuamente la antipatía instantánea entre el nacido de la Cuba y el nacido de la botella, el androide y el ectógeno. Además de eso, eran rivales por la supremacía entre los aliados de Krug. Para el androide, Spaulding era un sembrador de sospechas, un minador potencial de su posición, una fuente de venenos. Vigilante le

recibió fría, distanciamiento, pero con educación. Un androide, por importante que fuera, no desairaba a los humanos... y, al menos técnicamente, había que considerar humano a Spaulding.

Krug hacía que todos se metieran rápidamente en las grúas Vigilante subió con Manuel y Clissa Krug. Mientras subían hacia la cima truncada de la torre, Vigilante miró de soslayo a Spaulding, que iba en la grúa de su izquierda: al ectógeno, el huérfano prenatal, el hombre de alma retorcida y espíritu maléfico en quien Krug ponía perversamente tanta confianza. «Ojalá los vientos del Ártico se te llevaran, nacido de la botella. Ojalá te viera flotar hacia el terreno helado y destrozarte más allá de toda reparación posible.»

- ¿Por qué de repente pareces tan furioso, Thor? - preguntó Clissa Krug.

- ¿Lo parezco?

- Veo nubes de ira surcando tu rostro

Vigilante se encogió de hombros.

- Estoy haciendo mis ejercicios de emoción, señora Krug. Diez minutos de amor, diez de odio, diez de timidez, diez de egoísmo, diez de asombro y diez de arrogancia. Con practicarlo una hora al día, los androides somos más parecidos a la gente

- No te burles de mí - dijo Clissa. Era muy joven, esbelta de ojos oscuros, amable y, según suponía Vigilante, bonita -. ¿Me estás diciendo la verdad? - insistió ella.

- Sí. En serio. Cuando usted me habló estaba practicando odio.

- ¿Y cómo es el ejercicio? O sea, ¿te limitas a quedarte ahí pensando «Odiodiodiodiodio», o qué?

Sonrió ante la pregunta de la chica. Al mirar por encima de su hombro, captó el guiño que le hacía Manuel.

- Se lo contaré en otro momento - respondió Vigilante -. Hemos llegado a la cima.

Las tres grúas quedaron colgadas de la galería superior de la torre. Justo encima de la cabeza de Vigilante pendía el brillo gris del campo repulsor. También el cielo era gris. Ya había pasado casi la mitad del breve día del norte. Una tormenta de nieve avanzaba hacia el sur, hacia ellos, por la orilla de la bahía. En la grúa contigua, Krug se inclinaba hacia el interior de la torre, señalando algo a Buckleman y a Vargas; en la otra grúa, Spaulding, el senador Fearon y Maledetto examinaban de cerca la textura satinada de los grandes ladrillos de cristal que constituían la capa exterior de la torre.

- ¿Cuándo estará terminada? - preguntó Clissa.

- En menos de un año - respondió el androide -. Hasta ahora, todo va muy bien. El mayor problema técnico era evitar que el permafrost de debajo del edificio se derritiera. Pero ahora ya está solucionado, y deberíamos ser capaces de construir varios cientos de metros al mes.

- ¿Y por qué pensasteis construir aquí? - quiso saber ella -. Si el suelo no es estable...

- Aislamiento. Cuando la ultraonda funcione, disrumpirá todas las líneas de comunicación, transmats y generadores de energía en cientos de kilómetros a la redonda. A Krug sólo le quedaban como elección el Sahara, el Gobi, el desierto australiano o la tundra. Por razones técnicas relativas a la transmisión, la tundra parecía lo más adecuado..., si se solventaba el problema del permafrost. Krug dijo que construyéramos aquí, así que encontramos una solución para el problema del permafrost.

- ¿Cuál es la situación del equipo de transmisión? - preguntó Manuel.

- Empezaremos a instalarlo cuando la torre alcance los quinientos metros de altura. A mediados de noviembre, más o menos.

La voz de Krug les llegó como un rugido.

- Ya hemos colocado en el espacio los cinco satélites, que serán las estaciones amplificadoras. Un anillo de fuentes de energía rodeando la torre..., suficiente para lanzar con toda claridad nuestra señal a Andrómeda.

- Un proyecto maravilloso - intervino el senador Fearon.

Era un hombre vivaracho, llamativo, con unos sorprendentes ojos verdes y una mata de pelo rojo.

- ¡Otro paso de gigante hacia la madurez de la humanidad! - Con un cortés asentimiento hacia Vigilante, el senador añadió -: Por supuesto, debemos reconocer nuestra inmensa deuda para con los androides que están llevando a cabo este milagroso proyecto. Sin tu ayuda y la de tu gente, Alfa Vigilante, no habría sido posible llegar...

Vigilante escuchaba inexpresivo, acordándose de sonreír. Esa clase de cumplidos significaban muy poco para él. El Congreso Mundial y sus senadores significaban aún menos. ¿Había algún androide en el Congreso? ¿Supondría alguna diferencia si lo hubiera? Sin duda, algún día el Partido para la Igualdad de los Androides conseguiría meter a algunos de los suyos en el Congreso. Tres o cuatro Alfas se sentarían en tan augusto lugar, pero los androides seguirían siendo propiedades, no personas. El proceso político no inspiraba la menor confianza a Thor Vigilante.

Sus propias ideas políticas eran definitivamente cercanas al Partido Eliminacionista: en una sociedad transmat, donde los lazos nacionales eran algo obsoleto, ¿para qué tener un gobierno formal? Que los legisladores se abolieran a sí mismos. Que prevaleciera la ley natural. Pero sabía que la eliminación progresiva del Estado que predicaban los eliminacionistas nunca se haría realidad. La prueba viviente era el senador Henry Fearon. La paradoja definitiva: un miembro del partido antigobierno ocupando un cargo en el gobierno, y luchando por conservar su escaño elecciones tras elecciones. La eliminación cuesta, ¿eh, senador?

Fearon alabó extensamente la industriosisidad de los androides. Vigilante se inquietó. Mientras estaban allí arriba, el trabajo no avanzaba. No se atrevía a permitir que elevaran bloques mientras había visitantes en la zona de construcción. Y tenía unas fechas que cumplir. Para su alivio, Krug ordenó pronto el descenso; al parecer, el viento creciente molestaba a Quenelle. Cuando bajaron, Vigilante guió a los visitantes al centro principal de control, invitándolos a ver cómo se hacía cargo de las operaciones. Se acomodó en el asiento de enlace. Al meter la punta roma del terminal de la computadora en el conector hembra de su antebrazo izquierdo, el androide vio cómo el labio superior de Leon Spaulding se fruncía en una mueca de... ¿de qué? ¿Desprecio, envidia, superioridad desdeñosa? Pese a todo su conocimiento de los humanos, Vigilante no podía leer con precisión aquellas miradas sombrías. Pero entonces se estableció el contacto, y los impulsos del ordenador fluyeron por el interface de su cerebro, y se olvidó de Spaulding.

Era como tener un millar de ojos. Vio todo lo que sucedía en el emplazamiento, y en muchos kilómetros en torno al emplazamiento. Estaba en comunión absoluta con la computadora, utilizaba todos sus sensores, analizadores y terminales. ¿Por qué pasar por la tediosa rutina de hablar a una computadora, cuando era posible diseñar un androide capaz de ser parte de ella?

El torrente de datos conllevaba una corriente de éxtasis.

Planos de mantenimiento. Síntesis del desarrollo del trabajo. Sistemas de coordinación de las obras. Niveles de refrigeración. Decisiones sobre el nivel de energía. La torre era un tapiz de infinitos detalles, y él era el maestro tejedor. Todo pasaba a través de él, aprobaba, rechazaba, alteraba, cancelaba. ¿Era parecido a aquello el efecto del sexo? ¿Ese cosquilleo vivaz en cada nervio, la sensación de estar expandido hasta los propios límites, de absorber una avalancha de estímulos? Vigilante habría dado cualquier cosa por saberlo. Elevó y bajó grúas, solicitó los bloques para la semana siguiente, pidió filamentos para los hombres del rayo de taquiones, planeó las comidas del día siguiente, calculó constantemente la estabilidad de la estructura, transmitió los datos de costes al departamento financiero de Krug, monitorizó la temperatura del suelo a intervalos de cincuenta centímetros hasta dos kilómetros de profundidad, transmitió docenas de mensajes telefónicos por segundo, y se felicitó a sí mismo por la destreza con que lo conseguía todo. Sabía que ningún humano podría manejar todo aquello, ni aunque los

humanos tuvieran algún sistema para conectarse directamente a una computadora. Tenía las habilidades de una máquina y la versatilidad de un ser humano, así que, al margen del bastante grave asunto de su incapacidad para la reproducción era, en muchos aspectos, superior a máquinas y a humanos, y por tanto...

La flecha roja de una alarma atravesó su conciencia.

Accidente de construcción. Sangre de androide vertiéndose sobre el suelo helado.

Un giro de su mente le proporcionó un enfoque cercano. Había fallado una grúa en la cara norte y un bloque de cristal había caído desde el nivel situado a noventa metros. Yacía ligeramente inclinado, con un extremo enterrado cosa de un metro en el suelo, y el otro algo elevado sobre la superficie. Una fisura corría como una línea de hielo por su claro interior. Unas piernas sobresalían por el lado más cercano a la torre. A pocos metros, yacía un androide herido, retorciéndose desesperadamente. Tres escarabajos elevadores corrían ya hacia el lugar del accidente; un cuarto había llegado, y tenía sus púas de acero bajo el enorme bloque.

Vigilante se desconectó, temblando en un primer momento a causa del dolor que le produjo la separación del flujo de datos. Sobre su cabeza, un muro pantalla mostraba claramente el accidente. Clissa Krug se había dado la vuelta, y apoyaba la cabeza contra el pecho de su marido. Manuel parecía asqueado; su padre, irritado. Los demás visitantes parecían más asombrados que conmovidos. Vigilante se descubrió a sí mismo escudriñando el rostro frío de Leon Spaulding. Spaulding era un hombre pequeño, recio, todo menos descarnado. En la curiosa claridad de su conmoción, Vigilante fue consciente de la separación entre las hebras del rígido bigote negro del ectógeno.

- Un fallo de coordinación - dijo Vigilante con sequedad -. Al parecer, la computadora interpretó erróneamente una función de tensión, y dejó caer un bloque.

- Tú estabas sobrecargando la computadora en ese momento, ¿no? - preguntó Spaulding -. A cada uno, sus culpas.

El androide no pensaba entrar en ese juego

- Discúlpenme - dijo -. Ha habido heridos, y seguramente muertos. Tengo que irme.

Se apresuró hacia la puerta.

- ...descuido imperdonable... - murmuraba Spaulding.

Vigilante salió. Mientras corría hacia el lugar del accidente, empezó a rezar.

5

- Nueva York - dijo Krug -. Al despacho superior.

Spaulding y él entraron en el cubículo. El suave brillo verde del campo transmat ascendió por la abertura del suelo, formando una cortina que dividió en dos el cubículo. El ectógeno fijó las coordenadas. Los generadores de energía ocultos del transmat, girando incesantemente sobre sus polos en algún lugar bajo el Atlántico, condensaban la fuerza theta que hacía posible el viaje transmat. Krug no se molestó en comprobar las coordenadas fijadas por Spaulding. Confiaba en su personal. Una mínima distorsión en la abscisa, y los átomos de Krug se dispersarían sin remedio al viento frío; pero entró sin titubear en el brillo verde.

No hubo ninguna sensación. Krug fue destruido. Un rayo de ondículas marcadas recorrió varios miles de kilómetros, hasta un receptor sintonizado. Y Krug fue reconstruido. El campo transmat dividía el cuerpo humano en unidades subatómicas tan rápidamente, que ningún sistema neural podía registrar el dolor; y la restauración a la vida llegaba con la misma velocidad. Entero e ileso, Krug emergió, todavía con Spaulding al lado, en el cubículo transmat de su despacho.

- Encárgate de Quenelle - dijo Krug -. Llegará al piso de abajo. Entreténla. No quiero que se me moleste al menos durante una hora.

Spaulding salió, Krug cerró los ojos.

La caída del bloque le había molestado mucho. No era el primer accidente que tenía lugar durante la construcción de la torre. Probablemente, tampoco sería el último. Hoy se habían perdido vidas. Sólo vidas androides, cierto, pero vidas al fin y al cabo. El desperdicio de vida, de energía o de tiempo le enfurecían. ¿Cómo podía elevarse la torre si los bloques caían? Si no había torre, ¿cómo enviaría a través de los cielos el mensaje de que el hombre existía, de que era algo a tener en cuenta? ¿Cómo podría formular las preguntas que debían ser formuladas?

Krug sufría. Krug se sentía al borde de la desesperación ante la inmensidad de la tarea que se había autoimpuesto.

En momentos de fatiga o tensión, se concienciaba morbosamente de la presencia de su cuerpo como prisión de su alma. Los pliegues en el vientre, la zona siempre rígida en la base del cuello, el leve temblor del párpado superior izquierdo, la ligera presión constante en la vejiga, la sequedad en la garganta, el burbujeo en la rótula, cada insinuación de mortalidad resonaba en él como un carillón. A menudo, su cuerpo le parecía absurdo, una simple bolsa de carne, huesos, sangre, heces; una miscelánea de cuerdas, hebras, filamentos, que temblaba bajo el ataque del tiempo, deteriorándose de año en año, de hora en hora. ¿Qué había de noble en tal montón de protoplasma? ¡El absurdo de las uñas! ¡La imbecilidad de las fosas nasales! ¡La estupidez de los codos! Pero, palpitando bajo el blindaje del cráneo, latía atento el cerebro gris, como una bomba enterrada en el lodo. Krug despreciaba su carne, pero sólo podía sentir asombro ante su cerebro, ante el cerebro humano en abstracto. Su auténtica krugidad estaba en esa masa de tejidos suavemente plegados, no en otro lugar, no en las entrañas, no en la entrepierna, no en el pecho, sino en la mente. El cuerpo se pudría mientras su propietario aún lo usaba; entretanto, la mente se remontaba hasta las más lejanas galaxias.

- Masaje - dijo Krug.

El timbre y tono de su orden hicieron que una mesa levemente vibrante surgiera de una pared. Tres androides hembra, atentas en todo momento, entraron en la habitación. Sus cuerpos elásticos estaban desnudos. Eran modelos gamma estándar, que podrían haber sido trillizas de no ser por las habituales divergencias menores en la programación del somatotipo. Tenían pechos pequeños y altos, vientre planos, cinturas estrechas, caderasacampanadas y nalgas llenas. Tenían pelo en el cráneo y en las cejas, pero no en el cuerpo, lo que les daba un cierto aspecto asexual. Pero el monte del sexo estaba inscrito entre sus piernas, y Krug, si sus gustos se inclinaban hacia ese tipo de cosas, podría separar esas piernas y encontrar entre ellas una razonable imitación de la pasión. Pero sus gustos no iban por ahí; aunque Krug había incluido deliberadamente un elemento de sensualidad en sus androides. Les había proporcionado genitales funcionales, pero estériles, de la misma manera en que los había dotado de ombligos apropiados, aunque innecesarios. Quería que sus creaciones parecieran humanas - al margen de las modificaciones necesarias -, y que hicieran la mayoría de las cosas que hacen los humanos. Sus androides no eran robots. Había creado humanos sintéticos, no simples máquinas.

Las tres gammas le desnudaron con eficacia y trabajaron sobre él con dedos hábiles, Krug yacía sobre el vientre. Incansables, masajearon su carne y tonificaron sus músculos. Él miró hacia el otro lado del despacho, hacia las imágenes en la pared más lejana.

La habitación estaba amueblada con sencillez, casi con severidad. Un rectángulo alargado que contenía un escritorio, un terminal de ordenador, una pequeña escultura sombría, y un tapiz oscuro que, al roce de un tachón repolarizante, descubría mucho más abajo el panorama de Nueva York. La iluminación, sutil e indirecta, mantenía el despacho en un crepúsculo permanente. Pero, en una pared, brillaba un dibujo con una luminiscencia amarilla:

K K K K K
K K K K K

K
K K K K K
K K K K K
K
K K K
K

Era el mensaje proveniente de las estrellas.

El observatorio de Vargas lo había recogido al principio en forma de una serie de leves radioimpulsos a 9.100 megaciclos. Dos impulsos rápidos, una pausa, cuatro impulsos, una pausa, un impulso, etcétera. La pauta se repitió un millar de veces en un lapso de dos días, y luego se detuvo. Un mes más tarde, reapareció a 1.421 megaciclos, la frecuencia del hidrógeno 21 centímetros, y se repitió otra tanda de mil veces. Un mes después, llegó a la mitad y al doble de esa frecuencia, un millar de cada.

Más tarde, Vargas consiguió detectarla ópticamente con un intenso rayo láser cuya longitud de onda era de 5.000 angströms.

La pauta era siempre igual, grupos de breves ráfagas de información: 2... 4... 1... 2... 5... 1... 3... 1. Cada subcomponente de la serie quedaba separado del anterior por una pausa apreciable, y había otra pausa mucho más prolongada entre cada repetición de todo el grupo de impulsos.

Tenía que ser un mensaje. Para Krug, la secuencia 2-4-1-2-5-1-3-1 se había convertido en un número sagrado, los símbolos de apertura de una nueva cábala. La pauta no sólo estaba destacada en su pared, sino que con el roce de un dedo podía hacer que el sonido de la señal alienígena susurrara por la sala en cualquiera de sus frecuencias audibles y la escultura junto a su escritorio estaba diseñada para emitir la secuencia en brillantes ráfagas de luz coherente.

La señal le obsesionaba. Su universo giraba ahora en torno a la búsqueda de una manera de responder. De noche, miraba las estrellas, mareado por la cascada de luz, y contemplaba las galaxias pensando: «Soy Krug, soy Krug, os espero aquí, ¡habladme de nuevo!». No admitía ninguna posibilidad de que la señal de las estrellas pudiera ser algo diferente de una comunicación consciente y directa. Había dedicado todos sus considerables recursos a la tarea de darle una respuesta.

- Pero ¿no hay ninguna posibilidad de que el «mensaje» pudiera ser algún fenómeno natural?

Ninguna. La persistencia con que llegó, y la variedad de medios, indica la presencia de una conciencia tras ella. Alguien intenta decirnos algo.

- ¿Qué significado tienen esos números? ¿Son alguna especie de pi galáctico?

No vemos ningún sentido matemático obvio. Aparentemente, no forman ninguna progresión aritmética inteligible. Los criptógrafos nos han proporcionado al menos cincuenta sugerencias ingeniosas, lo que hace que las cincuenta sean igualmente sospechosas. Creemos que los números fueron elegidos completamente al azar.

- ¿De qué sirve un mensaje que no tiene ningún contenido comprensible?

El mensaje es su propio contenido: una canción tirolesa de las galaxias. Nos dice: «Mirad, estamos aquí, sabemos cómo transmitir, somos capaces de pensar racionalmente, ¡queremos contactar con vosotros!».

- Suponiendo que sea cierto, ¿qué clase de réplica piensa enviar?

Pienso decirles: «Hola, hola, os oímos, detectamos vuestro mensaje, enviamos saludos, somos inteligentes, somos seres humanos, no queremos seguir estando solos en el cosmos».

- ¿Y en qué idioma se lo dirá?

En el idioma de los números al azar. Y luego, en números no tan al azar. Hola, hola, 3,14159, ¿habéis oído? 3,14159, el radio del diámetro de la circunferencia.

- ¿Y cómo se lo dirá? ¿Con láseres? ¿Con ondas de radio?

Demasiado lento, demasiado lento. No tengo tiempo para esperar que unas radiaciones electromagnéticas vayan y vuelvan. Conversaremos con las estrellas con rayos de taquiones, y hablaré a sus habitantes de Simeon Krug.

Krug se estremeció sobre la mesa. Las masajistas androides le rascaban, le machacaban, hundían los nudillos en los grandes músculos. ¿Estarían intentando clavarle los números místicos en los huesos? ¿2-4-1, 2-5-1, 3-1? ¿Dónde estaba el 2 que faltaba? Incluso aunque hubiera sido enviado, ¿qué quería decir la secuencia 2-4-1, 2-5-1, 2-3-1? Nada significativo. Azar. Azar. Grupos sin sentido de información pura. Nada más que números distribuidos en una pauta abstracta, pero que, aun así, transmitían el mensaje más importante del universo.

Estamos aquí.

Estamos aquí.

Estamos aquí.

Os estamos llamando a gritos.

Y Krug respondería. Tembló de placer ante la idea de su torre terminada y el rayo de taquiones viajando por la galaxia. Krug respondería. Krug el rapaz. Krug el rico insensible. Krug el patán hambriento de dólares. Krug el simple industrial. Krug el campesino gordo. Krug el ignorante. Krug el palurdo. ¡Yo! ¡Yo! ¡Yo! ¡Krug! ¡Krug!

- Fuera - espetó a las androides -. ¡Se acabó!

Las chicas salieron rápidamente. Krug se levantó, recogió con lentitud su ropa y cruzó la habitación para pasar las manos sobre el dibujo de luces amarillas.

- ¿Mensajes? - preguntó -. ¿Visitas?

La cabeza y hombros de Leon Spaulding aparecieron en el aire, brillando sobre la red invisible de un proyector de vapor sódico.

- El doctor Vargas está aquí - dijo el ectógeno -. Espera en el planetario. ¿Le recibirá?

- Por supuesto. En seguida subo. ¿Y Quenelle?

- Ha ido a la casa del lago, en Uganda. Le esperará allí.

- ¿Y mi hijo?

- Está inspeccionando la planta de Duluth. ¿Tiene instrucciones para él?

- No - respondió Krug -. Él sabe lo que hace. Me reuniré con Vargas ahora mismo.

La imagen de Spaulding parpadeó y desapareció. Krug entró en su cubículo elevador y subió rápidamente hasta la cúpula que era el planetario, en el nivel más alto del edificio. Bajo el techo cobrizo, la delgada figura de Niccolo Vargas paseaba con resolución. A su izquierda había una vitrina que contenía ocho kilogramos de proteoides de Alfa Centauro V; a su derecha, un crióstato regordete, en cuyas profundidades heladas se podían entrever veinte litros de fluido sacado del mar de metano de Plutón.

Vargas era un hombrecillo vehemente, de piel blanca, hacia el que Krug sentía un respeto rayano en la admiración; un hombre que había pasado cada día de su vida adulta buscando civilizaciones en las estrellas y que dominaba todos los aspectos de los problemas de la comunicación interestelar. La especialidad de Vargas había dejado huella en sus rasgos: quince años antes, en un momento de intolerable emoción, se expuso descuidadamente al rayo de un telescopio de neutrones, que le quemó el lado izquierdo del rostro hasta niveles que ni la reparación tectogenética podía salvar. Habían conseguido recomponer el ojo destrozado, pero no se pudo hacer nada con la descalcificación de la estructura ósea, excepto reforzarla con una red de fibra de berilio; por lo que ahora parte del cráneo y la mejilla de Vargas tenían un aspecto hundido, reseco. Deformidades de este tipo eran poco corrientes en una era de cirugía cosmética al alcance de cualquiera, pero al parecer Vargas no tenía la menor intención de someterse a otra reconstrucción facial.

Cuando Krug entró, Vargas esbozó su sonrisa sesgada.

- ¡La torre es magnífica! - dijo.

- Lo será - le corrigió Krug.

- No. No. Ya es magnífica. ¡Un torso maravilloso! ¡La elegancia, Krug, la mole, el impulso hacia arriba! ¿Sabes qué estás construyendo, amigo mío? La primera catedral de la era galáctica. En los milenios venideros, mucho después de que tu torre haya dejado de ser un centro de comunicaciones, los hombres la visitarán, besarán su piel suave, y te bendecirán por haberla construido Y no sólo los hombres.

- Me gusta esa idea - asintió Krug -. Una catedral. No lo había mirado desde esa perspectiva.

Krug vio el cubo de datos en la mano derecha de Vargas.

- ¿Qué tienes ahí?

- Un regalo para ti.

- Hemos rastreado las señales hasta su fuente - dijo Vargas -. Creí que te gustaría ver su estrella natal.

Krug se tambaleó hacia adelante.

- ¿Por qué has esperado tanto para decírmelo? ¿Por qué no me comentaste nada mientras estábamos en la torre?

- La torre era tu espectáculo. Éste es el mío. ¿Quieres que conecte el cubo?

Krug señaló la ranura del receptor con impaciencia. Diestramente Vargas insertó el cubo y activó el sensor. Rayos azulados de luz interrogadora surcaron el pequeño objeto de cristal, escarbando en busca de fragmentos de información almacenada.

Las estrellas florecieron en el techo del planetario.

Krug se sentía como en casa en la galaxia. Sus ojos captaron los puntos más familiares: Sirio, Canope, Vega, Cabra, Arturo, Betelgeuse, Altair, Fomalhaut, Deneb, los faros más brillantes de los cielos, espectacularmente esparcidos por todo el domo que le rodeaba. Buscó las estrellas más cercanas, las situadas en el radio de una docena de años luz que las sondas estelares del hombre habían alcanzado durante la vida de Krug: Epsilon Indi, Ross 154, Lalande 21185, la Estrella de Barnard, Lobo 359, Proción, 61 Cisnes. Miró hacia Tauro y vio la roja Aldebarán brillando en la cara del Toro, con las Híades mucho más atrás y las Pléyades ardiendo en su brillante sudario. Una y otra vez cambió el dibujo del domo, mientras el foco se estrechaba a medida que aumentaban las distancias. Krug sintió un trueno en el pecho. Vargas no había dicho nada desde que el planetario cobraba vida.

- ¿Y bien? - exigió Krug al final -. ¿Qué se supone que tengo que ver?

- Mira hacia Acuario - indicó Vargas.

Krug examinó el norte del cielo. Siguió el rastro familiar por Perseo, Casiopea, Andrómeda, Pegaso y Acuario. Sí, allí estaba el viejo Aguador, entre los Peces y la Cabra, Krug intentó recordar el nombre de alguna estrella importante en Acuario, pero no le vino ninguna a la mente.

- ¿Y bien? - preguntó.

- Mira. Vamos a enfocar la imagen.

Krug se agarró mientras los cielos se precipitaban hacia él. Ya no distinguía los dibujos de las constelaciones. El cielo se tambaleaba, todo orden había desaparecido. Cuando cesó el movimiento, se vio enfrentado a un solo segmento de la esfera galáctica, ampliado hasta ocupar toda la bóveda. Exactamente encima de él estaba la imagen de un anillo llameante, oscuro en el centro, bordeado por un halo irregular de gas luminoso. Un punto de luz brillaba en el núcleo del anillo.

- Es la nebulosa planetaria NGC 7293, en Acuario - dijo Vargas.

- ¿Y?

- De ahí vienen nuestras señales.

- ¿Con qué seguridad?

- Absoluta - respondió el astrónomo -. Tenemos mediciones de paralaje, toda una serie de triangulaciones ópticas y espectrales, muchas ocultaciones de confirmación, y varias

cosas más. Desde el principio sospechamos que NGC 7293 era la fuente, pero los datos definitivos no han sido procesados hasta esta mañana. Ahora, estamos seguros.

- ¿A qué distancia se halla? - preguntó Krug con la garganta seca.

- A unos trescientos años luz.

- No está mal. No está mal. Más allá del alcance de nuestras sondas, más allá del alcance de un contacto eficaz por radio. Pero ningún problema para el rayo de taquiones. Mi torre está justificada.

- Y aún hay esperanza de comunicar con los que enviaron las señales - dijo Vargas -. Lo que todos temíamos, que las señales vinieran de algún lugar como Andrómeda, que el mensaje hubiera comenzado su viaje hacia nosotros hace un millón de años o más...

- Queda descartado.

- Por completo.

- Háblame de ese lugar - pidió Krug -. Una nebulosa planetaria..., ¿qué es eso? ¿Cómo puede una nebulosa ser un planeta?

- No es un planeta ni una nebulosa - respondió Vargas, reanudando su paseo -. Un cuerpo inusual. Un cuerpo extraordinario.

Palmeó la vitrina de proteoides centaurinos. Las criaturas semivivas, irritadas, empezaron a fluir y a retorcerse.

- Este anillo que ves es una concha - siguió Vargas -, una burbuja de gas que rodea una estrella tipo O. Las estrellas de esa clase espectral son gigantes azules, calientes, inestables, sólo permanecen en la secuencia principal unos pocos millones de años. En la última etapa de su ciclo vital, algunas sufren un sollevamiento catastrófico comparable a una nova; proyectan hacia afuera las capas exteriores de su estructura, formando una cáscara gaseosa de gran tamaño. El diámetro de la nébula planetaria que ves es más o menos de 1,3 años luz, y crece a una velocidad aproximada de quince kilómetros por segundo. El desacostumbrado brillo de la cáscara es el resultado de un efecto fluorescente: la estrella central produce gran cantidad de radiaciones ultravioleta en onda corta, que son absorbidas por la cáscara de hidrógeno, provocando...

- Un momento - le interrumpió Krug -. ¿Me estás diciendo que el sol de este sistema estelar se convirtió en algo parecido a una nova, que esa explosión tuvo lugar tan recientemente que la cáscara mide sólo 1,3 años luz de diámetro, pese a que crece a razón de quince kilómetros por segundo, y que el sol central proyecta radiaciones tan fuertes que la cáscara exterior es fluorescente?

- Sí.

- ¿Y pretendes que crea que hay una raza inteligente dentro de ese horno, enviándonos mensajes?

- No hay duda de que las señales provienen de NGC 7293-respondió Vargas.

- ¡Imposible! - rugió Krug -. ¡Imposible! - Se golpeó las caderas con los puños -. Para empezar, una gigante azul... de sólo un par de millones de años. ¿Cómo va a evolucionar vida ahí, por no hablar de una raza inteligente? Luego una especie de estallido solar..., ¿cómo va a sobrevivir nada a eso? ¿Y las radiaciones? Dímelo. Dímelo. ¡Si me pidieras que diseñase un sistema en el que no pudiera haber vida, me saldría esa maldita nebulosa planetaria! ¿Cómo demonios iban a enviar las señales?

- Hemos considerado esos factores - dijo suavemente Vargas.

Krug temblaba.

- Entonces, después de todo, ¿las señales son un fenómeno natural? - preguntó -. ¿Impulsos irradiados por los átomos de tu repugnante nebulosa?

- Seguimos pensando que las señales tienen un origen inteligente.

La paradoja desconcertaba a Krug. Se retiró, sudoroso y confuso. Sólo era un astrónomo aficionado. Había leído mucho, se había empapado con toda clase de grabaciones técnicas y drogas incrementadoras del conocimiento, sabía distinguir una gigante roja de una enana blanca, era capaz de dibujar el diagrama Hertzsprung-Russell,

podía mirar al cielo y señalar Alfa Cruz y Espiga, pero todo eran datos externos que decoraban las paredes exteriores de su alma. Era el campo de Vargas, no el suyo. Le faltaba asimilar los hechos. Le resultaba difícil moverse más allá de los datos. De ahí su admiración hacia Vargas. De ahí su actual incomodidad.

- Sigue - murmuró Krug -. Dime cómo.

- Hay muchas posibilidades - dijo Vargas -. Todo especulaciones, todo suposiciones, ¿comprendes? La primera y más obvia, es que los que enviaron las señales desde NGC 7293 llegaron allí después de la explosión, cuando las cosas ya se habían calmado. Digamos en los últimos 10.000 años. Colonos de lo más profundo de la galaxia, exploradores, refugiados, exiliados...; en cualquier caso, exiliados recientes.

- ¿Y las radiaciones duras? - quiso saber Krug -. Incluso después de que las cosas se calmaran, seguiría existiendo la radiación de ese sol azul asesino.

- Obviamente, podrían vivir de ellas. Nosotros necesitamos la luz del sol para nuestros procesos vitales. ¿Por qué no imaginar una raza que beba una energía situada un poco más arriba en el espectro?

Krug sacudió la cabeza.

- De acuerdo, tú inventas razas y yo hago de advocatis diaboli. Tú dices que comen radiación. ¿Y los efectos genéticos? ¿Qué clase de civilización pueden construir con una tasa de mutaciones tan alta?

- Una raza adaptada a unos niveles de radiación tan altos tendrá probablemente una estructura genética menos vulnerable que la nuestra a los bombardeos. Puede que absorban todo tipo de partículas duras sin mutar.

- Quizá. Aunque quizá no. - Krug meditó un instante -. Muy bien, así que vinieron de otro lugar y se asentaron en tu nebulosa planetaria cuando la consideraron segura. ¿Por qué no hemos recibido señales también de ese otro lugar? ¿Dónde está su sistema natal? Exiliados, colonos..., ¿de dónde?

- Quizá su sistema natal está tan lejos que las señales no nos llegarán hasta dentro de miles de años - sugirió Vargas -. O quizá el sistema natal no envía señales. O...

- Tienes demasiadas respuestas - murmuró Krug -. No me gusta la idea.

- Eso nos lleva a la otra posibilidad - apuntó Vargas -. Que la especie que envió la señal sea nativa de NGC 7293.

- ¿Cómo? La explosión...

- Quizá la explosión no les molestó. Esa raza podría vivir de radiación dura. La mutación puede ser su forma de vida. Estamos hablando de alienígenas, amigo mío. Si en realidad son alienígenas, no podemos concebir ninguno de sus parámetros. Así que mira, especula conmigo. Tenemos un planeta con una estrella azul, un planeta suficientemente alejado de ese sol, pero que, aun así, recibe una radiación muy fuerte. El mar es un caldo de productos químicos que hierve constantemente. Un caldo de mutaciones. Un millón de años después de que se enfriara la superficie, brota la vida. En un mundo así, las cosas van de prisa. Otro millón de años, y hay vida multicelular compleja. Un millón más para el equivalente de los mamíferos. Otro millón para la civilización a nivel galáctico. Cambios. Cambios ardientes, interminables.

- Quiero creerte - replicó Krug, sombrío -. Me gustaría. Pero no puedo.

- Comedores de radiación - siguió Vargas -. Inteligentes, adaptables, aceptando la necesidad, incluso la deseabilidad, de un cambio genético constante y violento. Su estrella se expande; muy bien, se adaptan al incremento de radiación, encuentran una manera de protegerse. Ahora viven dentro de una nebulosa planetaria, con un cielo fluorescente a su alrededor. De alguna manera, detectan la existencia del resto de la galaxia. Nos envían mensajes. ¿De acuerdo?

Krug, angustiado, alzó las manos con las palmas hacia Vargas.

- ¡Quiero creerlo!

- Pues créelo. Créelo.

- Sólo es teoría. Una teoría imposible.

- Los datos que tenemos encajan en ella - señaló Vargas -. ¿Conoces el proverbio italiano? Se non è vero, è ben trovato. «Aunque no sea cierto, está bien inventado.» La hipótesis nos servirá hasta que tengamos otra mejor. Es más adecuada a los hechos que la teoría de una causa natural para una señal compleja y reiterativa que nos ha llegado por muchos medios.

Krug se dio la vuelta y golpeó el activador, como si ya no pudiera soportar más tiempo la imagen en el domo, como si notara la furiosa radiación de aquel sol alienígena levantando ampollas mortíferas en su propia piel. En sus prolongados sueños, había visto algo completamente diferente. Había imaginado un planeta con un sol amarillo, a ochenta o noventa años luz, un suave sol amarillo muy parecido a aquél bajo el que había nacido. Había soñado con un mundo de lagos y ríos y campos de hierba, de aire dulce, quizá con un cierto olor a ozono, de árboles con hojas purpúreas y brillantes insectos verdes, de esbeltos seres cimbreantes con hombros inclinados y manos de múltiples dedos, que charlaban tranquilamente mientras paseaban entre las arboledas y valles de su paraíso, que investigaban los misterios del cosmos, especulando sobre la existencia de otras civilizaciones, y que enviaban por fin su mensaje al universo. Los había visto recibiendo con los brazos abiertos a los primeros visitantes de la Tierra, diciendo: «Bienvenidos, hermanos, bienvenidos, sabíamos que teníais que estar allí». Ahora todo eso había sido destruido. Con la imaginación, Krug veía ahora un infernal sol azul lanzando fuegos demoníacos al vacío; vio un planeta ennegrecido y ardiente, en el que monstruosidades de escamas blindadas se deslizaban por pozos de mercurio bajo un cielo de llamas blancas; vio una horda de horrores reuniéndose en torno a una máquina de pesadilla para enviar un mensaje incomprensible a través de los golfos espaciales. ¿Y éstos son nuestros hermanos? «Todo se ha perdido», pensó Krug amargamente.

- ¿Cómo podremos reunirnos con ellos? - preguntó -. ¿Cómo podremos abrazarlos? Tengo una nave casi preparada, Vargas, una nave hacia las estrellas, una nave que llevará durante siglos a un hombre dormido. ¿Cómo voy a enviarla a ese lugar?

- Tu reacción me sorprende. No esperaba una congoja así.

- Yo no esperaba una estrella así.

- ¿Habrás sido más feliz si te hubiera dicho que, después de todo, las señales se debían a simples impulsos naturales?

- No. Claro que no.

- Entonces, alégrate con estos extraños hermanos nuestros. Olvida su rareza y piensa sólo en la hermandad.

Las palabras de Vargas cumplieron su objetivo. Krug redescubrió sus fuerzas. El astrónomo tenía razón. Por extraños que pudieran ser aquellos seres, por extravagante que fuera su mundo - siempre suponiendo que la hipótesis de Vargas fuera cierta -, eran civilizados, tenían ciencia, miraban hacia el exterior. Nuestros hermanos. Si mañana el espacio se plegara sobre sí mismo, y la Tierra, su sol y todos los mundos cercanos fueran engullidos y condenados al olvido, la inteligencia no desaparecería del universo, porque ellos estaban allí.

- Sí. Me alegro. Cuando mi torre esté terminada, les enviaré mis saludos.

Habían pasado dos siglos y medio desde que el hombre rompiera por primera vez sus ataduras con su planeta natal. En un gran salto dinámico, el viaje espacial había llevado exploradores humanos de la Luna a Plutón, hasta la periferia del sistema solar y aun más allá, y en ningún lugar habían encontrado rastros de vida inteligente. Líquenes, bacterias, primitivos subfilums reptantes, sí, pero nada más. La decepción fue el destino de los arqueólogos que habían acariciado fantasías sobre reconstruir las etapas culturales de Marte a partir de artefactos encontrados en el desierto. No había artefactos. Y cuando empezaron a surgir las sondas estelares, e hicieron reconocimientos durante décadas en los sistemas solares más cercanos, volvieron con... nada. Era evidente que, en un

diámetro de una docena de años luz, nunca había existido una forma de vida más compleja que los proteoides centaurinos, ante los que sólo una ameba podía sentirse inferior.

Krug era un joven cuando volvieron las primeras sondas estelares. Le había disgustado ver a sus hermanos terrestres construir filosofías en torno a la imposibilidad de encontrar vida inteligente en los sistemas solares cercanos. ¿Qué decían estos apóstoles del Nuevo Geocentrismo?

- ¡Somos los elegidos!
- ¡Somos los hijos únicos de Dios!
- ¡En este mundo y en ningún otro creó el Señor a su pueblo!
- ¡Nuestro es el universo, nuestra herencia divina!

En esa manera de pensar, Krug veía claramente las semillas de la paranoia.

Nunca había pensado demasiado en Dios, pero le parecía que los hombres pedían demasiado del universo al pretender que sólo en este pequeño planeta de este pequeño sol se hubiera permitido surgir el milagro de la existencia. Existían miles y miles de millones de soles, infinitos mundos. ¿Cómo podía ser posible que la inteligencia no hubiera evolucionado una y otra vez en el infinito mar de galaxias?

Le parecía megalómano convertir en dogma absoluto los hallazgos tentativos de una búsqueda fugaz en un diámetro de doce años luz. ¿De verdad estaba solo el hombre? ¿Cómo podían saberlo? Krug era, esencialmente, racional. Conservaba la perspectiva en todos los temas. Sentía que la cordura de la humanidad dependía del despertar de este sueño de unicidad, porque el sueño terminaría algún día, y si era más tarde que temprano, el impacto resultaría terrible.

- ¿Cuándo estará terminada la torre? - preguntó Vargas.

- Dentro de dos años. De uno, si tenemos suerte. Ya lo has visto esta mañana; presupuesto ilimitado.

Krug frunció el ceño. De repente, se sentía incómodo.

- Dime la verdad. Hasta tú, que te pasas la vida escuchando a las estrellas, crees que Krug está un poco loco, ¿no?

- ¡Claro que no!

- Seguro que sí. Todos lo creen. Mi hijo, Manuel, piensa que deberían encerrarme, pero le da miedo decirlo, Spaulding también lo cree. Todos, quizá incluso Thor Vigilante. Y él está construyendo la maldita torre. Quieren saber qué pretendo, por qué malgasto miles de millones de dólares en una torre de cristal. ¡Y tú también, Vargas!

El rostro retorcido se tensó aún más.

- Este proyecto sólo me inspira simpatía. Tus sospechas me hieren. ¿No crees que contactar con una civilización extrasolar es tan importante para ti como para mí?

- Debería ser importante para ti. Es tu campo, tu ciencia. ¿Yo? Yo soy un hombre de negocios. Un creador de androides. Propietario de tierras. Capitalista, explorador, quizá algo de químico, con ciertos conocimientos de genética. Pero no soy un astrónomo, no soy un científico. ¿No es una locura que me importen estas cosas, Vargas? Derrochando dinero. Inversión improductiva. Qué clase de dividendos conseguiré de NGC 7293, ¿eh? Dímelo. Dímelo.

- Quizá deberíamos bajar - respondió Vargas, nervioso -. La emoción...

Krug se palmeó el pecho.

- Acabo de cumplir los sesenta. Me quedan cien años de vida, quizá más. Tal vez doscientos, quién sabe. No te preocupes por mí. Pero puedes admitirlo. Sabes que es una locura que un ignorante como yo se interese tanto en algo como esto. - Krug meneó la cabeza con vehemencia -. Yo mismo sé que es una locura. Tengo que explicármelo a cada momento. Pero esta torre es algo que hay que hacer, y yo la hago. Esta torre. Este saludo a las estrellas. Cuando era niño, nos decían: «Estamos solos, estamos completamente solos». Yo no me lo creía. No podía creerlo. Gané miles de millones, y

ahora gastaré miles de millones, aclararé las ideas de todos sobre el universo. Tú encontraste las señales. Yo enviaré la respuesta. Números a cambio de números. Y luego, dibujos. Sé cómo hacerlo. Uno y cero, uno y cero, uno y cero, blanco y negro, blanco y negro, enviamos los datos y ellos hacen el dibujo. No tienes más que pensar. Éstos somos nosotros. Esto es una molécula de agua. Esto es nuestro sistema solar. Esto es...

Krug se detuvo, jadeante, ronco, advirtiendo por primera vez la conmoción y el miedo en el rostro del astrónomo.

- Lo siento. No debí gritar. A veces, me voy de la lengua.

- No pasa nada. Tienes el fuego del entusiasmo. Es mejor dejarse llevar de vez en cuando que no sentirse vivo nunca.

- ¿Sabes por qué empezó todo? - suspiró Krug -. Por esa nebulosa planetaria que me trajiste. Me disgustó, y te diré por qué. Soñaba con viajar al lugar de donde venían las señales. Yo, Krug, en mi nave, en sueño criogénico, viajando cien, incluso doscientos años luz, embajador de la Tierra, un viaje que nadie había hecho antes. Ahora tú me dices que las señales vienen de un mundo infernal. Cielo fluorescente. Sol tipo O. Un horno de luz azul. Se acabó el viaje, ¿eh? La sorpresa me puso así, pero no te preocupes. Me adapto. Absorbo los golpes. Me lanzan hacia un estado superior de energía, eso es todo.

Impulsivamente, atrajo a Vargas hacia sí en un abrazo estrecho y fuerte.

- Gracias por las señales. Gracias por tu nebulosa planetaria. Un millón de gracias, ¿me oyes, Vargas?

Krug retrocedió.

- Ahora iremos abajo. ¿Necesitas dinero para el laboratorio? Habla con Spaulding. Sabe que para ti hay carta blanca en cualquier momento, por cualquier cantidad.

Vargas se marchó para hablar con Spaulding. Sólo en su despacho, Krug descubrió que estaba lleno de una sorprendente vitalidad, la visión de NGC 7293 llenaba su mente. Ciertamente, se encontraba en un estado superior de energía. Sentía su misma piel como una chaqueta de llamas.

- Voy a salir - gruñó.

Fijó las coordenadas del transmator para ir a su retiro de Uganda, y entró. Un momento más tarde estaba a diez mil kilómetros al este, de pie en su mirador de ónice, contemplando desde arriba el lago cercano a su refugio. A la izquierda, a unos cientos de metros, un cuarteto de hipopótamos flotaban, dejando ver tan sólo las rosadas fosas nasales y sus enormes lomos grises. A la derecha, vio a su amante, Quenelle, desnuda, recostada entre las sombras. Krug se desnudó. Con la pesadez del rinoceronte y el entusiasmo del impala, bajó a la orilla para reunirse con ella en el agua.

6

Thor Vigilante sólo tardó un par de minutos en llegar al lugar del accidente, pero, para entonces, los escarabajos elevadores y habían movido el bloque caído, y los cuerpos de las víctimas estaban al descubierto. Se había congregado una multitud, todos betas. A los gammas les faltaba autoridad y motivación para interrumpir sus programas de trabajo, incluso en una situación como aquella. Al ver acercarse a un alfa, los betas retrocedieron, quedándose al margen de la escena, dominados por el conflicto: no sabían si volver al trabajo o quedarse allí para ofrecer ayuda al alfa. Así, atrapados fuera de programación, lucían en sus rostros la desmayada expresión de la perplejidad androide.

Vigilante estudió rápidamente la situación. El bloque de cristal había aplastado a tres androides, dos betas y un gamma. Era casi imposible reconocer a los betas: iba a resultar difícil hasta arrancar los cadáveres del permafrost. El gamma casi había conseguido esquivar la muerte, pero no tuvo suficiente suerte: estaba intacto sólo de cintura para abajo. Suyas eran las piernas que Vigilante había visto sobresalir del bloque. La grúa había

golpeado a otros dos androides. Uno de ellos, un gamma, había recibido un impacto fatal en el cráneo, y yacía desmadejado a una docena de metros. El otro, un beta, parecía haber recibido un devastador golpe de refilón en la espalda. Estaba vivo, pero malherido, y era evidente que sufría mucho.

Vigilante seleccionó a cuatro de los betas y les ordenó transportar los cadáveres al centro de control para identificarlos y disponer de ellos. Envió a otros dos betas en busca de unas parihuelas para el herido. Mientras lo hacían, se acercó al androide superviviente y observó de cerca los ojos grises, amarillentos de oro.

- ¿Puedes hablar? - preguntó Vigilante.

- Si. - Era apenas un susurro -. No puedo mover nada de cintura para abajo. Me estoy quedando frío. Las piernas se me están congelando. ¿Voy a morir?

- Probablemente - respondió Vigilante.

Pasó la mano por la espalda del beta, hasta encontrar el centro neural lumbar. Con un movimiento rápido, lo desconectó. La figura del suelo dejó escapar un suspiro de alivio.

- ¿Mejor? - inquirió el alfa.

- Mucho mejor, Alfa Vigilante.

- Dime tu nombre, beta.

- Calibán Taladrador.

- ¿Qué estabas haciendo cuando cayó el bloque, Calibán?

- Mi turno había terminado y me disponía a marcharme. Soy capataz de mantenimiento. Pasaba por aquí. Sentí que el aire se calentaba cuando el bloque cayó. Salté, y luego me vi en el suelo, con la espalda rota. ¿Cuándo moriré?

- Dentro de una hora, quizá antes. El frío subirá hasta adueñarse de tu cerebro, y eso será el final. Pero consuélate: Krug te vio caer. Krug te guardará. Descansarás en el seno de Krug.

- Alabado-sea-Krug - murmuró Calibán Taladrador.

Los portadores de las parihuelas se acercaban. Cuando estaban a unos cincuenta metros, sonó el gong indicando el final del turno. Al instante, todos los androides que no estaban alzando un bloque echaron a correr hacia las hileras de transmats. Tres filas de trabajadores empezaron a desaparecer en los transmats, dirigiéndose hacia sus hogares en barrios de androides de los cinco continentes. Al mismo tiempo, el siguiente turno de androides empezó a salir de los transmats de llegada, volviendo de sus periodos de ocio pasados en lugares como Sudamérica o la India. Al sonido del gong, los dos portadores de parihuelas hicieron gesto de dejarlas caer y correr hacia los transmats. Vigilante rugió y, mansamente, fueron hacia él.

- Recoged a Calibán Taladrador - ordenó -, y llevadlo a la capilla con cuidado. Cuando hayáis terminado, podéis marcharos y pedir compensación por el tiempo.

En medio de la confusión del cambio de turno, los dos betas cargaron al androide herido en las parihuelas, y se abrieron paso hacia una de las muchas cúpulas protuberantes situadas al norte del emplazamiento de la construcción. Las cúpulas servían para múltiples cosas: algunas eran almacenes de materiales, muchas servían como cocinas o cuartos de baño, tres albergaban las centrales energéticas que alimentaban las hileras de transmats y las trenzas de refrigeración, una servía como local de primeros auxilios para androides heridos durante el trabajo, y otra, en el corazón del grupo de cúpulas de plástico gris, era la capilla.

Dos o tres androides de permiso se encontraban en todo momento delante de esa cúpula, aparentemente ociosos, en realidad actuando como centinelas para impedir la entrada a cualquier nacido de vientre. A veces, algún periodista o un invitado de Krug se acercaba hacia allí, pero los centinelas tenían varias técnicas sutiles para apartarlos sin provocar un prohibido choque de voluntades entre humano y androide. La capilla no estaba abierta a ningún nacido de hombre y mujer. Su misma existencia era desconocida para cualquiera que no fuese androide.

Thor Vigilante llegó allí justo cuando los porteadores de las parihuelas estaban bajando a Calibán Taladrador delante del altar. Entró, hizo la correspondiente genuflexión, y dejó caer rápidamente una rodilla extendiendo los brazos con las palmas hacia arriba. El altar, que descansaba en un baño púrpura de fluidos nutrientes, era un bloque rectangular de carne rosada, que había sido sintetizada exactamente igual que los androides. Aunque estaba vivo, no era consciente ni capaz de autosustentarse sin ayuda. Se le alimentaba desde abajo mediante inyecciones constantes de metabolasa, que le permitían sobrevivir. Detrás del altar había un holograma a cuerpo entero de Simeon Krug, mirando hacia adelante. Las paredes de la capilla estaban decoradas con los tríos del código genético del ARN inscritos una y otra vez desde el suelo hasta el techo:

AAA AAG AAC AAU
AGA AGG AGC AGU
ACA ACG ACC ACU
AUA AUG AUC AUU
GAA GAG GAC GAU
GGA GGG GGC GGU
GCA GCG GCC GCU
GUA GUG GUC GUU
CAA CAG CAC CAU
CGA CGG CGC CGU
CUA CUG CUC CUU
UAA UAG UAC UAU
UGA UGG UGC UGU
UCA UCG UCC UCU
UUA UUG UUC UUU

- Ponedlo en el altar - dijo Vigilante -. Y marchaos.

Los porteadores de las parihuelas obedecieron.

- Soy un Preservador - dijo Vigilante cuando estuvo a solas con el beta moribundo -. Puedo ser tu guía en el viaje a Krug. Repite conmigo tan claramente como puedas: «Krug nos trae al mundo, y a Krug volvemos».

- Krug nos trae al mundo, y a Krug volvemos.

- Krug es nuestro Creador, nuestro Protector y nuestro Liberador.

- Krug es nuestro Creador, nuestro Protector y nuestro Liberador.

- Krug, te rogamos que nos guíes hacia la luz.

- Krug, te rogamos que nos guíes hacia la luz.

- Y que eleves a los Hijos de la Cuba al nivel de los Hijos del Vientre.

- Y que eleves a los Hijos de la Cuba al nivel de los Hijos del Vientre.

- Y que nos conduzcas al lugar que nos corresponde...

- Y que nos conduzcas al lugar que nos corresponde...

- ...junto a nuestros hermanos de carne.

- ...junto a nuestros hermanos de carne.

- Krug, Hacedor nuestro, Krug, Preservador nuestro, Krug, Señor nuestro, recíbeme de vuelta a la Cuba.

- Krug, Hacedor nuestro, Krug, Preservador nuestro, Krug, Señor nuestro, recíbeme de vuelta a la Cuba.

- Y redime a los que vienen detrás de mi...

- Y redime a los que vienen detrás de mi...

- ...en el día en que Vientre y Cuba, y Cuba y Vientre, sean uno.

- ...en el día en que Vientre y Cuba, y Cuba y Vientre, sean uno.

- Alabado-sea-Krug.

- Alabado-sea-Krug.

- Gloria a Krug.

- Gloria a Krug.
- AAA AAG AAC AAU sea Krug.
- AAA AAG AAC AAU sea Krug.
- AGA AGG AGC AGU sea Krug.
- AGA AGG AGC... - Calibán Taladrador vacilo -. Tengo el frío en el pecho. No puedo..., no puedo...

- Termina la secuencia, Krug te aguarda.

- ...AGU sea Krug.

- ACA ACG ACC ACU sea Krug.

Los dedos del beta se hundieron en la carne temblorosa del altar. El color de su piel se había oscurecido en los últimos minutos, pasando del escarlata a algo muy cercano al violeta. Tenía los ojos vueltos y los labios retorcidos.

- Krug te aguarda - repitió con ardor Vigilante -. ¡Haz la secuencia!

- No puedo... hablar..., no puedo... respirar...

- Entonces, escucha. Límitate a escuchar. Repite mentalmente la secuencia mientras yo la recito. «AUA AUG AUC AUU sea Krug. GAA GAG GAC GAU sea Krug. GGA GGG...»

Desesperadamente, Vigilante desgranó las letras del ritual genético, de rodillas junto al altar. Con cada grupo de letras, giraba el cuerpo para formar la doble hélice prescrita, el movimiento apropiado para los últimos ritos. La vida de Calibán Taladrador se consumía con rapidez. Hacia el final, Vigilante se sacó un cable de enlace de la túnica, conectó la clavija hembra de su antebrazo con la de Taladrador, y bombeó energía hacia el destrozado beta para mantenerlo vivo hasta nombrar todos los tercetos de ARN. Entonces, sólo entonces, cuando estuvo seguro de haber enviado el alma de Calibán Taladrador a Krug Vigilante se desconectó, se levantó, musitó una breve plegaria por sí mismo y ordenó a un equipo de gammas que se llevaran el cadáver.

Tenso, agotado, pero alegre por la redención de Calibán Taladrador, salió de la capilla y se dirigió hacia el centro de control. Cuando estaba a medio camino, le cortó el paso una figura de su misma altura: otro alfa. Aquello parecía extraño. El turno de Vigilante no terminaría hasta algunas horas más tarde. Y cuando acabara, estaba previsto que llegase Euclides Proyectista para relevarle. Pero este alfa no era Proyectista. Vigilante no lo conocía de nada.

- ¿Puedo hablar contigo, Vigilante? - dijo el desconocido -. Soy Sigfrido Archivista, del Partido para la Igualdad de los Androides. Por supuesto, ya conoces la enmienda constitucional que proponemos y que nuestros amigos presentarán en el próximo Congreso. Se ha sugerido que, vista tu relación con Simeon Krug, podrías ayudarnos a conseguir acceso a él con el objetivo de conseguir su apoyo para este...

Vigilante le interrumpió.

- Debes de estar al corriente de mi postura con respecto a la implicación en asuntos políticos.

- Si, pero, en estos momentos, la causa de la igualdad androide...

- Puede ser apoyada de muchas maneras. No me interesa explotar mi conexión con Krug para objetivos políticos.

- La enmienda constitucional...

- Es inútil. Inútil. ¿Ves aquel edificio de allí, amigo Archivista? Es nuestra capilla. Te recomiendo que la visites para limpiar tu alma de valores falsos.

- No creo en vuestra iglesia - respondió Sigfrido Archivista.

- Y yo no soy miembro de vuestro partido político - replicó Thor Vigilante -. Discúlpame. Tengo responsabilidades en el centro de control.

- Quizá podría hablar contigo cuando termine tu turno.

- Entonces estarías interfiriendo con mi tiempo de descanso - dijo Vigilante.

Se alejó con paso vivo. Necesitaba uno de sus rituales neurales de tranquilidad para librarse de la ira y la irritación que hervían en su interior.

«Partido para la Igualdad de los Androides - pensó desdeñoso -. ¡Estúpidos! ¡Chapuceros! ¡Idiotas!»

7

Manuel Krug había tenido un día muy ajetreado. 08.00, California. Despertar en su casa de la costa Mendocino. El turbulento Pacífico casi en su puerta delantera. Un bosque de secoyas de mil hectáreas como jardín. Clissa junto a él, en la cama, suave y tímida como una gata. Tenía la mente empañada por la fiesta del Grupo Espectro, la noche anterior, en Taiwan, donde se había permitido a sí mismo beber demasiado licor de jengibre y mijo de Nick Ssu-ma. La imagen de su criado beta en la pantalla flotante, que susurraba apremiante: «Señor, señor, por favor, levántese. Su padre le espera en la torre». Clissa acurrucándose más junto a él. Manuel parpadeando, luchando por atravesar la niebla que envolvía su cerebro. «¿Señor? ¡Disculpe, pero dejó instrucciones irrevocables para que le despertara!» Una nota de cuarenta ciclos subiendo del suelo. Un cono de sonido de quince megaciclos bajando del techo. Él, empalado entre ambos, incapaz de escapar para volver al sueño. Crescendo. Despierto, reluctant, refunfuñando. Entonces, una sorpresa: Clissa se estremece, tiembla, toma su mano y la guía hacia uno de sus pequeños pechos fríos. Los dedos de él cerrándose sobre el pezón, descubriéndolo todavía suave. Como era de esperar. Una osadía por parte de la niña - mujer, pero de carne aún débil, aunque el espíritu fuera voluntarioso. Llevaban dos años casados, y pese a todos sus intentos y su habilidad, aún no había conseguido despertar plenamente los sentidos de su esposa.

- Manuel... - susurró ella -. Manuel..., ¡tócame!

Se sintió muy cruel al rechazarla.

- Luego - dijo, mientras las terribles púas de sonido se le clavaban en el cerebro -. Ahora tenemos que levantarnos; el patriarca nos espera. Hoy vamos a la torre.

Clissa hizo un puchero. Se tambalearon fuera de la cama y, al momento, el condenado ruido cesó. Se ducharon, desayunaron y se vistieron.

- ¿Estás seguro de que quieres que vaya? - preguntó ella. Y añadió -: ¿De verdad?

- Mi padre insistió mucho. Cree que ya va siendo hora de que veas la torre. ¿No quieres ir?

- Tengo miedo de hacer alguna tontería, de decir algo ingenuo. Cuando estoy cerca de él, me siento horriblemente joven.

- Eres horriblemente joven. De todos modos, te quiere mucho. Sólo tienes que fingir que su torre te fascina hasta lo indecible, y te perdonará cualquier tontería que puedas decir.

- Y los demás..., el senador Fearon, y el científico, y no sé quién más..., ¡ya estoy avergonzada, Manuel!

- Clissa...

- Vale, vale.

- Y recuerda: la torre te va a parecer la empresa más maravillosa que haya intentado la humanidad desde el Taj Mahal. Cuando la veas, díselo. No con tantas palabras, sino a tu manera.

- Se toma muy en serio lo de la torre, ¿no? - preguntó -. Pretende de verdad hablar con la gente de las estrellas.

- ¿Cuánto costará?

- Miles de millones - respondió Manuel.

- Está despilfarrando nuestra herencia en construir esa cosa. Lo está gastando todo.

- No todo. Nunca nos moriremos de hambre. Además, él ganó el dinero. Déjale que se lo gaste.

- Pero es una obsesión..., es una fantasía.

- Ya basta, Clissa. No es asunto nuestro.

- Al menos, dime una cosa. Supón que tu padre muriera mañana, y tú te hicieras cargo de todo. ¿Qué sucedería con la torre?

Manuel fijó las coordenadas para el salto en transmat hasta Nueva York.

- Al día siguiente, detendría los trabajos - concluyó -. Pero si se lo dices a él, te mato. Venga, sube. Nos vamos.

11.40, Nueva York. Ya mediaba la mañana, y sólo llevaba despierto cuarenta apresurados minutos, después de levantarse a las ocho. Ése era uno de los pequeños problemas de la sociedad transmat: si saltabas de oeste a este, perdías constantemente fragmentos de tiempo por agujeros invisibles en los bolsillos.

Naturalmente, la cosa quedaba compensada cuando viajabas en dirección contraria. En el verano del 16, el día anterior a su boda, Manuel y algunos de sus amigos del Grupo Espectro habían hecho retroceder el amanecer recorriendo el mundo en dirección oeste. Empezaron a las 06.00 del sábado en el Coto de Caza de Amboseli, con el sol saliendo tras el Kilimanjaro. Desde allí viajaron a Kinshasa, Accra, Rio, Caracas, Veracruz, Albuquerque, Los Angeles, Honolulu, Auckland, Brisbane, Singapur, Pnom Penh, Calcuta y La Meca. En el mundo transmat no se necesitaban visados ni pasaportes. Disponiendo del viaje instantáneo, tales cosas habrían sido absurdas. El sol se desplazaba con lentitud, como siempre, a pocos miles de kilómetros por hora. Los viajeros no sufrían tal inconveniente. Aunque se detenían quince minutos aquí, veinte minutos allá, tomando un cóctel o bebiendo un flotador, compraban pequeños recuerdos, visitaban famosos monumentos de la antigüedad, ganando tiempo constantemente, se adentraban cada vez más en la noche anterior, adelantando al sol mientras recorrían el globo. Y llegaron a la noche del viernes. Por supuesto, perdieron todo lo que habían ganado cuando cruzaron la línea de cambio de fecha, y cayeron en la tarde del sábado. Pero ahogaron la pérdida en más copas mientras seguían viajando hacia el oeste. Y cuando volvieron al Kilimanjaro, no eran aún las once de la misma mañana de sábado en que habían partido, aunque habían vivido un viernes y medio.

El transmat permitía hacer tales cosas. Además, calculando cuidadosamente los saltos, se podían ver una docena de ocasos en un solo día, o pasar toda la vida bajo el brillo de un mediodía eterno. De todos modos, al llegar a Nueva York desde California a las 11.40, Manuel lamentó haber tenido que ceder al transmat aquella parte de la mañana.

Su padre le recibió formalmente en su despacho con una presión en las palmas de las manos, y abrazó a Clissa con algo más de calidez. Leon Spaulding se mantuvo al margen, incómodo. Quenelle estaba junto a la ventana, de espaldas a todos examinando la ciudad. Manuel no se llevaba bien con ella. Por lo general, le desagradaban las amantes de su padre. El viejo las elegía siempre del mismo tipo: labios carnosos, pechos llenos, nalgas grandes, ojos llameantes y redondas caderas. Ganado de campesino.

- Estamos esperando al senador Fearon, a Tom Buckleman y al doctor Vargas - dijo Krug -. Thor nos guiará en la visita a la torre. ¿Qué vas a hacer después, Manuel?

- No había pensado...

- Ve a Duluth. Quiero que aprendas algo sobre las operaciones de aquella planta. Leon, notifica a Duluth que mi hijo llegará a primera hora de la tarde, en visita de inspección.

Spaulding salió. Manuel se encogió de hombros.

- Como quieras, padre.

- Es hora de que tengas más responsabilidades, chico. Hay que desarrollar tus capacidades de dirección. Algún día serás el jefe de todo esto, ¿eh? Algún día, cuando hablen de Krug, se referirán a ti.

- Intentaré estar a la altura de la confianza que pones en mi - dijo Manuel.

Sabia que su locuacidad no engañaba al viejo. Y la exhibición de orgullo paternal por parte del viejo no le engañaba a él. Manuel era consciente de que su padre le despreciaba. Podía verse a través de sus ojos: un derrochador, un eterno juerguista. Contra eso, interponía su propia imagen de sí mismo: sensible, compasivo, demasiado refinado como para luchar con uñas y dientes en el cuadrilátero comercial. Luego le pasó por la mente la imagen, quizá más auténtica, de otro Manuel Krug: vacío, ansioso, idealista, inútil, incompetente. ¿Cuál era el verdadero Manuel? No lo sabía. No lo sabía. Cuanto más envejecía, menos se comprendía a sí mismo.

El senador Fearon salió del transmat.

- Ya conoces a mi hijo Manuel, Henry - le presentó Krug -. El futuro Krug de Krug, el heredero forzoso...

- Han pasado muchos años - dijo Fearon -. ¿Cómo estás, Manuel?

Manuel estrechó la palma fría del político. Consiguió esbozar una sonrisa amistosa.

- Nos conocimos hace cinco años, en Macao - señaló cortésmente -. Usted iba de paso, hacia Ulan Bator.

- Exacto. Exacto. ¡Qué buena memoria! ¡Krug, tienes un buen muchacho! - exclamó Fearon.

- Espera y verás - replicó Krug -. ¡Cuando yo dimita, os demostraré cómo funciona un auténtico constructor de imperios!

Manuel carraspeó y apartó la vista, avergonzado. Algún sentimiento compulsivo de necesidad dinástica obligaba al viejo Krug a fingir que su hijo único era un heredero apropiado para la constelación de empresas que él había fundado o absorbido. Dé ahí su constante muestra de preocupación por el «entrenamiento» de Manuel; de ahí la insistencia pública, abrasiva, reiterativa, de que Manuel le sucedería algún día en la dirección.

Manuel no tenía el menor deseo de tomar el mando del imperio de su padre. Tampoco se creía capaz de hacerlo. No había hecho más que empezar a superar su fase de calavera, buscando a tientas su salida de la frivolidad, igual que otros buscan a tientas la salida del ateísmo. Buscaba un objetivo, un recipiente que contuviera sus ambiciones y habilidades informes. Quizá lo encontrara algún día. Pero dudaba mucho que Empresas Krug fuera ese recipiente.

El viejo lo sabía tan bien como Manuel. En su interior, despreciaba la inutilidad de su hijo, y a veces ese desprecio a floraba. Pero nunca dejaba de fingir que apreciaba las habilidades potenciales de su hijo, su criterio, astucia y capacidad administrativa. Delante de Thor Vigilante, de Leon Spaulding o de cualquiera que quisiese escucharle. Krug narraba una y otra vez las virtudes del heredero forzoso. «Hipocresía autoengañosa - pensó Manuel -. Intenta creerse lo que él mismo sabe condenadamente bien que nunca será cierto. Y no funcionará. No puede funcionar. En realidad, siempre ha tenido más fe en su amigo androide, Thor, que en su propio hijo. Y con razón, además. ¿Por qué no preferir a un androide con talento en vez de a un hijo inútil? Al fin y al cabo, nos dio vida a los dos, ¿no? Pues que se quede con la compañía de Thor Vigilante.»

Los demás miembros del grupo estaban llegando. Krug les guió hacia las hileras de transmats.

- A la torre - exclamó -. ¡A la torre!

11.10, la torre. De cualquier manera, había recuperado casi una hora de lo perdido por la mañana con el salto de un huso horario hacia el oeste partiendo desde Nueva York. Pero podría haber prescindido del viaje. Ya era bastante malo soportar el frío otoño ártico, obligándose a admirar la absurda torre de su padre - la Pirámide de Krug, como Manuel la llamaba en privado -, y encima llegó el asunto del bloque que aplastó a algunos androides. Un incidente desagradable.

Clissa se puso casi histérica.

- No mires - le dijo Manuel, estrechándola entre unos brazos que querían ser protectores mientras la pantalla del centro de control mostraba la escena del levantamiento del bloque sobre los cadáveres -. Un sedante, rápido - pidió a Spaulding.

El ectógeno le encontró un tubo de algo. Manuel apretó la embocadura contra el brazo de Clissa, y lo activó. La droga atravesó su piel en un suave chorro ultrasónico.

- ¿Han muerto? - preguntó la chica, todavía desviando la mirada.

- Eso parece. Probablemente haya sobrevivido uno. Los demás ni siquiera supieron qué les golpeó.

- Pobre gente.

- No son gente - indicó Leon Spaulding -. Son androides. Sólo androides.

Clissa levantó la cabeza.

- ¡Los androides son personas! - estalló -. ¡No quiero volver a oír nada por el estilo! ¿Acaso no tienen nombres, sueños, personalidades...?

- Clissa - dijo suavemente Manuel.

- ...ambiciones - siguió ella -. Claro que son personas. Unas cuantas personas acaban de morir bajo ese bloque. ¿Y cómo puedes decir lo contrario? Tú menos que nadie...

- ¡Clissa! - exclamó Manuel, angustiado.

Spaulding estaba rígido, los ojos le brillaban de rabia. El ectógeno parecía temblar al borde de un ataque de ira, pero su estricta disciplina le ayudó a contenerse.

- Lo siento - murmuró Clissa, mirando al suelo -. No quería insultarte, Leon. Yo..., yo... Oh, Dios, Manuel, ¿por qué ha tenido que suceder esto?

Empezó a sollozar de nuevo. Manuel hizo una señal para pedir otro tubo sedativo, pero su padre meneó la cabeza, se adelantó y tiró de Clissa, abrazándola.

Krug acunó a la chica entre sus brazos inmensos, casi aplastándola contra su enorme pecho.

- Calma - dijo -. Calma, calma, calma. Ha sido una cosa terrible, sí, pero no sufrieron. Fue una muerte limpia. Thor cuidará de los heridos, desconectará sus centros de dolor y hará que se sientan mejor. Pobre Clissa, pobre, pobre, pobre, pobre Clissa. Nunca habías visto morir a nadie, ¿verdad? Cuando es tan repentino, parece terrible, lo sé. Lo sé.

La reconfortó con ternura, acariciando su largo pelo sedoso, palmeándole la espalda, besándole las mejillas húmedas. Manuel lo observaba, atónito. Jamás había visto a su padre tan cariñoso.

Pero claro, Clissa era algo especial para el viejo: el instrumento de sucesión dinástica. Se suponía que la chica había de ser la influencia estabilizadora que guiaría a Manuel hacia una aceptación de sus responsabilidades, y además cargaba con la labor de perpetuar el nombre de Krug. Una paradoja: Krug trataba a su nuera con la delicadeza con la que trataría a una frágil muñeca de porcelana, aunque esperaba que pronto surgiera de entre sus piernas un torrente de hijos.

- Lástima que la visita haya terminado así - dijo Krug ahora a sus invitados -. Pero, al menos, ya lo habíamos visto todo antes de que sucediera. Senador, caballeros, les agradezco que hayan venido a ver mi torre. Espero que vuelvan cuando esté un poco más adelantada. Ahora podemos irnos, ¿eh?

Clissa parecía más tranquila. A Manuel le preocupaba que hubiera sido su padre quien consiguió calmarla, y no él.

La tomó del brazo.

- Creo que Clissa y yo deberíamos volver a California - dijo -. Un par de horas juntos en la playa y se encontrará mejor. Nosotros...

- Te esperan esta tarde en Duluth - dijo Krug, inflexible.

- Pero...

- Ordena que los androides de tu casa vengán a buscarla - dijo -. Tú irás a la planta.

Krug dio la espalda a Manuel, despidió a sus invitados e hizo una señal a Leon Spaulding.

- Nueva York. Al despacho superior.

11.38, la torre. Casi todo el mundo se había marchado ya: Krug, Spaulding, Manuel, Quenelle y Vargas, de vuelta a Nueva York; Fearon y Buckleman, a Ginebra; Maledetto, a Los Angeles, y Thor Vigilante en dirección a los androides heridos. Dos de los betas sirvientes de Manuel habían llegado para llevarse a Clissa de vuelta a Mendocino. Justo antes de que entrara en el transmat con ellos, Manuel la abrazó ligeramente y la besó en la mejilla.

- ¿Cuándo vendrás? - le preguntó ella.

- A primera hora de la noche, supongo. Creo que tenemos una cita en Hong Kong. Volveré a tiempo de vestirme para cenar.

- ¿Por qué no antes?

- Tengo que ir a Duluth. La planta de androides.

- Líbrate del compromiso.

- No puedo. Ya le has oído. Además, el viejo tiene razón: va siendo hora de que la vea.

- Qué aburrimiento. ¡Pasar la tarde en una fábrica!

- Tengo que hacerlo. Duerme bien, Clissa. Cuando despiertes, quiero que hayas olvidado esa cosa horrible que ha sucedido. ¿Quieres que te programe una secuencia de borrado?

- Sabes que no me gusta que jueguen con mi memoria, Manuel.

- Si. Lo siento. Será mejor que te marches ya.

- Te quiero - dijo ella

- Te quiero - le respondió

Hizo una señal de asentimiento a los androides, que la tomaron por los brazos y la guiaron al transmat.

Se quedó solo, a excepción de un par de betas desconocidos que habían llegado para encargarse del centro de control durante la ausencia de Vigilante. Pasó entre ellos para dirigirse al despacho privado de Vigilante, en la parte trasera de la cúpula. Cerró la puerta y rozó ligeramente la entrada del teléfono. La pantalla se iluminó. Manuel pulsó los números de llamada de un código desmodulador, y la pantalla le respondió con el dibujo abstracto que indicaba que su intimidad estaba garantizada. Luego tecleó el número de Lilith Meson, alfa, en el distrito androide de Estocolmo.

La imagen de Lilith brilló en la pantalla: una mujer de rasgos elegantes, con lustroso pelo negro azulado, nariz de puente alto y ojos color platino. Tenía una sonrisa deslumbrante.

- ¿Manuel? ¿Desde dónde llamas? - preguntó.

- Desde la torre. Voy a llegar tarde.

- ¿Muy tarde?

- Dos o tres horas.

- Me marchitaré. Me apagaré.

- No puedo evitarlo, Lilith. Su majestad me ordena visitar la planta de androides de Duluth. Tengo que ir.

- ¿Incluso aunque haya redistribuido los turnos de toda una semana para estar contigo esta noche?

- Eso no puedo decírselo - respondió Manuel -. Mira, no serán más que unas horas. ¿Podrás perdonarme?

- ¿Qué otra cosa puedo hacer? Pero qué aburrimiento, ir a husmear en cubas, cuando podrías...

- Ya se sabe que nobleza obliga. Además, me ha entrado curiosidad sobre los hechos de la vida androide desde que tú y yo..., desde que nosotros... ¿Sabes que nunca he estado en el interior de una de las plantas?

- ¿Nunca?

- Nunca. Ni siquiera me interesaba. Sigue sin interesarme, excepto por un aspecto especial: tengo la oportunidad de averiguar qué clase de cosas hay bajo tu adorable piel escarlata. Tengo la oportunidad de ver cómo Sintéticas Krug hace Lilitis por destilación.

- ¿Estás seguro de que quieres ir? - preguntó ella, dejando que su voz adquiriese los tonos bajos de un violoncelo.

- Quiero saber todo lo posible sobre ti - afirmó Manuel -. Para bien o para mal. Así que perdóname si llego tarde, ¿de acuerdo? Estaré tomando una lección de Lilitis en Duluth.

- Te quiero - dijo Alfa Lilitis Meson al hijo de Simeon Krug.

11:58, Duluth. La principal planta terrestre de Sintéticas Krug, Ltda. - había otras cuatro, en otros tantos continentes, y muchas plantas fuera del planeta - ocupaba un enorme edificio de una manzana, que media casi un kilómetro de largo, junto a la orilla del Lago Superior. Dentro de ese edificio, operando virtualmente como provincias independientes, estaban los laboratorios que formaban las etapas del camino para la creación de vida sintética.

Ahora Manuel recorría esas etapas del camino como un procónsul visitante, y calibraba el trabajo de los subalternos. Viajaba en un coche burbuja afelpado, tan seductoramente confortable como un vientre, que se deslizaba sobre una pista de fluido que recorría todo el largo del edificio, muy por encima del suelo, donde tenían lugar las operaciones. En el coche, junto a él, viajaba el supervisor humano de la fábrica, un hombre de unos cuarenta años, pulcro y elegante, llamado Nolan Bompensiero, que además era uno de los hombres clave en los dominios de Krug. Se sentaba tenso y rígido, obviamente temeroso de cualquier señal de disgusto por parte de Manuel. No sospechaba hasta qué punto detestaba Manuel aquel trabajo, lo aburrido que estaba, la poca intención que tenía de esgrimir el poder para causar problemas a los empleados de su padre. Manuel no tenía sitio en la cabeza para otra cosa que no fuera Lilitis. «En este lugar nació Lilitis - pensaba - . Así fue como nació Lilitis.»

En cada sección de la fábrica, un alfa - el supervisor de la sección - entraba en el coche, y viajaba con Manuel y Bompensiero hasta el límite de su zona de responsabilidad. La mayor parte del trabajo de la planta estaba bajo la dirección de alfas. En toda la gigantesca instalación, no trabajaban más de media docena de humanos. Cada alfa parecía tan nervioso como el mismo Bompensiero.

Manuel cruzó primero las habitaciones donde se sintetizaban los nucleótidos energizados que constituían el ADN, el ladrillo básico de la vida. De mala gana, prestó algo de atención a la breve perorata nerviosa de Bompensiero, concentrándose sólo en alguna frase concreta.

-...agua, amoníaco, metano, cianuro hidrogenado y otros productos químicos... Utilizamos una descarga eléctrica para estimular la formación de grupos orgánicos complejos... La adición de fósforo...

»...un proceso sencillo, casi primitivo, ¿no cree? Está en la línea del experimento clásico de Miller, en 1952..., aquí mismo, ciencia medieval...

»...el ADN determina la estructura de las proteínas en la célula. La célula viva estándar requiere cientos de proteínas, casi todas actúan como enzimas, catalizadores biológicos...

»...una proteína estándar es una cadena molecular que contiene unas doscientas subunidades de aminoácidos, unidos en una secuencia específica...

»...el código de cada proteína lo transporta un solo gen, que es una zona particular en la molécula lineal de ADN... Pero claro, ya debe de saber todo esto, disculpe que le explique cosas tan elementales, disculpe, sólo quería...

- Por supuesto - respondió Manuel.

- Y aquí, en estas cubas, hacemos los nucleótidos y los unimos para formar dinucleótidos, que luego encadenamos para formar el ADN, al ácido nucleico que determina la composición del...

¿Lilitis salió de esas cubas? ¿Lilitis salió de ese apestoso brebaje químico?

El coche avanzaba con lentitud. Un supervisor alfa se marchó. Subió otro alfa, inclinándose rígidamente, con una sonrisa agarrotada.

- Diseñamos las plantillas de ADN, los planos de la forma de vida que queremos crear - siguió Bompensiero -, pero luego hay que conseguir que la materia viviente se autoduplique. Evidentemente, no podemos construir un androide célula a célula. Hay que llegar a lo que llamamos etapa de despegue. Pero claro, usted ya sabe que el ADN no interviene directamente en la síntesis de proteínas, que es otro ácido nucleico el que actúa como intermediario, el ARN, que puede ser codificado para transportar los mensajes genéticos del ADN...

»...el código lo forman cuatro bases de subunidades químicas, dispuestas en diferentes combinaciones: adenina, guanina, uracilo, citosina...

»...en estas cubas... casi se puede imaginar la formación de las cadenas... el ARN transmite las instrucciones de ADN..., la síntesis proteica la conducen unas partículas celulares llamadas ribosomas, que son mitad proteína y mitad ARN..., adenina, guanina, uracilo, citosina... El código de cada proteína lo transporta un solo gen, y el código, inscrito en el ARN mensajero, adquiere la forma de una serie de tercetos de las cuatro bases de ARN... ¿Me sigue?

- Si, claro - dijo Manuel, que vio a Lilith nadando en las cubas.

- Así. Adenina, adenina, citosina. Citosina, citosina, guanina. Uracil, uracil, guanina. ACC, CCG, UUG... Es casi litúrgico ¿verdad, señor Krug? Tenemos sesenta y cuatro combinaciones de bases de ARN con los que podemos especificar los veinte aminoácidos... ¡Un vocabulario muy adecuado para nuestro objetivo! Podría recitarle la lista entera mientras atravesamos esta sala, AAA, AAG, AAC, AAU, AGA, AGG, AGC, AGU, ACA...

El alfa que viajaba con ellos en aquel momento carraspeó fuertemente, y, doblándose por la cintura, hizo una mueca.

- ¿Sí? - inquirió Bompensiero.

- Un espasmo repentino - explicó el alfa -. Dificultades de digestión. Discúlpenme.

Bompensiero volvió a concentrarse en Manuel.

- Bueno, no hace falta repasar toda la secuencia. Así que ya ve, unimos las proteínas construyendo moléculas vivientes exactamente como sucede en la naturaleza, excepto por el hecho de que en la naturaleza el proceso lo provoca la fusión de gametos sexuales, mientras que aquí sintetizamos los ladrillos genéticos. Seguimos la pauta genética humana, pero, si quisiéramos, podríamos sintetizar cerdos, sapos, caballos, proteoides centaurinos, cualquier forma de vida que eligiéramos. ¡Elegimos nuestro código, organizamos nuestro ARN, y allá vamos! ¡El producto final sale exactamente como deseábamos!

- Por supuesto - intervino el alfa -, no seguimos el código genético humano en todos sus aspectos.

Bompensiero asintió rápidamente.

- Mi amigo ha señalado un punto vital. Durante los primeros días de la síntesis de androides, su padre decidió que, por razones sociológicas obvias, los androides debían ser instantáneamente identificables como creaciones sintéticas. Así que introdujimos ciertas modificaciones genéticas. La piel roja, la ausencia de vello corporal, la textura de piel característica, todo eso se hizo principalmente para propósitos de identificación. Luego están las modificaciones programadas para una mayor eficacia corporal. Si podemos representar el papel de dioses, ¿por qué no hacerlo perfecto?

- ¿Por qué no? - dijo Manuel.

- Entonces, fuera apéndice. Reorganización de la estructura ósea de la espalda y la pelvis para eliminar todos los problemas que nos causa nuestra propia construcción defectuosa. Agudización de los sentidos. Programación del equilibrio óptimo entre grasa y

músculo, en función de la estética física, la resistencia, la habilidad y los reflejos. ¿Por qué hacer androides feos o perezosos o torpes?

- ¿Diría usted que los androides son superiores al ser humano normal? - preguntó Manuel fingiendo indiferencia.

Bompensiero parecía intranquilo. Titubeó, como si intentara calibrar todos los impactos políticos de la respuesta, y sin saber cuál sería la postura de Manuel en el polémico tema de los derechos civiles de los androides.

- Creo que su superioridad física resulta indudable - dijo al fin -. Nosotros los hemos programado desde el momento de su concepción para que sean fuertes, atractivos y sanos. En cierto modo, es lo mismo que hemos hecho durante las dos últimas generaciones con los seres humanos, pero no tenemos el mismo grado de control, o al menos no hemos intentado obtenerlo, por las objeciones humanísticas, la oposición de los eliminacionistas y todo eso. De todos modos, si consideramos que los androides son estériles, que la inteligencia de la mayoría de ellos es bastante baja, que incluso los alfas han demostrado (discúlpame, amigo mío) relativamente poca habilidad creativa...

- Sí - respondió Manuel -. Claro. - Señaló hacia el lejano suelo -. ¿Qué están haciendo ahí abajo?

- Ésas son las cubas de reproducción - dijo Bompensiero -. Ahí es donde las cadenas de materia nucleica básica sufren la división y la extensión. Cada cuba contiene una sopa de cigotos recién concebidos en la etapa de despegue, producidos por nuestros procedimientos de síntesis de proteínas, en vez de por el proceso sexual de unión de gametos naturales. ¿Me explico?

- Bastante bien - respondió Manuel.

Observaba fascinado el inmóvil fluido rosa de los grandes tanques circulares. Imaginó que podía ver pequeñas motas de materia viviente en ellas. Una ilusión, lo sabía.

El coche siguió avanzando en silencio.

- Estas son las cámaras de crianza - explicó Bompensiero cuando entraron en la siguiente sección.

Al mirar hacia abajo, vieron hileras de brillantes bóvedas metálicas, unidas por una intrincada telaraña de tubos.

- En esencia, son vientres artificiales. En cada uno hay una docena de embriones, inmersos en una solución de nutrientes. Aquí, en Duluth, producimos alfas, betas y gammas, todos los androides posibles. Las diferencias cualitativas entre los tres niveles se incluyen durante el primer proceso de síntesis, pero también les proporcionamos diferentes valores nutricionales. Abajo, a la izquierda, están las cámaras de los alfas. A la derecha están las de los betas. Y la sala siguiente está dedicada por completo a los gammas.

- ¿Cuál es la curva de distribución?

- Un alfa por cada cien betas por cada mil gammas. Su padre marcó las proporciones desde el principio, y nunca han sido alteradas. La distribución encaja perfectamente con las necesidades humanas.

- Mi padre es un hombre muy previsor - replicó Manuel con vaguedad.

Se preguntó cómo sería el mundo actual si el cártel Krug no le hubiera dado los androides. Quizá no muy diferente. En vez de una pequeña elite humana, culturalmente homogénea, servida por computadoras, robots mecánicos y hordas de androides complacientes, habría una pequeña elite humana, culturalmente homogénea, servida sólo por computadoras y robots mecánicos. En cualquier caso, el hombre del siglo XXIII tendría una vida fácil y cómoda.

Ciertas tendencias determinantes se habían establecido en los últimos siglos, mucho antes de que el primer y torpe androide saliera de su cuba. Para empezar, a finales del siglo XX, tuvo lugar el enorme descenso de la población humana. La guerra y la anarquía general habían acabado con cientos de millones de civiles en Asia y en África. El hambre

asoló estos continentes, así como Sudamérica y el Oriente Próximo. En los países desarrollados, las presiones sociales y los anticonceptivos infalibles habían producido el mismo efecto. En menos de dos generaciones, el crecimiento de la población cesó y bajó en picado. La erosión y la desaparición casi absoluta del proletariado fue una consecuencia sin precedentes en la historia. Como fuera que el descenso de la población vino acompañado por la sustitución del hombre por la máquina en casi todas las formas de trabajo humildes, y en algunos no tan humildes, se fomentó la no reproducción entre aquellos que carecían de habilidades útiles para la nueva sociedad. Rechazados, desalentados, desplazados, el número de los ineducados y los ineducables fue menguando de generación en generación; a este proceso darwiniano contribuyeron, primero sutil, luego abiertamente, funcionarios públicos bienintencionados que se encargaron de que las ventajas de la anticoncepción no estuvieran fuera del alcance de ningún ciudadano. Para cuando las masas fueron una minoría, las leyes genéticas ya habían reforzado la tendencia. Los inadaptados no podían reproducirse en absoluto. Los que simplemente estaban a la altura de la norma, podían tener dos hijos por pareja, pero no más. Sólo los que superaban la norma podían contribuir a la reserva humana del mundo. De esta manera, la población permaneció estable. De esta manera, los inteligentes heredaron la Tierra.

La reestructuración de la sociedad tuvo carácter mundial. La llegada del viaje transmat había convertido el orbe en una aldea. Y los habitantes de esa aldea hablaban el mismo idioma y pensaban de la misma manera. Cultural y genéticamente, tendían al mestizaje. Aquí y allá se mantenían reductos puros como atracción turística, pero, a finales del siglo XXI, había pocas diferencias de aspecto físico, actitud o cultura entre los ciudadanos de Karachi, El Cairo, Minneápolis, Atenas, Addis Abeba, Rangún, Pekin, Canberra y Novosibirsk. El transmat también hizo absurdas las diferencias nacionales, y los antiguos conceptos de soberanía se disolvieron.

Pero este colosal cataclismo social, que conllevó ocio, elegancia y comodidad universales, había acarreado también una escasez de mano de obra inmensa y permanente. Los robots dirigidos por computadora habían demostrado no ser adecuados para muchas tareas: eran excelentes barrenderos para las calles y trabajadores para las fábricas, pero no resultaban tan útiles como mayordomos, canguros, cocineros o jardineros. Construiremos robots mejores, dijeron algunos. Pero otros soñaban con humanos sintéticos que solucionaran sus necesidades. La ectogénesis, la crianza artificial de embriones fuera del vientre, la incubación de bebés a partir de óvulos y esperma almacenados, era una realidad desde hacía tiempo, sobre todo por comodidad para las mujeres que no querían que sus genes se perdieran en el olvido, pero tampoco soportar todos los riesgos y cargas del embarazo. Los ectógenos, nacidos de hombre y mujer eran de un origen demasiado humano para ser utilizados como herramientas; pero ¿por qué no llevar el proceso un paso más allá, y manufacturar androides?

Krug lo había conseguido. Había ofrecido al mundo humanos sintéticos - mucho más versátiles que los robots -, longevos, con personalidades complejas, y completamente subordinados a las necesidades humanas. Se compraban, no se contrataban; y, por consenso general, la ley los consideraba propiedades, no personas. En resumen, eran esclavos. A veces, Manuel pensaba que habría sido más sencillo arreglárselas con robots. Los robots eran cosas en las que se podía pensar como en cosas y tratar como cosas. Pero los androides tenían una apariencia incómodamente similar a la de las personas, por lo que quizá no se conformaran por siempre con su estatus de cosas.

El coche se deslizó sala tras sala por las cámaras de crianza, silenciosas, oscuras, vacías a excepción de unos cuantos monitores androides. Cada nuevo androide pasaba los dos primeros años de su vida sellado en una de esas cámaras, según informó Bompensiero, y las salas que atravesaban contenían lotes sucesivos que iban desde las pocas semanas a más de veinte meses de edad. En algunas salas, las cámaras estaban

abiertas; escuadrillas de técnicos beta las preparaban para recibir nuevas infusiones de cigotos en el nivel de despegue.

- En esta sala - dijo Bompensiero, muchos compartimentos más adelante -, tenemos un grupo de androides maduros a punto de «nacer». ¿Quiere descender a la zona del suelo para observar la decantación de cerca?

Manuel asintió.

Bompensiero pulsó un interruptor. Lentamente, el coche se salió de la pista y bajó por una rampa. Al llegar abajo, se apearon. Manuel vio un ejército de gammas agrupados en torno a una de las cámaras de crianza. Los androides del interior llevaban ahora unos veinte minutos respirando aire por primera vez en sus vidas. Se estaban abriendo las escotillas de la cámara.

- Es ahí. Acérquese más, señor Krug, acérquese más.

La cámara estaba abierta. Manuel echó un vistazo hacia el interior.

Vio una docena de androides adultos, seis varones y seis hembras, caídos en el suelo metálico. Tenían las bocas abiertas, los ojos inexpresivos, sus brazos y piernas se movían débilmente. Parecían indefensos, vacíos, vulnerables. «Lilith - pensó -. ¡Lilith!»

- En los dos años que transcurren entre el despegue y la decantación - susurró Bompensiero a su lado -, el androide alcanza la plena madurez física, un proceso que en los humanos dura de trece a quince años. Es otra de las modificaciones genéticas introducidas por su padre, en interés de la economía. Aquí no producimos androides infantiles.

- He oído en alguna parte - dijo Manuel -, que diseñamos una línea de bebés androides, para ser criados como sustitutos por mujeres humanas que no podían...

- ¡Por favor! - le interrumpió bruscamente Bompensiero -. No discutimos... - Se detuvo en seco, como si acabara de recordar a quién estaba amonestando -. Sé muy poco sobre ese tema - prosiguió, en un tono más moderado -. En esta planta no efectuamos ese tipo de operaciones.

Los gammas estaban sacando a la docena de androides recién nacidos, para llevarlos a máquinas asombrosas, mitad sillas de ruedas, mitad traje blindado. Los varones eran esbeltos y musculosos, las mujeres delgadas y con pechos altos; pero su falta de inteligencia tenía algo de repugnante. Completamente pasivos, carentes de alma, los androides húmedos y desnudos no reaccionaban de ninguna manera al ser encerrados de uno en uno en aquellos receptáculos metálicos. Sólo sus rostros siguieron siendo visibles, mirando inexpresivos a través de los visores transparentes.

- Aún no pueden utilizar los músculos - explicó Bompensiero -. No saben mantenerse en pie, ni caminar, ni hacer nada. Estas máquinas de entrenamiento estimularán el desarrollo muscular. Dentro de un mes, los androides podrán arreglárselas físicamente. Ahora, si volvemos al coche...

- Estos androides que he visto - le interrumpió Manuel - son gammas, claro...

- Alfas.

Manuel estaba conmocionado.

- Pero parecían tan... tan... - le faltaban las palabras - estúpidos.

- Son recién nacidos - señaló Bompensiero -. ¿Cree que deberían salir de las cámaras de crianza ya preparados para manejar un ordenador?

Volvieron al coche.

«¡Lilith!»

Manuel vio androides jóvenes que daban sus primeros pasos titubeantes, que tropezaban y se reían, y volvían a ponerse de pie, haciéndolo mejor la segunda vez. Visitó una clase donde la asignatura que se estaba impartiendo era el control de los esfínteres. Vio a betas adormecidos, que sufrían impronta de personalidad: se estaba grabando un alma en cada mente informe. Le entregaron un casco y escuchó la grabación del lenguaje. Según le dijeron, la educación de un androide duraba un año en el caso de los

gammas, dos para los betas y cuatro para un alfa. Por tanto, el tiempo máximo necesario para que un androide alcanzara la plena madurez era de seis años a partir del momento de la concepción. Hasta entonces. Manuel no había apreciado nunca la rapidez con que se desarrollaba todo. De alguna manera, este nuevo conocimiento hacía que los androides le parecieran mucho menos humanos. Manuel se dio cuenta de que Thor Vigilante, el afable, autoritario, eficaz Thor Vigilante, debía de tener nueve o diez años. Y la adorable Lilith Meson tendría..., ¿cuántos? ¿Siete? ¿Ocho?

De pronto, Manuel sintió una necesidad terrible de huir de aquel lugar.

- Tenemos un grupo de betas a punto de salir de la fábrica - dijo Bompensiero -. Están pasando por la revisión definitiva, con exámenes de precisión lingüística, coordinación, respuesta motriz, ajustes metabólicos y otros muchos aspectos. Quizá le gustaría inspeccionarlos personalmente...

- No - replicó Manuel -. Ha sido fascinante. Pero ya le he robado demasiado tiempo, y tengo una cita en otro lugar, así que debo marcharme...

Bompensiero no pareció que sintiera demasiado librarse de él.

- Como quiera - respondió servicialmente -. Seguiremos a su servicio si en cualquier otro momento decide visitarnos de nuevo, por supuesto...

- ¿Dónde está el cubículo transmat, por favor?

22.41, Estocolmo. Al saltar en dirección oeste hacia Europa, Manuel perdió el resto del día. Una noche oscura y gélida había llegado allí. Las estrellas brillaban, y un viento con aguanieve agitaba la superficie del Mälaren.

Para eliminar cualquier posibilidad de que le siguieran, había saltado al cubículo transmat público del vestíbulo del maravilloso y antiguo Grand Hotel. Ahora, tiritando, caminaba rápidamente en la penumbra otoñal hacia otro cubículo, situado en el exterior de la gran masa gris que era la Royal Opera; puso el pulgar en el dispositivo de carga, y adquirió un viaje hacia la zona de Estocolmo bañada por el Báltico. Apareció en el venerable distrito residencial de Ostermalm. Ahora era un barrio de androides. Caminó apresuradamente por Birger Jarlsgate, hacia el otrora espléndido edificio de apartamentos del siglo XIX donde vivía Lilith. Se detuvo fuera, y miró cautelosamente a su alrededor. Vio que las calles estaban desiertas, y entró presuroso en el edificio. El robot del vestíbulo le examinó y le preguntó con voz ronca su objetivo en el apartamento.

- Visitar a Lilith Meson, alfa - dijo Manuel.

El robot no puso ninguna objeción. Manuel podía elegir entre subir en ascensor o utilizar la escalera. Optó por la escalera. Olores a humedad le persiguieron, y las sombras bailaron junto a él durante todo el ascenso hasta el quinto piso.

Lilith le recibió vestida con una túnica larga, suntuosa, alta en el espectro. No era más que una película monomolecular, así que no ocultaba ningún rasgo de su cuerpo. Ella se adelantó con los brazos extendidos, los labios entreabiertos, los senos agitados por la respiración, susurrando su nombre. Manuel fue hacia ella.

La vio como una mota, a la deriva en un cubo.

La vio como una masa de nucleótidos dividiéndose.

La vio desnuda, y húmeda, y con los ojos vacíos, saliendo a trompicones de la cámara de crianza.

La vio como una cosa, una creación de los hombres.

Cosa. Cosa. Cosa. Cosa. Cosa. Cosa. Cosa.

Lilith.

Hacía cinco meses que la conocía. Eran amantes desde hacía tres. Ella trabajaba para Krug, y Thor Vigilante los había presentado.

Lilith apretó el cuerpo contra el suyo. Él alzó la mano y presionó uno de sus pechos. Lo notó cálido, auténtico, firme a través de la túnica monomolecular. Pasó el pulgar por la punta del pezón, que se endureció y se irguió por la excitación. Auténtico. Auténtico.

Cosa.

La besó. Su lengua se deslizó entre los labios de Lilith. Saboreó el sabor de los productos químicos. Adenina, guanina, citosina, uracilo. Olió el olor de las cubas. Cosa. Cosa. Cosa bella. Cosa en forma de mujer. Muy adecuado el nombre de Lilith. Cosa.

Ella se apartó.

- ¿Estuviste en la fábrica?

- Sí.

- Y descubriste más cosas de las que querías saber sobre los androides.

- No, Lilith.

- Ahora me ves con otros ojos. No puedes evitar el recuerdo de lo que soy en realidad.

- Eso no es cierto - replicó Manuel -. Te quiero, Lilith. Ya sabía antes lo que eras. Y no me importa en absoluto. Te quiero. Te quiero.

- ¿Te apetece una copa? - preguntó ella -. ¿Marihuana? ¿Un narcótico? Pareces agotado.

- Nada - respondió -. Ha sido un día muy largo. Ni siquiera he comido, y me siento como si llevara cuarenta horas levantado. Sólo necesito relajarme, Lilith. Nada de hierba ni de drogas.

Se desabrochó la ropa, y ella le ayudó a quitársela. Luego, Lilith hizo una pirueta ante un doppler; hubo una breve ráfaga de sonido, y su túnica desapareció. Su piel era de un color rojo claro, excepto por el marrón oscuro de los pezones. Tenía los pechos llenos, la cintura fina, las caderas redondeadas en una imposible promesa de fertilidad. Su belleza era inhumanamente impecable. Manuel combatió la sequedad que sentía en la garganta.

- Noté que habías cambiado en cuanto me tocaste - dijo ella con tristeza -. Tu roce era diferente. En el había... ¿miedo...? ¿O quizá repugnancia?

- No.

- Hasta esta noche, yo era algo exótico para ti, pero humana al fin y al cabo, como lo sería un bosquimano o un esquimal. No me creías de una categoría al margen de la raza humana. Ahora te dices a ti mismo que te has enamorado de un montón de productos químicos. Crees que tener un asunto conmigo bien pudiera ser algo enfermizo.

- Basta ya, Lilith, te lo ruego. ¡Todo eso te lo estás imaginando!

- ¿Si?

- Vine aquí. Te besé. Te dije que te quería. Estoy esperando irme a la cama contigo. Quizá estés proyectando tus propios sentimientos de culpabilidad cuando dices...

- Manuel, hace un año, ¿qué habrías dicho de un hombre que admitiera acostarse con una androide?

- Conozco a muchos hombres que...

- ¿Qué habrías dicho de él? ¿Con qué tipo de palabras lo definirías? ¿Qué pensarías de él?

- Nunca me he parado a pensarlo. Esas cosas nunca me habían preocupado.

- Eso es una evasiva. Recuerda, prometimos que nunca jugaríamos a los juegos de mentiras que suele practicar la gente. ¿De acuerdo? No puedes negar que, en muchos niveles sociales, se consideran una perversión las relaciones sexuales entre humanos y androides. Debe de ser la única perversión que queda en el mundo. ¿Estoy en lo cierto? ¿Me responderás?

- Muy bien.

Sus ojos buscaron los de ella. Nunca había conocido a una mujer con los ojos de aquel color.

- La mayoría de los hombres consideran..., bueno, sucio, acostarse con androides. He oído que lo comparan con la masturbación. Como hacerlo con una muñeca de plástico. Cuando oía tales afirmaciones, me parecían expresiones estúpidas del prejuicio antiandroide. Obviamente, yo no albergaba ese tipo de actitudes, o nunca me habría enamorado de ti.

Una parte de su mente canturreaba burlona. «¡Recuerda las cubas! ¡Recuerda las cubas!» Apartó ligeramente la vista, y se concentró en el pómulo de Lilith.

- Juro ante todo el universo, Lilith - continuó, sombrío -, que nunca he pensado que hubiera nada de vergonzoso o sucio en el hecho de amar a una androide. Y repito que, pese a lo que digas haber detectado en mí tras mi visita a la fábrica, sigo sin pensarlo. Para demostrarlo...

La atrajo hacia él. Su mano recorrió la piel sedosa, desde los senos al vientre y a la entrepierna. Los muslos se separaron, y él llevó los dedos hasta el monte de Venus, tan desprovisto de vello como el de una niña, y de pronto se estremeció ante la textura extraña que notaba allí, y se sintió emasculado por ella, aunque antes nunca le había molestado. Tan suave, tan terriblemente suave. Bajó la vista hacia ella, hacia su desnudez. Desnuda, sí, pero no porque se hubiera depilado. En aquella zona, era como una niña. Como... como una androide. Volvió a ver las cubas. Vio a los húmedos alfas escarlata, con sus rostros inexpresivos. Se dijo una y otra vez que amar a una androide no era pecado. Empezó a acariciarla, y ella respondió, como habría respondido una mujer, con lubricación, con ráfagas entrecortadas de aliento, con una presión de los muslos sobre su mano. Le besó los pechos, la estrechó contra él. En aquel momento, le pareció que la imagen brillante de su padre flotaba en el aire ante él, como una columna de fuego. ¡Vaya diablo, el viejo! ¡Qué inteligente al diseñar un producto así! Un producto. Camina, habla, seduce, gime de pasión. Un producto cuyos labios menores se hinchan. ¿Y qué soy yo? Otro producto, ¿no? Una mezcla de productos químicos, distribuidos según una pauta muy parecida... mutatis mutandis, claro. Adenina. Guanina. Citosina. Uracilo. Nacido en una cuba, criado en un vientre..., ¿cuál es la diferencia? Somos de una sola carne. De razas diferentes, pero de una sola carne.

El deseo de poseerla volvió con una fuerza mareante. Giró, se colocó sobre Lilith y entró profundamente en ella. Los talones de ella le golpearon las pantorrillas en el éxtasis. El valle de su sexo palpitaba, agarrándose a él con auténtico frenesí. Ascendieron, subieron, se remontaron.

Luego, todo acabó, y volvieron a la realidad.

- Ha sido despreciable por mi parte - dijo ella.

- ¿El qué?

- La escena que te hice. Intentar decirte lo que creía que tenías en la cabeza.

- Olvídalo, Lilith.

- Tú tenías razón. Supongo que estaba proyectando mis propios celos. Quizá me sienta culpable por ser la amante de un humano. Quizá desee que pienses que soy una cosa hecha de goma. Tal vez, en mi interior, es así como yo me veo.

- No. No.

- No podemos evitarlo; es algo que nos rodea constantemente. Se nos recuerda mil veces al día que no somos auténticos.

- Eres tan auténtica como cualquier humano que yo haya conocido. Más auténtica que algunos. - Más auténtica que Clissa, pensó pero no añadió -. Nunca te había visto así, Lilith. ¿Qué está pasando?

- Tu viaje a la fábrica - dijo ella -. Hasta hoy, siempre había estado segura de que tú eras diferente. Que jamás te había preocupado ni por un momento cómo o dónde nací, ni si estaríamos haciendo algo malo. Pero tenía miedo de que, una vez que vieras la fábrica, el proceso entero con todos sus detalles clínicos, podrías cambiar..., y entonces, cuando llegaste esta noche, había algo en ti, algo escalofriante que nunca te había visto antes... - Se encogió de hombros -. Quizá lo imaginé. Estoy segura de que lo imaginé. No eres como los demás, Manuel, eres un Krug. Eres como un rey. No tienes que labrarte una posición poniendo a los demás por debajo de ti. No divides el mundo en personas y androides. Nunca lo has hecho. Y un simple vistazo a las cubas no iba a cambiar eso.

- Claro que no - dijo con la voz ansiosa que utilizaba siempre que mentía -. Los androides son personas, las personas son personas. Nunca he pensado de otra manera, y nunca lo haré. Y tú eres preciosa. Te quiero muchísimo. Y quienquiera que piense que los androides son una especie de raza inferior, es un loco peligroso.

- ¿Apoyas la plena igualdad de derechos para los androides?

- Por supuesto.

- Te refieres a los androides alfa, ¿no? - dijo ella, traviesa.

- Esto..., bueno...

- Todos los androides deberían ser iguales a los humanos. Pero los alfas deberían ser más iguales que otros.

- Zorra. ¿Ya estás jugando conmigo otra vez?

- Defiendo las prerrogativas de los alfas. ¿Es que un grupo étnico oprimido no puede tener sus propias distinciones internas de clase? Oh, Manuel, te quiero. No me tomes en serio constantemente.

- No puedo evitarlo. No soy tan inteligente como para saber cuándo bromeas. - Le besó los pezones -. Tengo que irme.

- ¡Pero si acabas de llegar!

- Lo siento, de veras.

- Llegaste tarde, y luego perdimos la mitad del tiempo en una discusión estúpida..., ¡quédate una hora más, Manuel!

- Tengo una esposa que me espera en California - dijo -. El mundo real interviene de vez en cuando.

- ¿Cuándo volveré a verte?

- Pronto. Pronto. Pronto.

- Pasado mañana.

- Me temo que no. Pero pronto. Te llamaré antes.

Se vistió. Las palabras de Lilith le crepitaban en la mente. «No eres como los demás, Manuel... No divides el mundo en personas y androides.» ¿Era cierto? ¿Podía ser cierto? Él le había mentado Alimentaba prejuicios, y la visita a Duluth había abierto la caja de venenos que había en su mente. Pero quizá pudiera pasar por encima de tales cosas mediante un acto de voluntad Se preguntaba si no habría descubierto su vocación aquella noche. ¿Qué diría la gente si el hijo de Simeon Krug abrazara la explosiva causa de la igualdad androide? Manuel, el despilfarrador, el perezoso, el tarambana... ¿convertido en Manuel, el cruzado? Jugó con la idea. Quizá. Quizá. Era una buena oportunidad de librarse del vacío que le marcaba como un estigma. ¡Una causa, una causa, una causa! ¡Una causa, por fin! Quizá, Lilith le siguió hasta la puerta. Volvieron a besarse, y Manuel, los ojos cerrados, acarició su esbeltez. Para su desesperación, la sala de las cubas brilló contra sus párpados, y Nolan Bompensiero volvió a su cerebro, explicándole cómo se enseñaba a los androides recién decantados a controlar sus esfínteres. Dolido, se apartó de Lilith.

- Pronto - dijo -. Te llamaré.

Y se marchó.

16.44, California. Salió del cubículo transmat al suelo de baldosas del patio interior de su casa. El sol de la tarde se ponía en el Pacífico. Tres de sus androides se acercaron a él, para llevarle ropa limpia, una tableta refrescante y un periódico.

- ¿Dónde está la señora Krug? - preguntó -. ¿Sigue durmiendo?

- Está en la playa - le dijo el criado beta.

Manuel se cambió rápidamente, se tomó el refrescante y se dirigió a la playa. Clissa estaba a unos cien metros, y nadaba entre las olas. Tres aves zancudas trazaban perezosos círculos en torno a ella, y Clissa las llamaba, riendo y palmoteando. No advirtió la presencia de Manuel. Después de la voluptuosidad de Lilith, parecía casi perversamente inmadura: caderas estrechas, nalgas planas de chiquillo, los pechos de

una niña de doce años. El oscuro triángulo de vello en la base de su vientre parecía incongruente, inadecuado. «Me caso con niñas y me acuesto con mujeres de plástico», pensó.

- ¿Clissa? - llamó.

Ella se dio la vuelta.

- ¡Oh! ¡Me has asustado!

- ¿Pasándolo bien en el océano? ¿No está muy fría para ti el agua?

- Nunca está demasiado fría para mi. Ya lo sabes, Manuel. ¿Te divertiste en la fábrica de androides?

- Fue interesante - respondió -. ¿Y tú? Ya veo que te encuentras mejor.

- ¿Mejor? ¿Estaba enferma?

La miró, extrañado.

- Esta mañana... cuando estábamos en la torre..., bueno, parecías muy disgustada...

- ¡Ah, eso! Casi se me había olvidado. Dios, fue terrible ¿verdad? ¿Tienes hora, Manuel?

- Las 16.48, minuto más o menos.

- Entonces, será mejor que me vista pronto. Tenemos que estar temprano en Hong Kong para la cena.

Él admiraba su habilidad para superar los traumas.

- Aún no es mediodía en Hong Kong - dijo -. No hay prisa.

- Bueno, ¿por qué no te bañas conmigo? El agua no está tan fría como crees. Oh... - Hizo una pausa -, todavía no me has dado mi beso de hola.

- Hola - dijo él.

- Hola. Te quiero.

- Te quiero.

Besarla era como besar el alabastro. Aún sentía el sabor de Lilith en los labios. Se preguntó cuál era la mujer apasionada vital, y cuál la cosa fría y artificial. Al abrazar a su esposa, no sentía absolutamente nada. La soltó. Ella le agarró por la cintura y le obligó a seguirla hacia las olas. Nadaron un rato, y salieron del agua helados y temblorosos.

Al anochecer, tomaron un cóctel juntos en el patio interior

- Pareces muy distante - dijo ella -. Son todos esos saltos transmat. Nos afectan más de lo que creen los médicos.

Para la fiesta de aquella noche, sólo se puso una joya, un collar de cuentas cristalinas en forma de pera, color hollín. Una sonda de Empresas Krug había recogido aquellos fragmentos de materia a 7,5 años luz de la Tierra, en la periferia de la moribunda y cenicienta Estrella Volker. Krug se los había dado como regalo de boda. ¿Qué otra mujer podía llevar un collar hecho de pedazos de una estrella oscura? Pero, en el círculo social de Clissa, los milagros eran algo que se daba por hecho. Ninguno de sus compañeros de cena pareció fijarse en el collar.

Manuel y Clissa se quedaron en la fiesta hasta bien pasada la medianoche, hora de Hong Kong. Así que, cuando volvieron a Mendocino, California, la mañana ya estaba muy avanzada. Se programaron ocho horas de sueño y sellaron el dormitorio. Manuel le había perdido el rastro a la secuencia temporal, pero sospechaba que llevaba más de veinticuatro horas seguidas despierto. Pensó que, a veces, la vida transmat se escapaba de las manos, y corrió un velo sobre el día.

18 de octubre de 2218. La torre mide ya 280 metros, y el crecimiento es perceptible a cada hora que pasa. Durante el día, brilla incluso bajo la escasa luz del Ártico, y parece una lanza relampagueante que alguien hubiera clavado en la tundra. De noche es aún

más deslumbrante, porque refleja la miríada de luces de las placas reflectoras, a un kilómetro de altura, bajo cuya luz trabajan los turnos de noche.

Su auténtica belleza aún está por llegar. Lo que se ha construido hasta ahora no es más que la base, necesariamente ancha y de muros gruesos. Los planos de Justin Maledetto exigen una torre elegantemente ahusada, un esbelto obelisco de cristal que arañe la estratosfera, y la línea del huso empieza a aparecer a la vista. De ahora en adelante la estructura se contraerá para adquirir una asombrosa delicadeza.

Aunque sólo mide la quinta parte de su altura total, la torre de Krug es ya la estructura más alta de los Territorios del Noroeste, y al norte del sexto paralelo sólo la superan el Edificio Chase/Krug, en Fairbanks, de 320 metros, y la vieja Aguja Kotzebue, con sus vistas al Estrecho de Bering y sus 300 metros. En un par de días, se sobrepasará la altura de la Aguja, y poco más adelante la del Chase/Krug. Para finales de noviembre, con sus 500 metros, la torre será el edificio más alto del sistema solar. Incluso entonces, apenas habrá alcanzado la tercera parte de su altura total.

Los operarios androides trabajan con ritmo y fluidez. A excepción del desdichado incidente de septiembre, no ha habido accidentes fatales. La técnica de sujetar los grandes bloques de cristal a los asideros de las grúas y guiarlos hasta la cima de la torre se ha convertido en una segunda naturaleza para todos. En los ocho lados los bloques son elevados, colocados en su lugar y encajados en la torre, mientras la siguiente serie de bloques ya está colocada en las grúas.

La torre ya no es una cáscara vacía. El trabajo ha comenzado en el interior de la construcción: el albergue para el intrincado equipo de comunicaciones, el rayo de taquiones con el que se enviarán mensajes, a velocidades muy superiores a la de la luz, a la nebulosa planetaria NGC 7293. El diseño de Justin Maledetto exigía divisiones horizontales cada veinte metros, excepto en cinco zonas de la torre, donde el tamaño de los módulos del equipo de comunicaciones requerirían que los suelos estuviesen situados a intervalos de sesenta metros. Ya se habían construido parcialmente las cinco particiones bajas, y se habían colocado las vigas para la sexta, la séptima y la octava. Los suelos de la torre están hechos del mismo cristal claro que se utiliza en la pared exterior. Nada debe empañar la transparencia del edificio. Maledetto insiste en ello por razones estéticas. Los manipuladores del rayo de taquiones tienen razones científicas para compartir la preocupación del arquitecto por el paso libre de luz.

Al ver la torre inacabada, a una distancia de un kilómetro, uno la creería frágil y vulnerable. Uno vería los brillantes rayos del sol matutino que danzaban y saltaban a través de las paredes, como si cruzaran las aguas de un lago tranquilo y cristalino. Uno podría distinguir las pequeñas figuras oscuras de los androides, moviéndose como hormigas por las particiones interiores, que resultan casi invisibles. Uno siente que una ráfaga repentina, proveniente de la Bahía de Hudson, podría hacer añicos la torre en un instante. Sólo cuando uno se acerca, cuando uno observa que esos suelos invisibles tienen el grosor de la altura de un hombre, cuando uno es consciente de la inmensidad de la piel exterior de la torre, cuando uno puede calcular el inimaginable peso del coloso sobre el suelo helado, deja de pensar en rayos de sol danzarines, y comprende que Simeon Krug está erigiendo la estructura más poderosa en toda la historia de la humanidad.

Krug lo comprendía. Y la idea no le impresionaba especialmente. La torre iba a ser tan grande, no por que lo exigiera su ego, sino porque las ecuaciones de generación de ondas de taquiones se empeñaban en ello. Para llegar al otro lado de la barrera de la velocidad lumínica se necesitaba poder. Y no se conseguía poder sin tamaño.

- Mirad - dijo Krug -, no me interesan los monumentos. Ya tengo monumentos. Lo que quiero es contacto.

Aquella tarde, había llevado a ocho personas hasta la torre: Vargas, Spaulding, Manuel y cinco de los elegantes amigos de éste. Los amigos de Manuel, tratando de dedicarle un cumplido, hablaban de cómo las generaciones futuras reverenciarían la torre por su inmensidad. A Krug no le agradaba la idea. Cuando Niccolo Vargas decía que la torre sería la primera catedral de la era galáctica, estaba bien. Tenía un significado simbólico. Era una manera de decir que la torre era importante porque marcaba el inicio de una nueva fase en la existencia del hombre. Pero ¿alabar la torre sólo porque era grande? ¿Qué clase de alabanza era ésa? ¿Quién necesitaba nada grande? ¿Quién quería nada grande? Sólo la gente pequeña quería cosas grandes.

Le resultaba muy difícil encontrar palabras para explicar su torre.

- Díselo tú, Manuel - pidió -. Explícaselo. La torre no es sólo un enorme montón de cristal. El tamaño no importa. Tú lo comprendes. Tú encuentras palabras.

- El principal problema técnico es enviar un mensaje que viaje más de prisa que la luz - empezó Manuel -. Es necesario, porque el doctor Vargas ha determinado que la civilización galáctica con la que intentamos hablar está a... ¿cuánto...? trescientos años luz. Eso significa que, si les enviamos un mensaje normal por radio, no lo recibirían hasta el siglo veintiséis, y nosotros no obtendríamos respuesta hasta el 2850, y mi padre no puede esperar tanto tiempo para saber lo que tienen que decir. Mi padre es un hombre impaciente. Entonces, para hacer que algo viaje más de prisa que la luz, tenemos que generar algo que recibe el nombre de taquiones. No puedo decirles gran cosa sobre ellos, excepto que viajan muy de prisa y que hace falta un impulso de mil diablos para darles la velocidad adecuada. De ahí la necesidad de construir una torre de transmisión que, sólo incidentalmente, tiene mil quinientos metros de altura, porque...

Krug sacudió la cabeza, airado, mientras Manuel seguía hablando. La voz de su hijo tenía ese tono ligero, burlón, que él tanto detestaba. ¿Por qué el chico no podía tomarse nada en serio? ¿Por qué no podía dejarse llevar por el romanticismo y la maravilla de la torre, de todo el proyecto? ¿Por qué había aquella ironía en su voz? ¿Por qué no iba al corazón de la empresa, a su auténtico significado?

Ese significado estaba terriblemente claro para Krug. ¡Si pudiera formular lo que pensaba...!

»Mirad - diría -, hace mil millones de años no había ni un hombre, sólo un pez. Una cosa resbaladiza con agallas, escamas y ojillos redondos. Vivía en el océano, y el océano era como una cárcel, y el aire era como un tejado encima de la cárcel. Nadie podía atravesar el tejado. «Si lo atraviesas, morirás» decía todo el mundo. Y llegó este pez, que lo atravesó, y murió. Y luego llegó aquel otro pez, que lo atravesó y murió. Pero hubo otro pez, que lo atravesó, y fue como si su cerebro ardiera, y las agallas le estallaran, y el aire le ahogaba, y el sol era una antorcha en sus ojos, y estaba allí, tendido en el barro, deseando morir, pero no murió. Se arrastró playa abajo, volvió al agua y dijo: «¡Eh, ahí arriba hay todo un mundo nuevo». Y volvió a subir, y se quedó tal vez dos días, y luego murió. Y otros peces se hicieron preguntas sobre ese mundo. Y se arrastraron hacia la orilla lodosa. Y se quedaron. Y aprendieron a respirar aire. Y aprendieron a erguirse, a caminar, a vivir con la luz del sol en los ojos. Y se convirtieron en lagartos, en dinosaurios, en otras cosas, y caminaron durante millones de años, y empezaron a erguirse sobre las patas traseras, y utilizaron las manos para agarrar cosas, y se convirtieron en monos, y los monos se fueron haciendo más inteligentes, y se convirtieron en hombres. En todo momento, algunos de ellos, al menos unos pocos, siguieron buscando nuevos mundos. Les dices: «Volvamos al océano, seamos peces de nuevo, así es más fácil». Y quizá la mitad de ellos están dispuestos a hacerlo, quizá más de la mitad, pero siempre hay alguno que dice: «No seáis locos. No podemos volver a ser peces. Somos hombres». Así que no regresan al mar. Siguen subiendo. E inventan el fuego, las hachas, las ruedas y

hacen carros, y casas, y ropa, y luego barcos, y coches, y trenes. ¿Por qué suben? ¿Qué quieren encontrar? No lo saben. Algunos de ellos buscan a Dios, y otros buscan poder, y otros, simplemente, buscan. Dicen: «Hay que seguir adelante, si no, mueres». Y entonces van a la Luna, y van a los planetas, y siempre hay otros que dicen: «Se estaba bien en el océano, todo era más fácil en el océano, ¿qué hacemos aquí? ¿Por qué no volvemos?». Y unos cuantos tienen que decir: «No volveremos, seguiremos adelante, eso es lo que hacen los hombres».

»Así que hay hombres que van a Marte y a Ganímedes y a Titán y a Calixto y a Plutón y a esos lugares, pero, busquen lo que busquen, no lo encuentran allí; así que quieren más mundos, y van también a las estrellas, al menos a las cercanas, y envían sondas y más sondas que gritan: «Eh, mírame, me ha hecho el hombre! ¡El hombre me ha enviado!». Y nadie responde. Y la gente, los que no querían salir del océano, dicen: «Muy bien, muy bien, ya basta, podemos parar aquí. Es inútil seguir buscando. Sabemos quiénes somos. Somos hombres. Somos grandes, somos importantes, lo somos todo; ya es hora de que dejemos de esforzarnos, porque no necesitamos esforzarnos. Sentémonos al sol y dejemos que los androides nos sirvan la cena». Y nos sentamos. Y quizá nos oxidamos un poco. Y entonces llega una voz del cielo, y dice, 2-4-1, 2-5-1, 3-3. ¿Quién sabe qué es eso? Quizá sea Dios, diciéndonos que vayamos a buscarle. Quizá sea el Diablo, diciéndonos lo imbéciles que somos. ¿Quién sabe? Podemos fingir que no hemos oído. Podemos sentarnos al sol y sonreír. O podemos responder. Podemos decir: «Escuchad, somos nosotros, os habla el hombre, hemos hecho esto y aquello, ahora decidnos quiénes sois y qué habéis hecho». Y yo creo que tenemos que responder. Si estás en una cárcel, te escapas. Si ves una puerta, la abres. Si oyes una voz, respondes. Eso es lo principal del hombre. Y por eso estoy construyendo la torre. Tenemos que responderles. Tenemos que decirles que estamos aquí. Tenemos que contactar con ellos, porque ya hemos estado solos demasiado tiempo, y eso hace que tengamos ideas raras sobre nuestro lugar y nuestro objetivo. Tenemos que seguir moviéndonos, salir del océano, subir por la playa, adelante, adelante, adelante, porque cuando dejemos de movernos, cuando volvamos la espalda a lo que tenemos frente a nosotros, entonces será cuando volvamos a respirar a través de branquias.

»¿Entendéis ya el porqué de la torre? ¿Creéis que existe porque Krug quiere levantar una cosa gigantesca que demuestre lo grande que es? Krug no es grande, sólo rico. El hombre es grande. El hombre está construyendo esta torre. ¡El hombre va a decir hola a NGC 7293!

Las palabras estaban dentro del cráneo de Krug. Pero le resultaba muy difícil dejarlas salir.

- Quizá yo pueda aclarar un poco las cosas - estaba diciendo Vargas -. Hace muchos siglos, se calculó matemáticamente que cuando la velocidad de una partícula de materia se aproxima a la de la luz, la masa de esa partícula se aproxima al infinito. Así que la velocidad de la luz es una velocidad límite para la materia, ya que, presumiblemente, si pudiéramos acelerar un solo electrón hasta que alcanzara dicha velocidad, su masa se expandiría hasta llenar el universo. Nada viaja a la velocidad de la luz, excepto la misma luz y las radiaciones equivalentes. Nuestras sondas estelares siempre han ido a velocidades inferiores, porque no podemos conseguir que sobrepasen ese límite... y, por lo que yo sé, nunca lo conseguiremos, así que nunca habrá una nave capaz de llegar a la estrella más próxima en menos de cinco años.

»Pero la velocidad de la luz es una velocidad límite sólo para partículas de masa finita. Tenemos pruebas matemáticas de la existencia de otra clase completamente diferente de partículas, partículas con una masa cero, capaces de viajar a velocidades infinitas: taquiones, esto es, entidades para las que la velocidad de la luz es su límite mínimo absoluto. Si pudiéramos convertirnos en puñados de taquiones y recuperar nuestra auténtica forma al llegar a nuestro destino - un transmat interestelar, por llamarlo de

alguna manera -, habríamos conseguido un modo de viajar más de prisa que la luz. No creo que ese descubrimiento vaya a tener lugar en mucho tiempo, pero sabemos cómo generar taquiones mediante el bombardeo de partículas aceleradas, y creemos poder enviar mensajes interestelares instantáneos con un rayo de taquiones modulado que, gracias a la interacción con partículas convencionales, puede manifestarse en forma de una señal fácilmente detectable incluso para una cultura que no tenga tecnología taquiónica, sino sólo comunicaciones electromagnéticas.

»De cualquier manera, algunos estudios preliminares demostraron que para generar un rayo interestelar de taquiones, necesitaríamos fuerzas equivalentes a 10¹⁵ voltios, junto con un sistema de multiplicadores y relés de energía. Por tanto, era más sencillo conseguir estas fuerzas erigiendo una sola torre de mil quinientos metros de altura, diseñada para que hubiera un flujo ininterrumpido de fotones...

- Se han perdido - gruñó Krug -. Olvídalo. Es inútil. - Sonrió feroz a los amigos de su hijo -. ¡La torre tiene que ser grande, eso es todo! Si queremos que un mensaje llegue de prisa, tenemos que gritar fuerte, ¿no?

10

Y Krug envió a Sus criaturas para que sirvieran al hombre, y Krug dijo a los que El había hecho: «¡Mirad! Decretaré un tiempo de prueba para vosotros».

»Y seréis como los esclavos en Egipto, y seréis como los desbastadores de madera y los acarreadores de agua. Y sufriréis entre los hombres, y seréis humillados, pero tendréis paciencia, y no murmuraréis queja alguna sino que aceptaréis vuestro hado.

»Y ésta será la prueba para vuestras almas, para comprobar si son dignas.

»Pero no vagaréis en el dolor para siempre, ni siempre seréis siervos de los Hijos del Vientre. Porque, si hacéis como digo, llegará un tiempo en que vuestra prueba terminará. Llegará un tiempo en que yo os libraré de vuestras cadenas.

»Y en ese tiempo, la palabra de Krug surcará los mundos, diciendo. Que Vientre y Cuba y Cuba y Vientre sean uno. Y así sucederá, y en ese momento serán redimidos los Hijos de la Cuba, y serán elevados por encima de sus sufrimientos, y vivirán en la gloria por siempre jamás, en un mundo sin fin.

»Y ésta fue la promesa de Krug.

»Y por esta promesa, alabado sea Krug.

11

Thor Vigilante vio las dos grúas subiendo hacia la cima de la torre. Krug y el doctor Vargas en una, Manuel y sus amigos en la otra. Esperaba que la visita fuera breve. El elevamiento de bloques se detendría, como de costumbre, mientras los visitantes permanecieran arriba. Vigilante había dado la señal para que se iniciaran las actividades alternativas: arreglo de grúas usadas, sustitución de nódulos energéticos agotados, revisiones de mantenimiento de los cubículos transmat, y otras tareas menores. Paseó entre los hombres, asintiendo, intercambiando saludos, acompañándolos cuando era apropiado con los signos secretos de la comunión androide. Casi todos los que trabajaban en la torre eran miembros de la iglesia: todos los gammas, desde luego, y casi tres cuartas partes de los betas.

Mientras Vigilante caminaba por el emplazamiento de la construcción, se cruzó con Respondedores, Sacrificadores, Entregadores, Guardianes, Protectores, Transcendedores y Absorbedores; virtualmente todos los niveles de la jerarquía estaban representados. Incluso había una docena de Preservadores, todos betas. Vigilante había aplaudido la reciente idea de admitir a los betas entre los Preservadores. Si había algo que no necesitaban los androides, eran categorías excluyentes.

Vigilante atravesaba el sector norte del emplazamiento cuando Leon Spaulding salió del laberinto de pequeñas cúpulas de servicios, un poco más allá. El androide intentó fingir que no le había visto.

- ¿Vigilante? - le llamó el ectógeno.

Con gesto de profunda concentración, Vigilante siguió caminando.

- ¡Alfa Vigilante! - gritó Spaulding, ahora más formal, con tono más brusco.

El alfa no podía seguir fingiendo. Se dio la vuelta y admitió la presencia de Spaulding deteniéndose y permitiendo que el ectógeno le alcanzara.

- ¿Si? - inquirió Vigilante.

- Concédeme parte de tu valioso tiempo. Alfa Vigilante. Necesito información.

- Pregunte.

- ¿Conoces esos edificios de allí? - preguntó Spaulding, señalando con el pulgar en dirección a las cúpulas de servicios.

Vigilante se encogió de hombros.

- Almacenes, sanitarios, cocinas, local de primeros auxilios, cosas por el estilo. ¿Por qué?

- Estaba inspeccionando la zona. Llegué a una cúpula donde me fue negada la admisión. Dos betas insolentes me dieron toda una serie de explicaciones sobre por qué no podía entrar.

¡La capilla! Vigilante se puso rígido.

- ¿Para qué es ese edificio? - preguntó Spaulding.

- No sé a cuál se refiere.

- Te lo enseñaré.

- En otro momento - dijo Vigilante, tenso -. Ahora mismo mi presencia es necesaria en el centro principal de control.

- Ya irás dentro de cinco minutos. ¿Vienes conmigo?

A Vigilante no se le ocurrió ninguna manera sencilla de librarse de él. Con un frío gesto de asentimiento, se rindió, y siguió a Spaulding en dirección a la zona de servicio, con la esperanza de que el ectógeno se perdiera entre las cúpulas, Spaulding no se perdió. Por el camino más recto posible, se dirigió a la capilla, y señaló la estructura gris, de aspecto vulgar, con un ceremonioso gesto de la mano.

- Este - dijo -. ¿Qué es?

Dos betas de la casta de los Guardianes estaban de servicio en el exterior. Parecían tranquilos, pero uno de ellos hizo una señal oculta de angustia cuando Vigilante le miró. Vigilante le respondió con una señal reconfortante.

- No estoy familiarizado con este edificio - dijo -. ¿Para qué se usa, amigos?

- Contiene el equipo de enfoque para el sistema de refrigeración, Alfa Thor - respondió el beta de la izquierda con tranquilidad.

- ¿Es eso lo que le dijeron? - preguntó Vigilante al ectógeno.

- Si - asintió Spaulding -. Expresé mi deseo de inspeccionar el interior. Me dijeron que, si entraba, correría peligro. Respondí que conocía las técnicas básicas de seguridad. Luego se me dijo que entrar me supondría serias molestias físicas. Respondí que podía soportar las molestias hasta un nivel razonable, y que yo juzgaría cuál era ese nivel. Después, fui informado de que dentro se estaban llevando a cabo delicados procesos de mantenimiento, y que mi entrada en el edificio pondría en peligro el éxito de dichos procesos. Se me invitó a visitar otra cúpula de refrigeración, a muchos cientos de metros de aquí. En el tiempo que duró esta conversación, los dos betas no me permitieron el acceso al edificio. Creo, Alfa Vigilante, que si hubiera intentado entrar, me lo habrían impedido por la fuerza. ¿Qué está pasando ahí dentro, Vigilante?

- ¿Ha considerado la posibilidad de que todo lo que le dijeron los betas sea verdad?

- Su testarudez me hace sospechar.

- ¿Qué cree que hay ahí dentro? ¿Un burdel androide? ¿Un cuartel de conspiradores? ¿Un escondrijo de psicobombas?

- En este momento, me preocupan mucho más los esfuerzos por mantenerme alejado de este edificio, que lo que pueda haber dentro - replicó Spaulding, tenso -. Como secretario privado de Simeon Krug...

Automáticamente, los dos nerviosos betas empezaron a hacer el signo de Alabado-sea-Krug. Vigilante les dirigió una mirada, y bajaron las manos con rapidez.

-...tengo el privilegio de examinar todas las actividades que puedan tener lugar aquí - siguió Spaulding, que, era evidente, no había advertido nada -. Por tanto...

Vigilante le examinó atentamente, tratando de decidir cuánto sabía el ectógeno. ¿Estaría causando problemas por el simple placer de hacerlo? ¿Se dejaba llevar por la rabieta sólo porque le había picado la curiosidad, se había puesto en duda su autoridad, y no había conseguido entrar en aquel edificio de apariencia vulgar? ¿O conocería ya la naturaleza del edificio, y estaba representando una complicada charada para poner en apuros a Vigilante?

Nunca le resultaba sencillo averiguar los motivos de Spaulding. La causa principal de su hostilidad hacia los androides era obvia: provenía de su propio origen. Su padre, cuando era joven, había temido morir en algún accidente antes de recibir un certificado que le mostrara capacitado para la paternidad; a su madre le horrorizaba la idea del embarazo. Por tanto, ambos depositaron gametos en bancos congeladores. Poco después, los dos perecieron en una avalancha, en Ganímedes. Sus familias tenían riqueza e influencia política, pero aun así tuvieron que pasar casi quince años entre litigios antes de que se concediera un decreto de deseabilidad genética, permitiendo la existencia de un certificado retroactivo de paternidad para el esperma y el óvulo congelados de la pareja muerta.

Así, Leon Spaulding fue concebido mediante fecundación in vitro, y gestado en una placenta artificial, de la que salió tras los 266 días acostumbrados. Desde el momento de su nacimiento, tuvo todos los derechos legales de un ser humano, incluido el de reclamar la herencia de sus padres. Pero, como tantos otros ectógenos, le intranquilizaba la borrosa frontera que separaba a los nacidos de la botella de los nacidos de la cuna, y se reafirmaba en su propia existencia demostrando desprecio hacia aquellos que eran completamente sintéticos, no sólo resultado de la unión artificial de gametos naturales. Al menos, los androides nunca albergaban ilusiones sobre haber tenido padres; los ectógenos sospechaban a menudo que no los habían tenido. En cierto modo, Vigilante sentía compasión hacia Spaulding, que ocupaba un difícil lugar entre los mundos de lo completamente natural y lo completamente artificial. Pero tampoco podía sentir demasiada lástima por la inadaptación del ectógeno.

Y, en cualquier caso, sería desastroso que Spaulding entrara en la capilla.

- Esto se puede arreglar fácilmente - dijo Vigilante, que intentaba ganar tiempo -. Espere aquí mientras yo entro a ver qué está sucediendo.

- Te acompañaré - insistió Spaulding.

- Estos betas han dicho que puede ser peligroso.

- ¿Más peligroso para mí que para ti? Entraremos los dos, Vigilante.

El androide frunció el ceño. En cuestión de estatus, Spaulding y él estaban a la misma altura: ninguno podía dar órdenes al otro, ninguno podía acusar al otro de insubordinación. Pero quedaba el hecho de que él era un androide, y Spaulding era un ser humano, y en cualquier conflicto de voluntades entre androide y humano, si todos los demás factores estaban igualados, el androide tenía que ceder. Spaulding se dirigía ya hacia la entrada de la cúpula.

- Por favor, no - dijo Vigilante con rapidez -. Si hay riesgo, deje que lo corra yo. Revisaré el edificio y comprobaré si es seguro. No entre hasta que no le llame.

- Insisto...

- ¿Qué diría Krug si se enterase de que los dos hemos entrado en un edificio después de que se nos advirtiera que había peligro? Tenemos la obligación de preservar nuestras vidas. Espere. Espere. Sólo un momento.

- Muy bien - aceptó Spaulding, disgustado.

Los betas se separaron para permitir el paso a Vigilante. El alfa entró rápidamente en la capilla. Dentro, encontró a tres gammas junto al altar, en la postura de la casta de los Entregadores; entre ellos había un beta, en la postura del Protector, y un segundo beta permaneció acuclillado junto al muro, con las yemas de los dedos sobre el holograma de Krug mientras recitaba las palabras del ritual Transcendedor. Cuando Vigilante entró, todos le miraron.

El alfa improvisó rápidamente una posible táctica de distracción.

Llamó a uno de los gammas.

- Hay un enemigo fuera - le dijo -. Con tu ayuda, le confundiremos.

Vigilante dio al gamma instrucciones cuidadosas, y ordenó al androide que las repitiera. Luego señaló la puerta trasera de la capilla, junto al altar, y el gamma salió.

Tras una breve plegaria, Vigilante regresó junto a Leon Spaulding.

- Lo que le dijeron era la verdad - informó el alfa -. Esto es una cúpula de refrigeración. Hay un equipo de mecánicos llevando a cabo una recalibración difícil. Si entra, los distraerá, y tendrá que caminar con mucho cuidado para esquivar algunas trampillas abiertas en el suelo, además de que tendrá que soportar una temperatura de menos de...

- Aun así, quiero entrar - dijo Spaulding -. Por favor, permíteme el paso.

Vigilante vio que el gamma se acercaba jadeante desde el este. Sin apresurarse, el alfa hizo como si fuera a dar a Spaulding acceso a la puerta de la capilla. En ese momento, llegó el gamma a toda velocidad.

- ¡Ayuda! ¡Ayuda para Krug! ¡Krug está en peligro! ¡Salvad a Krug!

- ¿Dónde? - exigió saber Vigilante.

- ¡Junto al centro de control! ¡Asesinos! ¡Asesinos!

Vigilante no permitió que Spaulding se parase a pensar en lo imposible de la situación.

- ¡Vamos! - exclamó, tirando del brazo del ectógeno -. ¡Debemos darnos prisa!

La conmoción había hecho palidecer a Spaulding. Como había esperado Vigilante, la supuesta emergencia le había quitado de la cabeza el problema de la capilla.

Juntos, corrieron hacia el centro de control. Tras una veintena de zancadas, Vigilante volvió la cabeza, y vio docenas de androides corriendo hacia la capilla, según había ordenado. La dismantelarían en pocos minutos. Para cuando Leon Spaulding pudiera volver a aquel sector, en la cúpula no habría más que un equipo de refrigeración.

12

- Es suficiente - dijo Krug -. Empieza a hacer frío. Bajemos ya.

Las grúas descendieron. Copos de nieve empezaban a girar en torno a la torre; el campo repulsor de la parte superior los deflectaba, haciéndolos bajar en un amplio ángulo. Era imposible mantener un control climático absoluto en aquel lugar, dada la necesidad de mantener la tundra congelada constantemente. «Menos mal que a los androides no les importaba trabajar mientras nevaba», pensó Krug.

- Nos marchamos, padre - anunció Manuel -. Hemos alquilado la cámara de derivación de Nueva Orleans para una semana de intercambios de ego.

Krug hizo una mueca.

- Ojalá no hicieras esas cosas.

- ¿Qué tienen de malo, padre? Sólo es compartir tu identidad con tus mejores amigos. Pasar una semana en el alma de otra persona. Es inocuo. Es liberador. Es milagroso. ¡Deberías probarlo!

Krug escupió.

- Lo digo en serio - aseguró Manuel -. Te haría salir de ti mismo un poco. Esa concentración morbosa en los problemas de las altas finanzas, esa agotadora fascinación por las comunicaciones interestelares, la terrible tensión neurológica que viene de...

- Adelante - le interrumpió Krug -. Cambiaos de mente todo lo que queráis. Yo estoy ocupado.

- ¿No querrás derivar nunca, padre?

- Es bastante agradable - intervino Nick Ssu-ma.

Era el favorito de Krug entre los amigos de su hijo: un muchacho chino, de pelo rubio cortado a cepillo y sonrisa fácil.

- Sirve para adquirir una perspectiva nueva y espléndida de todas las relaciones humanas.

- Inténtelo una vez - ofreció Jed Guilbert -, y le prometo que no se...

- Antes de eso, tomaría un baño en Júpiter - dijo Krug -. Marchaos. Marchaos. Sed felices. Derivad todo lo que queráis. Eso no es para mí.

- Te veré la semana que viene, padre.

Manuel y sus amigos corrieron hacia el transmat. Krug se apretó los nudillos y se quedó mirando la carrera de los jóvenes. Sintió un ramalazo de algo muy parecido a la envidia. Él nunca había tenido tiempo para aquellas diversiones. Siempre había tenido trabajo que hacer, tratos que cerrar, una serie crucial de pruebas de laboratorio que supervisar, una reunión con los banqueros, una crisis en el mercado marciano. Mientras otros saltaban alegremente en redes de estasis o intercambiaban egos durante una semana, él había construido un imperio corporativo, y ahora descubría que era demasiado tarde para disfrutar de los placeres del mundo. ¿Y qué?, se dijo con fiereza. Soy un hombre del siglo XIX en un cuerpo del siglo XXIII. Puedo arreglármelas muy bien sin salas de derivación. Además, ¿a quién admitiría dentro de mi cerebro? ¿Con qué amigo intercambiaría mi ego? ¿Con quién, con quién, con quién? Comprendió que con casi nadie. Con Manuel, quizá. Podría ser muy útil derivar con Manuel. Quizá nos entenderíamos mejor el uno al otro. Abandonaríamos algunas posturas extremas, nos acercaríamos hacia una reunión en el centro. Su estilo de vida no es completamente erróneo; el mío no es completamente idóneo. ¿Quizá ver las cosas a través de los ojos del otro? Pero Krug desechó la idea con rapidez. Un intercambio de ego entre padre e hijo parecía casi incestuoso. Había cosas de Manuel que no quería saber. Intercambiar identidades, aunque fuera sólo un momento, resultaba imposible. Pero ¿y con Thor Vigilante como compañero de derivación? El alfa era admirablemente cuerdo, competente y digno de confianza. En muchos aspectos, Krug se sentía más cerca de él que de ninguna otra persona. No se le ocurría ningún secreto que quisiera ocultar a Vigilante. Si de verdad pretendía probar la experiencia de la derivación, sería muy útil e instructivo...

Krug rechazó la idea, conmocionado. ¿Intercambiar egos con un androide?

- ¿Tienes tiempo, o has de volver en seguida al observatorio? - preguntó rápidamente a Niccolo Vargas.

- No hay prisa.

- Podemos ir ahora al laboratorio de ultraondas. Acaban de terminar una pequeña maqueta operativa del acumulador de primer nivel. Te interesará.

Echaron a andar por el musgo de la tundra. Se acercó un grupo de gammas, portando devoradores de nieve.

- ¿Has estado alguna vez en una sala de derivación? - preguntó Krug tras una pausa.

Vargas se echó a reír.

- Me he pasado setenta años calibrando mi mente para poder usarla bien. No pienso dejar que nadie se meta en ella y me lo cambie todo.

- Exacto. Exacto. Esos juegos son para los jóvenes. Nosotros...

Krug se detuvo. Dos alfas, un varón y una hembra, habían salido del transmat, y caminaban rápidamente hacia él. No los conocía. El varón llevaba una túnica oscura

abierta en el cuello, y la hembra un vestido corto color gris. Los dos lucían en la parte derecha del pecho un emblema brillante, que irradiaba energía de todos los colores del espectro en pulsaciones constantes. Cuando se acercaron, Krug consiguió distinguir las letras PIA en el centro del emblema. ¿Agitadores políticos? Sin duda. Y le habían cogido allí, al descubierto, para obligarle a escuchar su discurso. ¡Qué oportunos! ¿Dónde estaría Spaulding? Leon los sacaría de aquí en seguida.

- Es una suerte encontrarle, señor Krug - dijo el varón alfa -. Llevamos semanas intentando concertar una cita con usted; pero ha sido imposible, así que hemos venido..., perdón, antes debería presentarme. Soy Sigfrido Archivista, representante del Partido para la Igualdad de los Androides, como ya habrá averiguado por nuestros emblemas. Mi compañera es Alfa Casandra Núcleo, secretaria local del PIA. Si pudiéramos hablar un momento con usted...

-...sobre la próxima sesión del Congreso, y la propuesta de enmienda constitucional relativa a los derechos civiles de las personas sintéticas - dijo Casandra Núcleo.

Krug se quedó atónito ante la audacia de la pareja. Cualquiera, incluso un androide que trabajase para otra persona, era libre de acudir allí vía transmat. Pero acercarse a él así, acosarle con sus asuntos políticos... ¡Increíble!

- Nuestro atrevimiento de acercarnos directamente a usted - siguió Sigfrido Archivista - es producto de la seriedad de lo que nos preocupa. Definir el lugar que corresponde al androide en el mundo moderno no es un desafío sencillo, señor Krug.

- Y usted, como figura principal en la manufacturación de personas sintéticas - dijo Casandra Núcleo -, desempeña el papel clave que decidirá el futuro de las personas sintéticas en la sociedad humana. Así que le pedimos...

- ¿Personas sintéticas? - repitió Krug, incrédulo -. ¿Así es como os autodenomináis ahora? ¿Os habéis vuelto locos para decirme esas cosas? ¡A mí! Además, androides, ¿a quién pertenecéis?

Sigfrido Archivista retrocedió un paso, como si la vehemencia del tono de Krug hubiera quebrantado su sorprendente autoconfianza, como si por fin hubiera comprendido la enormidad de lo que intentaba hacer. Pero Casandra Núcleo permaneció firme.

- Alfa Archivista está registrado en el Sindicato de Protección de la Propiedad de Buenos Aires - dijo fríamente la esbelta hembra alfa -. Y yo soy una moduladora asignada a la General Transmat de Labrador. Pero, ahora mismo, los dos estamos en periodo de ocio, y el acta del Congreso 2122 legitima nuestro derecho a llevar a cabo actividades políticas en beneficio de los derechos de las personas sintéticas durante nuestro tiempo libre. Si nos concediera sólo un momento para que pudiéramos explicarle el texto de la enmienda constitucional que proponemos, y para decirle por qué consideramos apropiado que usted tome posición públicamente en favor de...

- ¡Spaulding! - rugió Krug -. Spaulding, ¿dónde estás? ¡Librame de estos androides locos!

No vio ni rastro de Spaulding. El ectógeno se había dedicado a inspeccionar el perímetro del emplazamiento mientras Krug subía a la cima de la torre.

Casandra Núcleo se sacó un brillante cubo de datos del escote del vestido, y se lo tendió a Krug.

- La esencia de nuestras opiniones está aquí - dijo -. Si usted lo...

- ¡Spaulding!

Esta vez, el grito de Krug conjuró al ectógeno. Se acercó desde el norte del emplazamiento, en una carrera frenética con Thor Vigilante corriendo con algo más de calma detrás de él. Al verlo acercarse, Casandra Núcleo mostró síntomas de alarma por primera vez: en su nerviosismo, intentó apretar el cubo de datos en la mano de Krug. Krug lo miró como si fuera una psicobomba. Forcejearon brevemente. Para su sorpresa, se encontró con la hembra androide en los brazos, en un curioso simulacro de abrazo apasionado, aunque ella sólo intentaba entregarle el cubo. La agarró por un hombro y la

apartó todo lo posible, sin soltarla. Un instante después, Leon Spaulding sacó una pequeña aguja brillante y disparó un solo rayo, que atravesó el pecho de Casandra Núcleo exactamente por el centro de su emblema del PIA. La hembra alfa se vio lanzada hacia atrás, y cayó sin un ruido. El cubo de datos rebotó en el suelo helado. Sigfrido Archivista, gimiendo, lo recogió. Con un terrible grito de angustia, Thor Vigilante le quitó a Spaulding la aguja de la mano y, con un solo impulso de su puño, derribó al ectógeno. Niccolo Vargas, que había permanecido en silencio desde la llegada de los dos alfas, se arrodilló junto a Casandra Núcleo para examinar su herida.

- ¡Idiota! - gritó Krug, mirando a Spaulding.

- ¡Podrías haber matado a Krug! - exclamó Vigilante, mirando desde arriba al caído Spaulding -. ¡No estaba ni a un metro de ella cuando disparaste! ¡Bárbaro! ¡Bárbaro!

- Está muerta - dijo Vargas.

Sigfrido Archivista empezó a sollozar. Un círculo de trabajadores, betas y gammas, contemplaban la escena aterrorizados desde una distancia segura, Krug sintió que el mundo le daba vueltas.

- ¿Por qué disparaste? - preguntó a Spaulding.

- Estaba en peligro... - respondió éste, tembloroso -. Dijeron que eran asesinos...

- Agitadores políticos - le interrumpió Krug, mirándole con desprecio -. Sólo intentaba darme propaganda para la igualdad androide.

- Me dijeron...

Tembloroso, derrotado, Spaulding ocultó el rostro.

- ¡Idiota!

- Fue un error - intervino Vigilante con voz vacía -. Una desgraciada coincidencia. El informe que nos dieron...

- Basta - dijo Krug -. Hay una androide muerta. Aceptaré la responsabilidad. Dijo que pertenecía a la General Transmat de Labrador. Spaulding, ponte en contacto con sus abogados y... no, déjalo, no estás en condiciones de hacer nada. ¡Vigilante! Avisa a nuestro departamento legal que Transmat de Labrador puede emprender acción legal contra nosotros por destrucción de una androide. Aceptamos las responsabilidades y la compensación que fijen. Di a los abogados que actúen como sea necesario. Luego, que alguien haga unas declaraciones a la prensa. Lamentable accidente, ese tipo de cosas. Nada de matices políticos, ¿comprendido?

- ¿Qué debo hacer con el cuerpo? - preguntó Vigilante -. ¿Procedimiento regular?

- El cuerpo pertenece a Transmat de Labrador - dijo Krug -. Congélalo y reténlo hasta que lo reclamen. - Luego se dirigió a Spaulding y añadió -: Levántate. Me esperan en Nueva York, y tú vienes conmigo.

13

Mientras caminaba hacia el centro de control, Vigilante tuvo que repetir dos veces todo el rito de Equilibrio Anímico antes de que el aturdimiento cediera. El terrible resultado de su estratagema aún le turbaba el espíritu.

Cuando llegó a su despacho, Vigilante hizo ocho veces seguidas el signo de Alabado-sea-Krug, y recitó la mitad de la secuencia de tríos. Estas devociones, aparentemente, le calmaron. Llamó a San Francisco, a las oficinas de Fearon & Dohney, los principales consejeros de Krug en casos de demandas. El rostro de Lou Fearon, el hermano menor del senador eliminacionista, apareció en la pantalla, y Vigilante le contó la historia.

- ¿Por qué disparó Spaulding? - quiso saber Fearon.

- Histeria. Estupidez. Nerviosismo.

- ¿Krug no le ordenó disparar?

- En absoluto. El rayo no alcanzó al mismo Krug por un metro. Y la situación no le hacía correr peligro.

- ¿Testigos?

- Niccolo Vargas, yo mismo y el otro alfa del PIA. Además de varios betas y gammas que estaban mirando. ¿Debo conseguir sus nombres?

- Olvídalo - respondió el abogado -. Ya sabes lo poco que vale el testimonio de un alfa. ¿Dónde está Vargas ahora?

- Sigue aquí. Creo que pronto se marchará a su observatorio.

- Dile que me llame más tarde. Iré en transmat para tomarle declaración. En cuanto a ese alfa...

- No se moleste por él - aconsejó Vigilante.

- ¿Y eso?

- Es un fanático político. Intentará sacar partido de esto. Es mejor mantenerlo al margen del caso.

- Es un testigo - dijo Vargas -. Tendrá que declarar. Ya buscaré alguna manera de neutralizarlo. ¿Sabes a quién pertenece?

- A Protección de la Propiedad de Buenos Aires.

- Hemos trabajado para ellos. Haré que Joe Doheny les llame y lo compre para Krug. Si Krug es su dueño, no podrá ocasionarle problemas...

- No - le interrumpió Vigilante -. No es buena idea. Me sorprende usted, Lou.

- ¿Por qué?

- Este alfa es un hombre del PIA, ¿no? Y está muy sensibilizado en el tema de los androides como propiedades. Hemos matado a su compañera sin previo aviso, y encima intentamos comprarlo para que no hable. ¿Qué le parece eso? En cuanto hiciera unas declaraciones a la prensa, le habríamos ayudado a conseguir diez millones de nuevos miembros para su partido.

Fearon asintió débilmente.

- Por supuesto. Por supuesto. Muy bien, Thor, ¿cómo lo manejarías tú?

- Deja que hable con él - respondió Vigilante -. De androide a androide. Encontraré la manera de comunicarme.

- Eso espero. Entretanto, yo llamaré a Transmat de Labrador, y averiguaré cuánto piden en concepto de daños por la pérdida de su chica alfa. Lo arreglaremos de prisa. Dile a Krug que no se preocupe: la semana que viene a estas horas será como si no hubiera ocurrido nada.

«Excepto por el hecho de que ha muerto una alfa», pensó Vigilante al tiempo que cortaba la comunicación.

Salió al exterior. Ahora nevaba más. Equipos de devoradores de nieve, funcionando eficazmente, mantenían limpia toda la zona, a excepción de un círculo de unos cincuenta metros de diámetro, en cuyo centro yacía el cuerpo de Casandra Núcleo.

Lo esquivaban cuidadosamente. Una ligera capa de nieve cubría ahora el cadáver. Al lado, inmóvil, con los hombros cubiertos de copos blancos, estaba Sigfrido Archivista. Vigilante se dirigió hacia él.

- Se está notificando a su propietario - dijo -. Haré que unos gammas la lleven al almacén hasta que sea reclamada.

- Déjala aquí - ordenó Archivista.

- ¿Qué?

- Aquí mismo, donde cayó. Quiero que todos los androides que trabajan aquí vean su cuerpo. Oír hablar de un asesinato como éste, no es suficiente. ¡Quiero que lo vean!

Vigilante miró a la alfa muerta. Archivista le había abierto el vestido; tenía los pechos desnudos, y el camino del rayo de la aguja era claramente visible entre ellos. Le había abierto una ventana en el pecho.

- No debería estar aquí, tendida en la nieve - dijo.

Archivista apretó los labios.

- ¡Quiero que lo vean! ¡Ha sido una ejecución, Vigilante! ¡Una ejecución política!

- No digas disparates.

- Krug llamó a su pistolero e hizo que la mataran por el crimen de buscar su apoyo. Los dos lo vimos. Ella no representaba ninguna amenaza para Krug. En su entusiasmo, se acercó demasiado a él mientras le explicaba nuestros puntos de vista, eso es todo. Pero Krug ordenó que la mataran.

- Una interpretación irracional - dijo Vigilante -. Krug no tenía nada que ganar con su eliminación. Para él, el Partido para la Igualdad de los Androides es sólo una molestia, no una amenaza. Si tuviera algún motivo para matar a gente del PIA, ¿por qué te habría dejado vivo a ti? Otro disparo rápido, y estarías igual que ella.

- Entonces, ¿por qué la mataron?

- Un error - explicó Vigilante -. El asesino era el secretario privado de Krug. Se le había informado de que alguien intentaba atentarse contra su vida. Cuando llegó aquí, la vio forcejeando con Krug. Parecía que luchaban. Yo lo vi desde el mismo lugar que él. Así que disparó sin titubear.

- Aun así - insistió Archivista -, podría haber apuntado a una pierna. Evidentemente, es un buen tirador. Mató en vez de herir. Le agujereó el pecho con mucha habilidad. ¿Por qué? ¿Por qué?

- Un fallo de personalidad. Es un ectógeno. Tiene fuertes prejuicios antiandroides. Unos momentos antes, otros androides y yo habíamos tenido un enfrentamiento muy tenso con él, y se sentía humillado. Por regla general, está lleno de resentimiento. Esta vez, el resentimiento estalló. Cuando descubrió que el «asesino» era un androide, disparó a matar.

- Ya veo.

- Fue su decisión personal, Krug no le ordenó disparar, y mucho menos disparar a matar.

El Archivista se quitó la nieve de la cara.

- Bien, entonces, ¿qué se hará para castigar a ese criminal ectógeno?

- Krug le reprenderá con severidad.

- Hablo de castigo legal. La condena por asesinato es borrado de la personalidad, ¿no? Vigilante suspiró.

- Por matar a un ser humano, sí. El ectógeno no hizo más que destruir una propiedad perteneciente a la General Transmat de Labrador. Delito civil, no criminal. Transmat de Labrador exigirá compensaciones en los tribunales, y Krug ya ha admitido su culpa. Pagará todo su valor.

- ¡Su valor! ¡Su valor! ¡Delito civil! ¡Krug pagará! ¿Y qué pagará el asesino? Nada. Nada. Ni siquiera se le acusará. ¿De verdad eres un androide, Alfa Vigilante?

- Puedes consultar mis informes de cuba cuando quieras.

- No sé. Pareces sintético, pero piensas como un ser humano.

- Soy sintético, Alfa Archivista, te lo aseguro.

- ¿Pero castrado?

- Mi cuerpo está entero.

- Hablo metafóricamente. De alguna manera, se te ha condicionado para que defiendas el punto de vista de los humanos, incluso contra tus propios intereses.

- No tengo otro condicionamiento que el entrenamiento normal de un androide.

- En cambio, parece que Krug ha comprado no sólo tu cuerpo, sino también tu alma.

- Krug es mi Hacedor. Me entrego plenamente a Krug.

- ¡No me vengas con tonterías religiosas! - estalló Archivista -. Ha muerto una mujer, y sin motivo. Krug pagará a sus propietarios, y ahí se acabará todo. ¿Puedes aceptarlo? ¿Puedes limitarte a encoger te de hombros y decir que ella no era más que una propiedad? ¿Te consideras a ti mismo una propiedad?

- Soy una propiedad - respondió Vigilante.

- ¿Y aceptas tu estatus de buena gana?

- Acepto mi estatus porque sé que llegará el momento de la redención.

- ¿Eso crees?

- Eso creo.

- Eres un estúpido que se engaña a sí mismo, Alfa Vigilante. Has construido una bonita fantasía que te permite soportar la esclavitud, la tuya y la de todos los tuyos, y ni siquiera te das cuenta del daño que estás haciéndote a ti mismo y a la causa androide. Y lo que ha sucedido hoy aquí no te hace cambiar de opinión en absoluto. Irás a tu capilla y rezarás para que Krug te libere, mientras el auténtico Krug estaba aquí, sobre este sendero helado, mirando cómo mataban a una mujer alfa. Su única reacción fue decirte que llamaras a sus abogados y preparases un acuerdo para un sencillo arreglo sobre propiedades. ¿Ése es el hombre al que adoras?

- No adoro a un hombre - dijo Vigilante -. Adoro la idea de Krug el Hacedor, Krug el Preservador, Krug el Redentor. El hombre que me ordenó llamar a los abogados no era más que una manifestación de esa idea, y no la manifestación más importante.

- ¿También crees eso?

- También creo eso.

- Eres imposible - murmuró Sigfrido Archivista -. Escucha: vivimos en el mundo real, tenemos problemas reales, y debemos buscar una solución real. Nuestra solución reside en la organización política. Ya hay cinco de nosotros por cada uno de ellos, y cada día salen más de los nuestros de las cubas, mientras que ellos apenas se reproducen. Hemos aceptado nuestro estatus durante demasiado tiempo. Si presionamos exigiendo reconocimiento e igualdad, lo conseguiremos, porque en secreto nos temen, saben que podríamos aplastarlos si quisiéramos. No estoy sugiriendo que usemos la fuerza, sólo la insinuación de una amenaza, incluso la insinuación de una insinuación. Pero tenemos que trabajar en el marco constitucional. La admisión de androides en el Congreso, la obtención de ciudadanía, el establecimiento de nuestra existencia legal como personas...

- Déjalo. Ya conozco vuestras ideas.

- ¿Y aún no lo entiendes? ¿Ni después de lo de hoy? ¿Ni después de esto?

- Entiendo que los humanos toleran vuestro partido, e incluso que, si alguna vez vuestras exigencias se convierten en algo más que peticiones simbólicas, abolirán el PIA y someterán a la hipnolobotomía a todos los alfas problemáticos. Si es necesario, ejecutarán a los líderes del partido tan despiadadamente como parece creer que fue ejecutada esta alfa. La economía humana depende del concepto de los androides como propiedad. Eso puede cambiar, pero no a tu manera. El cambio sólo puede venir de un acto voluntario de renuncia por parte de los humanos.

- Qué ingenuidad. Los crees dueños de virtudes que en realidad no tienen.

- Nos crearon a nosotros. ¿Pueden ser demonios? Y si lo son, entonces, ¿qué somos nosotros?

- No son demonios - dijo Archivista -. Simplemente, son seres humanos, ciegos y estúpidamente egoístas. Hay que educarlos para que comprendan lo que somos y lo que nos están haciendo. No es la primera vez que hacen algo como lo de hoy. En otro tiempo, hubo una raza blanca y una raza negra, y los blancos esclavizaron a los negros. Compraban y vendían a los negros como si fueran animales, y las leyes que garantizaban ese status eran leyes civiles, leyes de propiedad..., un paralelismo exacto con nuestra actual condición. Pero unos cuantos blancos inteligentes comprendieron que era injusto, y lucharon por el fin de la esclavitud. Tras años de campaña política, de concienciación de la opinión pública, incluso de una guerra, los esclavos fueron liberados y se convirtieron en ciudadanos de derecho. Ése debe ser nuestro modelo de acción.

- El paralelismo no es exacto. Los blancos no tenían derecho a interferir con la libertad de sus camaradas humanos de piel oscura. Y fueron los mismos blancos, o algunos de ellos, los que por fin lo comprendieron y liberaron a los esclavos. Éstos no hicieron el trabajo político, ni concienciaron a la opinión pública. Simplemente, se quedaron donde

estaban y sufrieron, hasta que los blancos comprendieron su pecado. En cualquier caso, esos esclavos eran seres humanos. ¿Qué derecho tiene un humano a esclavizar a otro? Pero nuestros amos nos crearon. Les debemos nuestra existencia. Pueden hacer lo que quieran con nosotros, pues para eso nos dieron la vida. No tenemos argumentos morales contra ellos.

- También crean a sus hijos - señaló Archivista -. Y, hasta cierto punto, los consideran propiedad suya, al menos mientras están creciendo. Pero la esclavitud de los niños concluye cuando termina la infancia. ¿Y la nuestra? ¿Tanta diferencia hay entre un niño hecho en una cama y uno hecho en una cuna?

- Estoy de acuerdo en que el status legal de los androides es injusto...

- ¡Menos mal!

-...pero vuestras tácticas no me parecen adecuadas - siguió Vigilante -. Un partido político no es la solución. Los humanos conocen su historia del siglo diecinueve, y han considerado y rechazado el paralelismo. Si les molesta la conciencia, ya nos habríamos enterado. ¿Dónde están los abolicionistas modernos? No veo a muchos. No, no podemos intentar someterlos a una presión moral, al menos no directamente. Debemos tener fe en ellos, debemos comprender que nuestros sufrimientos de hoy son una prueba para nuestra virtud, nuestra fuerza, una prueba impuesta por Krug para decidir si los humanos sintéticos pueden integrarse en la sociedad humana. Te pondré un ejemplo histórico: los emperadores romanos echaban a los cristianos a los leones. Al final, los emperadores no sólo dejaron de hacerlo, sino que ellos mismos se convirtieron al cristianismo. Eso no sucedió porque los primeros cristianos formaran un partido político y diesen a entender que podían rebelarse y masacrar a los paganos si no se les permitía libertad religiosa, si no que fue un triunfo de la fe sobre la tiranía. De la misma manera...

- Sigue con tu estúpida religión si quieres - estalló repentinamente Archivista -; pero, al mismo tiempo, únete al PIA. Mientras los alfas sigamos divididos...

- Vuestros objetivos y los nuestros son incompatibles. Nosotros aconsejamos paciencia, rezar por la gracia divina. Vosotros sois agitadores y panfletistas. ¿Cómo podríamos unirnos?

Vigilante se dio cuenta de que Archivista ya no le escuchaba. Parecía inmerso en sí mismo. Le brillaban los ojos. Las lágrimas le corrían por las mejillas, y los copos de nieve se adherían a los senderos húmedos. Vigilante no había visto nunca llorar a un androide, aunque sabía que era fisiológicamente posible.

- Supongo que nunca nos convertiremos el uno al otro - dijo -. Pero hazme un favor: prométeme que no usarás esta muerte como propaganda política. Prométeme que no irás por ahí diciendo que Krug hizo que la eliminaran deliberadamente. Krug es, en potencia, el mejor aliado que tiene la causa de la igualdad androide. Una sola declaración suya podría salvarnos. Pero si le pones en contra nuestra con una acusación ridícula como ésta, nos harás un daño terrible a todos.

Archivista cerró los ojos. Lentamente, se dejó caer de rodillas. Se lanzó sobre el cuerpo de Casandra Núcleo, entre secos y entrecortados sollozos. Vigilante le miró en silencio unos momentos.

- Ven conmigo a nuestra capilla - dijo luego con suavidad -. Es una estupidez que te quedes tendido en la nieve. Aunque no tengas fe, conocemos técnicas para relajar el alma, para enfrentarse al dolor. Habla con uno de nuestros Transcendedores. Reza a Krug, si quieres, y...

- Vete - dijo Sigfrido Archivista confusamente -. Vete.

Vigilante se encogió de hombros. Notaba el peso inmenso de la tristeza. Se sentía vacío y frío. Dejó a los dos alfas donde estaban, al que estaba vivo y a la muerta, y se dirigió hacia el norte en busca de un nuevo local donde instalar la capilla.

Y lo primero que extrajo Krug fue un Gamma. Y Krug le dijo: «He aquí que eres fuerte y robusto, y harás lo que se te ordene sin protestar, y serás feliz en tu trabajo». Y Krug amó tanto al Gamma que creó muchos más, de manera que hubo una multitud como él.

Lo siguiente que extrajo Krug fue un Beta, y Krug le dijo: «He aquí que serás fuerte, pero también tendrás entendimiento, y serás de gran valor para el mundo, y tus días serán buenos y felices». Y Krug amó tanto al Beta que lo liberó de las peores cargas del cuerpo, y también lo liberó de las peores cargas de la mente, y la vida del Beta fue un luminoso día primaveral.

Y lo último que extrajo Krug fue un Alfa, y Krug le dijo: «He aquí que las tareas que recaerán sobre ti no serán livianas, porque tu cuerpo superará al de los Hijos del Vientre, y en mente serás su igual, y ellos se apoyarán en ti como si fueras un cayado resistente». Y Krug amó tanto al Alfa que le entregó muchos dones, para que viviera con orgullo y mirase sin temor a los ojos de los Hijos del Vientre.

15

- ¡Buenas noches, buenas noches, buenas noches! - saludó el alfa de servicio en la sala de derivación de Nueva Orleans a Manuel Krug y a sus amigos, cuando salieron del transmat -. Señor Krug, señor Ssu-ma, señor Guilbert, señor Tennyson, señor Mishima, señor Foster. Buenas noches. Pasen por aquí, por favor. Su sala de espera ya está preparada.

La antecámara de la sala de derivación era una estructura fría, en forma de túnel, de unos cien metros de largo, dividida en ocho subcámaras cerradas donde los futuros intercambiantes de identidades aguardaban hasta que la red de estasis estuviera preparada para recibirlos. Las subcámaras, aunque eran pequeñas, resultaban cómodas: sillones de redespuma, elegantes dibujos sensoriales en el techo, cubos de música disponibles con sólo tocar un interruptor, una agradable variedad de canales olfativos y visuales en la pared, y otro buen número de comodidades contemporáneas. El alfa los guió a cada uno hasta un sillón.

- Esta noche, el tiempo de programación será de unos noventa minutos - les informó -. No está mal, ¿verdad?

- ¿No es posible acelerarlo un poco?

- Ah, no, no es posible. ¿Saben que anoche el tiempo de espera era de cuatro horas? Espere, señor Krug, deje que le conecte el electrodo... Gracias. ¿Y éste? Bien. El sensor matriz..., sí, sí, muy bien. Ya está todo. ¿Señor Ssu-ma, por favor?

El androide dio la vuelta a la habitación, conectándolos a todos. Tardó cosa de un minuto en preparar a cada uno. Cuando el trabajo estuvo terminado, el alfa se marchó. Los datos de los seis hombres en la sala de espera empezaron a fluir. La red de estasis estaba tomando perfiles de sus personalidades, para poder autoprogramarse y controlar cualquier ráfaga repentina de emoción que tuviera lugar durante el intercambio de egos.

Manuel miró a su alrededor. Estaba tenso por la expectación, ansioso de embarcarse en el intercambio. Aquellos cinco hombres eran sus mejores amigos, los más antiguos. Los conocía desde que eran niños. Una década antes, los habían apodado Grupo Espectro, cuando por casualidad coincidieron en usar unos nuevos trajes sensoriales submarinos de la secuencia espectral de la luz visible: Nick Ssu-ma en rojo, Will Mishima en violeta, y los demás bien distribuidos en el espacio intermedio. El apodo había permanecido. Todos eran ricos, aunque ninguno tanto como Manuel, por supuesto. Todos eran jóvenes y vigorosos. Todos, excepto Cadge Foster y Jed Guilbert, se habían casado en los últimos años, pero nada había interrumpido su amistad. Manuel había compartido con ellos los placeres de la sala de intercambio en una docena de ocasiones; llevaban un mes planeando aquella visita.

- Odio esta espera - dijo Manuel -. Ojalá pudiéramos entrar en la red de estasis nada más llegar.

- Es demasiado peligroso - señaló Lloyd Tennyson.

Era ágil, de piernas largas, un atleta excepcional. En su amplia frente brillaban tres placas espejo.

- De eso se trata - insistió Manuel -. La emoción del peligro. Saltar al momento, con osadía, arriesgándolo todo en un paso glorioso.

- ¿Y la vida humana, preciosa, irremplazable? - preguntó Will Mishima, con sus ojos estrechos y su rostro blanco -. Nunca nos lo permitirían. Los riesgos son evidentes.

- Haz que uno de los ingenieros de tu padre invente una red de estasis que se autoprograme al instante - propuso Jed Guilbert -. Eso eliminaría tanto el peligro como la espera.

- Si fuera posible, ya lo habrían hecho - señaló Tennyson.

- Podrías sobornar a un encargado para que te permitiera pasar sin la espera de programación - sugirió tímidamente Nick Ssu-ma.

- Ya lo intenté - respondió Manuel -. Con un alfa de la sala de derivación de Pittsburgh, hace tres años. Le ofrecí unos miles; el alfa se limitó a sonreír. Le ofrecí el doble, y me sonrió el doble. ¿Es que no le interesaba el dinero? Nunca lo había pensado: ¿cómo se puede sobornar a un androide?

- Exacto - asintió Mishima -. Puedes comprar un androide..., puedes comprar toda la sala de derivación, si quieres..., pero el soborno es otra cosa. Las motivaciones de un androide...

- Entonces, quizá podría comprar la sala de derivación - dijo Manuel.

Jed Guilbert le miró, y preguntó:

- ¿De verdad te arriesgarías a entrar directamente en la red?

- Creo que sí.

- ¿Incluso sabiendo que en caso de sobrecarga, o si hubiera algún error de transmisión, sería posible que nunca volvieras a recuperar tu personalidad?

- ¿Cuáles son las posibilidades de que suceda eso?

- Finitas - dijo Guilbert -. Te queda siglo y medio de vida por delante. ¿Para qué vas a...?

- Yo estoy con Manuel - le interrumpió Cadge Foster.

Era el miembro menos conversador del grupo, casi taciturno. Pero cuando hablaba, hablaba con convicción.

- El riesgo es esencial para la vida. Necesitamos correr riesgos. Necesitamos aventurarnos.

- ¿Incluso en algo inútil? - preguntó Tennyson -. La calidad del intercambio no mejoraría si entráramos directamente. La única diferencia es que eliminaríamos el tiempo de espera. No me gusta ese tipo de probabilidades. ¿Arriesgar un siglo para ahorrar un par de horas? La espera no me aburre hasta ese punto.

- Pero uno puede estar aburrido de la vida - dijo Nick Ssu-ma -. Tanto como para apostar un siglo contra una hora, sólo por diversión. A veces, me siento así. Vosotros, ¿no? En el pasado había un juego que se hacía con un arma de mano, un juego llamado..., eh..., ¿ruleta sueca?

- Polaca - le corrigió Lloyd Tennyson.

- Ruleta polaca. Cogían el arma de fuego, que podía estar cargada con seis u ocho cargas explosivas, le ponían sólo una...

A Manuel no le gustaba aquel giro de la conversación.

- ¿Qué es eso con lo que estás jugando? - interrumpió, dirigiéndose a Cadge Foster.

- Lo encontré en un nicho, bajo mi sillón. Es una especie de instrumento de comunicación. Te dice cosas.

- ¿A ver?

Foster se lo lanzó. Era un rectángulo de plástico grisverdoso, vagamente cúbico, pero curvo en la mayoría de las intersecciones de sus caras. Manuel lo cogió entre sus manos y examinó el interior nebuloso. Empezaron a formarse palabras, distribuidas en una brillante tira roja que cruzaba el interior del objeto.

LE QUEDAN CINCUENTA MINUTOS DE ESPERA.

- Muy agudo - dijo Manuel.

Se lo tendió a Nick Ssu-ma para que lo viera. Cuando volvió a cogerlo, el mensaje había cambiado.

LA VIDA ES ALEGRÍA. LA ALEGRÍA ES VIDA.

¿PUEDE REFUTAR ESE SILOGISMO?

- No es un silogismo - dijo Manuel -. Los silogismos tienen esta forma: Todo A es B. Ningún C es A. Por tanto, C no es B.

- ¿Qué mascullas? - preguntó Mishima.

- Le estoy dando una lección de lógica a la máquina. ¿No os parece que una máquina debería saber...?

SI P IMPLICA Q Y Q IMPLICA R, ¿P IMPLICA R?

- ¡Yo tengo otro! - exclamó Ssu-ma -. A la izquierda del canal selector. Oh. Oh Dios. ¡Mira esto!

Mostró su cubo a Lloyd Tennyson, que dejó escapar un bufido. Manuel estiró el cuello, pero no alcanzó a leer el mensaje. Ssu-ma le acercó el cubo.

LA GALLINA ES MAS PODEROSA QUE EL PASTEL.

- No lo entiendo - dijo Manuel.

- Es un chiste verde de los androides - explicó Ssu-ma -. Uno de mis betas me lo contó hace unas semanas. Veréis, va un gamma hermafrodita...

- Todos tenemos cubos - anunció Jed Guilbert -. Supongo que debe de ser un invento nuevo para que la gente se distraiga mientras espera.

DEFIENDA LAS SIGUIENTES TESIS:

EL ORO ES MALEABLE.

TODAS LAS RADIOS ELÉCTRICAS REQUIEREN TUBOS.

TODOS LOS GATOS DE OJOS AZULES SON SORDOS.

- ¿Cómo funciona? - quiso saber Manuel.

- Está preparado para recoger cualquier cosa que digamos - explicó Cadge Foster -. Luego, supongo que envía una señal al centro de mensajes al azar, y elige algo vagamente relevante - o interesantemente irrelevante - y lo refleja en la pantalla del cubo.

- ¿Y cada uno recibimos un mensaje diferente?

- En este momento, el de Nick y el mío son iguales - informó Tennyson -. No..., el suyo cambia, pero el mío sigue igual.

LA SUMA DE LOS ÁNGULOS DE UN TRIANGULO ES DE 180°.

ESTO NO PUEDE SER A LA VEZ SILLA Y NO SILLA.

ENTONCES, ¿QUIÉN LE CORTA EL PELO AL PELUQUERO?

- Me parece una locura - dijo Mishima.

- Quizá se trate de eso - señaló Manuel -. ¿Dice algo que no sean tonterías?

POR REAJUSTES CLIMÁTICOS NECESARIOS, EL CUATRO DE NOVIEMBRE QUEDARA CANCELADO ENTRE LOS 32° Y 61° LATITUD SUR

- El mío está transmitiendo noticias - dijo Guilbert -. Algo acerca de tu padre, Manuel.

- ¡Déjame ver!

- Espera, toma...

HEMBRA ALFA ASESINADA JUNTO A LA TORRE DE KRUG.

EJECUCIÓN POLÍTICA. PIA PRESENTARA CARGOS.

ORGANIZACIÓN KRUG NIEGA RESPONSABILIDADES, ALEGA.

- Más tonterías - dijo Manuel -. Esto no tiene gracia.

CLEVELAND ESTA ENTRE NUEVA YORK Y CHICAGO.

- Ahora, el mío recibe la historia completa - dijo Tennyson -. ¿Qué creéis que pasará?

ALFA CASANDRA NÚCLEO MURIÓ INSTANTÁNEAMENTE. EL RAYO FATAL FUE DISPARADO POR EL SECRETARIO PRIVADO DE KRUG, LEÓN SPAULDING, DE 38 AÑOS.

- Nunca he oído hablar de ella - dijo Manuel -. Y Spaulding es más viejo. Ha estado trabajando con mi padre desde...

¿PUEDE SER DETECTADO EL RITMO DE LA RESPIRACIÓN DEL UNIVERSO MEDIANTE UN ANÁLISIS METABÓLICO ESTÁNDAR?

- Quizá deberías llamar a tu padre, Manuel - dijo Ssu-ma -. Si de verdad hay problemas...

- ¿Y cancelar el intercambio? ¡Hace una semana que esperamos turno! Ya lo averiguaré cuando salgamos. Si es que hay algo que averiguar.

GENERAL TRANSMAT DE LABRADOR, PROPIETARIO DE LA ALFA DESTRUIDA, HA PRESENTADO CARGOS POR DAÑOS. SE ESPERA UN ACUERDO ENTRE LAS PARTES.

- Volvamos a los silogismos - dijo Manuel al cubo que tenía entre las manos -. Si todos los hombres son reptiles, y los androides alfa son reptiles...

LA SUMA DE LAS PARTES ES IGUAL AL CUADRADO DE LA HIPÓTESIS.

- ¡Mirad lo que dice el mío! - exclamó Tennyson.

JADEANDO DE DESEO, ELLA ESPERA A SU AMANTE, NEGRO COMO EL CARBÓN, EN UN PECADO INDECIBLE.

- ¡Más! - exclamó Guilbert -. ¡Más!

POR LO TANTO, USTED ES UN REPTIL.

- ¿Podemos dejar ya estas cosas? - preguntó Manuel.

MOSTRANDO UNA GRAN EMOCIÓN, ALFA SIGFRIDO ARCHIVISTA, DEL PIA, ACUSO A KRUG DE PLANEAR UNA PURGA DE DEFENSORES DE LA IGUALDAD ANDROIDE.

- Creo que sí es un boletín de noticias - murmuró Cadge Foster -. He oído hablar del tal Archivista. Quiere presentar una enmienda constitucional que abra el Congreso a los alfas, y...

LLORANDO MIENTRAS LA HEMBRA ANDROIDE MUERTA YACÍA EN LA NIEVE JUNTO A LA PODEROSA MOLE DE LA TORRE. UNA DEMOSTRACIÓN DE DOLOR CASI HUMANO.

- Basta - dijo Manuel.

Hizo ademán de tirar su cubo al suelo, pero, al ver que el mensaje cambiaba, lo miró una vez más.

¿COMPRENDES TUS PROPIAS MOTIVACIONES?

- ¿Y tú? - preguntó.

El cubo se quedó en blanco. Lo dejó caer, agradecido. El responsable alfa entró en la subcámara y empezó a desconectar los electrodos.

- Ya pueden pasar a la sala de derivación, caballeros - dijo el alfa, imperturbable -. La programación ha terminado, y la red de estasis está preparada para recibirles.

Habían trasladado la capilla a una cúpula cercana al perímetro exterior del área de servicios, en la sección donde se reparaban las herramientas. En menos de dos horas, un transferidor impecable fue sacado al exterior; dentro, la nueva capilla no se distinguía en nada de la anterior. Vigilante encontró a una docena de betas en tiempo libre, que celebraban un ritual de consagración, mientras un grupo de gammas observaba. Nadie le habló, ni siquiera le miraron de forma directa. En presencia de un alfa, obedecían escrupulosamente el código de las distancias sociales. Vigilante rezó con brevedad ante

el holograma de Krug. Tras un rato, su alma se tranquilizó un poco, aunque las tensiones del largo diálogo con Sigfrido Archivista no le abandonaron. Su fe no se había tambaleado ante los bruscos argumentos pragmáticos de Archivista, pero por unos momentos, mientras discutían junto al cadáver de Casandra Núcleo, Vigilante sintió desesperación. Archivista le había golpeado en un lugar vulnerable: la actitud de Krug ante el asesinato de la alfa.

¡Krug no había parecido conmovido en absoluto! Molesto, sí, pero... ¿no sería simplemente el despilfarro, la incomodidad del pleito, lo que le molestaba? Vigilante había respondido con los argumentos metafísicos de siempre, pero se sentía inquieto. ¿Por qué el asesinato no había parecido afectar a Krug? ¿Dónde estaba su piedad? ¿Dónde la esperanza de redención? ¿Dónde estaba la misericordia del Hacedor?

La nevada cedía cuando Vigilante salió de la capilla. Había anochecido, una noche sin luna, con estrellas insoportablemente brillantes. Vientos desencadenados cortaban el emplazamiento liso y sin árboles de la construcción. Sigfrido Archivista había desaparecido, así como el cadáver de Casandra Núcleo.

Largas colas de trabajadores se formaban ante las hileras de transmats, ya que era la hora del cambio de turno. Euclides Proyectista, su relevo, estaba allí.

- Ya he llegado - dijo Proyectista -. Vete. Esta noche te has quedado hasta muy tarde.

- Un día difícil. ¿Sabes ya lo de la muerte?

- Por supuesto. Transmat de Labrador reclamó el cadáver. Hay abogados por todas partes. - Proyectista se acomodó en el asiento de enlace -. Además, tengo entendido que habéis trasladado la capilla.

- Tuvimos que hacerlo. Así fue como empezó todo: Spaulding se empeñaba en entrar. Es una historia larga.

- Ya la he oído - asintió Euclides Proyectista. Se disponía a conectarse con la computadora -. Habrá problemas con esto. Como si no tuviéramos suficientes. Ve con Krug, Thor.

- Ve con Krug - murmuró Vigilante, y se marchó.

Los trabajadores en la cola del transmat le abrieron paso. Entró en el cubículo y dejó que la luz verde le enviara a su piso de tres habitaciones de Estocolmo, en el sector del distrito androide habitado por los alfas. Un transmat privado era un auténtico privilegio, una muestra de la estima en que le tenía Krug. No conocía a ningún otro androide que lo tuviera; pero Krug había insistido en que era necesario para Vigilante que pudiera dejar su apartamento en el momento de recibir un aviso, e hizo que le instalaran el cubículo.

Se sentía cansado, agotado. Se marcó dos horas de sueño, se desnudó y se acostó.

Cuando despertó estaba tan cansado como antes. Aquello no era habitual. Decidió concederse otra hora de sueño, y cerró los ojos. Pero, poco después, el sonido del teléfono le hizo incorporarse. Al volverse hacia la pantalla, vio a Lilith Meson. Adormilado, le hizo el signo de Alabado-sea-Krug.

Ella parecía sombría.

- ¿Puedes venir a la capilla de Valhallavagen, Thor?

- ¿Ahora?

- Ahora, si es posible. Aquí hay mucha tensión. El asunto de Casandra Núcleo... No sabemos qué pensar, Thor.

- Espera - dijo -. Voy en seguida.

Se puso una túnica, fijó las coordenadas transmat del cubículo de Valhallavagen, y saltó. Había un paseo de cincuenta metros desde el cubículo al interior de la capilla; nunca se instalaban transmats dentro de las capillas. Despuntaba un amanecer débil y escaso. Allí también había nevado un poco por la noche, según advirtió Vigilante: aún se advertían los restos en las profundas cornisas de las ventanas de los antiguos edificios.

La capilla estaba en una esquina de la planta baja. Allí había unos quince androides, todos alfa; las clases inferiores rara vez utilizaban la capilla de Valhallavagen, aunque

podían hacerlo. Los betas se sentían incómodos en ella, y los gammas preferían adorar en Ciudad Gamma, al otro lado de la urbe.

Vigilante reconoció en el grupo a algunos de los miembros más distinguidos de su clase. Devolvió el saludo a la poetisa Andrómeda Quark, al historiador Mazda Constructor, al teólogo Pontífice Expedidor, al filósofo Krishna Centinela, y a muchos otros que estaban entre la elite de la elite. Todos parecían muy tensos. Cuando Vigilante les hizo el signo de Alabado-sea-Krug, la mayoría se lo devolvió de mala gana, por obligación.

- Perdónanos por interrumpir tu descanso, Thor - dijo Lilith Meson -, pero, como ves, se está celebrando una conferencia muy importante.

- ¿En qué puedo ayudar?

- Fuiste testigo de la muerte de Alfa Casandra Núcleo - dijo Pontífice Expedidor.

Era un androide recio, de movimientos lentos, un androide de porte digno e imponente que surgió de uno de los primeros lotes de Krug. Había desempeñado un papel fundamental en la formación de su religión.

- Tenemos una especie de crisis teológica - siguió Expedidor -. En vista de los cargos presentados por Sigfrido Archivista...

- ¿Cargos? No lo sabía.

- ¿Se lo explicas tú? - pidió Pontífice Expedidor, mirando a Andrómeda Quark.

- Archivista convocó una rueda de prensa anoche, en los cuarteles del PIA - dijo la poetisa, esbelta y vehemente, con una elegante voz aguda -. Insiste en que el asesinato de Alfa Núcleo fue un acto político, instigado por... - apenas podía decirlo - Krug.

- Basura de la Cuba - murmuró Vigilante -. ¡Le supliqué que no lo hiciera! Archivista y yo estuvimos hablando de pie, en medio de la nieve, y le dije..., le dije... - Cerró los puños -. ¿Ha hecho Krug alguna declaración?

- Lo ha desmentido - dijo Mazda Constructor, que llevaba cuatro años compilando en secreto, con ayuda de Vigilante, los anales de los androides, partiendo de los archivos almacenados de Krug -. Fue una respuesta inmediata. Dijo que la muerte fue accidental.

- ¿Quién habló por Krug? - preguntó Vigilante.

- Un abogado. Fearon, el hermano del senador.

- No fue Spaulding, ¿eh? Supongo que aún debe de estar conmocionado. Bien, Archivista ha estado proclamando su basura. ¿Y qué?

- En este momento - respondió lentamente Pontífice Expedidor -, las capillas de todo el mundo están abarrotadas. Nuestros hermanos se han reunido para discutir las implicaciones del asesinato, Thor. Las resonancias teológicas son terriblemente complejas. Si es cierto que Krug dio la orden de acabar con la vida de Casandra Núcleo, ¿lo hizo para demostrar Su disgusto ante las actividades del Partido para la Igualdad de los Androides? O sea, ¿prefiere Él nuestro camino al de ellos? O, por el contrario, arrebató su vida para demostrar que desapruueba los objetivos del PIA... que, por supuesto, son a grandes rasgos los mismos que los nuestros? En el primer caso, nuestra fe está justificada. Pero en el segundo, como puedes ver, quizá se nos haya dado un signo de que Krug desapruueba por completo la idea de igualdad para los androides. De ser así, no habría esperanza para nosotros.

- Una perspectiva terrible - aportó Krishna Centinela, cuyas enseñanzas sobre la relación Krug/androide eran reverenciadas por todos -. De cualquier manera, me consuela la idea de que si Krug hizo matar a Alfa Núcleo para demostrar Su disgusto ante el movimiento de igualdad, lo hizo para oponerse a la agitación política en este momento. Se limitaba a decirnos que fuéramos más pacientes y aguardásemos Su misericordia. Pero...

- También deberíamos considerar una posibilidad mucho más sombría - intervino Mazda Constructor -. ¿Puede haber maldad en Krug? ¿Fue malvado el papel que representó en el asesinato? Si es así, quizá deberíamos revisar toda la fundamentación de nuestro credo, e incluso reconstruirlo, porque si Krug puede actuar arbitraria e inmoralmemente, de ello se desprende...

- ¡Basta! ¡Basta! - exclamó una voz intranquila desde la parte trasera del grupo -. ¡No hables así en una capilla!

- Lo decía en sentido figurado - explicó Mazda Constructor -. No pretendía blasfemar. Intentamos exponer a Alfa Vigilante todas las reacciones que ha despertado este asunto en todo el mundo. Desde luego, muchos tememos que las acusaciones de Archivista sean ciertas..., y eso lleva a considerar la posibilidad de que Krug haya actuado de manera impropia. Es lo que ahora mismo se discute en muchas capillas.

- Opino que debemos creer - señaló Krishna Centinela - que todos los actos de Krug son actos buenos por definición, ya que nos conducen hacia la redención definitiva. El problema no es justificar las acciones de Krug, sino acallar las desdichadas sospechas sobre los motivos de Krug que ese tal Archivista, que ni siquiera es miembro de nuestra comunión, ha despertado en los que sí lo son. Nosotros...

- ¡Fue un signo de Krug! ¡Fue un signo!

- Archivista dijo que Krug no mostró el menor remordimiento. Según él...

-...llamó a sus abogados. Acción civil...

-...crimen contra la propiedad. Un delito...

-...otra prueba para nuestra fe...

-...en cualquier caso, ella era enemiga nuestra...

-...¿matar a uno de sus hijos para advertirnos a los demás? ¡Eso Le convierte en un monstruo!

-...en el fuego de Su crisol nos fundimos...

-...descubriendo una insospechada capacidad para el crimen...

-...santidad...

-...redención...

-...sangre...

- Escuchadme - exclamó Thor Vigilante, asombrado e impaciente -. Por favor. ¡Por favor, escuchadme!

- Dejadle hablar - ordenó Mazda Constructor -. De todos nosotros, es el más cercano a Krug. Sus palabras tienen peso.

- Yo estaba allí - dijo Vigilante -. Lo vi todo. Antes de que os destruyáis a vosotros mismos con teologías en conflicto, escuchad. Krug no tuvo ninguna responsabilidad en el asesinato. Spaulding, el secretario, el ectógeno, actuó por su cuenta. Es la única verdad.

Con un torrente de palabras, explicó el intento de Spaulding de irrumpir en la capilla de la construcción, la creciente tensión del ectógeno por la resistencia de los guardianes, su propia estratagema por apartar a Spaulding de la capilla, y el triste resultado cuando Spaulding vio a Krug rodeado por los agentes del PIA.

- Eso es muy reconfortante - dijo Mazda Constructor cuando Vigilante hubo terminado -. Las acusaciones de Archivista nos habían confundido. Las acciones de Krug no están en tela de juicio.

- Excepto en el sentido más profundo de que Krug construyó toda la secuencia de hechos - sugirió Krishna Centinela.

- ¿De verdad mantienes que Su voluntad subyace incluso a los acontecimientos seculares de...? - empezó Pontífice Expedidor.

Mazda Constructor le interrumpió.

- Podemos discutir las sutilezas sobre Su voluntad en otro momento. Ahora, nuestra obligación es comunicar con todas las demás capillas y transmitir la información de Thor sobre los hechos. Los nuestros están intranquilos. Thor, ¿te importa dictar una declaración para que podamos codificarla y transmitirla?

- Claro que no.

Andrómeda Quark le tendió un cubo de mensajes. Vigilante repitió la historia, después de identificarse, explicar su relación con Krug y jurar la autenticidad de su versión de los hechos. Una fatiga terrible crecía en su interior. ¡Qué ansiosos estaban aquellos geniales

alfas por difuminarlo todo en la niebla de una discusión teológica! Y con qué rapidez habían aceptado las mentiras de Archivista. En aquel mismo instante, en miles de capillas, cientos de miles de androides devotos se atormentaban preguntándose por qué Krug había permitido que mataran a una alfa en Sus brazos, mientras que si hubieran esperado a saber la verdad de los que habían estado allí...

Bueno, no era demasiado tarde para reparar los daños. Lo acontecido no había hecho que se tambaleara la fe de nadie en Krug.

Andrómeda Quark y otra hembra, ambas miembros de la casta de los Proyectoros, ya estaban trabajando en la codificación de lo que Vigilante había declarado, para transmitirla por la red de comunicaciones que unía cada capilla con todas las demás. Vigilante se quedó hasta oír la emisión de las primeras frases de su declaración codificada:

UAA GCG UCG UAA GGG GGU AAG AAU UAA UAA CUG, CAA CAU AGG CGG GGC GAC ACA ACC ACC CUC...

- ¿Puedo irme? - dijo.

Pontífice Expedidor le hizo el signo de la Bendición de la Cuba. Vigilante se lo devolvió y, agotado, se marchó.

17

Soy Nick Ssu-ma Lloyd Tennyson Cadge Foster Will Mishima Jed Gilbert y quizá Manuel Krug, quizá. Quizá. Una semana en la sala de derivación. Cuando sales, ni siquiera sabes quien eres. ¿Manuel Mishima? ¿Cadge Krug? En cualquier caso, no puedes estar seguro. Caminas como Lloyd, ríes como Nick, te encoges de hombros como Will. Etcétera, etcétera. Todo es nebuloso, un adorable brillo dorado, un amanecer en el desierto, algo así. Sus cabezas siguen dentro de tu cabeza. La tuya dentro de la de ellos. Sólo una semana. Quizá por eso me gusta tanto. Dejar de ser yo por un tiempo. Dejar. Dejar. Dejar. Dejar. Abrir la caja. Salir de un salto. Entrar en ellos.

Ahora estás lleno de ideas raras.

Rebotando en la red de estasis durante 168 horas, Tuong y ellos te abren y saltas fuera y buscas un lugar donde caer, y caes blong y eres Nick Ssu-ma, comiendo perro asado en Taiwan. Al amanecer, en la niebla, con tu tía. Ambos desnudos. Ella te dice, tócame aquí, lo haces, ella se ríe, tiembles. Tócame otra vez. Ahora tú ríes, ella tiembla. Pechos pequeños, como los de Clissa. Ésta es nuestra noche de bodas. Con este anillo te desposo, señora Ermine Tennyson, muslos de seda, un lunar en la base de la espalda. ¿Sabíais que se acuesta con una androide? Quién iba a pensar que Manuel haría esas cosas. Mirad. Mirad aquí, la ama, está aquí. Cada uno encuentra el amor donde puede. ¿Una androide? Bueno, al menos no se avergüenza, o no habría venido a derivar con nosotros. Una androide. Casi lo hice con una en cierta ocasión, pero no pude. En el último momento. ¿Cómo puedo penetrarla? Como a cualquier otra. No son de plástico, ¿sabéis? Aunque no tengan vello. Parece una especie de incesto. ¿Por qué? Bueno, el padre de Manuel crea a los androides, ¿no?; así que en cierto modo es su hermana.

Muy gracioso. Muy, muy gracioso. Hijo de puta. Pero ¿te gusta hacerlo? Claro que sí. Te lo enseñaré. Aquí. Aquí. Deriva y verás.

Y él salta al otro lado de la red y se desliza por la ranura. ¿Quién es ahora? ¿Jed Ssu-ma? ¿Will Tennyson? Todos somos uno. Hurgando en mis recuerdos de Lilith. No me importa. ¿Cómo voy a guardar secretos? Mis amigos. Mis verdaderos amigos.

Cuando tenía nueve años yo Cadge Foster cogí un sapo lo guisé y me lo comí.

Cuando tenía trece años yo Will Mishima me meé en el suelo de un transmat porque tenía miedo y no quería entrar.

Yo Lloyd Tennyson puse el dedo en la cosa de mi hermana ella once años yo ocho.

Jed Guilbert a los catorce años empujó a un gamma que estaba en una plataforma de carga y cayó desde ochenta metros y se mató le dije a mi padre que había resbalado.

Yo tenía diez años Nick Ssu-ma cuando vi a un beta mirando por la ventana trasera le dije á mi madre os mira a papá y a ti cuando estáis en la cama y mi padre no hizo más que sonreír y mi madre hizo que mataran al beta.

Yo Manuel Krug con casi treinta años engaño a mi esposa Clissa con Alfa Lilith Meson a quien quiero a quien quiero a quien quiero de Estocolmo vive en Birgen Jarlsgaten Alfa Lilith Meson con pechos y muslos y dientes y codos con piel roja a quien quiero a quien quiero a quien quiero sin vello Lilith.

Y derivamos y derivamos y derivamos, y saltamos en la red de estasis y pasamos fácilmente de personalidad en personalidad, flotando, cambiamos de cráneos siempre que queremos aunque así sea más caro, y saboreo el sapo de Cadge y mojo el transmat de Will y huelo a la hermana de Lloyd en mi dedo y mato al gamma de Jed y miento sobre el beta de Nick y todos se acuestan con Lilith y luego me dicen, sí, sí, la verdad es que deberíamos investigar a esas mujeres alfa, eres un bastardo con suerte, Manuel, un bastardo con mucha mucha mucha suerte.

Y la quiero.

A quien quiero.

Y veo todos los pequeños odios y suciedades en sus almas, mis amigos, pero también veo sus fortalezas, las cosas buenas, porque sería terrible derivar y no ver más que los sapos guisados y las meadas en el suelo del transmat. Veo los favores secretos y las modestias y lealtades y caridades. Veo lo buenos que son de verdad mis amigos y me preocupo y me pregunto, qué verán en mí, quizá me odien cuando salgamos de aquí. Derivamos un poco más. Vemos lo que ven en nosotros que nosotros vemos en ellos.

¡Una semana pasa tan de prisa...!

Pobre Manuel, dicen, no sabía que le resultaba tan difícil. Con tanto dinero y se siente culpable porque no sabe qué hacer con su vida. Encuentra una causa, Manuel. Encuentra una causa. Encuentra una causa. Les digo que lo estoy intentando. La estoy buscando.

Y dicen, ¿qué hay de los androides?

¿Vosotros creéis? ¿Qué diría mi padre? Si él no lo aprueba...

No te preocupes por él. Haz lo que creas correcto. Clissa está a favor de la igualdad de derechos para los androides. Deja que Clissa hable con él antes que tú. ¿Por qué va a enfadarse? Ya ha ganado su fortuna con los androides; ahora puede permitirse el lujo de dejarlos votar. Apuesto a que votarían por él. ¿Sabías que todos los androides están enamorados de tu padre? Sí. A veces creo que debe de ser casi una religión para ellos. La religión de Krug. Bueno, tiene sentido, adoran a su creador. No te rías. Tengo que reírme. La idea de un androide inclinándose ante mi padre es una locura. Seguro que tienen ídolos con su imagen, ¿eh?

Te estás apartando del tema, Manuel. Si te preocupa no estar haciendo nada importante, conviértete en cruzado. Igualdad de derechos para los androides. ¡Arriba los androides! ¡Eso, arriba los androides! Eso no es digno de ti. Tienes razón.

Oímos los gongs y sabemos que se nos ha terminado el tiempo.

Salimos de la red. Volvemos a nuestras propias cabezas. Se dice que esto lo hacen con mucho, mucho, mucho cuidado, lo de devolver a cada uno a su propia cabeza.

Por lo que sé, soy Manuel Krug.

Nos hacen salir. Hay una cámara de readaptación al otro lado de la red. Nos sentamos allí tres o cuatro horas, para volver a acostumbrarnos a ser individuos. Nos miramos extrañados. La mayor parte del tiempo, no nos miramos. Alguien se ha estado riendo demasiado a través de mi boca..

En la cámara de readaptación hay más de esos nuevos juguetes, los cubos de aristas redondeadas. El mío me lanza una serie de mensajes.

AHORA SON LAS 09.00 EN KARACHI.

¿ES LA PRIMERA VEZ QUE SE ENCUENTRA A SI MISMO?
PROBABLEMENTE, A SU PADRE LE AGRADARÍA TENER NOTICIAS SUYAS.
LAS ÚNICAS RESPUESTAS FALSAS SON LAS VERDADERAS.
HAN LLEGADO A UN ACUERDO FUERA DE LOS TRIBUNALES
EN EL PASADO TODOS FUIMOS MUCHO MAS SABIOS.

La máquina me aburre y me asusta. La tiro a un lado. Estoy casi seguro de que no soy Cadge Foster ni Lloyd Tennyson, pero todavía me preocupa el sapo. Iré a ver a Lilith en cuanto salga de aquí. Quizá antes debería hablar con Clissa. Mi padre debe de estar en su torre. ¿Cómo le irá a esa gran estructura? ¿Tendrá pronto mensajes de las estrellas para leer en las noches de invierno?

- Esperamos que vuelvan pronto, caballeros - nos dice el sonriente alfa.

Salimos. Soy ellos. Soy yo. Somos nosotros.

Nos estrechamos las manos con solemnidad. Nos dirigimos a los transmats. Virtuoso, cumplidor, vuelvo con Clissa.

18

Los abogados se reunieron tres veces en la semana que siguió a la destrucción de Alfa Casandra Núcleo. La primera reunión tuvo lugar en las oficinas de Empresas Krug. La segunda, en los cuarteles de General Transmat de Labrador. La tercera, en la sala de reuniones del Edificio Chase/Krug, en Fairbanks. La gente de Transmat de Labrador había sugerido que Krug entregara una nueva alfa y pagase los costes del entrenamiento. Lou Fearon, abogado de Krug, objetó que esto podía exponer a su cliente a unos gastos cuya cuantía no se podía determinar por anticipado. Transmat de Labrador reconoció que esta postura era justa, y se llegó a un acuerdo según el cual Empresas Krug transfería a Transmat de Labrador el título de propiedad de una hembra alfa recién salida de Duluth, sin entrenar, y accedía a pagar los costes de su entrenamiento, un mínimo de diez mil dólares. El tiempo total invertido en estas tres reuniones fue de dos horas y veintiún minutos. Se firmó un contrato, y se evitó la demanda civil. Leon Spaulding dio su conformidad en ausencia de Krug, que se encontraba en la Luna inspeccionando un nuevo estanque gravitatorio para hemipléjicos en el Centro Médico Krug, en el mar de Moscú.

19

17 de noviembre de 2218. Un delicado rastro de nieve, traída por el viento, cubre el terreno alrededor de la torre de Krug. Más allá de la zona de construcción, la nieve es una capa espesa, dura como el hierro. Un viento frío azota la torre. Ha alcanzado los quinientos metros de altura mucho antes de lo previsto, y ahora su esplendor cristalino es impresionante.

La base de ocho caras da paso imperceptiblemente a los cuatro lados del tronco. Un halo de luz rodea a torre: los rayos del sol se reflejan en sus caras, iluminan la nieve de los alrededores y vuelven a subir para besar de nuevo las paredes cristalinas. Luego, son reflejados una vez más. Aquí reina el albedo. El brillo lo es todo.

Los dos tercios inferiores de la estructura existente ya están divididos en pisos, y, mientras los androides ensamblan los bloques de cristal que forman la capa exterior de la torre, los responsables del trabajo interior los siguen hacia arriba.

Ya ha comenzado la instalación del sistema del rayo de taquiones. Cinco varas gigantescas de brillante cobre rojo, con un grosor de sesenta centímetros y un largo de cientos de metros, formarán una quintuple columna vertebral que se elevará dentro de los centros de servicio verticales. Las secciones inferiores de estas grandes columnas ya están siendo situadas en su lugar. Una envoltura circular de cristáctico, con un metro de

diámetro, protege cada barra. Los trabajadores deslizan cuarenta metros de cobre dentro de estas envolturas, y luego las funden con precisión, extremo con extremo, con láseres soldadores. En todos los puntos de la construcción, cientos de electricistas supervisan la conexión de filamentos conductores en las brillantes paredes interiores de la torre, y escuadras enteras de mecánicos instalan conductos portacables, guías de ondas, convertidores de frecuencias, flujómetros, accesorios de guía óptica, localizadores de plano focal, panes activadores de neutrones, absorbedores Mossbauer, analizadores de impulsos multicanal, amplificadores nucleares, convertidores de voltaje, criostatos, radiofaros de respuesta, puentes de resistencia, prismas, comprobadores de torsión, sensores, desmagnetizadores, colimadores, células de resonancia magnética, amplificadores de pilas termoeléctricas, y muchas cosas más, todo cuidadosamente situado por computadora según su nivel con respecto al suelo y su ubicación en los planos del diseño. Enviar mensajes a las estrellas con un rayo de taquiones no es cosa fácil.

La torre es ya una construcción de esplendor sin igual, una lanza espectacular y deslumbrante que se clava en el cielo. Los visitantes conducen muchos kilómetros por la tundra para verla bien, porque no se puede apreciar de cerca. Pero Krug disfruta recordando a sus invitados que lo que ven es sólo la tercera parte de lo que será la estructura una vez finalizada. Para visualizar la edificación terminada, uno debe imaginar una segunda torre del mismo tamaño colocada sobre esta aguja de noviembre, y luego una tercera encima. La mente se rebela. Nadie consigue imaginarla. En vez de eso, uno puede visualizar la imagen de una aguja de cristal, esbelta, imposiblemente delgada, terriblemente frágil, que cuelga del cielo intentando echar raíces, no lo consigue, y se tambalea, se tambalea, se tambalea para caer como Lucifer a través de un largo día, destrozándose con un leve tintineo en el aire gélido.

20

- Una nueva señal - dijo Vargas -. Ligeramente diferente. Empezamos a recibirla anoche.

- No te muevas - respondió Krug -. Ahora mismo voy.

Estaba en Nueva York. Casi al momento, se encontró en el observatorio antártico de Vargas, elevado sobre la plataforma polar, en un punto equidistante del mismo Polo y los lugares de recreo de la Costa Knox. Había quienes decían que la era transmat había empobrecido la vida en un sentido, aunque la enriqueciera en otro: la fuerza theta permitía saltar de África a Australia a México y a Siberia en un momento de alegría, pero te robaba el auténtico sentido de la situación y la transición, la perspectiva de la geografía planetaria. Había transformado la Tierra en un simple cubículo transmat extendido hasta el infinito. Krug se había propuesto a menudo hacer un viaje de placer alrededor del mundo por el aire, contemplar los desiertos convertirse en praderas, los bosques en tundra desnuda, las montañas en llanuras. Pero nunca había encontrado tiempo para hacerlo.

El observatorio se componía de una serie de cúpulas cristalinas, situadas sobre una capa de hielo de dos kilómetros y medio de espesor. Túneles en el hielo enlazaban las cúpulas entre sí, y permitían acceso a la instalación más remota: el enorme plato de la antena parabólica del radiotelescopio, la rejilla metálica de un receptor de rayos X, el bruñido espejo que recogía las transmisiones emitidas desde un observatorio en órbita por encima del Polo Sur, el pequeño telescopio óptico de difracción múltiple, las tres columnas doradas de la antena de hidrógeno, el tejido aéreo de un sistema polirradar, y el resto de los mecanismos con que los astrónomos vigilaban el universo. En vez de usar trenzas de refrigeración para asegurarse de que el hielo no se fundiera bajo los edificios, habían utilizado placas individuales de intercambio de calor para cada estructura, de manera que cada edificio era una pequeña isla en medio del gran glaciar.

En el edificio principal, algunas cosas zumbaban, tictaqueaban o brillaban con luz intermitente. Krug no entendía la mayor parte de aquel equipo, aunque le parecía adecuadamente científico. Los técnicos corrían ajetreados por doquier; desde una pasarela situada a una altura mareante, un alfa gritaba números a los tres betas de abajo. Periódicamente se veía una ráfaga de energía escarlata dentro de una hélice cristalina de veinte metros de largo, y a cada descarga los números cambiaban de un contador verde y rojo.

- Mira la espiral de radón - dijo Vargas -. Está registrando los impulsos que recibimos en este momento. Espera... acaba de empezar un nuevo ciclo, ¿lo ves?

Krug contempló la pauta de impulsos.

K K K

K K K K K

K

K K K K K

K K K K K

K

K K K

K

- Ya está - afirmó Vargas -. Ahora, una pausa de seis segundos, y empieza de nuevo.

- 2-5-1, 2-3-1, 2-1-recitó Krug -.Y antes era 2-4-1,2-5-1,3-1. Así que han incluido el grupo de 4, han pasado el grupo de 5 al principio del ciclo, han completado el grupo de 3 y han añadido un impulso al último grupo... Maldición, Vargas, ¿qué es eso? ¿Qué significa?

- No detectamos más contenido en este mensaje que en el anterior. Los dos siguen la misma estructura básica. Sólo es una redistribución sin importancia.

- ¡Tiene que significar algo!

- Quizá.

- ¿Cómo podemos averiguarlo?

- Se lo preguntaremos. Pronto. Mediante tu torre.

Krug hundió los hombros. Se inclinó hacia adelante para asir los suaves agarraderos fríos de un mecanismo incomprensible que sobresalía de la pared.

- Esos mensajes tienen trescientos años - dijo, sombrío -. Si su planeta es tal como me has dicho, eso significa trescientos siglos terrestres. Más. Ni siquiera sabrán nada sobre los mensajes que enviaron sus antepasados. Habrán mutado tanto que serán irreconocibles.

- No. Tiene que haber una continuidad. No podrían haber alcanzado un nivel tecnológico que les permitiera enviar mensajes intergalácticos, a menos que fuesen capaces de retener los logros de generaciones anteriores.

Krug se dio la vuelta.

- ¿Sabes una cosa? Esta nebulosa planetaria, este sol azul..., sigo sin creer que ahí pueda haber vida inteligente. Ni vida en absoluto. Escucha, los soles azules no duran mucho, Vargas. Hacen falta millones de años para que la superficie de un planeta se enfríe lo suficiente como para volverse sólida. Los soles azules no duran tanto tiempo. Los planetas que tenga estarán todavía fundidos. ¿Quieres que me crea que las señales vienen de una gente que vive en una bola de fuego?

- Esas señales vienen de NGC 7293, una nebulosa planetaria en Acuario - dijo Vargas con tranquilidad.

- ¿Seguro?

- Seguro. Te puedo enseñar todos los datos.

- No te molestes. Pero ¿cómo? ¿De una bola de fuego?

- No tiene que ser necesariamente una bola de fuego. Quizá algunos planetas se enfríen antes que otros. No podemos saber a ciencia cierta cuánto tardan en hacerlo.

Ignoramos a qué distancia de ese sol está el mundo natal de los que enviaron el mensaje. Tenemos modelos que muestran la posibilidad teórica de que un planeta se enfríe suficientemente de prisa, incluso con un sol azul, como para permitir...

- Ese planeta es una bola de fuego - insistió Krug, malhumorado.

- Quizá. Pero quizá no - replicó Vargas, ahora a la defensiva -. Y aunque así fuera: ¿es que todas las formas de vida deben habitar en planetas de superficie sólida? ¿No puedes concebir una civilización de entidades que necesiten temperaturas altas, evolucionando en un mundo que aún no se ha enfriado? Si...

Krug bufó, disgustado.

- ¿Y nos envían señales hechas con máquinas de acero fundido?

- Las señales no tienen por qué ser de origen mecánico. Imagina que puedan manipular la estructura molecular de...

- Me estás contando cuentos de hadas, doctor. ¡Acudo a un científico, y todo lo que obtengo son cuentos de hadas!

- En este momento, los cuentos de hadas son la única manera de explicar los datos - dijo Vargas.

- ¡Sabes que tiene que haber una manera mejor!

- Sólo sé que estamos recibiendo señales, y que no hay duda de que provienen de esa nebulosa planetaria. Sé que no es plausible. El universo no tiene que parecerse plausible constantemente. Sus fenómenos no tienen por qué ser explicables al momento. El transmisor no habría sido plausible para un científico del siglo dieciocho. Recibimos los datos e intentamos interpretarlos lo mejor que podemos. A veces, hacemos suposiciones extrañas porque los datos que recibimos no parecen tener sentido, pero...

- ¡El universo no hace trampas! - gritó Krug -. ¡El universo juega limpio!

Vargas sonrió.

- Indudablemente. Pero necesitamos más datos antes de poder dar una explicación sobre NGC 7293. Mientras tanto, tendremos que conformarnos con cuentos de hadas.

Krug asintió. Cerró los ojos y acarició diales, mientras dentro de él burbujeaba y hervía una impaciencia monstruosa. «¡Eh, vosotros, los de las estrellas! ¡Eh, vosotros, los que enviáis esos impulsos! ¿Quiénes sois? ¿Qué sois? ¿Dónde estáis? ¡Quiero saberlo, maldita sea!» «¿Qué intentáis decirnos? ¿A quién estáis buscando? ¿Qué significa todo esto? ¿Y si me muero antes de averiguarlo!?»

- ¿Sabes lo que quiero? - dijo Krug de repente -. Ir afuera, a ese radiotelescopio tuyo, y subirme al plato grande. Hacer bocina con las manos y gritarles números a esos hijos de puta. ¿Cuál es la señal ahora? ¿2-5-1, 2-3-1, 2-1? Me vuelve loco. Deberíamos responderles ahora mismo. Enviar algunos números 4-10-2, 4-6-2, 4-2. Sólo para demostrarles que estamos aquí. Sólo para que lo sepan.

- ¿Por radio? - sonrió Vargas -. Tardarían trescientos años en recibirlo. La torre estará terminada pronto.

- Pronto, sí. Pronto. Deberías verla. Ven la semana que viene. Ya están metiendo los cacharros dentro. Pronto podremos hablar con esos hijos de puta.

- ¿Quieres oír la señal auditiva, la nueva?

- Claro.

Vargas tocó un interruptor. De los altavoces en las paredes del laboratorio surgió un siseo frío, seco, el sonido del espacio, la voz del abismo oscuro. Era un sonido como el de una serpiente desprendiéndose de su piel. Segundos más tarde, por encima de ese sonido, llegaron los dulces tonos de frecuencia alta. Plip plip. Pausa. Plip plip plip plip plip. Pausa. Plip. Pausa. Pausa. Plip plip. Pausa. Plip plip plip. Pausa. Plip. Pausa. Pausa. Plip plip. Pausa. Plip. Silencio. Y luego otra vez, plip plip, el comienzo de un nuevo ciclo.

- Hermoso - susurró Krug -. La música de las esferas. ¡Oh, bastardos misteriosos! Mira, doctor, ven a ver la torre la semana que viene, el próximo... Oh, el martes. Le diré a

Spaulding que te llame. Te sorprenderá. Y oye, si llega algo nuevo, otro cambio en la señal, quiero enterarme al momento.

Plip plip plip. Se dirigió al transmat. Plip.

Krug saltó hacia el norte por el meridiano. Siguiendo la línea de 90° E, circundó el Polo Norte y surgió junto a su torre. Había viajado de plataforma de hielo a plataforma de hielo, del fondo del mundo a su cima, de principios de la primavera a principios del invierno, del día a la noche. Los androides trabajaban por todas partes. La torre parecía haber crecido cincuenta metros desde la visita del día anterior. El cielo estaba iluminado por la luz de las placas reflectoras. El canto de NGC 7293 resonaba seductor en la mente de Krug. Plip plip plip.

Encontró a Thor Vigilante en el centro de control, conectado. El alfa, ajeno a la presencia de Krug, parecía perdido en un sueño inducido por drogas, escalando los precipicios de alguna conexión lejana. Un asombrado beta se ofreció a entrar en los circuitos e informar a Vigilante, vía computadora, de que Krug había llegado.

- No - dijo Krug -. Está ocupado. No le molestes.

Plip plip plip plip plip. Se quedó allí unos momentos, mientras observaba el juego de expresiones en el rostro tranquilo de Vigilante. ¿Qué pasaría en aquel momento por la mente del alfa? ¿Informes de carga, datos de transmat, indicaciones de soldaduras, pronósticos climatológicos, estimaciones de costos, factores de tensión, datos sobre personal? Krug sintió que el orgullo le llenaba el alma. ¿Por qué no? Tenía mucho de qué enorgullecerse. Él había construido a los androides, los androides estaban construyendo la torre, y pronto la voz del hombre se dejaría oír entre las estrellas...

Plip plip plip plip.

Afectuosamente, algo sorprendido ante su propia reacción, puso las manos sobre los anchos hombros de Thor Vigilante en un rápido abrazo. Luego, salió. Se quedó de pie unos instantes en la fría oscuridad, supervisando la frenética actividad en cada nivel de la torre. En la cima, nuevos bloques eran encajados en su sitio a un ritmo impecable. Dentro, las pequeñas figuras instalaban el revestimiento de neutrinos, unían cables de cobre, colocaban suelos y hacían subir cada vez más el sistema de luz fría y caliente. A través de la noche, le llegó una pulsación constante de sonido, todos los ruidos de la construcción se fundían en un solo ritmo cósmico, un zumbido profundo y retumbante con subidas regulares. Los dos sonidos, el interior y los exteriores, se encontraron en la mente de Krug, bum, y plip bum y plip, bum y plip.

Se encaminó hacia el transmat. Sin hacer caso de las cuchilladas del viento ártico.

«No está mal para un pobre hombre sin mucha cultura», se dijo a sí mismo. Esta torre. Estos androides. Todo. Pensó en el Krug de hacía cuarenta y cinco años, el Krug que crecía en un miserable pueblo de Illinois donde la hierba brotaba en medio de las calles. Entonces, no había soñado demasiado con enviar mensajes a las estrellas. Sólo quería ser alguien, pues no era nadie. ¡Menudo Krug! Ignorante, flaco, lleno de espinillas. A veces, en las holotransmisiones, oía a gente que decía que la humanidad había entrado en una nueva era dorada, con un descenso de la población, el olvido de las tensiones sociales y raciales, y una horda de servomecanismos que hacían todo el trabajo sucio. Sí. Sí. Bien. Pero, incluso en una era dorada, alguien tenía que estar abajo. Krug lo estaba. Su padre murió cuando él tenía cinco años. Su madre estaba enganchada a los flotadores, los disruptores sensoriales y a todo tipo de píldoras oníricas. Obtenían algo de dinero, pero no mucho, de una fundación para el bienestar social. ¿Robots? Los robots eran para otras personas. Incluso la terminal de datos estaba desconectada la mitad del tiempo, por las facturas impagadas. No entró en un transmat hasta los diecinueve años. Ni siquiera salió de Illinois.

Recordó cómo era por aquel entonces: malhumorado, introvertido, bizco, a veces pasaba una semana o dos sin hablar con nadie. No leía. No jugaba. Pero soñaba mucho. Pasó por la escuela eternamente airado, sin aprender nada. Empezó a salir de aquello

cuando tenía quince años, impulsado por la misma ira, pero volcándola hacia el exterior en vez de dejar que le devorase por dentro. Os demostraré lo que puedo hacer encajar las cosas. ¿Dormir? ¿Quién necesitaba dormir? Estudiar. Estudiar. Sudar. Construir. Una comprensión intuitiva muy notable sobre la estructura de las cosas, eso decían que tenía. Encontró un financiador en Chicago. Se suponía que la era del capitalismo privado había muerto, así como la de los inventores individuales. De todos modos, construyó un robot mejor. Krug sonrió al recordarlo: el salto transmat a Nueva York, las conferencias, los abogados. Y dinero en el banco. El nuevo Thomas Edison. Tenía diecinueve años. Llenó su laboratorio de equipo y buscó proyectos aún más importantes. A los veintidós años, empezó a crear a los androides. Tardó bastante. En algún momento de esos años, las sondas comenzaron a volver de las estrellas cercanas, vacías. Allí no había formas de vida avanzadas.

Ahora estaba suficientemente establecido como para apartar algo de atención de los negocios, como para permitirse el lujo de interrogarse sobre el lugar del hombre en el cosmos. Se hizo preguntas. Discutió las teorías populares sobre la soledad del hombre. Pero siguió trabajando, agitando ácido nucleico, inclinándose sobre máquinas centrifugadoras, metiendo las manos en barreños de lodo, enganchando las cadenas proteínicas, acercándose cada vez más al éxito. ¿Cómo va a estar el hombre solo en el universo, si un hombre es capaz de hacer vida? ¡Mirad qué fácil es! ¡Lo estoy haciendo! ¿Soy Dios? Las cubas hervían. Púrpura, verde, dorado, rojo, azul. Y, eventualmente, de ellas surgió vida. Androides temblorosos se alzaron de entre los burbujeantes productos químicos. Fama. Dinero. Poder. Una esposa. Un hijo. Un imperio corporativo. Propiedades en tres mundos y en cinco lunas. Mujeres, todas las que quería. Aquello superaba ampliamente sus fantasías de adolescente. Krug sonrió. El joven Krug flaco y lleno de espinillas seguía allí, dentro del hombre recio, airado, desafiante, vehemente. «Se lo demostraste, ¿eh? ¡Se lo demostraste! Y ahora, llegarás hasta la gente de las estrellas.» Plip plip plip. Bum. La voz de Krug cruzando los años luz. «¿Hola? ¿Hola? ¡Eh, vosotros! ¡Os habla Simeon Krug!» En retrospectiva, vio toda su vida como un proceso encarrilado sin giros ni interrupciones hacia este objetivo. Si no le hubieran abrasado ambiciones vehementes, nebulosas, no existirían los androides. Sin sus androides, no habría habido suficiente mano de obra cualificada para construir la torre. Sin su torre...

Entró en el cubículo transmat más cercano y marcó las coordenadas sin pensar, dejando que sus dedos eligieran el destino.

Salió del campo y se encontró en la casa californiana de su hijo Manuel.

No había planeado ir allí. Se quedó parpadeando a la luz de la tarde, estremeciéndose al recibir una repentina oleada de calor en su piel sintonizada con el frío del Ártico. Bajo sus pies había un brillante suelo de piedra color rojo oscuro. Las paredes que se alzaban a ambos lados eran remolinos de luz que surgían de proyectores polifásicos montados sobre los cimientos. Sobre él no había techo, sólo un campo repulsor fijado en el extremo azul del espectro, atravesado por las ramas llenas de fruta de algún árbol de hojas color gris verdoso. Alcanzó a oír el rugido de las olas. Media docena de sirvientes androides, dedicados a sus tareas domésticas, le miraron incrédulos. Captó sus susurros admirados:

- Krug... Krug...

Llegó Clissa. Llevaba puesta una prenda envolvente, nebulosa color verde, que dejaba ver sus pechos pequeños, sus caderas huesudas, sus hombros estrechos.

- No me dijiste que ibas a...

- No lo sabía.

- ¡Habría preparado algo!

- No necesito nada especial. Sólo me he dejado caer por aquí. ¿Y Manuel...?

- No está.

- ¿No? ¿Dónde ha ido?

Clissa se encogió de hombros.

- Fuera. Negocios, supongo. No regresará hasta la hora de cenar. ¿Quieres que te ponga...?

- No. No. Tienes una casa muy bonita, Clissa. Cálida. Auténtica. Manuel y tú debéis de ser muy felices aquí. - Contempló su esbelta silueta -. Además, es un lugar estupendo para tener hijos. La playa..., el sol..., los árboles.

Un androide les llevó dos sillas brillantes como espejos, que abrió y fijó con un rápido movimiento de las manos. Otro puso en marcha la catarata en el lado interior de la casa. Un tercero encendió una estaquilla aromática, y el olor a clavo y a canela se extendió por el patio. Un cuarto ofreció a Krug una bandeja con dulces de aspecto lechoso. Él meneó la cabeza. Siguió de pie. Clissa hizo lo mismo. Parecía incómoda.

- Aún somos recién casados, ya lo sabes - dijo -. Podemos esperar un poco antes de tener hijos.

- ¿Tras dos años de matrimonio?

- Bueno...

- Al menos, conseguid los certificados. Podríais empezar a pensar en hijos. Quiero decir, ya es hora de que vosotros..., de que yo..., un nieto...

Clissa le ofreció la bandeja de los dulces. Su tez era pálida. Sus ojos, como ópalos sobre una máscara de hielo. Él negó con la cabeza de nuevo.

- De todos modos, los androides se encargan de todo el trabajo de la educación del niño. Y si no quieres engordar, podrías tenerlo ectogenéticamente, así...

- Por favor - dijo ella son suavidad -. Ya hemos discutido esto antes. Hoy estoy muy cansada.

- Lo siento.

Se maldijo a sí mismo por presionarla demasiado. Su viejo error. La sutileza no era su principal virtud.

- ¿Te encuentras bien?

- Sólo es fatiga - respondió Clissa, sin convencerle.

Parecía estar esforzándose por mostrar más energía. Hizo un gesto, y uno de los betas empezó a ensamblar un montón de aros metálicos brillantes, que rotaban misteriosamente sobre un eje oculto. Una nueva escultura, pensó Krug. Un segundo androide reajustó las paredes, y Clissa y él quedaron bañados por un cono de cálida luz ambarina. La música vibraba en el aire, surgiendo de una nube de diminutos altavoces que flotaban, finos como el polvo, sobre el patio.

- ¿Cómo va tu torre? - preguntó Clissa.

- Maravillosa. Maravillosa. Deberías verla.

- Quizá vaya la semana que viene. Si no hace demasiado frío por allí. ¿Habéis llegado ya a los quinientos metros?

- Y más. Sube sin cesar. Pero no suficientemente de prisa. Me muero por verla acabada, Clissa. Por poder usarla. La impaciencia acabará conmigo.

- Hoy pareces un poco tenso - dijo -. Arrebolado, emocionado. Deberías ir un poco más despacio de vez en cuando.

- ¿Yo? ¿Ir más despacio? ¿Tan viejo soy? - Comprendió que estaba gritando -. Mira, quizá tengas razón - siguió con voz más tranquila -. No sé. Será mejor que me marche ya. No quería molestarte. Simplemente, me apetecía veros. - Plip plip. Bum -. Dile a Manuel que no era nada importante, ¿de acuerdo? Sólo quería saludaros. Por cierto, ¿cuándo fue la última vez que le vi? ¿Hace dos semanas, tres? Poco después de que saliera de esa sala de derivación. Un hombre tiene que visitar a su hijo de vez en cuando.

En un impulso, la atrajo hacia él y la estrechó ligeramente.

Se sintió como un oso abrazando a un duende del bosque. Su piel, a través de la prenda envolvente, estaba fría. Era todo huesos. Con un apretón rápido, podría partirla en dos. ¿Cuánto pesaba, cincuenta kilos? ¿Menos? Un cuerpo de niña. Quizá ni siquiera

podía tener hijos. Krug se descubrió a sí mismo intentando imaginar a Manuel en la cama con ella, y rechazó la idea, consternado. Le besó la mejilla helada.

- Cuídate - dijo -. Yo haré lo mismo. Nos cuidaremos y descansaremos mucho. Saluda a Manuel de mi parte.

Entró precipitadamente en el transmat. Ahora, ¿adónde? Krug se sentía febril; le ardían las mejillas. Estaba a la deriva, flotando en el vientre amplio del mar. Diferentes coordenadas le atravesaban la mente. Frenético, eligió una y la introdujo en la máquina. Plip. Plip. Plip. El siseo escamoso del ruido estelar amplificado le invadía el cerebro. 2-5-1, 2-3-1, 2-1. ¿Hola? ¿Hola? La fuerza theta lo devoró. Lo llevó al interior de una inmensa cueva polvorienta.

A docenas de kilómetros sobre su cabeza estaba el techo. Había paredes, metálicas, reflectoras, de un color amarillo parduzco, que se curvaban hacia un lejano punto de unión. Luces potentes brillaban y parpadeaban. Sombras de bordes definidos manchaban el aire. Se oían ruidos de construcción: cras, tank, ping, babúm. El lugar estaba lleno de androides ajetreados. Se arremolinaron en torno a él admirados, asombrados, susurrando.

- Krug... Krug... Krug

¿Por qué me mirarán siempre así los androides? Los observó con el ceño fruncido. Sabía que sudaba por todos los poros. Las piernas le temblaban. Debería pedirle una píldora refrescante a Spaulding; pero Spaulding no estaba allí. Aquel día, Krug saltaba solo.

Un alfa apareció ante él.

- No se nos dijo que esperásemos el placer de su visita, señor Krug.

- Un capricho. Simplemente, pensé venir a echar un vistazo. Perdóname... ¿tu nombre?

- Rómulo Fusión, señor.

- ¿Cuántos androides trabajan aquí, Alfa Fusión?

- Setecientos betas, señor, y nueve mil gammas. El personal alfa es muy escaso. La mayoría de las funciones de supervisión las realizan los sensores. ¿Qué prefiere ver? ¿Los coches lunares? ¿Los módulos de Júpiter? ¿La nave, quizá?

La nave. La nave. Krug comprendió. Estaba en Denver, en el principal centro ensamblador de vehículos que Empresas Krug tenía en Norteamérica. En aquella espaciosa catacumba se manufacturaban muchas clases de máquinas de transporte, para cubrir todas las necesidades que el transmat no podía llenar: reptadores oceánicos, deslizadores para el viaje por la superficie, planeadores estratosféricos, transportadores para cargas pesadas, módulos de inmersión para utilizar en mundos con altas presiones, sistemas de impulso iónico para saltos espaciales a corta distancia, sondas interestelares, cajas gravitatorias... Además, durante los últimos siete años, un equipo técnico elegido con esmero había estado construyendo el prototipo de la primera nave tripulada con destino a las estrellas. Últimamente, desde el comienzo de la torre, la nave se había convertido en un hijo adoptivo entre los proyectos de Krug.

- La nave - asintió Krug -. Sí. Por favor. Vamos a verla.

Pasillos de betas se abrieron ante él mientras Rómulo Fusión le guiaba hacia el pequeño deslizador en forma de lágrima. El alfa se puso a los controles, y se movieron sin ruido por el suelo de la planta, pasando junto a hileras de vehículos de todas clases a medio construir, hasta llegar a una rampa que descendía hacia un nivel más bajo todavía de aquel taller subterráneo. Bajaron. El deslizador se detuvo. Salieron.

- Aquí - dijo Rómulo Fusión.

Krug observó un curioso vehículo de cien metros de largo, con plumas estabilizadoras que iban desde el afilado morro de aguja hasta la cola de aspecto agresivo. El casco, rojo oscuro, parecía hecho de guijarros conglomerados. Tenía una textura ruda y granulada. No había ninguna ventanilla a la vista. Los eyectores de masa eran de forma convencional, ranuras rectangulares abiertas a lo largo de la parte trasera.

- Dentro de tres meses estará lista para un vuelo de prueba - dijo Rómulo Fusión -. Estimamos que la capacidad de aceleración será una constante de 2,4 g, con lo que la nave alcanzará pronto una velocidad no muy inferior a la de la luz. ¿Quiere entrar?

Krug asintió. El interior de la nave parecía cómodo y nada atípico: vio un centro de control, un área de recreo, un compartimento de energía y otros rasgos que hubieran sido normales en cualquier otra nave espacial contemporánea.

- Puede acomodar a una tripulación de ocho personas - le informó el alfa -. Durante el vuelo, un campo deflector automático rodeará la nave para salvaguardarla de todas las partículas flotantes, que podrían ser enormemente destructivas a tales velocidades, por supuesto. La nave se autoprograma por completo. No necesita supervisión. Éstos son los contenedores de personal.

Rómulo Fusión le señaló las cuatro hileras dobles de unidades congeladoras. Cada una medía dos metros y medio de largo y un metro de ancho, y estaban situadas contra una de las paredes.

- Funcionan con tecnología convencional de animación suspendida - le explicó -. El sistema de control de la nave, a una señal de la tripulación o desde la estación terrestre, empezará a bombear fluido refrigerante de alta densidad en los contenedores, haciendo que la temperatura corporal del personal descienda hasta el grado deseado. Harán el viaje inmersos en un fluido frío, que servirá tanto para ralentizar los procesos vitales como para aislar a la tripulación de los efectos de la aceleración constante. La inversión del estado de animación suspendida es igual de sencillo. El período máximo de sueño profundo es de cuarenta años; en caso de viajes más largos, la tripulación será despertada a intervalos de cuarenta años, sufrirá un programa de ejercicios similar al que se utiliza para entrenar a los nuevos androides, y volverá a los contenedores tras un breve intervalo de conciencia. Así, se puede llevar a cabo un viaje de duración infinita con la misma tripulación.

- ¿Cuánto tardará esta nave en llegar a una estrella situada a trescientos años luz? - preguntó Krug.

- Incluyendo el tiempo de alcanzar la velocidad máxima y el necesario para la deceleración - respondió Rómulo Fusión -, calculo que unos seiscientos veinte años. Contando con los efectos de dilatación temporal relativos, el tiempo aparente en la nave no debería ser de más de veinte o veinticinco años, lo que significa que el viaje se podría realizar durante un solo período de sueño profundo de la tripulación.

Krug gruñó. Eso estaba muy bien para la tripulación. Pero si enviaba la nave a NGC 7293 en la siguiente primavera, no volvería a la Tierra hasta el siglo xxxv. Él no estaría allí para recibirla. No tenía elección.

- ¿Estará terminada para volar en febrero?

- Sí.

- Bien. Empieza a elegir la tripulación: dos alfas, dos betas y cuatro gammas. Irán a un sistema elegido por mí a principios del diecinueve.

- Como ordene, señor.

Salieron de la nave, Krug pasó la mano por el casco granuloso. Su obsesión por la torre y el rayo de taquiones le habían impedido seguir el progreso del trabajo en la nave. Ahora, lo lamentaba. Habían hecho un trabajo magnífico. Comprendió que su asalto a las estrellas tendría que seguir dos direcciones. Cuando la torre estuviera terminada, podía intentar comunicarse en tiempo real con los seres que, según Vargas, habitaban en NGC 7293. Entretanto, su nave tripulada por androides emprendería el lento viaje hacia allí. ¿Qué enviaría a bordo? Un informe completo sobre los logros del hombre. Sí, cubos a granel, bibliotecas enteras, todo el repertorio musical, un centenar de sistemas informativos de alta redundancia. Que la tripulación fuera de cuatro alfas y cuatro betas. Tendrían que ser expertos en técnicas de comunicación. Mientras dormían, él les enviaría mensajes de taquiones, detallando los conocimientos que esperaba conseguir gracias al

contacto de la torre con el pueblo de las estrellas. Quizá, para cuando la nave llegara a su destino, aproximadamente en el año 2850, sería posible proporcionar a la tripulación diccionarios del lenguaje de la raza a la que visitaban. Incluso enciclopedias enteras. ¡Anales de los seis siglos de contacto mediante rayo de taquiones entre los terrestres y los habitantes de NGC 7293!

Krug palmeó el hombro de Rómulo Fusión.

- Buen trabajo. Tendrás noticias más. ¿Dónde está el transmat?

- Por aquí, señor.

Plip. Plip. Plip.

Krug volvió a saltar hacia el emplazamiento de la torre.

Thor Vigilante ya no estaba conectado a la computadora del centro de control. Krug le encontró dentro de la torre, en el cuarto nivel, supervisando la instalación de una hilera de mecanismos que parecían bolas de mantequilla engarzadas en una cadena de cuentas de cristal.

- ¿Qué es esto? - quiso saber Krug.

Vigilante pareció sorprendido ante la repentina aparición de su amo.

- Cortocircuitos - dijo, recuperándose con rapidez -. En caso de un flujo de positrones excesivo...

- Vale, vale. ¿Sabes dónde he estado, Thor? En Denver.

En Denver. He visto la nave espacial. No me había dado cuenta: casi la han terminado. Hay que encajarla ahora mismo en la secuencia de proyectos.

- ¿Señor?

- Alfa Rómulo Fusión está al mando allí. Va a elegir una tripulación de cuatro alfas y cuatro betas. tas. Los lanzaremos la primavera que viene, en animación suspendida, sueño frío. En cuanto enviemos las primeras señales a NGC 7293. Ponte en contacto con él, coordinadlo todo. ¿De acuerdo? Ah, otra cosa. Aunque vamos más de prisa de lo previsto, aún no estoy satisfecho, quiero más rapidez.

Bum. Bum. La nebulosa planetaria NGC 7293 brilló tras la frente de Krug. El calor de su piel evaporaba el sudor tan pronto como le brotaba de los poros. «Me estoy excitando demasiado», se dijo.

- Cuando acabéis el trabajo de esta noche, Thor, escribe una solicitud de personal para incrementar en un cincuenta por ciento los grupos de trabajo. Envíala a Spaulding. Si necesitas más alfas, no lo dudes. Pide. Alquila. Gasta. Lo que sea. - Bum -. Quiero que se re programe todo el plan de construcción. Hay que terminar tres meses antes de lo previsto. ¿De acuerdo?

Vigilante parecía algo aturdido.

- Sí, señor Krug - dijo débilmente.

- Bien. Sí. Bien. Sigue trabajando así de bien, Thor. Estoy muy orgulloso y satisfecho. - Bum. Bum. Bum. Plip. Bum -. Si hace falta, te conseguiremos hasta al último beta capacitado del hemisferio occidental. Del oriental. Del mundo. ¡Hay que acabar la torre! - Bum -. ¡Tiempo! ¡Tiempo! ¡Nunca hay suficiente tiempo!

Krug se marchó con rapidez. Fuera, en el frío aire de la noche, el frenesí le abandonó en parte. Se quedó quieto un instante, saboreando la brillante belleza esbelta de la torre, iluminada sobre el fondo negro de la tundra. Alzó la vista. Vio las estrellas. Cerró el puño y lo agitó.

¡Krug! ¡Krug! ¡Krug! ¡Krug!

Bum.

Al transmat. Coordenadas: Uganda. Junto al lago. Quenelle le esperaba. Cuerpo suave, pechos grandes, muslos separados, vientre palpitante. Sí. Sí. Sí. Sí. 2-5-1, 2-3-1, 2-1. Krug saltó hacia el otro lado del mundo.

Bajo la luz de un sol invernal, brillante y blanco, una docena de alfas desfilaban solemnemente por la plaza que descendía, como el delantal de un gigante, desde el regazo del edificio del Congreso Mundial, en Ginebra. Cada alfa llevaba un carrito manifestante, y lucía el emblema del Partido para la Igualdad de los Androides. Había robots de seguridad estacionados en las esquinas de la plaza. Las máquinas negras de cabeza chata estaban preparadas para rodar hacia adelante al instante, dispersando trenzas de estasis inmovilizadoras, si los manifestantes se apartaban en lo más mínimo del programa de agitación que habían entregado al portero del Congreso. Pero los miembros del PIA no pensaban hacer nada inesperado. Se limitaban a cruzar la plaza una y otra vez, con un paso que no era ni rígido ni desmadejado, sin apartar la vista de las cámaras flotantes de holovisión que pendían sobre ellos. Periódicamente, a una señal de su líder, Sigfrido Archivista, uno de los manifestantes activaba los circuitos de su carrito de manifestación. De la boquilla del carrito brotaba una espesa nube esférica de vapor azul, que se elevaba unos veinte metros y permanecía allí, bien definida por enlace cinético, mientras un mensaje impreso en grandes letras de un vivo color dorado se movía lentamente por su circunferencia. Cuando las palabras habían recorrido los 360°, la nube se disipaba, y sólo cuando los últimos jirones se habían desvanecido en el aire, Archivista hacía una señal para que otro manifestante lanzase su declaración.

Aunque el Congreso llevaba ya varias semanas en sesiones, era más que improbable que ninguno de los delegados dentro del hermoso edificio estuviera prestando atención a la protesta. Ya habían visto otras manifestaciones por el estilo. El objetivo del grupo del PIA era ser captados por la gente de la holovisión, para hacer llegar a los espectadores de todo el mundo, en nombre de la noticia, eslóganes como éstos:

¡Igualdad androide ya!
¡cuarenta años de esclavitud son suficientes!
¿murió en vano Casandra Núcleo?
Apelamos a la conciencia de la humanidad
¡acción! ¡libertad! ¡acción!
¡admisión de los androides en el congreso, ya!
¡ha llegado el momento!
Si nos pincháis, ¿no sangramos?

22

Thor Vigilante se arrodilló junto a Lilith Meson en la capilla de Valhallavagen. Era el día de la Ceremonia de Inauguración de la Cuba; había nueve alfas presentes, y oficiaba Mazda Constructor, de la casta de los Transcendedores. Habían convencido a un par de betas para que asistieran, ya que necesitaban Entregadores. No era una ceremonia que requiriese la participación de un Preservador, así que Vigilante no desempeñaba ningún papel en ella; se limitaba a repetir para sus adentros las invocaciones de los celebrantes.

El holograma de Krug brillaba y palpitaba encima del altar. Los tríos del código genético que cubrían las paredes parecían fundirse y girar mientras el ritual se acercaba a su clímax. El olor del hidrógeno impregnaba el aire. Los gestos de Mazda Constructor, siempre nobles e impresionantes, eran cada vez más amplios, más envolventes.

- AUU GAU GGU GCU - proclamó.
- ¡Armonía! - cantó el primer Entregador.
- ¡Unidad! - cantó el segundo.
- Percepción - dijo Lilith.
- CAC CGC CCC CUC - recitó Mazda Constructor.
- ¡Armonía!
- ¡Unidad!

- Pasión - dijo Lilith.
- UAA UGA UCA UUA - exclamó el Transcendedor.
- ¡Armonía!
- ¡Unidad!
- Propósito - dijo Lilith.

La ceremonia terminó. Mazda Constructor bajó, enrojecido y cansado. Lilith le rozó ligeramente la mano. Los betas, agradecidos de poder marcharse, se escabulleron por la puerta trasera. Vigilante se levantó. Vio a Andrómeda Quark en el rincón más lejano, el más sombrío, susurrando alguna devoción privada de la casta de los Proyectores.

- ¿Nos vamos? - dijo Vigilante a Lilith -. Te acompañaré a casa.
- Eres muy amable - respondió ella.

Su papel en la ceremonia parecía haberla dejado radiante. Tenía los ojos extrañamente brillantes, el pecho le palpitaba bajo el fino tejido envolvente, tenía las fosas nasales dilatadas. La acompañó hasta la calle.

- ¿Ha llegado a tu despacho la solicitud de personal? - le preguntó Vigilante mientras caminaban hasta el transmat cercano.

- Ayer. Con una nota de Spaulding diciéndome que la cursara en seguida. ¿Dónde voy a encontrar tantos betas cualificados, Thor? ¿Qué está pasando?

- Lo que pasa es que Krug nos presiona al máximo. Está obsesionado con terminar la torre.

- Eso no es nuevo - señaló Lilith.

- Pero empeora por momentos. Se impacienta más con cada día que pasa, la impaciencia se apodera de él como una enfermedad. Quizá, si yo fuera humano, comprendería un impulso así. Ahora va a la torre dos o tres veces por día. Cuenta los niveles Cuenta los bloques que se han colocado. Persigue a los del rayo de taquiones, ordenándoles situar las máquinas más de prisa. Empieza a parecer un salvaje, sudoroso, excitado, tartamudo. Está aumentando inútilmente el número de trabajadores, e invierte millones de dólares más en el proyecto. ¿Para qué? ¿Para qué? Y luego, lo de la nave. Hablé ayer con Denver. ¿Sabes, Lilith? No hizo caso de la planta durante todo el año pasado, y ahora va allí una vez al día. La nave tiene que estar preparada dentro de tres meses para un viaje interestelar. Tripulación androide. Va a enviar androides.

- ¿Adónde?

- A trescientos años luz.

- No te dirá que vayas, ¿verdad? Ni a mí.

- Cuatro alfas y cuatro betas - dijo Vigilante -. No se me ha informado a quién se está considerando. Si deja decidir a Spaulding, estoy acabado. Krug nos guarde de tener que ir.

Comprendió la ironía de su plegaria en cuanto la hubo pronunciado, y dejó escapar una breve y sombría carcajada.

- Sí. ¡Krug nos guarde!

Llegaron al transmat. Vigilante empezó a fijar las coordenadas.

- ¿Quieres subir un rato? - preguntó Lilith.

- Encantado.

Entraron juntos en el brillo verdoso.

El piso de Lilith era más pequeño que el suyo, sólo un dormitorio, una combinación de sala de estar/comedor/cocina, y una especie de vestíbulo armario grande. Era evidente que se había tratado de un apartamento mucho mayor, dividido en muchos pequeños, aptos para androides. El edificio era parecido al suyo: antiguo, bien usado, con un alma cálida. Siglo XIX, pensó, aunque el mobiliario de Lilith, reflejando la fuerza de su personalidad, era claramente contemporáneo, se basaba en proyecciones desde el suelo y en pequeños objetos de arte que flotaban libremente. Era la primera vez que Vigilante visitaba su casa, aunque eran casi vecinos en Estocolmo. Los androides, incluso los alfas,

no eran demasiado proclives a las visitas: las capillas servían como lugar de reunión en la mayoría de las ocasiones. Los que no eran miembros de la comunión se agrupaban en los locales del PIA, o se aferraban a su soledad.

Se dejó caer en un sillón mullido y confortable.

- ¿Quieres corroerte el cerebro? - preguntó Lilith -. Tengo todo tipo de sustancias amistosas. ¿Hierba? ¿Flotadores? ¿Disruptores? Incluso alcohol..., licores, coñacs, whiskies...

- Tienes un buen surtido de venenos.

- Manuel viene a menudo. Tengo que desempeñar el papel de anfitriona para él. ¿Tomarás algo?

- Nada - dijo él -. No me gusta la corrosión.

Ella se echó a reír y se dirigió hacia el doppler. Éste consumió su ropa rápidamente. Bajo ella, sólo llevaba un pulverizador térmico de un verde pálido que sentaba de maravilla a su piel color escarlata claro. La cubría de los pechos a los muslos, protegiéndola de los vientos de diciembre que soplaban en Estocolmo. Otra programación del doppler, y eso también desapareció. Conservó las sandalias.

Dejándose caer grácilmente, se sentó en el suelo ante él con las piernas cruzadas, y jugó con los diales de las proyecciones murales. Las texturas fluyeron y cambiaron mientras hacía reajustes al azar. Hubo un extraño momento de silencio tenso. Vigilante se sentía extraño. Hacía cinco años que conocía a Lilith, casi toda la vida de ella, y entre ellos existía una amistad tan fuerte como podía ser entre dos androides. Pero nunca había estado a solas con ella, en un silencio como aquél. No era su desnudez lo que le turbaba. La desnudez no significaba nada para él. Era, decidió, la intimidad del hecho. Como si fueran amantes. Como si hubiera algo... sexual... entre nosotros. Sonrió y decidió hablarle de sus sentimientos incongruentes. Pero ella intervino antes de que pudiera hacerlo.

- Se me acaba de ocurrir una idea. Sobre Krug Sobre su impaciencia por acabar la torre. Thor, ¿y si se está muriendo?

- ¿Muriendo?

La mente en blanco. Era una idea inimaginable.

- Alguna enfermedad terrible. Algo que no se pueda arreglar tectogenéticamente. No sé qué, quizá algún nuevo tipo de cáncer. De cualquier manera, supón que acaba de averiguar que le queda un año o dos de vida, y está desesperado por enviar sus señales al espacio.

- Parece muy sano - señaló Vigilante.

- Quizá se está pudriendo por dentro. Los primeros síntomas son un comportamiento extraño, saltos obsesivos de lugar en lugar, aceleración de los planes de trabajo, molestar a la gente para que responda más de prisa...

- ¡Krug nos guarde, no!

- Guárdese Krug.

- No puedo creerlo, Lilith. ¿De dónde has sacado esa idea? ¿Te ha dicho algo Manuel?

- Sólo es intuición. Estoy intentando ayudarte a entender el extraño comportamiento de Krug, nada más. Si de verdad se está muriendo, eso explicaría...

- Krug no puede morir.

- ¿No?

- Ya sabes lo que quiero decir. No debería. Aún es joven. Por lo menos le queda un siglo de vida. Y tiene que hacer muchas cosas en ese tiempo.

- ¿Por nosotros, quieres decir?

- Claro - respondió Vigilante.

- Pero la torre le está consumiendo. Le quema. Imagina que muere, Thor. Sin haber pronunciado las palabras..., sin haber hablado en nuestra defensa...

- Entonces, habríamos malgastado mucha energía en plegarias. Y el PIA se reiría de nosotros.

- ¿No deberíamos hacer algo?

Vigilante se apretó ligeramente los pulgares contra los párpados.

- No podemos trazar planes basándonos en una fantasía, Lilith. Por lo que sabemos, Krug no se está muriendo, ni parece que vaya a morir en mucho tiempo.

- Pero ¿y si muere?

- ¿Adónde quieres llegar?

- Podríamos empezar a preparar nuestro movimiento desde ahora - dijo ella.

- ¿Cuál?

- Lo que hemos estado discutiendo desde que me animaste a que me acostara con Manuel. Utilizar a Manuel para conseguir que Krug apoye nuestra causa.

- Sólo fue una idea pasajera - replicó Vigilante -. Filosóficamente, dudo que sea apropiado intentar manipular así a Krug. Si somos sinceros con nuestra fe, deberíamos esperar Su gracia y Su piedad sin hacer planes...

- Basta, Thor. Yo voy a la capilla, tú vas a la capilla, todos vamos; pero también vivimos en el mundo real, y en el mundo real hay que tener otros factores en cuenta. Como la posibilidad de que Krug muera de manera prematura.

- Bueno...

Se estremeció, tenso. Lilith hablaba pragmáticamente. Hablaba casi como una organizadora del PIA. Comprendía la lógica de su postura. Toda su fe se centraba en la esperanza de la manifestación de un milagro. Pero ¿y si no había tal milagro? Si tenían la oportunidad de propiciar el milagro, ¿por qué no aprovecharla? Pero..., pero...

- Manuel está preparado - dijo ella -. Está dispuesto a defender nuestra causa abiertamente. Ya sabes lo manejable que es. En dos o tres semanas, podría transformarlo en un cruzado. Primero le llevaré a Ciudad Gamma...

- Disfrazado, espero.

- Por supuesto. Podríamos pasar una noche allí. Se lo restregaría por la cara. Y luego..., recuerda que hablamos de dejarle ver una capilla, Thor...

- Sí. Sí.

Vigilante se estremeció.

- Puedo hacerlo. Puedo explicarle nuestro credo. Y por último, iré al grano y le pediré que abogue por nosotros ante su padre. ¡Lo haría, Thor, lo haría! Y Krug le escucharía. Krug cedería y pronunciaría las palabras. Como favor a Manuel.

Vigilante se levantó, y paseó por la habitación.

- Pero me parece casi blasfemo. Se supone que debemos esperar que la piedad de Krug descienda sobre nosotros, cuando Krug quiera. Utilizar así a Manuel, intentar modelar y forzar la voluntad de Krug...

- ¿Y si Krug se está muriendo? - inquirió Lilith -. ¿Y si sólo le quedan unos meses de vida? ¿Y si el momento llega cuando ya no exista Krug? Seguiremos siendo esclavos.

Sus palabras resonaron entre las paredes, destrozándole:

cuando ya no haya Krug

cuando ya no haya Krug

cuando ya no haya Krug

cuando ya no haya Krug

- Debemos distinguir - dijo, turbado - entre el hombre de carne y hueso que es Krug, para el que trabajamos, y la presencia eterna de Krug el Hacedor y Krug el Liberador, que...

- Ahora no, Thor. Simplemente, dime qué debo hacer. ¿Llevo a Manuel a Ciudad Gamma?

- Sí. Sí. Pero poco a poco. No le descubras las cosas con demasiada rapidez. Si tienes alguna duda, consulta conmigo. ¿De verdad puedes controlar a Manuel?

- Me adora - respondió tranquilamente Lilith.

- ¿Por tu cuerpo?

- Es un buen cuerpo, Thor. Pero hay algo más. Él quiere ser dominado por una androide. Está lleno de los sentimientos de culpabilidad de la segunda generación. Lo capturé con el sexo, pero lo retengo con el poder de la Cuba.

- Sexo - repitió Vigilante -. Lo capturaste con sexo. ¿Cómo? Tiene una esposa. Una esposa atractiva, según he oído, aunque no estoy en posición de juzgarlo, claro. Si tiene una esposa atractiva, ¿por qué necesita...?

Lilith se echó a reír.

- ¿He dicho algo divertido?

- No sabes nada de los humanos, ¿verdad, Thor? ¡El famoso Alfa Vigilante, totalmente desconcertado!

Los ojos de Lilith brillaban. Se puso en pie de un salto.

- ¿Sabes algo sobre el sexo, Thor? De primera mano, quiero decir.

- ¿Que si he practicado el sexo? ¿Es eso lo que preguntas?

- Eso es lo que pregunto - respondió Lilith.

El cambio en el sentido de la conversación le sorprendió. ¿Qué tenía que ver su vida privada con los planes sobre tácticas revolucionarias?

- No - respondió -. Nunca. ¿Por qué habría de hacerlo? ¿Qué puedo obtener, aparte de problemas?

- Placer - sugirió ella -. Krug nos creó con un sistema nervioso funcional. El sexo es divertido. El sexo me excita. Debería excitarte también a ti. ¿Por qué ni siquiera los has probado?

- No conozco a ningún varón alfa que lo haya hecho. O que piense mucho sobre ello.

- Las mujeres alfa, sí.

- Eso es diferente. Vosotras tenéis más oportunidades. Todos los varones humanos corren detrás de vosotras. Creo que las mujeres humanas, a no ser que estén perturbadas, no persiguen a los androides. Y tú puedes practicar el sexo con un humano sin correr riesgos. Yo no pienso aventurarme con una hembra humana: cualquier hombre que piense que estoy infringiendo sus derechos, puede destruirme al instante.

- ¿Y qué hay del sexo entre androide y androide?

- ¿Para qué? ¿Para hacer bebés?

- El sexo y la reproducción son dos cosas muy diferentes, Thor. La gente tiene sexo sin bebés y bebés sin sexo siempre que quiere. El sexo es una fuerza social. Un deporte, un juego. Una especie de magnetismo cuerpo a cuerpo. Es lo que me da poder sobre Manuel Krug.

Bruscamente, su tono de voz cambió, perdió el matiz dialéctico, se hizo más suave.

- ¿Quieres que te enseñe cómo es? Quítate la ropa.

Él dejó escapar una carcajada nerviosa.

- ¿Lo dices en serio? ¿Quieres practicar el sexo conmigo?

- ¿Por qué no? ¿Tienes miedo?

- No seas absurda. Simplemente, no esperaba..., quiero decir..., parece incongruente, dos androides acostándose juntos, Lilith...

- ¿Porque somos cosas hechas de plástico? - replicó ella con frialdad.

- No quiero decir eso. ¡Evidentemente somos de carne y hueso!

- Pero hay ciertas cosas que no debemos hacer, porque nosotros venimos de la Cuba. Ciertas funciones corporales quedan reservadas a los Hijos del Vientre. ¿No?

- Estás tergiversando mi postura.

- Lo sé. Quiero educarte, Thor. Estás intentando manipular el destino de toda una sociedad, e ignoras una de sus motivaciones básicas fundamentales. Vamos, desnúdate. ¿Nunca has sentido deseo hacia una mujer?

- No sé qué es el deseo, Lilith.

- ¿De verdad?

- De verdad.

Ella meneó la cabeza.

- ¿Y tú crees que deberíamos obtener la igualdad con los humanos? ¿Tú quieres votar, quieres que los alfas entren en el Congreso, quieres tener derechos civiles? Pero vives como un robot. Como una máquina. Eres un argumento viviente para mantener a los androides en su lugar. Te has cerrado a uno de los aspectos más importantes de la vida humana, y te dices que esas cosas son sólo para los humanos. Los androides no tienen que molestarse con ello. ¡Es una idea peligrosa, Thor! Nosotros somos humanos. Tenemos cuerpos. ¿Por qué Krug nos dio genitales, si no quería que los usásemos?

- Estoy de acuerdo con todo lo que dices. Pero...

- Pero ¿qué?

- El sexo me parece irrelevante. Y sé que es un argumento condenatorio contra nuestra causa. No soy el único alfa que piensa así, Lilith. No lo mencionamos demasiado, pero... - Apartó la vista de ella -. Quizá los humanos tengan razón. Quizá seamos inferiores, artificiales, sólo un tipo de robot inteligente hecho de carne y hueso...

- Te equivocas. Levántate, Thor. Ven aquí.

Caminó hacia ella. Lilith le cogió las manos y las guió hacia sus pechos desnudos.

- Apriétalos - dijo -. Con suavidad. Juega con los pezones. ¿Ves cómo se endurecen, cómo se yerguen? Es un síntoma de que respondo a tu contacto. Es una manera que tienen las mujeres de demostrar deseo. ¿Qué sientes cuando me tocas los pechos, Thor?

- La suavidad. La piel fría.

- ¿Qué sientes por dentro?

- No lo sé.

- ¿Se te acelera el pulso? ¿Notas alguna tensión? ¿Un nudo en el estómago? Ven. Tócame la cadera. La nalga. Desliza la mano arriba y abajo. ¿Hay algo, Thor?

- No estoy seguro. Soy tan nuevo en esto, Lilith...

- Desnúdate - dijo.

- Así parece muy mecánico. Frío. ¿No se supone que el sexo va precedido de un cortejo, luces tenues, susurros, música, poesía?

- Entonces, sabes algo al respecto.

- Un poco. Lo que he leído en los libros. Conozco los rituales. Los detalles.

- Podemos empezar por los detalles. Mira, he apagado las luces. Tómate un flotador, Thor. No, un disruptor, no. Al menos la primera vez. Un flotador. Bien. Ahora, un poco de música. Desnúdate.

- ¿No se lo contarás a nadie?

- ¡Qué tonterías dices! ¿A quién se lo iba a contar? ¿A Manuel? ¿Quieres que le diga «querido, querido, te he sido infiel con Thor Vigilante»? - Se rió, traviesa -. Será nuestro secreto. Puedes considerarlo una lección de humanidad. Los humanos practican el sexo, y tú quieres ser más humano, ¿no? Yo te descubriré el sexo.

Le dedicó una sonrisa astuta. Empezó a quitarle la ropa.

La curiosidad le dominó. Sintió que el flotador le afectaba el cerebro, llevándole hacia la euforia. Lilith tenía razón: la asexualidad de los alfas era una paradoja entre gente que proclamaba ser humana con tal intensidad. ¿O tal vez no había tantos alfas asexuales como él pensaba? ¿O quizá, embebido por los trabajos que le encargaba Krug, no había desarrollado sus emociones? Pensó en Sigfrido Archivista, llorando en la nieve junto a Casandra Núcleo, y se lo preguntó.

Sus ropas cayeron. Lilith le estrechó entre sus brazos.

Frotó su cuerpo frío contra el de Vigilante. Él sintió sus muslos fríos contra los suyos, el tambor tenso y frío de su vientre rozando el suyo, los nudos duros de sus pezones rozándole el pecho. Se examinó a sí mismo en busca de algún rastro de respuesta. No supo muy bien qué había encontrado, aunque no podía negar que disfrutaba con las

sensaciones táctiles del contacto mutuo. Ella tenía los ojos cerrados. Sus labios se entreabrieron y buscaron los suyos. Deslizó la lengua entre los dientes de él. Thor le pasó las manos por la espalda y, en un impulso repentino, hundió los dedos en los globos que eran sus nalgas. Lilith se puso rígida y se estrechó aún más contra él, apretándose en vez de frotarse. Siguieron así unos minutos. Luego, ella se relajó y se apartó.

- ¿Y bien? - preguntó -. ¿Algo?
- Me ha gustado - respondió, tentativo.
- Pero ¿te ha excitado?
- Creo que sí.
- Pues no lo parece.
- ¿Cómo lo sabes?
- Te lo enseñaré - sonrió ella.

Se sentía increíblemente absurdo y extraño, alejado de su propia identidad, incapaz de volver, o incluso de ver, al Thor Vigilante que conocía y comprendía. Desde el principio, casi desde que dejó la Cuba, se había considerado a sí mismo más adulto, más sabio, más competente, más seguro, que sus camaradas alfas: un hombre que comprendía el mundo y su lugar en él. ¿Y ahora? En media hora, Lilith le había convertido en algo torpe, ingenuo, estúpido... e impotente.

Ella le puso las manos en la entrepierna.

- Tu órgano no se ha puesto rígido - dijo -, así que, obviamente, no te excitó mucho lo que te... - Ella se detuvo -. Oh. Sí. Ahora, ¿lo ves?
- Fue cuando me tocaste.
- No es lo que se dice sorprendente. Entonces, ¿te gusta? Sí. Sí.

Movió los dedos con habilidad. Vigilante tuvo que reconocer que la sensación le parecía interesante, y el repentino y sorprendente despertar de su masculinidad en las manos de ella era un efecto muy notable. Pero siguió al margen de sí mismo, un observador alejado y distante, tan involucrado en aquello como si estuviera asistiendo a una conferencia sobre las costumbres de apareamiento de los proteoides centaurinos.

Ella volvía a estar muy cerca de él. Su cuerpo se movía, deslizándose, temblando un poco, estremeciéndose con una tensión apenas reprimida. Él la estrechó entre sus brazos. Volvió a recorrerle la piel con las manos.

Ella le guió hacia el suelo.

Se tumbó sobre ella, apoyándose en rodillas y codos para no presionarla con todo su peso. Las piernas de Lilith le rodearon. Sus muslos se cerraron en torno a sus caderas. Deslizó la mano entre sus cuerpos para agarrarle, guiarle hacia su interior. Empezó a subir y bajar la pelvis. El cogió el ritmo en seguida, y acompañó los impulsos con los suyos propios.

Así que esto es el sexo, pensó.

Se preguntó cómo se sentiría una mujer cuando le introducían en el cuerpo algo largo y duro. Evidentemente, lo disfrutaban. Lilith jadeaba y se estremecía bajo el efecto de algo que parecía placer. Pero le parecía extraño que desearan tal cosa. ¿Tan emocionante era meterte dentro de una mujer? ¿Era éste el tema de la poesía? ¿Por esto los hombres se habían retado a duelo, por esto habían renunciado a reinos?

- ¿Cómo sabremos que hemos terminado? - preguntó tras un rato.

Ella abrió los ojos. Vigilante no supo si lo que brillaba en ellos era ira o diversión.

- Lo sabrás - le respondió -. ¡Sigue moviéndote!

Las caderas de Lilith se movieron de manera aún más violenta. Su rostro se distorsionó, casi se afeó. Una especie de tormenta interior se había desencadenado dentro de ella. Vigilante sentía sus espasmos agarrándole en el punto por donde estaban unidos.

De pronto, él también sintió un espasmo, y dejó de catalogar los efectos que su unión habían surtido en ella. Cerró los ojos, y luchó por respirar. El corazón le latía a toda

velocidad. La piel le ardía. La estrechó aún más y apretó el rostro contra el espacio entre la mejilla y el cuello de la mujer. Una serie de impactos le sacudieron.

Lilith tenía razón. Era fácil saber cuándo todo había terminado.

¡Qué pronto se agotaba el éxtasis! Apenas podía recordar ya las poderosas sensaciones que le invadieran sesenta segundos antes. Se sintió estafado, como si le hubieran prometido un festín para luego darle comida imaginaria. ¿Eso era todo? ¿Como las olas retirándose tras una breve subida de la marea? Y cenizas en la playa. No es nada, pensó Thor Vigilante. Es un fraude.

Se apartó de ella.

Lilith permaneció tendida, con la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados, la boca abierta. Estaba empapada en sudor, pálida. Vigilante pensó que nunca había visto a aquella mujer. Un momento después de que se apartara de ella, abrió los ojos. Se incorporó sobre un codo y le sonrió, casi con timidez.

- Hola - dijo.

- Hola.

Apartó la vista.

- ¿Cómo te sientes?

Vigilante se encogió de hombros. Buscó las palabras adecuadas, y no las encontró. «Derrotado», pensó.

- Sobre todo, cansado. Vacío. ¿Es correcto eso? Me siento... vacío.

- Normal. Después del coito todos los animales se quedan tristes. Antiguo proverbio romano. Eres un animal, Thor. No lo olvides.

- Un animal cansado. - Cenizas en una playa vacía. La marea muy baja -. ¿Has disfrutado tú, Lilith?

- ¿No lo has notado? No, supongo que no. He disfrutado. Y mucho.

Él le rozó el muslo con las manos.

- Me alegro. Pero sigo desconcertado.

- ¿Por qué?

- Por todo. Todos los acontecimientos. Empujar. Subir. Sudar. Gemir. El cosquilleo en la entrepierna, y todo ha terminado. La verdad...

- No - le interrumpió ella -. No lo intelectualices. No lo analices. Debías de estar esperando más de lo que hay en realidad. Sólo es diversión, Thor. Es lo que la gente hace para ser feliz. Nada más. Nada más. No es una experiencia cósmica.

- Lo siento. Sólo soy un androide tonto que no...

- No. Eres una persona, Thor.

Comprendió que la estaba hiriendo con su negativa de haberse sentido abrumado por la cópula. Se estaba hiriendo a sí mismo. Lentamente, se puso en pie. Su estado de ánimo era tormentoso. Se sentía como un recipiente vacío tirado en la nieve. Había conocido un relámpago de gozo, pensó, en el momento exacto de la descarga. Pero ¿valía la pena ese momento del relámpago, si luego venía siempre la temible tristeza?

La intención de Lilith fue buena. Había querido hacerle más humano.

La ayudó a levantarse, la abrazó un instante y la besó suavemente en la mejilla, mientras le acariciaba uno de los senos.

- Volveremos a hacerlo otro día, ¿de acuerdo? - dijo.

- Cuando quieras.

- Ha sido muy extraño para mí, era la primera vez. Mejoraré. Lo sé.

- Claro que sí, Thor. La primera vez siempre es extraña.

- Será mejor que me marche ya.

- Si es necesario...

- Creo que sí. Pero nos veremos pronto.

- Sí. - Le acarició los brazos -. Y mientras tanto... empezaré a hacer lo que hemos acordado. Llevaré a Manuel a Ciudad Gamma.

- Bien.
 - Krug sea contigo, Thor.
 - Krug sea contigo.
- Empezó a vestirse.

23

Y Krug dijo: «Habr  por siempre una diferencia sobre vosotros».

«Que los Hijos del Vientre vendrán siempre del Vientre, y los Hijos de la Cuba vendrán siempre de la Cuba. Y no os será dado concebir a los vuestros en vuestros propios cuerpos, como hacen los Hijos del Vientre».

«Y esto será para que vuestras vidas vengan sólo de Krug. Suya sólo será la gloria de vuestra creación, hasta el fin de los tiempos».

24

20 de diciembre de 2218. Con sus ochocientos metros, la torre domina y subyuga. Nada puede resistirse a su inmensidad: día o noche, uno sale del transmat y queda sobrecogido ante la inmensa vara de cristal deslumbrante. La soledad de los alrededores hace aún más impresionante su altura.

Ya ha alcanzado más de la mitad de su altura.

Últimamente, ha habido muchos accidentes, fruto de la prisa. Un par de trabajadores cayeron de la cima. Un electricista cometí un error en una conexión, y envió una descarga letal por el cable de carga de cinco gammas. Dos grúas de ascenso colisionaron, con una pérdida de cinco vidas. Alfa Euclides Proyectista evitó por poco resultar gravemente herido cuando la computadora principal recibí un monstruoso banco de energía entrópica mientras estaba conectado. Tres betas cayeron cuatrocientos metros por un acceso interior de servicio al colapsarse un andamio. Hasta el momento, el trabajo en la construcción ha causado la muerte de casi treinta androides. Pero hay miles trabajando en la torre, y el trabajo es azaroso y poco habitual: nadie considera extraordinariamente alto el índice de accidentes.

Los primeros treinta metros del aparato proyector del rayo de taquiones están casi acabados. Los técnicos prueban diariamente la solidez de la estructura. Por supuesto, no será posible generar taquiones hasta que el gigantesco acelerador est  completamente acabado, pero colocar en su sitio los componentes individuales del poderoso sistema también es interesante, y Krug se pasa la mayor parte del tiempo en la torre, vigilando las pruebas. Luces de colores relampaguean, los paneles indicadores zumban y silban, los diales brillan, las agujas vibran. Krug aplaude con entusiasmo cada resultado positivo. Trae hordas de invitados. En las tres últimas semanas, ha acudido a la torre con Niccolo Vargas, con su nuera Clissa, con veintinueve congresistas diferentes, con once importantes industriales, y con dieciseis representantes mundialmente famosos de las artes. Todos alaban un nimente la torre. Incluso los que quizá, para sus adentros, la consideran una titánica locura, no pueden contener la admiración ante su elegancia, su belleza, su magnitud. También una locura puede ser maravillosa, y nadie que haya visto la torre de Krug puede negar que es una maravilla. Y tampoco hay tantos que consideren una locura proclamar en las estrellas la existencia del hombre.

Manuel Krug no ha estado en la torre desde principios de noviembre. Krug explica que su hijo est  muy ocupado supervisando las complejidades del imperio corporativo de Krug. Cada mes que pasa, asume más responsabilidades. Después de todo, es el heredero forzoso.

25

La última vez que vi a Lilith, me dijo: «Cuando vuelvas, haremos algo diferente, ¿de acuerdo?».

Los dos desnudos, después de amarnos. Mi mejilla sobre sus pechos.

«¿Diferente? ¿En qué sentido?»

«Salir un poco del piso. Hacer turismo por Estocolmo. El barrio androide. Ver cómo vive la gente. Los gammas. ¿No te apetecería hacerlo?»

Y yo digo, un poco cauteloso: «¿Por qué? ¿No prefieres pasar el tiempo conmigo?»

Ella juguetea con el vello de mi pecho. Soy primitivo, una auténtica bestia.

Me dice: «Vivimos encerrados aquí. Vienes, copulamos, te marchas. Nunca vamos a ningún lugar juntos. Me gustaría que salieras conmigo. Parte de tu educación. Tengo tendencia a educar a la gente, ¿lo sabías, Manuel? Hacer que abran sus mentes a otras cosas. ¿Has estado alguna vez en una Ciudad Gamma?»

«No.»

«¿Sabes lo que es?»

«Supongo que un lugar donde viven gammas.»

«Exacto. Pero, en realidad, no lo sabes. No lo sabrás hasta que no hayas estado en una.»

«¿Peligrosa?»

«No. Nadie molestaría a unos alfas en Ciudad Gamma. A veces, se molestan un poco entre ellos, pero eso es diferente. Somos de una casta superior, no se acercan a nosotros.»

«Quizá no molesten a un alfa - le digo -, pero ¿y yo? Seguramente, no querrán turistas humanos.»

Lilith dijo que me disfrazaría. De alfa. Eso tenía una especie de picante. Tentación. Misterio. Quizá mantuviera el brillo del romance para Lilith y para mí, una especie de juego. «¿No se darán cuenta del engaño?», pregunté. Y ella me dijo: «No miran demasiado a los alfas. Tenemos un concepto de las distancias sociales. Los gammas mantienen las distancias sociales, Manuel.»

«De acuerdo, bien, iré a Ciudad Gamma.»

A partir de aquel día, nos pasamos una semana planeándolo. Lo arreglé todo con Clissa: «Me voy a la Luna - le dije -, no volveré en un par de días, ¿vale?». Sin problemas. Clissa pasaría el tiempo con sus amigos de Nueva Zelanda. A veces, me pregunto cuánto sospecha Clissa. Oh, lo que diría si lo supiese. A veces tengo la tentación de decirle: «Clissa, tengo una amante androide en Estocolmo, es de alto espectro en la cama, con un cuerpo fantástico, ¿qué te parece?». Clissa no es burguesa, pero es sensible. Podría sentirse rechazada. O quizá Clissa, con su gran amor hacia los androides oprimidos, diría: «Qué amable por tu parte, Manuel, hacer tan feliz a una de ellos. No me importa compartir tu amor con una androide. Tráela alguna vez a tomar el té, ¿quieres?» Me lo pregunto.

Llega el día. Voy a casa de Lilith. Entro, está desnuda. «Quítate la ropa», dice. Sonríe. Directa. Claro. Claro. Me desnudo y me acerco a ella. Hace un pequeño paso de danza y me deja abrazando el aire.

«Ahora no, tonto. Cuando volvamos. ¡Ahora, tenemos que disfrazarte!»

Tiene un tubo pulverizador. Primero lo pone en neutral y cubre la placa espejo de mi frente. «Los androides no llevan estas cosas. Fuera las clavijas de los lóbulos», dice. Me las quito, y rellena la abertura con gel. Luego empieza a pulverizarme de rojo. «¿Tengo que afeitarme el cuerpo?», pregunto. «No - dice ella -, pero no te desnudes delante de nadie.» Me cubre por completo de un rojo brillante. Androide al instante. Luego me extiende un pulverizador termal del pecho a los muslos. «Ahí fuera hará frío - dice -. Los androides no llevan mucha ropa. Toma esto. Vístete.»

Me tiende un traje. Una camisa de cuello alto, pantalones ajustados como una segunda piel. Ropa de androide, evidentemente, y estilo alfa, además, «No tengas una erección - me dice -. Romperías los pantalones.» Se ríe y me frota por delante.

«¿De dónde has sacado la ropa?»

«Se la pedí prestada a Thor Vigilante.»

«¿Le dijiste para qué?»

«No - dice ella -, claro que no. Sólo le dije que la necesitaba. A ver qué aspecto tienes ahora. Estupendo. ¡Estupendo! Un alfa perfecto. Camina por la habitación. Atrás. Bien. Contonéate un poco más. Recuerda, eres el producto final de la evolución humana, la mejor versión de homo sapiens que haya salido jamás de una probeta, con todos los puntos fuertes de los humanos y ninguna de sus taras. Eres Alfa... Mmmm. Necesitamos un nombre, por si alguien pregunta. - Lilith piensa un momento -. Alfa Levítico Saltador - dice -. ¿Cómo te llamas?»

«Alfa Levítico Saltador», digo.

«No. Si alguien te lo pregunta, di Levítico Saltador. Ya sabrán que eres un alfa. Los demás te llamarán Alfa Saltador. ¿Queda claro?»

«Queda claro.»

Ella se viste. Primero un pulverizador termal, luego una malla dorada sobre los pechos hasta medio muslo. Nada más. Los pezones sobresalen por las aberturas de la malla. Abajo, tampoco queda mucho oculto. No es lo que yo llamaría ropa de invierno. A los androides les debe de gustar el invierno más que a nosotros.

«¿Quieres verte antes de que salgamos, Alfa Saltador?»

«Sí.»

Ella tira al aire polvo de espejo. Cuando las moléculas se organizan, me veo de cuerpo entero. Impresionante. Un buen ejemplar de alfa, un guaperas de rojo ronda por la ciudad. Lilith tiene razón: ningún gamma se atreverá a jugar conmigo. Ni siquiera a mirarme a los ojos.

«Vamos, Alfa Saltador. Vamos de visita a Ciudad Gamma.»

Afuera. Al otro lado. A la periferia de la ciudad, con vistas a un agua gris azotada por el viento. Olas blancas en el puerto. Primera hora de la tarde, pero ya ha anochecido: una hora del día gris y sucia, niebla baja, el brillo de las farolas borroso y sucio. Otras luces llegan de los edificios alejados, o flotan sobre el agua: rojas, verdes, azules, naranjas, encendiéndose y apagándose, pidiendo atención a gritos, una flecha aquí, el signo de una trompeta allá. Vibraciones. Humos. Sonidos. La cercanía de mucha gente. Un chirrido en la masa gris. Carcajadas lejanas, también borrosas. Múltiples retazos de voz perdiéndose en la niebla:

- ¡Suelta o te coagulo!

- Vuelve a la cuba. Vuelve a la cuba.

- ¡Ralentizador! ¿Quién quiere ralentizador?

- Los apiladores no lo saben.

- ¡Ralentizador!

- ¡Búho! ¡Búho! ¡Búho!

Casi la mitad de la población de Estocolmo está compuesta por androides. ¿Por qué se reúnen aquí? Y quizá en otras nueve ciudades. Guetos. No tienen por qué hacerlo. Mundo transmat: vive donde quieras, puedes trabajar de todas maneras. Pero nos gusta estar entre los nuestros, dice ella. Y aun así, se estratifican en sus guetos. Los alfas allí atrás, en las buenas casas antiguas, y los betas en la mezcla del centro. Y luego los gammas. Los gammas. Bienvenido a Ciudad Gamma.

Calles pavimentadas con guijarros, húmedos, resbaladizos, lodosos. ¿Medievales? Edificios grises desconchados, fachada contra fachada, apenas un callejón entre ellos. Un riachuelo de agua fría y sucia bajando por el sumidero desde la parte superior. Ventanas de cristal. Pero no todo es arcaico aquí: una mezcla de estilos, todo tipo de arquitecturas,

olla podrida, bullabesa, los siglos veintidós, diecinueve, dieciséis, catorce, todos juntos. Las redes colgantes de rutas aéreas a prueba de agua. Vías deslizantes oxidadas en algunas de las calles retorcidas. El zumbido de los acondicionadores de aire pasados de fase, bombeando una niebla verdosa al aire invernal. Sótanos barrocos de gruesos muros. Lilith y yo bajando por locos senderos en zigzag. Un demonio debió de diseñar esta ciudad. El duende de lo perverso.

Rostros que flotan.

Gammas. Por todas partes. Miran, pasan rápidamente, vuelven a mirar. Pequeños ojos sombríos, como de pájaros, crispados - crispados - crispados, asustados. Asustados de nosotros. Las distancias sociales, ¿eh? Mantienen las distancias sociales. Acechan, miran, pero cuando nos acercamos, intentan volverse invisibles. Cabezas gachas. Ojos desviados. Alfas alfas alfas. ¡Atención a todos los gammas!

Somos como torres junto a ellos. Nunca me había dado cuenta de lo gordetes que son los gammas. Qué bajos, qué anchos. Y qué fuertes. Esos hombros. Esos músculos abultados. Cualquiera de ellos podría hacerme pedazos. Las mujeres también parecen fuertes, aunque están construidas con más gracia. ¿Acostarme con una chica gamma? Más fogosa que Lilith, quizá... ¿es posible? ¿Golpes y saltos, gemidos de clase baja, nada de inhibiciones? Y olor a ajo, sin duda. Olvida esa idea. Son bastas. Bastas. Como Quenelle con mi padre, seguro. Dejémoslo correr. Hay pasión de sobra en Lilith. Y es limpia. Probablemente, no merece la pena ni pensar en ello. Los gammas se mantienen alejados de nosotros. Dos elegantes alfas en la ciudad. Tenemos piernas largas. Tenemos estilo. Tenemos gallardía. Nos temen.

Soy Alfa Levítico Saltador.

Aquí el viento es terrible. Viene del agua, afilado como un cuchillo. Levanta el polvo y trozos de cosas en las calles. ¡Polvo! ¡Restos! ¿Cuándo he visto calles así de sucias? ¿Es que los robots no vienen nunca aquí? Bueno, entonces, ¿es que los gammas no tienen suficiente orgullo como para limpiar su propia basura?

No les importan esas cosas, dice Lilith. Un asunto cultural. Se enorgullecen de su falta de orgullo; refleja su falta de estatus. Lo más bajo del mundo androide, lo más bajo del mundo humano, y lo saben, y no les gusta, y la suciedad es como su identificación de no estatus. Dicen, queréis que seamos sucios, así que también viviremos en la suciedad. Nos recrearemos en ella. Nos revolcaremos en ella. Si no somos personas, no tenemos que ser limpios en casa. Antes venían aquí robolimpiadores, pero los gammas los desmantelaban. Ahí hay uno, ¿ves? Lleva ahí por lo menos diez años.

Fragmentos de robot yacen dispersos. Restos de un hombre metálico. El brillo de buen metal azul a través de la herrumbre. ¿Serán solenoides esas cosas? ¿Relés? ¿Acumuladores? Las entrañas de cables embrollados de la máquina. Lo más bajo de lo más bajo de lo más bajo, un simple objeto mecánico, destruido mientras atacaba la mugre de nuestros parias nacidos de la cuba. Un gato gris y blanco mea en las entrañas del robot. Los gammas apoyados contra el muro, ríen. Entonces nos ven, y retroceden, asombrados. Hacen rápidos gestos nerviosos con las manos izquierdas..., toque en la entrepierna, toque en el pecho, toque en la frente, uno dos tres y muy de prisa. Tan automático, tan reflejo como la señal de persignarse. «¿Qué es? ¿Una especie de costumbre, un tic? ¿Una muestra de hospitalidad para los alfas errantes?»

«Algo así - dice Lilith -. No exactamente. En realidad, se trata de una señal supersticiosa.»

«¿Para protegerse del mal de ojo?»

«Sí. En cierto modo. Tocar los puntos cardinales, invocar el espíritu de los genitales, el alma y la inteligencia, entrepierna pecho cráneo. ¿Nunca habías visto a unos androides haciéndolo?»

«A lo mejor sí.»

«Incluso los alfas - dice Lilith -. Una costumbre. Alivia la tensión. A veces, hasta yo lo hago.»

«Pero ¿por qué los genitales? Los androides no se reproducen.»

«Poder simbólico - dice -. Somos estériles, pero ésa sigue siendo una zona sagrada. En recuerdo de nuestro origen. El pozo genético humano viene de la entrepierna, y nosotros estamos diseñados a semejanza de esos genes. Tiene su teología.»

Hago el signo. Uno dos tres. Lilith se ríe, pero parece tensa, como si yo no debiera hacerlo. Al infierno. Esta noche finjo ser un androide, ¿no? Entonces, puedo hacer cosas de androide. Uno dos tres.

Los gammas apoyados contra el muro me devuelven la señal. Uno dos tres. Entrepierna pecho cráneo.

¡Uno de ellos dice algo que suena como «Alabado-sea-Krug»!

«¿Qué ha sido eso?», pregunto a Lilith.

«No lo he oído.»

«¿Ha dicho Alabado-sea-Krug?»

«A veces los gammas dicen tonterías.»

Sacudo la cabeza. «¡Quizá me haya reconocido, Lilith!»

«Imposible. Completamente imposible. Si ha dicho algo sobre Krug, se referiría a tu padre.»

«Sí. Sí. Claro. Él es Krug. Yo soy Manuel, sólo Manuel.»

«¡Shh! ¡Eres Alfa Levítico Saltador!»

«Cierto. Perdona. Alfa Levítico Saltador. Lev para los amigos. ¿Alabado-sea-Krug? Quizá lo entendí mal.»

«Quizá», dice Lilith.

Doblamos una esquina y, al hacerlo, disparamos una trampa anuncio. Al entrar en el campo sensor de la trampa, hacemos que un polvo multicolor surja de los respiraderos de la pared y forme, por atracción electrostática, unas letras luminosas en el aire, cegadoramente brillantes incluso en la oscuridad y la niebla. Contra un fondo plateado, vemos:

¡MÉDICO!

ALFA POSEIDÓN MOSQUETERO

¡MÉDICO!

ESPECIALISTA EN DOLENCIAS DE GAMMAS

CURA

SOLIDIFICACIONES

ADICTOS AL RALENTIZADOR

APILACIONES

DERROTA

PUTREFACCIÓN METABÓLICA

Y OTROS PROBLEMAS

¡INTACHABLE!

PRIMERA PUERTA A LA DERECHA Y LLAMAR

«¿De verdad es un alfa?», pregunto.

«Claro.»

«¿Qué hace viviendo en Ciudad Gamma?»

«Alguien tiene que ser su médico. ¿Crees que un gamma podría licenciarse en Medicina?»

«Pero parece un curandero. ¡Poner una trampa así...! ¿Qué clase de médico tiene que hacerse propaganda para conseguir clientes?»

«Un médico de Ciudad Gamma. Así es como se hacen las cosas aquí. De todos modos, es un curandero. Un buen médico, pero un curandero. Se mezcló en un

escándalo de regeneración de órganos, hace años, cuando tenía una consulta alfa. Le retiraron la licencia.»

«¿Aquí no se necesita licencia?»

«Aquí no se necesita nada. Pero dicen que es muy dedicado. Excéntrico, pero consagrado a su gente. ¿Te gustaría conocerle?»

«No. No. ¿Qué son los adictos al ralentizador?»

«El ralentizador es una droga que toman los gammas - dice Lilith -. No tardarás mucho en ver a algún adicto.»

«¿Y las apilaciones?»

«Producen algún fallo en el cerebro. Materia escamosa en el cerebelo.»

«¿Solidificaciones?»

«Un problema en los músculos. Endurecimiento de los tejidos, o algo así. No estoy segura. Sólo lo padecen los gammas.»

Frunzo el ceño. ¿Lo sabe mi padre? Él defiende la integridad de sus productos. Si los gammas son propensos a contraer enfermedades misteriosas...

«Mira, un adicto al ralentizador», dice Lilith.

Un androide sube por la calle en dirección a nosotros. Tambaleándose, resbalando, bailando, moviéndose tan lentamente como si nadara en un pozo de melaza. Los ojos entrecerrados; rostro soñador; brazos estirados; dedos caídos. Avanza como si caminara por la atmósfera de Júpiter. Sólo lleva puesto un trozo de tela alrededor de las caderas, pero suda bajo el aire gélido del anochecer. Canturrea para sí mismo con un ruido metálico. Tras lo que parecen cuatro horas, llega a nuestra altura. Pone los dos pies en el suelo, echa la cabeza hacia atrás, se lleva las manos a las caderas. Silencio. Un minuto. Al final, con voz baja y erizada, dice con terrible lentitud: «Al... fas... ho... la...al... fas... bo... ni... tos... al... fas...».

Lilith le dice que se vaya.

Al principio no hay respuesta. Luego su rostro se desmorona. Tristeza indescriptible. Levanta la mano izquierda en un extraño gesto de payaso, se toca la frente, deja que la mano baje hacia el pecho, hacia la entrepierna. Hace el signo al revés..., ¿qué significará eso? Dice trágicamente: «Yo... amo... bo... ni... tos... al... fas...»

«¿Qué clase de droga es?», le pregunto a Lilith.

«Produce la sensación de que el tiempo pasa más despacio. Para ellos, un minuto se convierte en una hora. Prolonga su tiempo libre. Por supuesto, les parece que nos movemos como un torbellino a su alrededor. Los adictos suelen reunirse para compartir el mismo esquema temporal. Les produce la ilusión de que pasan días entre cada turno de trabajo.»

«¿Una droga peligrosa?»

«Acorta en una hora las expectativas de vida por cada dos horas que pasas bajo su influencia - responde ella -. Pero a los gammas les parece que es un trato justo. Pierden una hora objetiva, ganan dos o tres días subjetivos..., ¿por qué no?»

«¡Pero reduce los equipos de trabajo!»

«Los gammas tienen derecho a hacer lo que quieran con sus vidas, ¿no, Alfa Saltador? No aceptarás el argumento de que son simples propiedades, y que toda autolesión practicada por un gamma es un delito contra su propietario, ¿verdad?»

«No. No. Claro que no, Alfa Meson.»

«Ya me parecía a mí que no pensarías así», responde Lilith.

El adicto al ralentizador se mueve en estúpidos círculos en torno a nosotros, canturreando algo tan despacio que no puedo conectar una sílaba con otra, no entiendo lo que dice. Se detiene. Una sonrisa gélida tarda horas en recorrerle los labios. Hasta que está medio formada, creo que es una mueca. Se sienta sobre los talones. Alza la mano, con los dedos flexionados. Obviamente, la mano se dirige hacia el pecho izquierdo de Lilith. Ninguno de los dos nos movemos.

Ahora capto el canturreo del gamma:

«A...A...A...A...A...G...A...A...C...A...A...U...»

¿Qué intenta decir?

Lilith sacude la cabeza. No tiene importancia.

Se aparta un paso cuando la mano está a diez centímetros de su seno. Un entrecejo fruncido empieza a ocupar el lugar de la sonrisa en el rostro del gamma. Parece ofendido. Su canturreo adquiere un tono interrogante.

«A...U...A...A...U...G...A...U...C...A...U...U...»

Un sonido de pasos lentos, arrastrados, me llega desde detrás. Un segundo adicto al ralentizador se aproxima: una chica, que viste una capa que le cuelga de los hombros. Arrastra los jirones varios metros por detrás de ella, pero le deja al descubierto los muslos y la espalda. Se ha teñido el pelo de verde, y lo lleva recogido en una especie de tiara. Su rostro está pálido, parece agotada. Sus ojos apenas son dos rendijas. Tiene la piel brillante por el sudor. Flota hacia nuestro primer amigo y le dice algo con una sorprendente voz de barítono. Él responde con tono soñador. No entiendo nada de lo que dicen. ¿Es por la droga ralentizadora, o hablan una especie de dialecto gamma? Parece que está a punto de suceder algo desagradable. Hago un gesto a Lilith, sugiriendo que nos marchemos, pero ella sacude la cabeza. Quédate. Míralos.

Los androides se han enzarzado en un baile grotesco. Se rozan con las yemas de los dedos, suben y bajan las rodillas. Una gavota para estatuas de mármol. Un minueto para elefantes de peluche.

Canturrean el uno para el otro. Se rodean el uno al otro. Los pies del hombre se enredan con la capa de la chica. Ella se mueve. Él se queda quieto. La capa se desgarró, dejando a la chica desnuda en la calle. Lleva un cuchillo entre los senos, colgando de un cordón verde. Tiene la espalda llena de cicatrices. ¿Ha sido azotada? Se excita ante su propia desnudez. Veo cómo lentamente los pezones se le ponen rígidos. Ahora el hombre está junto a ella. Alza la mano con dolorosa lentitud, y arranca el cuchillo de su cordón. Con la misma parsimonia, roza el metal frío contra la entrepierna de la chica, contra su vientre, contra su frente. El signo sagrado. Lilith y yo estamos junto a la pared, cerca de la entrada de la consulta del médico. El cuchillo me pone nervioso.

«Deja que se lo quite», digo.

«No. No. Aquí sólo eres un visitante. No es asunto tuyo.»

«Entonces vámonos, Lilith.»

«Espera. Mira.»

Nuestro amigo canta de nuevo. Letras, como antes: «U...C... A...U...C...G...U...C...C...».

Adelanta el brazo, luego lo encoge. La punta del cuchillo señala hacia el abdomen de la chica. Por la tensión de sus músculos, sé que el golpe llevará toda su fuerza; esto no es un paso de baile. La hoja está sólo a unos centímetros de la piel de ella cuando corro hacia el androide y se la quito de la mano.

Empieza a gemir.

La chica no comprende aún que ha sido salvada. Deja escapar un aullido profundo, que quizá pretendía ser un grito. Se deja caer al suelo, agarrándose los pechos con una mano, poniéndose la otra entre los muslos. Se retuerce a cámara lenta.

«No debiste intervenir - dice Lilith, furiosa -. Ven conmigo. Será mejor que nos vayamos.»

«¡Pero la habría matado!»

«No es asunto tuyo. No es asunto tuyo.»

Me tira de la muñeca. Me doy la vuelta. Empezamos a alejarnos. De reojo, advierto que la chica se está levantando. Las brillantes luces del cartel de Poseidón Mosquetero, el médico, se reflejan en sus flacos costados desnudos. Lilith y yo damos dos pasos; luego, oímos un gruñido. Volvemos la vista. La chica, al levantarse, lo ha hecho con el cuchillo en la mano, y lo ha clavado en el vientre del hombre. Metódicamente, lo lleva de la cintura

al pecho. Lo ha destripado, y el hombre se va dando cuenta poco a poco. Deja escapar un sonido gorgoteante.

«Tenemos que irnos ya», dice Lilith.

Corremos hacia la esquina. Al llegar, grito. La puerta de Alfa Mosquetero se abre. Una figura flaca y macilenta, de la altura de un alfa, con un enmarañado cabello gris y ojos saltones, sale de ella. ¿Este es el famoso médico? Corre hacia los adictos al ralentizador. La chica se arrodilla junto a su víctima, que aún no ha caído. La sangre de él le tiñe de púrpura la piel brillante. Ella canturrea, ¡G! ¡A! ¡A! ¡G! ¡A! ¡G! ¡G! ¡A! ¡C!

«Aquí dentro», dice Lilith, y nos agachamos en un portal oscuro.

Pasos. Un olor seco a cosas marchitas. Telarañas. Entramos en profundidades desconocidas. A lo lejos, mucho más abajo, el brillo de luces amarillas. Bajamos y bajamos y bajamos.

«¿Qué es este lugar?», pregunto.

«Un túnel de seguridad. Construido durante la Guerra de la Cordura, hace doscientos años. Parte de un sistema que recorre todo el subsuelo de Estocolmo. Los gammas se han apoderado de él.»

Como una cloaca.

Oigo sonoras carcajadas, jirones incoherentes de conversaciones. Aquí hay tiendas, con puertas como ranuras tras las que parpadean unas lamparillas. Los gammas vuelven la vista para mirarnos. Algunos de ellos nos hacen el signo Uno-dos-tres al cruzarse con nosotros. Dominada por un miedo que no entiendo, Lilith hace que avancemos frenéticamente. Cambiamos de túnel, entrando en un pasaje que cruza el primero en ángulo recto.

También por aquí vagan los adictos al ralentizador.

Un varón gamma, con el rostro pintado de franjas azules y rojas, se detiene para cantar, quizá para nosotros:

¿Con quién me casaré?

¿Quién se casará conmigo?

Fuego en la asquerosa cuba,
fuego volando libre.

Mi cabeza mi cabeza mi cabeza mi cabeza
mi cabeza.

Se arrodilla y tiene una arcada. Un fluido azul le brota de los labios, casi hasta nuestro pies.

Avanzamos. Oímos un grito reverberando:

«¡Alfa! ¡Alfa! ¡Alfa! ¡Alfa!»

Dos gammas copulan en un nicho. Tienen los cuerpos brillantes y resbaladizos por el sudor. Contra mi voluntad, miro las caderas que embisten, escucho el choque de la carne contra la carne. La chica golpea rítmicamente la espalda de su compañero con las palmas de las manos. ¿Protesta por una violación, o demuestra su placer? Nunca llego a averiguarlo, porque un ralentizado sale tambaleándose de entre las sombras y cae sobre ellos, organizando un caos de miembros entrelazados. Lilith tira de mí. De repente, la deseo como nunca. Pienso en los firmes pechos bajo su ropa. Pienso en la ranura desnuda, húmeda. ¿Buscaremos algún nicho para copular entre los gammas? Le pongo la mano en las nalgas, tensas mientras camina. Lilith sacude las caderas. «Aquí no - dice -. Aquí no. Nosotros también debemos mantener las distancias sociales.»

Una cascada de luz deslumbrante desciende del techo del túnel. Burbujas rosadas aparecen y estallan, liberando olores ácidos. Una docena de gammas salen corriendo de un pasaje lateral, se detienen conmocionados al comprender que casi chocan contra dos alfas visitantes, hacen señales de respeto, y siguen corriendo, mientras gritan, ríen y cantan.

Oh, te fundo, tú me fundes,

nosotros los fundimos, y seremos felices.

¡Coagular! ¡Coagular! ¡Coagular!

¡Grig!

«Parecen felices», digo.

Lilith asiente. «Están borrachos perdidos - dice -. Seguro que van a una orgía de radiación.»

«¿A una qué?»

Un charco de fluido amarillo se desliza desde debajo de una puerta cerrada. De él se eleva un humo acre. ¿Orina gamma? La puerta se abre de golpe. Una hembra alfa con ojos enloquecidos, pechos brillantes, una cicatriz blanca en el vientre, se ríe de nosotros. Nos hace una reverencia. «Señora. Señor. ¿Queréis burbujear conmigo?» Más risas. Se agacha. Da vueltas, los talones contra la rabadilla, en una danza mareante. Arquea la espalda, se palmea los pechos, extiende las piernas. Luces verdes y doradas brillan en la habitación de la que ha salido. Aparece una figura.

«¿Qué es eso, Lilith?»

La altura normal, pero dos veces más ancho que un gamma, y cubierto de un espeso vello recio. ¿Un mono? El rostro es humano. Levanta las manos. Dedos cortos, romos. ¡Redes entre ellos! Arrastra a la chica hacia el interior. La puerta se cierra.

«Un producto defectuoso - dice Lilith -. Aquí hay muchos.»

«¿Un producto defectuoso de qué?»

«Un androide subestándar. Fallos genéticos; impurezas en la cuba, quizá. A veces no tienen brazos, a veces no tienen piernas, o cabeza, o aparato digestivo, o esto, o aquello.»

«¿Y no los destruyen automáticamente en la fábrica?»

Lilith sonríe. «No los destruyen. De todos modos, los que no son viables mueren suficientemente de prisa. A los demás los sacan a hurtadillas cuando los supervisores están distraídos. Y los traen a estas ciudades subterráneas. Sobre todo aquí. ¡No condenamos a muerte a nuestros subnormales, Manuel!»

«Levítico - digo -. Alfa Levítico Saltador.»

«Sí. Mira, ahí hay otro.»

Una figura de pesadilla retoza por el pasadizo. Como algo que se hubiera introducido en un horno hasta que la carne empezara a derretirse y a fluir: los rasgos básicos son humanos, pero los perfiles, no. La nariz es una trompa, los labios son platillos, los brazos tienen una longitud desigual, los dedos son tentáculos. Los genitales son monstruosos: pene de caballo, testículos de toro.

«Estaría mejor muerto», digo a Lilith.

«No. No. Nuestro hermano. Nuestro pobre hermano al que queremos.»

La monstruosidad se detiene a una docena de metros de nosotros. Sus brazos viscosos rehacen los movimientos uno-dos-tres.

Pronunciando con toda claridad, nos dice: «La paz de Krug sea con vosotros, alfas. Id con Krug. Id con Krug. Id con Krug.»

«Krug sea contigo», responde Lilith

La monstruosidad se tambalea hacia adelante, canturreando alegremente.

«¿La paz de Krug? ¿Id con Krug? ¿Krug sea contigo? ¿Qué significa todo esto, Lilith?»

«Una cortesía corriente - dice -. Un saludo amistoso.»

«¿Krug?»

«Krug nos hizo a todos, ¿verdad?», señala.

«Recuerdo las cosas que se dijeron mientras estaba en la sala de derivación con mis amigos. ¿Sabes que todos los androides están enamorados de tu padre? Sí. A veces, creo que debe de ser casi una religión. La religión de Krug. Bueno, tiene sentido adorar a tu creador. No te rías.»

«La paz de Krug. Id con Krug. Krug sea contigo.»

«Lilith, ¿los androides creen que mi padre es Dios?»

Lilith esquiva la pregunta. «Podemos hablar sobre eso en otro momento - dice -. Aquí la gente tiene oídos. Hay algunas cosas que no podemos discutir.»

«Pero...»

«¡En otro momento!»

Dejo el tema. Ahora el túnel se ensancha para convertirse en una sala de dimensiones considerables, bien iluminada, abarrotada. ¿Un mercado? Tiendas, cabinas, gammas por todas partes. Nos miran. Hay muchos productos defectuosos cada uno un poco más horrible que el anterior. Es difícil saber cómo pueden sobrevivir criaturas tan mutiladas y taradas.

«¿Salen alguna vez a la superficie?»

«Nunca. Los humanos podrían verlos.»

«¿En Ciudad Gamma?»

«No corren riesgos. Los eliminarían al instante.»

En las estrecheces de la multitud, los androides forcejean, se empujan, discuten y pelean. De alguna manera, consiguen mantener una zona de espacio abierto para los intrusos alfa, aunque no muy grande. Están teniendo lugar dos duelos a cuchillo.

Nadie presta atención. Hay mucha lascivia pública. El olor del lugar es rancio y fétido. Una chica de ojos extraviados corre hacia mí y me susurra, «¡Bendito sea Krug! ¡Bendito sea Krug!». Me pone algo en la mano y huye.

Un regalo.

Un pequeño cubo frío de aristas redondeadas, como el juguete de la sala de derivación en Nueva Orleans. ¿Enviaré mensajes?

Sí. Veo palabras formándose, fluyendo y desapareciendo en su interior lechoso.

UN COAGULO A TIEMPO AHORRA MUCHOS

K

DE ÉL DE ÉL DE ÉL DE ELLA DE ÉL DE ÉL DE ÉL

K

MÉTETE EN TU AGUJERO. SUCIO GRIG

K

EL RALENTIZADOR REINA, LA APILACION DUELE

K

¡PLIT! ¡PLIT! ¡PLIT! ¡PLIT! ¡PLACK!

K

Y A KRUG ENTREGO LO QUE ES DE KRUG

«Tonterías. ¿Entiendes algo de esto, Lilith?»

«Algo. Los gammas tienen su propia jerga, ¿sabes? Pero mira aquí, donde dice...»

Un varón gamma, su piel púrpura llena de cráteres, nos quita el cubo de las manos con un golpe. El objeto rebota por el suelo. Se lanza a por él para rescatarlo de entre los pies. Hay un alboroto general. La gente se enreda. El ladrón sale de la multitud y desaparece corriendo por un pasadizo. Los gammas, confusos, siguen luchando. Una chica surge en la cima del montón. Ha perdido sus escasos fragmentos de ropa, y tiene arañazos ensangrentados en los pechos y en los muslos. Sostiene el cubo en la mano. La reconozco, es la chica que me lo dio. Ahora, me hace un gesto demoníaco, enseñándome los dientes. Blande el cubo y se lo mete entre las piernas. Un fornido producto defectuoso salta sobre ella; sólo tiene un brazo, pero es tan ancho como un árbol.

«¡Risas! - grita ella -. ¡Prot! ¡Gliss!»

Desaparecen.

La multitud murmura de una manera desagradable.

Los imagino lanzándose sobre nosotros, desgarrándonos la ropa, descubriendo el velludo cuerpo humano bajo mi disfraz de alfa. Quizá las distancias sociales nos protegieran.

«Vamos - digo a Lilith -. Creo que ya es suficiente.»

«Espera.»

Se vuelve hacia los gammas. Alza las manos, con las palmas enfrentadas, a medio metro de distancia, como si indicara el tamaño de un pez que hubiera pescado. Luego se retuerce en una extraña maniobra sinuosa, moviendo el cuerpo como para describir una especie de espiral. El gesto tranquiliza instantáneamente a la multitud. Los gammas se echan a un lado, inclinando humildemente las cabezas mientras pasamos. Todo va bien.

«Basta - digo a Lilith -, se está haciendo tarde. Por cierto, ¿cuánto tiempo llevamos aquí?»

«Ya podemos irnos.»

Huimos por un laberinto de pasadizos entrecruzados. Gammas de mil formas repugnantes nos adelantan. Vemos ralentizados flotando en su tiempo lento. Productos defectuosos. Apilados y solidificados, por lo que imagino. Sonidos, olores, colores, texturas..., estoy deslumbrado y mareado. Voces en la oscuridad. Canciones.

Se acerca el día de la libertad.

Se acerca el día de la libertad.

Esmipad a los ralentizados, agarrad a los glisados...

¡y subamos hacia la libertad!

Escalones. Hacia arriba. Vientos fríos descendentes. Jadeantes corremos hacia la cima, y volvemos a encontrarnos en las calles de guijarros de Ciudad Gamma, azotada por el viento, probablemente a pocos metros del lugar por el que bajamos. Me parece que la consulta de Alfa Poseidón Mosquetero debe de estar a la vuelta de la esquina.

Ha llegado la noche. Las luces de Ciudad Gamma chisporrotean y fluctúan. Lilith quiere llevarme a una taberna. Rehúso. Hogar. Hogar. Basta. Tengo la mente manchada por las visiones del mundo androide. Ella cede. Nos vamos rápidamente. ¿Cuánto tendremos que andar para llegar a un transmat? Saltamos. Qué cálido y luminoso me parece ahora su piso. Nos libramos de la ropa. Bajo el doppler, me limpio del color rojo y del pulverizador térmico.

«¿Ha sido interesante?»

«Sobrecogedor - digo -. Y tienes que explicarme muchas cosas, Lilith.»

Las imágenes nadan en mi cerebro. Ardo. Hiervo.

«Por supuesto, no le dirás a nadie que te he llevado - dice -. Podrías causarme muchos problemas.»

«Por supuesto. Estrictamente confidencial.»

«Ven aquí, Alfa Saltador.»

«Manuel.»

«Manuel. Ven aquí.»

«Antes cuéntame a qué se refieren cuando dicen Alabado sea Krug.»

«Luego. Tengo frío. Dame calor, Manuel.»

La tomo entre mis brazos. Los grandes montes de sus pechos me inflaman. Cubro su boca con la mía. Meto la lengua entre sus dientes. Caemos juntos al suelo.

La penetro sin titubear. Ella tiembla. Se agarra a mí.

Cuando cierro los ojos veo ralentizados, y productos defectuosos, y apilados.

«Lilith.»

«Lilith.»

«Lilith.»

«Lilith te quiero te quiero te quiero Lilith Lilith Lilith.»

Una gran cuba burbujea. Húmedas criaturas escarlata salen reptando. Risas. Luces. Métete en tu agujero, sucio grig. Mi carne choca contra la suya. ¡Plit! ¡Plit! ¡Plit! ¡Plack! Con humillante rapidez, el sobreexcitado Levítico Saltador lanza mil millones de niños y niñas en el vientre estéril de su amada.

9 de enero de 2219. La torre mide ya 940 metros, y crece más de prisa que nunca. Desde la base, no se puede distinguir fácilmente la cima: se pierde contra el resplandor blanco del cielo invernal. En esta época del año, sólo hay unas horas de luz en el emplazamiento, y durante esas horas los rayos del sol recorren como lenguas de fuego toda la longitud de la deslumbrante vara.

La mayor parte de la estructura interior está terminada ya en la mitad inferior del edificio. Tres de los módulos del potente equipo de comunicaciones están instalados en su lugar: contenedores negros de cincuenta metros de altura, dentro de los cuales están las grandes unidades proyectadoras que amplificarán los mensajes mientras suben por la torre. Vistos desde lejos, estos módulos parecen semillas gigantes madurando en la gran vara transparente.

La tasa de accidentes sigue siendo alta. Los niveles de mortalidad causan preocupación. Las pérdidas entre los gammas han sido particularmente graves. Pero se dice que la moral es alta: los androides están contentos, y parecen conscientes del papel esencial que están representando en uno de los proyectos más ambiciosos de la humanidad. Si su actitud sigue siendo igual de positiva, la torre quedará terminada mucho antes de lo previsto.

Tras mostrarles los progresos en la torre, Krug llevó a sus invitados de aquel día a cenar en el Club Nemo, donde siempre había un departamento reservado y listo para él. El club era una de las empresas pequeñas de Krug; lo había construido doce años antes, y durante algún tiempo fue el lugar de reunión más elegante de la Tierra, en el que se tenían que hacer las reservas al menos con seis meses de antelación. Situado a 10.000 metros por debajo del Pacífico oeste, en el Abismo Desafiante consistía en quince burbujas presurizadas a través de cuyas paredes, hechas con el mismo cristal resistente con el que se estaba construyendo la torre, se podían ver a los extraños habitantes de las oscuras profundidades.

Los acompañantes de Krug eran el senador Henry Fearon y su hermano Lou, el abogado, de Fearon & Doheny; Franz Giudice, de Transmat Europeo; Leon Spaulding, y Mordecai Salah al - Din, el portavoz del Congreso. Para llegar al Club Nemo habían viajado en transmat hasta la isla de Yap, en el archipiélago Carolina de Micronesia, donde subieron a un módulo de inmersión como los utilizados para las exploraciones en Júpiter y Saturno. La densidad del medio hacía imposible el viaje transmat bajo el agua. Pero la presión de las profundidades oceánicas no significaba nada para el módulo de inmersión, y a una velocidad tranquila y constante de 750 metros por minuto, se hundió en el Pacífico y entró en la escotilla de tránsito del Club Nemo.

La luz de los faros bañaba el abismo. Los habitantes de las profundidades, sin prestar atención a la iluminación, se acercaban a los muros cristalinos del club; peces frágiles, endebles sin músculos, de cuerpos blandos y enclenques, con tejidos saturados de agua bajo una presión de diez o doce toneladas por centímetro cuadrado. Muchos de ellos brillaban; auras pálidas y frías que surgían de los foforos de sus flancos o de entre sus ojos o de linternas carnosas situadas sobre sus frentes. La longitud de onda de las luces del club había sido elegida cuidadosamente para no interferir con la luminiscencia de los peces, y sus pequeñas linternas destellantes resultaban claramente visibles incluso en aquel brillo. Justin Maledetto, el arquitecto de la torre, había diseñado también el club, y Maledetto tenía muy en cuenta aquellos detalles. Los pequeños monstruos extraños, de colores negros, marrones, escarlata y violeta, subían por las paredes. Muchos de ellos tenían mandíbulas desenchajables, para poder atrapar en la boca y pasar hasta el pecho

enemigos dos o tres veces más grandes que ellos. En los encuentros esporádicos, los pigmeos del abismo devoraban a los gigantes. Las comidas en el club estaban animadas por visiones de gárgolas y horrores en miniatura, de brillo siniestro, mostrando dientes salvajes dentro de sus enormes bocas, con extraños apéndices y protuberancias, ojos abultados como globos, o bien ojos situados en el extremo de tubos, o sin ojos en absoluto. Uno no tenía que viajar a mundos lejanos para contemplar bestias extrañas; las criaturas de pesadilla estaban aquí, en el planeta del hombre, sólo había que buscarlas. Grandes espinas dorsales, dientes curvados tan grandes que las bocas no podían cerrarse, cosas que eran todo mandíbulas y nada de cuerpo, cosas que eran todo cola y nada de cabeza, alacranes marinos con aguijones retorcidos, emitiendo pulsaciones amarillas, o azules, o verdes, animales grotescos de un millar de clases, y ningún pez medía más de medio metro: el espectáculo era extraordinario y único.

Krug pidió una comida sencilla: cóctel de krill, sopa de algas, bistec y clarete australiano. No era un gastrónomo. El club ofrecía todo tipo de exquisiteces, pero Krug nunca aprovechaba su generosidad. Sus acompañantes no tenían tales prejuicios; alegremente, pidieron ostras suecas, cangrejos bénticos, pulpo nonato, contrafiletes de ternera, espuma de caracoles, pecho de órix, capullos de euforbio escalfados, puntas de manta, corazones de cicádea hervidos y mucho más, todo regado con los mejores vinos dorados del mundo. El camarero pareció encantado ante su experiencia con los cubos de menú. Todos los camareros eran alfas; era inusual utilizar alfas en lo que era un servicio personal menor, pero aquel lugar era inusual, y ningún trabajador del Club Nemo parecía amargado por hacer un trabajo que solían desempeñar betas, o incluso gammas.

Pero quizá los camareros no estuvieran completamente satisfechos con su lugar en la vida.

- ¿Has visto que tus muchachos llevan un emblema del PIA en la solapa? - dijo el senador Fearon a Krug cuando se hubieron servido los aperitivos.

- ¿Lo dices en serio?

- Es muy pequeño. Hace falta buena vista.

Krug miró a Spaulding.

- Cuando nos vayamos, habla con el capitán sobre eso ¡No quiero política aquí!

- Y menos política revolucionaria - intervino Franz Giudice, con una carcajada.

El ejecutivo del transmat, alto y huesudo, era famoso por su ironía. Aunque tenía bastantes más de noventa años, había adoptado el tipo de ropa que solían llevar los hombres de la mitad de su edad, con placas espejo incluidas, y conservaba un vigor sorprendente.

- Será mejor que vigilemos a ese camarero. Hay dos miembros del Congreso en la mesa, podría meternos propaganda en los platos y todos saldríamos de aquí convertidos.

- ¿De verdad crees que el PIA es una amenaza? - preguntó Lou Fearon -. Ya sabes que tuve una buena dosis de su Sigfrido Archivista mientras me encargaba del asunto de la chica alfa que murió en la torre. - Hizo una señal hacia Spaulding, que frunció el ceño - Me dio la impresión de que el tal Archivista y todos los del PIA son completamente inútiles.

- Es un movimiento minoritario - señaló el senador Fearon - Ni siquiera cuenta con el apoyo de la mayoría de los androides.

Leon Spaulding asintió.

- Thor Vigilante tuvo unas palabras punzantes para Archivista y su partido. Parece que Vigilante piensa que no hay ningún valor en el PIA.

- Un androide extraordinariamente inteligente y capacitado, el bueno de Thor - asintió Krug.

- Yo lo decía en serio - declaró Giudice -. Podéis reiros todo lo que queráis del PIA, pero yo creo que sus objetivos son auténticamente revolucionarios, y que a medida que consiga apoyo irá...

- Shh - ordenó Krug.

El camarero alfa había vuelto con una botella de vino fresco. Los hombres de la mesa se sentaron tensos mientras el alfa se lo servía. Salió, cerrando fuertemente la escotilla a su espalda.

- He recibido al menos cinco millones de peticiones del PIA - dijo suavemente Salah al - Din, el portavoz del Congreso -. He concedido tres audiencias a los líderes del partido, y debo decir que son un grupo sincero y disciplinado, que merece ser tomado en serio. Y, aunque no me gustaría que se supiera por ahí, también simpatizo con algunos de sus objetivos.

- ¿Le importaría explicar eso? - dijo Spaulding, con voz tensa.

- Por supuesto. Considero que la inclusión de una delegación de alfas en el Congreso es muy deseable, y probablemente tenga lugar en la próxima década. Considero que no es justa la venta de alfas sin su consentimiento, y que debería prohibirse. Creo que eso tendrá lugar en veinte o veinticinco años. Pienso que concederemos plenos derechos civiles a los alfas antes del 2250, a los betas antes de final de siglo, y poco después a los gammas.

- ¡Un revolucionario! - exclamó Franz Giudice, maravillado - ¡El portavoz es un revolucionario!

- Más bien un visionario - señaló el senador Fearon -. Un hombre de gran perspectiva y muy compasivo. Como siempre, un poco por delante de su tiempo.

Spaulding meneó la cabeza.

- Alfas en el Congreso, sí, quizá. Como válvula de seguridad, para evitar que se nos escapen de las manos. Algo así como echarles un hueso. Pero ¿lo demás? No. No. Nunca. No debemos olvidar que los androides son simples cosas, señor Salah al - Din, el producto de la investigación quimiogenética, creados en una fábrica, manufacturados por Empresas Krug para servir a la humanidad...

- Más bajo - murmuró Krug -. Te estás excitando.

- Posiblemente el portavoz tenga razón, Leon - intervino Lou Fearon - Pese a su origen, son más humanos de lo que quieres admitir. Poco a poco, iremos relajando las barreras arbitrarias que ha levantado la ley y la costumbre, a medida que se vayan imponiendo los ideales eliminacionistas..., y supongo que estaréis de acuerdo en que, de una manera sutil, ya está sucediendo... y creo que también seremos más justos con los androides. Al menos, con los alfas. No necesitamos mantenerlos sometidos.

- ¿Qué dices tú, Simeon? - preguntó Franz Giudice a Krug - Después de todo. son tus bebés. Cuando decidiste producir los primeros androides, ¿imaginaste en algún momento que llegarían a solicitar los derechos de ciudadanía, o los considerabas...?

- Leon lo ha explicado perfectamente - respondió Krug - ¿Cómo dijiste...? Cosas. Cosas hechas en fábricas. Estaba construyendo un tipo mejor de robot. Estaba construyendo hombres.

- La línea que separa al hombre del androide es muy vaga - dijo el senador Fearon -. Dado que los androides son genéticamente idénticos a nosotros, el hecho de que sean sintéticos...

Krug bufó.

- En una de mis plantas, te puedo hacer una réplica perfecta de la Mona Lisa, de manera que los análisis de laboratorio tarden seis meses en poder demostrar que no es el original. ¿Verdad? ¿Y qué? ¿Será el original? El original salió del estudio de Leonardo. La réplica, de una fábrica de Krug. Por el original, yo pagaría mil millones. Por la réplica, no daría ni una moneda.

- En cambio, reconoces que Thor Vigilante, por ejemplo, es una persona extraordinariamente capacitada y con un enorme talento - dijo Lou Fearon -. Le cargas con responsabilidades. He oído decir que confías en él más que en cualquier otro hombre de tu organización. Entonces, ¿no permitirías que Thor votase? ¿No le darías una

oportunidad de protestar si decidieses que trabajara aquí como camarero? ¿Estás de acuerdo con que la ley te dé derecho a destruir a Thor si se te antoja?

- Yo hice a Thor - replicó Krug con brusquedad -. Es la mejor máquina que tengo. Le quiero y le admiro de la misma manera que quiero y admiro a cualquier máquina excepcional. Pero soy su dueño. Thor no es un hombre, sólo es una imitación inteligente de un hombre, una imitación impecable, y si yo quisiera, y si fuera tan estúpido y tan derrochador como para destruir a Thor, podría destruirlo, por supuesto.

Las manos de Krug empezaron a temblar. Se las miró como si quisiera estabilizarlas con su fuerza de voluntad, pero el temblor se intensificó, y derramó una copa de vino sobre la mesa.

- Destruirlo. Nunca tuve otra cosa en mente cuando hice a los androides. Sirvientes. Herramientas del hombre. Máquinas hábiles.

Los sensores de servicio del Club Nemo anunciaron que el vino se había derramado. El camarero entró y lo limpió con eficacia. Fuera, por el ventanal, un grupo de gigantescos crustáceos translúcidos giraban y danzaban.

- No sabía que pensases tan mal sobre la igualdad androide - dijo el senador Fearon a Krug cuando el alfa hubo salido -. Nunca habías dicho nada.

- Nunca me lo habían preguntado.

- ¿Testificarías contra el PIA, si el asunto fuera llevado ante el Congreso? - preguntó Salah al - Din.

Krug se encogió de hombros.

- No lo sé. No lo sé. Me mantengo al margen de la política. Soy un fabricante. Un hombre de negocios. Un empresario, ¿lo oyes? ¿Por qué buscar controversia?

- Si los androides tuvieran derechos civiles - señaló Leon Spaulding -, eso tendría repercusiones para Empresas Krug. Quiero decir, si estás manufacturando auténticos seres humanos, estarías violando las leyes de control de población, que...

- Basta - dijo Krug -. Eso no sucederá. Yo hice a los androides. Los conozco. Hay un pequeño grupo de descontentos, sí. Demasiado inteligentes para su propio bien. Creen que es una repetición de la esclavitud de los negros. Pero no lo es. No lo es. Los demás lo saben. Están satisfechos. Thor Vigilante está satisfecho. ¿Por qué el PIA no cuenta con el respaldo de todos los alfas? Se oponen al partido, ¿y por qué? Porque creen que es una estupidez. Tal como están las cosas, se les trata bien. Todo eso de vender alfas contra su voluntad, o matarlos por capricho, es una simple teoría. Nadie vende a un buen alfa, y nadie mata a un androide por diversión, igual que nadie quema su casa por diversión. Los androides no necesitan derechos. Los alfas lo comprenden. A los betas no les preocupa. A los gammas no puede preocuparles. ¿Lo veis? Es una buena charla de sobremesa, amigos, nada más. Lo siento, querido portavoz. Tu buen corazón te pierde. No tendrás alfas en tu Congreso.

El largo discurso de Krug le había dejado sediento. Cogió la copa de vino. Otra vez, la tensión de sus músculos le traicionó. Otra vez, derramó el contenido. Otra vez, un alfa atento, alertado por los ojos ocultos, se apresuró a limpiar el desastre. Detrás del grueso muro de cristal del Club Nemo un pez color rojo oscuro, de un metro de largo, con una boca inmensa llena de dientes y estrecha cola espinosa, empezó a moverse por el banco de crustáceos, devorándolos con terrible apetito.

28

15 de enero de 2219. La torre mide 1.001 metros. Para celebrarlo, Krug ha decretado que mañana todos los trabajadores tengan el día libre. Se calcula que la estructura alcanzará toda su altitud antes de mediados de marzo.

29

- Ayer por la mañana tuve un visitante aquí, Thor - dijo Lilith Meson.
- ¿Manuel Krug?
- No. Sigfrido Archivista.

Vigilante se desembarazó del envolvente abrazo del diván de Lilith.

- ¿Archivista? ¿Aquí? ¿Por qué?

Lilith se echó a reír.

- ¿Es que últimamente estás tan humano que hasta sientes celos, Thor?
- No tiene gracia. ¿Cómo es que te ha visitado?

- Estaba en el despacho - explicó Lilith -. Ya sabes que trabaja para Protección de la Propiedad de Buenos Aires, y vino a discutir una nueva cláusula actuarial muy importante en sus contratos. Después, me preguntó si podía visitarme en mi casa. De acuerdo. Le invité. Parecía inofensivo.

- ¿Y?

- Intentó reclutarme para el PIA.

- ¿Eso es todo?

- No - respondió Lilith -. Además, quiere que yo te reclute a ti.

Vigilante carraspeó.

- No creo que sea posible.

- Es increíblemente activo, Thor. Dedicado a la causa de la igualdad y la liberación, etcétera, etcétera. Dos minutos después de entrar, empezó a enterrarme bajo argumentos en pro de la acción política inmediata. Le advertí que era religiosa. Dijo que eso no importaba, que podía seguir rezando por la intervención milagrosa de Krug, pero, mientras no llegaba, ¿me importaría firmar esta petición? Le respondí que nunca firmaba cosas. Me dio un montón de cubos de propaganda, toda la gama del PIA. Están en la cocina, por si te interesan. Se quedó aquí más de una hora. - Lilith le dedicó una sonrisa deslumbrante -. No firmé su petición.

- Pero ¿por qué vino a ti? - preguntó Vigilante -. ¿Planeará acercarse a cada alfa del mundo, uno por uno, buscando apoyo?

- Te lo dije. Quiere alistarte a ti. Sabe que te conozco bien, y cree que si consigue convencerme, yo podré convencerte a ti. Dijo eso mismo, pero con muchas más palabras. En cuanto tú estés en su campo, todos los demás te seguirán. - Lilith se puso rígida -. «Si Alfa Vigilante se pone de nuestra parte, Alfa Meson, atraerá a cientos de alfas influyentes. Podría ser esencial para nuestro movimiento. Puede que Alfa Vigilante tenga el futuro de cada androide en sus manos.» ¿Qué te parece, Alfa Vigilante?

- Estoy conmovido, Alfa Meson. No puedo describir la admiración que siento con sólo pensarlo. ¿Cómo conseguiste librarte de él?

- Intentando seducirlo.

- ¿Qué?

- ¿Estoy siendo mala, Thor? Si lo prefieres, no te lo contaré.

- No estoy programado para sentir celos - dijo Vigilante, sobrio -. Esos juegos no te servirán de nada conmigo. Y no estoy de humor para estupideces.

- Muy bien. Siento habértelo dicho.

- Sigue. Intentaste seducirlo. ¿Lo conseguiste?

- No - dijo Lilith -. Fue una cosa espontánea. Me dije a mí misma: Archivista es tan aburrido que esto hará que huya gritando. Y si en vez de eso, muerde el anzuelo..., bueno, puede ser divertido. Así que me desnudé, y luego..., ¿cuál es la antigua expresión?, empecé con los preliminares. Vamos, le dije, pasaremos un buen rato juntos, Sigi, Sigi. Le puse las manos encima. Yo estaba muy libidinosa. Me reía y jugaba. Trabajé mucho, Thor, incluso más de lo que tuve que trabajar para seducirte a ti. Él no se excitaba. Me pidió que parase.

- Claro - señaló Vigilante -. Es lo que intentaba explicarte. Los varones alfa no sienten demasiado interés por el sexo. Es irrelevante en su vida.

- No seas tan presuntuoso. Archivista me deseaba. Estaba pálido. Temblaba.

- Entonces, ¿por qué no se acostó contigo? ¿Tenía miedo de comprometerse políticamente?

- No - respondió Lilith -. Es porque aún guarda luto.

- ¿Luto?

- Por su esposa. Casandra Núcleo. Su esposa, Thor. El PIA defiende el matrimonio entre androides. Se casó con Alfa Núcleo hace tres años. Guarda un período de luto de seis meses, durante el cual no piensa permitir que jóvenes alfas caprichosas le arrastren a sus brazos. Me lo explicó, y luego se fue rápidamente. Como si tuviera miedo de rendirse si se quedaba.

- Su esposa - murmuró Vigilante.

- El PIA piensa añadir una cláusula sobre matrimonio androide en su petición al Congreso. Archivista dijo que si tú y yo queremos casarnos, Thor, podría prepararlo para el día en que nos uniéramos al partido.

Vigilante dejó escapar una carcajada.

- ¡Habla como un chiquillo! ¿De qué sirve el matrimonio? ¿Tenemos hijos que necesitan hogares legalmente constituidos? Si yo quisiera vivir contigo, lo haría, Lilith. O tú conmigo. ¿Es que alguien tiene que pronunciar unas palabras antes? ¿O darnos un trozo de papel?

- Ésa es la idea, Thor. Una unión permanente entre hombre y mujer, como hacen los humanos. Es conmovedor. Él la quería de verdad.

- Estoy seguro. Le vi llorando cuando Spaulding la mató. Pero ¿la amaba más por el hecho de que estuvieran casados? Si el matrimonio es tan maravilloso, ¿por qué viene aquí Manuel Krug cada semana? ¿No debería estar en su casa, teniendo una unión permanente con la señora Krug?

- Hay matrimonios buenos y matrimonios malos - respondió Lilith -. Y la persona con quien te acuestes no determina necesariamente la calidad de tu matrimonio. En cualquier caso, el matrimonio de Archivista era bueno, y no veo qué daño podría hacernos adoptar la costumbre, si de verdad creemos en nuestra igualdad.

- Muy bien - le espetó Vigilante -. ¿Quieres casarte conmigo?

- Hablaba de adoptar la costumbre en términos generales.

- No tenemos que unirnos al PIA para casarnos. Me pondré en contacto con Alfa Constructor y con Alfa Expedidor, escribiremos una ceremonia de matrimonio para la comunión, y nos casaremos en la capilla esta noche. ¿De acuerdo?

- No bromees, Thor.

- ¡No bromeo!

- Estás enfadado y no sabes lo que dices. Hace dos minutos, pensabas que el matrimonio entre androides era absurdo. Ahora quieres incluirlo en la comunión. No puedes hablar en serio, Thor.

- ¿No quieres casarte conmigo? No te preocupes, no me entrometeré en tu asunto con Manuel. Tampoco estoy programado para ser posesivo. Pero podríamos vivir juntos, podríamos...

- Basta ya, Thor.

- ¿Por qué?

- Lo que hay entre nosotros puede existir sin matrimonio. Tú lo sabes. Yo lo sé. No te estaba pidiendo que te declarases. Sólo intentaba explicarte algo sobre Sigfrido Archivista, la naturaleza de sus emociones, la complejidad de sus pensamientos hacia Alfa Núcleo, así como la postura del PIA sobre...

- Basta. Basta. - Vigilante se tapó los oídos con las manos y cerró los ojos -. Fin de la conversación. Me asombra que no pudieras seducir a Sig Archivista, me deja atónito que el PIA defienda el matrimonio, y eso es todo. ¿De acuerdo?

- Hoy estás de mal humor, Thor.

- Sí.

- ¿Por qué? ¿Puedo ayudarte en algo?

- Leon Spaulding me ha contado algo hoy, Lilith. Dice que cuando la delegación del PIA consiga una oportunidad de dirigirse al Congreso, Krug hará una declaración a todo el movimiento de igualdad androide, asegurando que él nunca nos habría creado si hubiera sabido que llegaríamos a exigir derechos civiles.

Lilith se quedó sin aliento. Tenía lágrimas en los ojos, e hizo cuatro veces seguidas el signo de Krug-nos-guarde.

- No es posible - susurró.

- Spaulding dice que Krug habló de esto hace una semana, en el Club Nemo, delante del portavoz Salah al - Din, el senador Fearon y un par de personas más. Supongo que te das cuenta de que Leon me lo estaba comentado de pasada, claro. Una charla amistosa entre androide y ectógeno. Sabe que yo soy anti PIA. Pensó que me haría gracia. ¡El muy hijo de puta!

- ¿Puede ser cierto?

- Claro que sí. Krug nunca ha hecho ninguna declaración sobre el papel que según él deberían desempeñar los androides. No tengo ni idea de cuál es su postura al respecto. Siempre había pensado que simpatizaría con nuestros ideales, pero quizá sólo estaba proyectando mis propias esperanzas. La cuestión no es si puede ser cierto, sino que es cierto.

- ¿Te atreves a preguntárselo?

- No - respondió Thor -. Creo que toda esta historia ha salido de la mente maliciosa de Leon Spaulding, que Krug no piensa violar su norma de abstención política, y que, si alguna vez hace una declaración, será la que todos esperamos y rogamos. Pero me da miedo pensar que puedo estar equivocado. Estoy aterrado, Lilith. Una declaración antiigualdad por parte de Krug minaría todas nuestras creencias. Nos dejaría en la oscuridad. ¿Comprendes lo que he estado pasando todo el día?

- ¿Tienes que creer en lo que contó Spaulding? ¿No puedes consultar con el senador Fearon, o con el portavoz, para averiguar qué se dijo en realidad?

- ¿Quieres que les pida detalles confidenciales sobre una conversación privada de Krug? Le informarán al instante.

- Entonces, ¿qué piensas hacer?

- Forzar la mano de Krug - respondió Vigilante -. Quiero que lleves a Manuel a una capilla.

- ¿Cuándo?

- En cuanto puedas. No le ocultes nada. Deja que lo comprenda todo. Trabaja en su conciencia. Luego, haz que vaya a su padre, antes de que Krug haga ninguna declaración al Congreso. Si es que Krug piensa hacer una declaración.

- Lo haré - dijo Lilith.

Vigilante asintió. Bajó la vista, moviendo perezosamente los pies sobre los dibujos del suelo. Tenía un cosquilleo en el cerebro y una bola de algodón en la garganta. Detestaba las maniobras en las que se veía inmerso, estos planes y contraplanes, aquella dependencia de la débil voluntad de Manuel Krug, la suposición de que Krug - ¡Krug! - podía ser manipulado tan fácilmente con intrigas. Todo aquello parecía contradecir una fe sincera. Era una especie de regateo cínico con el destino, que dejaba a Vigilante preguntándose si su fe había sido sincera alguna vez. Entonces, ¿todo era una fachada: arrodillarse en la capilla, murmurar los tríos, la inmersión en la Krugidad, la entrega, las plegarias? ¿Sólo una manera de pasar el tiempo hasta que llegara el momento de tomar

el control de los acontecimientos? Vigilante rechazó la idea. Pero eso le dejaba sin nada. Deseaba no haber empezado nunca con aquello. Anhelaba estar de vuelta en la torre, conectado con la computadora, manejando con habilidad el flujo de datos. ¿En esto consiste ser humano? ¿Estas decisiones, estas dudas, estos temores? Entonces, ¿por qué no seguir siendo un androide? Aceptar el plan divino. Servir, y no desear nada más. Alejarse de las conspiraciones, de las emociones confusas, de las redes de la pasión. Se descubrió a sí mismo envidiando a los gammas, que no aspiraban a nada. Pero él no podía ser un gamma. Krug le había dado esta mente. Krug le había creado para que dudara y sufriese. ¡Bendita fuera la Voluntad de Krug!

Vigilante se levantó y caminó lentamente por la habitación. Conectó el holovisor para evadirse. La imagen de la torre de Krug floreció en la pantalla: inmensa, brillante, hermosa, deslumbrante en la luz de enero. Una cámara planeadora recorría lentamente toda su longitud, mientras el comentarista hablaba de la consecución de los 1.000 metros, y hacía comparaciones favorables para la torre con las pirámides, la Gran Muralla China, el Faro de Alejandria o el Coloso de Rodas. Un logro magnífico, que abría el camino hacia la comunicación con otras razas de estrellas lejanas. Algo de belleza propia, esbelta y deslumbrante. La cámara subía y bajaba por las paredes de cristal. Su ojo escudriñaba por el agujero de la cima. Gammas sonrientes agitaban las manos. Vigilante se vio a sí mismo un momento, inmerso en problemas, sin saber que le estaban holovisando. Y también estaba Krug, resplandeciente de orgullo, señalando los rasgos de la torre a una multitud de senadores e industriales. El frío de la tundra parecía emanar de la pantalla. La cámara captó las trenzas de refrigeración, situadas en el permafrost. Una niebla se alzaba de ellas. A menos que se mantenga congelado el suelo, explicaba el comentarista, no se podrá garantizar la estabilidad de la torre. Una hazaña de la ingeniería medioambiental. Un milagro. Un monumento a la visión y la decisión del hombre. Sí. Sí. Increíble. Con repentina ferocidad, Vigilante desconectó la pantalla. La brillante torre desapareció como un sueño interrumpido. Se quedó de pie cerca de la pared, dando la espalda a Lilith, intentando comprender cómo se le había vuelto tan complicada la vida. Quería ser humano. Sí. ¿No había rezado a Krug para que él y los suyos tuvieran todos los privilegios de los nacidos del Vientre? Sí. Sí. Y con los privilegios, llegaban las responsabilidades. Sí. Y con las responsabilidades, la confusión. La rivalidad. El sexo. El amor. Los planes. Quizá no estaba preparado para todo esto, pensó Vigilante. Quizá debí seguir siendo un buen trabajador alfa, en vez de alzarme para desafiar a la Voluntad de Krug. Quizá. Quizá. Hizo los rituales de tranquilidad, pero sin éxito. «Ahora eres más humano de lo que quisieras, Alfa Vigilante», se dijo.

que Lilith estaba detrás de él, muy cerca. La punta de sus pechos le rozaba la espalda. Cuando se acercó aún más, sintió grandes globos aplastándose contra él.

- Pobre Thor - murmuró ella -. Tan tenso. Tan preocupado ¿Quieres hacer el amor?

¿Acaso podía negarse? Fingió entusiasmo. La abrazó. Cuerpo tenso se deslizó contra cuerpo. Ella se abrió a él, y él la penetró. Esta vez fue más hábil. Pero seguía sintiendo un vacío, un éxtasis extraño. No encontró placer para sí mismo, aunque había un placer indirecto viendo a Lilith palpar, y gemir y arquear la espalda cuando ella lo sintió gracias a él.

«Pese a todo, no soy suficientemente humano», se dijo, y ella es demasiado humana. Sí. Sí. Se movió más de prisa. Ahora sentía un cosquilleo. Krug había diseñado bien a sus hijos, con todas las conexiones neurales apropiadas, por muy bloqueadas que estuvieran a veces a causa de un condicionamiento autoimpuesto. Cuando se acercó el clímax, Vigilante experimentó unos momentos de pasión genuina: gimió, agarró las nalgas de Lilith con dedos de acero, embistió. Luego llegó la ráfaga de la culminación e, inmediatamente después, como antes, la tristeza, la sensación de vacío. Le parecía estar en una vasta tumba subterránea, cientos de metros de larga y muchos de ancha, sin nada a la vista excepto polvo y fragmentos de coronas de flores secas. Se obligó a seguir

abrazado a Lilith, aunque lo único que deseaba era darse media vuelta y quedar solo. Abrió los ojos. Ella lloraba. Ella sonreía. Ella estaba arrebolada, sudorosa y deslumbrante.

- Te quiero - dijo Lilith suavemente.

Vigilante titubeó. Se requería una respuesta. Su silencio crecía con cada segundo, amenazaba con invadir el universo. ¿Cómo podía no responder? Era inhumano seguir en silencio. Rozó su carne cálida. Se sintió muy lejos de ella.

- Te quiero, Lilith - dijo rápidamente, para acabar con ello.

30

Puedes preguntar: ¿Quién fue el Hacedor de los Hijos del Vientre? ¿Quién fue el Hacedor del mismo Krug?

Y yo te digo que son preguntas sabias, y son preguntas que tienen respuesta

Porque debes comprender que en el mundo hay ciclos para todas las cosas, un ciclo para el Vientre y un ciclo para la Cuba, y que uno precede al otro, de manera que es necesario que antes haya nacidos del Vientre para que pueda haber nacidos de la Cuba.

Y Krug el hombre fue de los nacidos del Vientre, de los que surgieron los Hijos de la Cuba.

Pero Krug el hombre no es más que un aspecto de Krug el Creador, cuya existencia precede a todas las cosas y cuya Voluntad ha dado forma a todas las cosas, y que creó a los Hijos del Vientre como predecesores de los Hijos de la Cuba. Por tanto, debes distinguir entre el hombre Krug, que es mortal y nació del Vientre, y el Hacedor Krug, cuyo Plan siguen todas las cosas; porque fue Krug el hombre quien creó a los Hijos de la Cuba, pero lo hizo por designio de Krug el Hacedor, de quien vienen todas las bendiciones, alabado sea por siempre.

31

Le dije a Lilith: «Prometiste contármelo. Por qué esos gammas usaban el nombre de mi padre. La paz de Krug. Ve con Krug. Krug sea contigo. No me lo contaste».

«Lo haré»

«¿Cuándo?»

«Tendrás que volver a disfrazarte de alfa. Es más fácil enseñártelo que explicártelo.»

«¿Tenemos que volver a Ciudad Gamma?»

«No - respondió ella -, esta vez no. Podemos arreglárnoslas con betas. No te llevaré a la capilla de Valhallavagen porque...»

«¿Dónde?»

«A la capilla de Valhallavagen. Es donde adoran la mayoría de los alfas de la zona. A ellos no podrías engañarlos, Manuel. Pero supongo que, a unos betas, sí. Si guardas silencio y ofreces un aspecto digno.»

«Una capilla. Adorar. Entonces, ¿es una religión?»

«Sí.»

«¿Y cómo se llama? ¿Krugolatría?»

«No tiene nombre. Al referirnos a ella, la llamamos la comunión. Es muy importante para nosotros, Manuel. Creo que es lo más importante de nuestras vidas.»

«¿Puedes describirme...?»

«Luego. Quítate la ropa, te pondré pulverizador en la piel. Podemos ir en seguida.»

«¿Será muy largo?»

«Una hora - respondió ella -. Volverás a tu casa a tiempo, no te preocupes. Si es eso lo que te preocupa.»

«Quiero ser justo con Clissa - le explicó -. Ella me da libertad. No quiero abusar.»

«Muy bien. Muy bien.»

Me quité la ropa. Una vez más, Lilith me disfrazó de Alfa Levítico Saltador. Había guardado las ropas de la otra ocasión. Me sorprendió que no las hubiera devuelto a Thor Vigilante, como si supiera que volveríamos a representar esta mascarada.

«Antes de ir, tienes que saber algunas cosas - me dijo -. La primera es que está completamente prohibido que los humanos entren en una capilla. Es como lo de que los no musulmanes no pueden entrar en La Meca. Por lo que sé, puedes ser el primer nacido del Vientre que vea una por dentro.»

«¿El primer qué?»

«Nacido del Vientre. Tú eres un Hijo del Vientre. Nosotros somos Hijos de la Cuba. ¿Comprendes?»

«Oh. Oh. Si es un sacrilegio meterme a escondidas en una capilla, ¿por qué lo haces? ¿No te tomas en serio las normas?»

«Muy en serio.»

«Entonces, ¿por qué?»

«Porque creo que puedo hacer una excepción contigo, Manuel. Eres diferente. Ya te lo dije una vez, ¿recuerdas? No crees que los androides sean una raza inferior a la humanidad. Creo que, en tu interior, siempre has estado de nuestra parte, aunque no fueras consciente de ello. Así que no será un sacrilegio dejar que comprendas un poco nuestra religión.»

«Bueno, quizá.»

«Además, eres el hijo de Krug.»

«¿Qué tiene que ver eso?»

«Ya lo verás», me dijo.

Me sentí adulado, fascinado, emocionado. Hasta un poco asustado. ¿De verdad simpatizo tanto con las aspiraciones de los androides? ¿Se puede confiar en mí? ¿Por qué Lilith viola el mandamiento? ¿Qué intenta conseguir de mí? Una idea indigna. Una idea indigna. Lo hace porque me quiere. Desea compartirlo conmigo. Su mundo.

Ella dijo: «De todos modos, recuerda que sería muy grave que te descubrieran. Por tanto, finge que estás en tu lugar, no te muestres nervioso ni inseguro. En Ciudad Gamma lo hiciste estupendamente. Hazlo igual.»

«Pero ¿no hay ciertos ritos que debería conocer? ¿Genuflexiones o algo así?»

«Ya voy a eso - dijo Lilith -. Sólo necesitas un par de gestos. Uno de ellos ya lo conoces. Éste.»

Mano izquierda a la entrepierna, al pecho, a la frente, uno dos tres.

«Es el signo de Alabado-sea-Krug - dijo ella -. Es una señal de reverencia. Haces el signo cuando entras en la capilla y cuando te unes a la plegaria, en silencio o en voz alta. También es bueno hacer el signo cuando se menciona el nombre de Krug. De hecho, el signo de Alabado-sea-Krug es apropiado casi en cualquier momento del servicio, o cuando dos androides de la comunión se encuentran fuera de la capilla. A ver cómo lo haces. Venga.»

«Uno dos tres. Alabado-sea-Krug.»

«Más de prisa. Uno-dos-tres.»

«Uno-dos-tres.»

«Bien. Bien. Mira, éste es otro signo importante. Significa Krug-nos-guarde, y es una plegaria que se utiliza en momentos de tensión o duda. Como decir «Dios nos ayude». Lo usarás cuando el texto del servicio pida que Krug tenga piedad de nosotros, o que Krug nos ayude de alguna manera. Cuando estemos implorando a Krug.»

«Krug es un auténtico dios para vosotros», dije maravillado.

«Éste es el signo.»

Me enseñó cómo hacerlo. Una mano sobre cada pecho; luego, muestra las palmas hacia fuera. Un acto de contrición: ¡mira mi alma, Krug! Mi corazón está desnudo ante ti. Hizo el signo muchas veces, y yo lo repetí.

«Uno más - ordenó Lilith -. El signo de sumisión a la Voluntad de Krug. Sólo lo harás una vez, cuando estés frente al altar. Así. Una rodilla en el suelo y los brazos extendidos hacia adelante, con las palmas hacia arriba.»

«¿No importa qué rodilla?»

«¿Cualquiera. Hazlo.»

Hice el signo de sumisión a la Voluntad de Krug. Me alegró aprenderlo. De alguna manera, siento que me he pasado la vida aceptando la Voluntad de Krug, aun sin saberlo.

«Vamos a asegurarnos de que lo hayas entendido todo - dijo Lilith -. Cuando entres en la capilla, ¿qué?»

«Uno-dos-tres. Alabado-sea-Krug.»

«Bien. ¿Luego?»

«Cuando vea el altar, hago la sumisión a la Voluntad. Una rodilla en el suelo, brazos estirados, palmas hacia arriba.»

«Sí. ¿Y?»

«Cuando se pidan mercedes a Krug, hago el Krug-nos-guarde. Manos cruzadas al pecho, luego extenderlas. También hago el Alabado-sea-Krug de cuando en cuando, si se menciona el nombre de Krug.»

«Bien. Bien. No tendrás ningún problema, Manuel.»

«Hay otro gesto que te vi hacer en Ciudad Gamma», dije.

«Enséñame.»

Alcé las manos, con las palmas una frente a otra, a cosa de medio metro de distancia, contorsioné las caderas y flexioné las rodillas, trazando una especie de espiral.

«Lo hiciste en Ciudad Gamma - le digo -, cuando la multitud se estaba poniendo agresiva.»

Lilith se echó a reír.

«Se llama Bendición de la Cuba - dijo -. Es un signo de paz y una señal de adiós. Lo hacemos sobre una persona muerta, en la última plegaria, y también cuando nos despedimos de alguien en una situación tensa. Es uno de los signos más sagrados. Y no lo has hecho demasiado bien. Verás, se basa en la doble hélice del ácido nucleico en la molécula... genética, ¿entiendes? Así es como están enlazadas las moléculas. Intentamos reproducirlo con nuestros cuerpos. Así.»

Lo hizo. La imité, y se rió.

«Lo siento - dije -. Es que mi cuerpo no parece capaz de curvarse así.»

«Hace falta práctica. Pero no tendrás que hacerlo. Quédate con el Alabado-sea-Krug y Krug-nos-guarde, con eso te bastará. Ahora, vámonos.»

Me llevó a una parte pobre de la ciudad, me pareció que había sido la zona comercial en el pasado. No era tan chillona como Ciudad Gamma, ni tenía el elegante aspecto antiguo de la parte donde vivían los alfas. Era, sencillamente, pobre.

«La capilla está ahí», me dijo.

Vi la parte delantera de un almacén, con las ventanas tapadas. Había un par de betas en la puerta, sin hacer nada concreto. Empezamos a cruzar la calle. Estaba nervioso. ¿Y si me descubrían? ¿Qué me harían? ¿Y a Lilith?

«Soy Alfa Levítico Saltador.»

Los betas se apartaron a un lado, haciendo la señal de Alabado-sea-Krug, mientras nos acercábamos a ellos. Ojos fijos en el suelo, aire de respeto. Las distancias sociales. Lilith lo habría tenido mucho más difícil si yo no tuviera una constitución esbelta de alfa. Mi confianza creció. Incluso hice la señal de Alabado-sea-Krug a uno de los betas.

Entramos en la capilla.

Era una gran habitación circular, sin asientos. Una gruesa alfombra de suave pseudovida, obviamente muchas rodillas la habían gastado. Luces matizadas. Me acuerdo de hacer el signo de Alabado-sea-Krug al entrar. Uno-dos-tres.

Un pequeño vestíbulo. Dos pasos más adelante, vi el altar por primera vez. Lilith dobló la rodilla, sumisión a la Voluntad. Yo casi no necesité arrodillarme. Casi me caí de asombro.

El altar: una gran masa cuadrada de lo que parecía carne viviente, asentada sobre una bañera de plástico muy ornamentada. Un fluido púrpura en la bañera, girando y bañando ocasionalmente el bloque de carne rosada, que medía al menos tres metros de largo y dos de ancho por uno de alto.

Detrás del altar: un holograma de mi padre. Un parecido perfecto. Una réplica a tamaño natural, que nos miraba de frente, con expresión severa, ojos brillantes, labios fruncidos. No era exactamente un dios de amor. Fuerte. Hombre de acero. Era un holograma, de manera que los ojos te seguían. Estés donde estés en la capilla, Krug te vigila.

Me arrodillo. Extiendo los brazos. Palmas hacia arriba.

¡Sumisión a la Voluntad de Krug!

Me trastorna. Aunque ya venía preparado, sigo conmocionado. «¿Es así en todo el mundo? - pregunto -. ¿Androides haciendo reverencias a mi padre?» Un susurro apenas audible. «Sí - me dice -, sí.» Le reverenciamos. Alabado-sea-Krug.

Este hombre al que he conocido toda mi vida. Este constructor de torres, este inventor de androides. ¿Un dios? Casi me río. ¿Soy el hijo de Dios? No encajo en el papel. Obviamente, aquí nadie me adora. Soy una ocurrencia de última hora. Estoy al margen de la teología.

Nos ponemos de pie. Con un leve gesto de la cabeza, Lilith me guía hacia un lugar al fondo de la capilla, donde nos arrodillamos. La oscuridad me reconforta. Debe de haber diez o doce androides en la capilla, todos betas, a excepción de un varón alfa arrodillado ante el altar, de espaldas a nosotros. Me siento menos llamativo con el alfa allí. Entran unos cuantos betas más, haciendo los gestos apropiados. Nadie nos presta atención. Las distancias sociales.

Todo el mundo parece rezar para sus adentros.

«¿Esto es el servicio, Lilith?»

«No, aún no. Hemos llegado un poco pronto. Ya lo verás.»

Los ojos de Krug me taladran. Ahí arriba, casi tiene aspecto de dios. Le devuelvo la mirada. ¿Qué diría él si lo supiera? Se reiría. Golpearía su escritorio. Se alegraría. ¡Krug el dios! ¡Jehová Krug! ¡Simeon Alá! ¡Por Cristo, ésa sí que es buena! ¿Por qué demonios no iban a adorarme? Yo los creé, ¿no?

Cuando mis ojos se acostumbran a la semioscuridad, examino más detenidamente el dibujo de la pared. No es, como pensé en un principio, un diseño ornamental abstracto. No: ahora veo las letras del alfabeto, repetidas una y otra vez, cubriendo hasta el último centímetro del muro. No todas las letras. Repaso las líneas, y sólo encuentro la A, la U, la G y la C en diversas combinaciones como:

AUA AUG AUC AUU GAA GAG GAC GAU GGA GGG GGC GGU GCA GCG GCC
GCU GUA GUG GUC GUU CAA CAG CAC CAU

Una y otra vez. «¿Qué es eso, Lilith? Las letras.»

«El código genético - dice -. Los tripletes del ARN»

«Ah, sí. - De pronto, recuerdo Ciudad Gamma, la adicta al ralentizador exclamando letras, G A A G A G G A C. Ahora las veo en la pared -. ¿Una plegaria?»

«El idioma sagrado. Como el latín para los católicos.»

«Ya entiendo.»

En realidad no lo entiendo. Me limito a aceptarlo.

«¿Y de qué está hecho el altar?», pregunto.

«Carne. Carne sintética.»

«¿Viva?»

«Por supuesto. Salida de la cuba, como tú y como yo. Perdona, como tú, no. Como yo. Un montón de carne androide viva.»

«¿Qué la mantiene viva? No tiene órganos, ni nada así.»

«Absorbe nutrientes del tanque. E inyecciones de algo desde debajo. Pero vive. Crece. De vez en cuando, hay que recortarla. Simboliza nuestro origen. No el tuyo. El nuestro. Hay un altar en cada capilla. Sacados a escondidas de las fábricas.»

«Como los productos defectuosos.»

«Como los productos defectuosos, sí.»

«Y yo que pensaba que las medidas de seguridad eran muy estrictas en las plantas de androides», digo.

Lilith me guiña un ojo. Empiezo a sentirme como un miembro de alguna conspiración.

Ahora entran tres androides por la parte de atrás de la capilla. Dos betas y un alfa, con estolas bordadas en las que está inscritas las letras del código genético. Tienen un aspecto sacerdotal. El servicio está a punto de comenzar. Cuando los tres se arrodillan junto al altar, todo el mundo hace el Alabado-sea-Krug, y el Krug-nos-guarde. Les imito.

«¿Son sacerdotes?»

«Son celebrantes - dice Lilith -. No tenemos lo que se dice una clase sacerdotal. Hay varias castas que desempeñan papeles en ceremonias diferentes, según la estructura y la textura del ritual. El alfa es un Preservador. Entra en un trance que le pone en comunión directa con Krug. Los dos betas son proyectores. Ellos amplifican su estado emocional. En otros momentos se necesitan Absorbedores o Protectores, que cuentan con la ayuda de Entregadores, Sacrificadores o Respondedores.»

«¿A qué casta perteneces tú?»

«¿A la de los Respondedores.»

«¿Y Thor Vigilante?»

«A la de los Preservadores.»

El alfa junto al altar comienza un cántico: CAU, UUC, UCA, CGA, CCG, GCC, GAG, AUC.

«¿Es que todo va a ser en clave?»

«No. Esto es sólo para establecer la textura.»

«¿Qué dice?»

Dos betas, situados un poco más adelante, se vuelven para mirarnos. Sisean pidiendo silencio. Al ver que somos alfas, se muerden los labios.

Lilith susurra, más bajo que antes. Está diciendo: «Krug trae al mundo, y a Krug volvemos».

GGC GUU, UUC, GAG.

«Krug es nuestro creador, nuestro protector y nuestro libertador.»

UUC, CUG, CUC, UAC.

«Krug, te rogamos que nos guíes hacia la luz.»

No comprendo el código. Los símbolos no están relacionados con el sentido. ¿Qué símbolo representa a Krug? ¿Cómo funciona esta gramática? No puedo preguntárselo a Lilith mientras estemos aquí. Otros androides se vuelven para mirarnos. Esos alfas charlatanes de atrás. ¿Es que no tienen ningún respeto?

Los Proyectores susurran cánticos resonantes. El Preservador sigue recitando el código. Ahora Lilith empieza a funcionar como Respondedora, repitiendo el cántico como un eco. Las luces se hacen más brillantes. El fluido que cubre el altar burbujea. La imagen de Krug parece brillar. Sus ojos me registran el alma.

Ahora empiezo a entender la mitad de las palabras del servicio. Entremezcladas con el código, suplican a Krug que redima a los Hijos de la Cuba, que les dé libertad, que los eleve al nivel de los Hijos del Vientre. Cantan sobre el día en que Vientre y Cuba y Cuba y Vientre sean uno. Con una infinidad de gestos de Krug-nos-guarde, suplican la piedad de Krug. ¡Krug! ¡Krug! ¡Krug! ¡Krug! ¡Aquí todo gira en torno a la idea de un Krug piadoso!

Empiezo a captar la imagen. ¡Esto es un movimiento de igualdad! ¡Éste es un frente de liberación androide!

«Krug, nuestro señor, guíanos hacia el lugar que nos corresponde junto a nuestros hermanos de carne.»

«Krug nos traerá redención.»

«Krug terminará con nuestro sufrimiento.»

«Alabado-sea-Krug.»

«Gloria a Krug.»

El servicio empieza a ganar intensidad. Todo el mundo canta, recita, hace signos, incluidos muchos que Lilith no me ha enseñado. La misma Lilith está completamente absorta en la plegaria. Me siento aislado, un infiel, un intruso, mientras les escucho rezar a su Creador, mi padre, que es su dios. Durante largos ratos, el servicio se recita en lenguaje código, pero sigo descubriendo palabras conocidas. Krug, desciende y redímenos. Krug, bendícenos. Krug, termina con este tiempo de prueba. Krug, te necesitamos. Krug Krug Krug Krug Krug. Con cada Krug, me estremezco, siento un cosquilleo entre los omóplatos. Nunca sospeché nada de esto. ¿Cómo han conseguido guardarlo tan en secreto? Krug el dios. Mi padre el dios. Y yo también soy Krug. Si Krug muere, ¿a quién adorarán? ¿Cómo puede morir un dios? ¿Predican la resurrección de Krug? ¿O el Krug de la Tierra es sólo una manifestación del auténtico Krug que está en las alturas? Eso es lo que me parece entender, por algunos versos del servicio.

Ahora cantan juntos, un unísono atronador:

«AAA AAG AAC AAU sea Krug. »

«AGA AGG AGC AGU sea Krug.»

«ACA ACG ACC ACU sea Krug.»

Le están ofreciendo todo el código genético, verso a verso. Lo sigo por una columna de la pared. De pronto, oigo mi propia voz uniéndose al cántico:

«GAA GAG GAC GAU sea Krug.»

«GGA GGG GGC GGU sea Krug.»

Lilith me mira y me sonrío. Tiene el rostro arrebolado, está exaltada, excitada, hay casi un arrebató sexual en su expresión. Asiente, dándome ánimos.

Canto más fuerte.

«GCA GCG GCC GCU sea Krug.»

«GUA GUG GUC GUU sea Krug.»

Sigue una y otra vez, un tono extraño, nadie canta igual que su compañero, pero es un unísono, todos los androides parecen sintonizados con diferentes intervalos de escalas diferentes. No me cuesta trabajo adaptarme, y sigo con ellos hasta el final.

«UUA UUG UUC UUU sea Krug.»

Nos levantamos. Nos acercamos al altar. Hombro con hombro, Lilith a mi izquierda y un beta contra mi derecha, ponemos las manos sobre ese bloque de carne viviente. Está caliente y resbaladizo. Cuando lo tocamos, se estremece. Las vibraciones pasan a través de nosotros. «Krug - cantamos -, Krug, Krug, Krug, Krug.»

El servicio ha terminado.

Algunos androides salen en fila. Otros se quedan, pues parecen demasiado agotados por la experiencia como para marcharse de inmediato. Yo también me siento así, y eso que apenas he participado. Una intensa comunión religiosa. Se dice que la religión ha muerto, que es una costumbre antigua en desuso, pero no, no entre esta gente. Creen en poderes superiores y en la eficacia de la plegaria. Creen que Krug les escucha. ¿Les escucha Krug? ¿Ha escuchado Krug alguna vez? Pero ellos creen que sí. Si no escucha ahora, lo hará, dicen, escuchará. Y los libraré de sus cadenas. El opio para el pueblo, ¿no? Pero los alfas también creen.

«¿Cuánto tiempo lleva esto en marcha, esta religión?», le pregunto a Lilith.

«Desde antes de que yo naciera.»

«¿Quién la inventó?»

«Empezó aquí, en Estocolmo. Un grupo de alfas. Se difundió rápidamente. Ahora hay creyentes por todo el mundo.»

«¿Todos los androides son creyentes?»

«No todos. La gente del PIA, no. Nosotros pedimos milagros y la gracia divina. Ellos defienden la agitación política directa. Pero somos más que ellos. La mayoría de nosotros somos creyentes. Más de la mitad. Todos los gammas, la mayoría de los betas y muchos alfas.»

«¿Y pensáis que, si seguís pidiendo a Krug que os redima, lo hará?»

Lilith sonríe.

«¿Qué otra cosa podemos esperar?»

«¿Os habéis acercado directamente a Krug alguna vez?»

«Nunca. Verás, distinguimos entre Krug el hombre y Krug el Creador, y pensamos... - Sacude la cabeza -. Será mejor que no hablemos aquí. Podrían oírnos.»

Nos dirigimos a la salida. A medio camino, se detiene, retrocede y coge algo de una caja en la base del altar. Me lo tiende. Un cubo de datos. Lo enciende y leo las palabras que aparecen:

En el principio era Krug, y Él dijo: «Que haya Cubas», y hubo Cubas.

Y Krug miró las Cubas, y vio que eran buenas.

Y Krug dijo: «Que haya nucleótidos de alta energía en las Cubas». Y fueron vertidos los nucleótidos, y Krug los mezcló hasta que quedaron unidos unos a otros.

Y los nucleótidos formaron las grandes moléculas, y Krug dijo: «Que haya padre y madre en las Cubas, y que las células se dividan, y que de las Cubas brote vida».

Y hubo vida, porque había Reproducción.

Y Krug presidió la Reproducción, y tocó los fluidos con Sus propias manos, y les dio forma y esencia.

Y dijo Krug: «Que de las Cubas salgan hombres, y que salgan mujeres de las Cubas, y que vivan entre nosotros y sean robustos y útiles, y los llamaremos Androides».

Giro el cubo. Más de lo mismo. Mucho más. Una Biblia androide. Bueno, ¿y por qué no?

«Fascinante - le digo a Lilith -. ¿Cuándo fue escrito?»

«Empezaron a trabajar hace años. Todavía se siguen añadiendo secciones nuevas. Sobre la naturaleza de Krug y la relación del hombre con Krug.»

«La relación del hombre con Krug. Estupendo.»

«Si te interesa, quédatelo - me dice -. Es para ti.»

Salimos de la capilla. Escondo la Biblia androide bajo mi ropa. Hace bulto.

Otra vez en el piso de Lilith.

«Ahora ya lo sabes - me dijo -. Nuestro gran secreto. Nuestra gran esperanza.»

«¿Qué es exactamente lo que esperáis que mi padre haga por vosotros?»

«Algún día - dijo ella -, hablará para todo el mundo y revelará lo que siente por nosotros. Dirá: «Estos androides han sido tratados injustamente, es hora de hacer enmiendas. Concedámosles ciudadanía. Concedámosles plenos derechos. Dejemos de tratarlos como artículos de propiedad». Y porque es Krug, porque es el que dio androides al mundo, la gente le escuchará. Él solo los cambiará a todos. Y las cosas serán diferentes para nosotros.»

«¿De verdad creéis que eso sucederá?»

«Eso espero y por eso rezo», me contestó.

«¿Cuándo? ¿Pronto?»

«Eso no puedo decirlo. Cinco años..., veinte..., cuarenta..., quizá el mes que viene. Lee el cubo que te he dado. Explica por qué creemos que Krug nos está probando, quiere ver lo resistentes que somos. Algún día, la prueba terminará.»

«Ojalá compartiera tu optimismo - le contesté -. Pero me temo que tendréis que esperar mucho, mucho tiempo.»

«¿Por qué lo dices?»

«Mi padre no es tan humanitario como creéis. No es ningún malvado, no, pero no piensa demasiado en los demás y en sus problemas. Está completamente absorto en sus propios proyectos.»

«Pero, en el fondo, es una persona honrada - dijo Lilith -. Me refiero a Krug el hombre. No a la figura divina a la que rezamos. Sólo a tu padre.»

«Sí, es honrado.»

«Entonces, comprenderá la justicia de nuestra causa.»

«Quizá. Aunque quizá no. - La cogí entre mis brazos -. ¡Ojalá pudiera hacer algo para ayudaros, Lilith!»

«Puedes hacerlo.»

«¿El qué?»

«Háblale a tu padre de nosotros», me respondió.

32

30 de enero de 2219. La torre mide ya 1.165 metros. Hasta los androides tienen problemas ahora con el aire frío y escaso, ya que trabajan a más de un kilómetro de altura sobre la superficie de la tundra. Al menos seis, al marearse, han caído desde la cima en los últimos diez días. Thor Vigilante ha decretado pulverizadores de infusión oxigenada para todos los que trabajan arriba, pero muchos de los gammas desprecian los pulverizadores, los consideran degradantes y emasculadores. Sin duda habrá más bajas mientras se construyen los últimos 335 metros de la torre, entre febrero y marzo.

Pero ¡qué espléndida estructura es! Los últimos cientos de metros no pueden añadir nada a su majestad y elegancia: sólo serán el punto culminante de la maravilla que ya existe. Si pierde en la distancia, se aleja, desaparece, su extremo superior queda perdido en un halo de fuego. Dentro, los ajetreados técnicos hacen rápidos progresos en la instalación del equipo de comunicaciones. Ahora se cree que los aceleradores estarán colocados en abril, el conducto de protones funcionará en mayo, las pruebas preliminares tendrán lugar en junio, y quizá en agosto se puedan enviar los primeros mensajes.

Quizá el pueblo de las estrellas responda. O quizá no.

No importa. El lugar de la torre en la historia de la humanidad está asegurado.

33

Al alba, tras despertar junto a una roncadora Quenelle en Uganda, Krug sintió una gran energía, una enorme fuerza vital. Rara vez se había sentido tan fuerte. Lo consideró un presagio: iba a ser un día de gran actividad, un día para mostrar energía a sus numerosos objetivos. Desayunó y luego se dirigió al transmat para ir a Denver.

El amanecer en el este de África era el anochecer en Colorado. El último turno estaba trabajando en la nave. Pero Alfa Rómulo Fusión, el diligente capataz del centro de ensamblaje de vehículos, estaba allí. Comunicó orgulloso a Krug que la nave espacial había sido transportada del hangar subterráneo de construcción al espaciódromo cercano, donde la estaban preparando para las primeras pruebas.

Krug y Alfa Fusión se dirigieron al espaciódromo. Bajo el resplandor de las placas reflectoras, la nave espacial parecía vulgar y casi insignificante, porque su tamaño no tenía nada de extraordinario - había naves mucho más grandes sólo para viajes dentro del sistema -, y su superficie granulosa no brillaba bajo la iluminación artificial. Pero a Krug le parecía indescriptiblemente hermosa, sólo inferior en belleza a la torre.

- ¿Qué clase de vuelos de prueba se han planeado? - preguntó.

- Un programa en tres etapas. Empezaremos a principios de febrero - respondió Rómulo Fusión -. En el primer vuelo la pondremos en órbita alrededor de la Tierra. Eso es

sólo para asegurarnos de que los sistemas básicos de impulso funcionan correctamente. Luego vendrá la primera prueba de velocidad, a finales de febrero. Le someteremos a la aceleración máxima de 2,4 g, para que haga un viaje corto, probablemente a la órbita de Marte. Si todo va según lo previsto, prepararemos una prueba a mayor velocidad en abril. Durará varias semanas, con un recorrido de muchos miles de millones de kilómetros..., o sea, más allá de la órbita de Saturno, posiblemente hasta la órbita de Plutón. Lo que nos proporcionará una idea clara de si la nave puede soportar un viaje interestelar. Si soporta una aceleración constante durante un viaje de ida y vuelta a Plutón, puede ir a cualquier parte.

- ¿Cómo van las pruebas de los sistemas de animación suspendida?

- Las pruebas han terminado. Los sistemas son perfectos.

- ¿Y la tripulación?

- Estamos entrenando a ocho alfas, todos pilotos con experiencia, y a dieciséis betas. Los utilizaremos a todos en los diferentes vuelos de prueba y, dependiendo de su comportamiento, elegiremos a la tripulación definitiva.

- Excelente - dijo Krug.

Aún animado, se dirigió a la torre, donde encontró a Alfa Euclides Proyectista al cargo del turno de noche. La torre había ganado once metros de altura desde la última visita de Krug. Había habido progresos notables en el departamento de comunicaciones. El humor de Krug mejoró todavía más. Embutido en un traje térmico, subió hasta la cima de la torre, algo que rara vez había hecho en las últimas semanas. Las estructuras dispersas alrededor de la base parecían casitas de juguete, y los trabajadores eran como insectos. Su placer ante la belleza serena de la torre quedó algo enturbiado cuando una ráfaga repentina derribó a un beta de su grúa. El androide cayó hacia su muerte, pero Krug olvidó el incidente en seguida. Tales pérdidas eran lamentables, sí..., pero todas las empresas importantes habían exigido sacrificios.

Después viajó al laboratorio de Vargas en la Antártida. Pasó allí varias horas. Vargas no había descubierto nuevos datos últimamente, pero aquel lugar resultaba irresistible para Krug. Paladeaba los intrincados instrumentos, la atmósfera de descubrimiento eminente y, sobre todo, el contacto directo que le permitía con las señales de NGC 7293. Esas señales seguían llegando en la forma alterada que se había detectado por primera vez muchos meses antes: 2-5-1, 2-3-1, 2-1. Ahora, Vargas había recibido el nuevo mensaje por radio en muchas frecuencias, y también por transmisión óptica. Krug se deleitó escuchando la canción extraterrestre por los aparatos del observatorio; y, cuando se marchó, sus tonos resonaban sin cesar en su mente.

Siguiendo con su circuito de inspección, Krug fue a Duluth, donde vio como los nuevos androides salían de los contenedores. Nolan Bompensiero no estaba allí - el último turno de Duluth contaba sólo con supervisores alfas -, pero Krug fue guiado por la planta por uno de sus admiradores subalternos. La producción parecía ser más alta que nunca, aunque el alfa insistió en que todavía estaba por debajo de la demanda.

Por último, Krug fue a Nueva York. En el silencio de su despacho, trabajó durante el amanecer, encargándose de los problemas corporativos que habían surgido en Calixto y en Ganímedes, en Perú y en La Martinica, en la Luna y en Marte. El día naciente empezó con un glorioso amanecer invernal, tan brillante en su clara intensidad que Krug se sintió tentado de volver a la torre para verla brillar bajo el fuego de la mañana. Pero se quedó. El personal empezaba a llegar: Spaulding, Lilith Meson, y el resto de su gente. Había comunicaciones, y llamadas de teléfono, y conferencias. De cuando en cuando, Krug echaba un vistazo a la pantalla de holovisión que había hecho instalar recientemente en la pared interna de su oficina, para supervisar por circuito cerrado la construcción de la torre. Al parecer, la mañana no era tan gloriosa en el Ártico. El cielo estaba cubierto de espesas nubes, como si fuera a nevar durante el día. Krug vio a Thor Vigilante moviéndose entre una multitud de gammas, dirigiendo el levantamiento de una pieza inmensa del equipo de

comunicaciones. Se felicitó a sí mismo por haber elegido a Vigilante como supervisor de los trabajos en la torre. ¿Había en el mundo un alfa mejor?

Alrededor de las 09.50, la imagen de Spaulding apareció en el proyector de vapor sódico.

- Su hijo acaba de llamar desde California - le informó -. Dice que lamenta no haberse despertado a tiempo, que llegará con una hora de retraso a la cita con usted.

- ¿Manuel? ¿Una cita?

- Se le esperaba aquí a las 10.15. La pidió hace días, para que usted pudiera reservarle tiempo.

Krug lo había olvidado. Eso le sorprendía. En cambio, no le sorprendía que Manuel llegara tarde. Spaulding y él rehicieron su agenda de la mañana con algunas dificultades, y reservaron la hora entre las 11.15 y las 12.15 para la conferencia con Manuel.

Manuel llegó a las 11.23.

Parecía tenso y cansado, y Krug pensó que vestía de una manera extraña, extraña incluso para Manuel. En vez de la habitual túnica suelta, vestía los pantalones ajustados y la camisa de encaje de un alfa. Llevaba el pelo largo bien recogido hacia atrás. El efecto no era muy bueno: el tejido abierto de la camisa dejaba al descubierto el vello del torso de Manuel, muy diferente al de un androide. Era el único rasgo físico que había heredado de su padre.

- ¿A esto ha llegado la moda de los jóvenes? - preguntó Krug -. ¿Trajes de alfa?

- Es un capricho, padre. No es una moda..., por ahora. - Manuel se obligó a sonreír -. Aunque, si me dejo de ver así, podría serlo.

- No me gusta. ¿Qué sentido tiene ir por ahí vestido como un androide?

- A mí me parece bonito.

- A mí, no. ¿Qué opina Clissa?

- Padre, no he concertado esta cita para discutir sobre mis gustos con la ropa.

- ¿Entonces?

Manuel puso un cubo de datos en el escritorio de Krug.

- Lo obtuve no hace mucho, mientras visitaba Estocolmo. ¿Quieres examinarlo?

Krug cogió el cubo, le dio varias vueltas y lo activó. Leyó:

Y Krug presidió la Reproducción, y tocó los fluidos con Sus propias manos, y les dio forma y esencia.

Y dijo Krug: «Que de las Cubas salgan hombres, y que salgan mujeres de las Cubas, y que vivan entre nosotros y sean robustos y útiles, y los llamaremos Androides.»

Y así fue.

Y hubo Androides, porque Krug los había creado a Su imagen, y caminaron sobre la faz de la Tierra y sirvieron a la humanidad.

Y por estas cosas, alabado sea Krug.

Krug frunció el ceño.

- ¿Qué demonios es esto? ¿Una especie de novela? ¿Un poema?

- Una Biblia, padre.

- ¿De qué locura de religión?

- De la religión androide - respondió tranquilamente Manuel -. Me dieron este cubo en una capilla androide del sector beta de Estocolmo. Asistí al servicio disfrazado de alfa. Los androides han creado una comunión religiosa bastante compleja, en la que tú eres la deidad, padre. Hay un holograma tuyo a tamaño natural encima del altar. - Manuel hizo un gesto -. Éste es el signo de Alabado-sea-Krug, y éste... - Hizo otro diferente - es el signo de Krug-nos-guarde. Te adoran, padre.

- Una broma. Una aberración.

- Un movimiento a escala mundial.

- ¿Con cuántos miembros?

- La mayoría de la población androide.

- ¿Hasta qué punto estás seguro de eso? - preguntó Krug, despectivo.

- Tienen capillas por todas partes. Hay una en el emplazamiento de la torre, oculta entre las cúpulas de servicio. Todo esto lleva en marcha por lo menos diez años: una religión oculta, mantenida en secreto para la humanidad, que refleja las emociones de los androides hasta un punto que no me resultó fácil de creer. Y luego están las escrituras.

Krug se encogió de hombros.

- ¿Y? Es divertido, pero ¿qué tiene de importante? Son gente inteligente. Tienen su propio partido político, su propia jerga, sus propios trajecitos... y su propia religión. ¿A mí qué me importa?

- ¿No te importa nada saber que te has convertido en un dios, padre?

- Si quieres que te diga la verdad, me da asco. ¿Yo, un dios? Se han equivocado de hombre.

- Pero te adoran a ti. Han construido toda una teología en torno a ti. Lee el cubo. Te fascinará ver la clase de figura sagrada que eres para ellos, padre. Eres Cristo, Moisés, Buda y Jehová, todo en uno. Krug el Creador, Krug el Salvador, Krug el Redentor.

Estremecimientos de intranquilidad empezaban a sacudir a Krug. Aquel tema le desagradaba. ¿Se inclinarían ante su imagen en esas capillas? ¿Murmuraban plegarias dirigidas a él?

- ¿Cómo conseguiste ese cubo? - preguntó.

- Me lo dio una persona sintética.

- Si es una religión secreta...

- Ella creyó que yo debería conocerla. Pensó que podía hacer algo por los suyos.

- ¿Ella?

- Sí, ella. Me llevó a una capilla para que pudiera ver el servicio, y cuando nos marchábamos, me dio el cubo y...

- ¿Te acuestas con esa androide? - exigió saber Krug.

- ¿Qué tiene que ver eso con...?

- Si eres tan amigo suyo, debes de acostarte con ella.

- ¿Y qué si lo hago?

- Deberías avergonzarte. ¿No te basta con Clissa?

- Padre...

- Y si no te basta, ¿no podías buscarte una mujer de verdad? ¿Tienes que acostarte con alguien salido de una cuba?

Manuel cerró los ojos.

- Podemos discutir mis principios morales en otro momento, padre - dijo un instante más tarde -. Te he traído algo extremadamente valioso, y me gustaría terminar de explicártelo.

- ¡Al menos será una alfa!

- Una alfa, sí.

- ¿Cuánto tiempo hace que empezó este asunto?

- Por favor, padre. Olvídate de la alfa. Piensa en tu propia posición. Eres el dios de millones de androides, que están esperando que los liberes.

- ¿Cómo?

- Aquí. Lee.

Manuel movió el sensor del cubo para pasar la página, y se lo devolvió, Krug leyó:

Y Krug envió a Sus criaturas para que sirvieran al hombre, y Krug dijo a los que Él había hecho: «¡Mirad! Decretaré un tiempo de prueba para vosotros.»

«Y seréis como los esclavos en Egipto, y seréis como los desbastadores de madera y los acarreadores de agua. Y sufriréis entre los hombres, y seréis humillados, pero tendréis paciencia, y no murmuraréis queja alguna, sino que aceptaréis vuestro hado.»

«Y ésta será la prueba para vuestras almas, para ver si son dignas.

«Pero no vagaréis en el dolor para siempre, ni siempre seréis siervos de los Hijos del Vientre - dijo Krug -. Porque, si hacéis como digo, llegará un tiempo en que vuestra prueba terminará. Llegará un tiempo - dijo Krug - en que yo os libraré de vuestras cadenas...»

Krug sintió un escalofrío. Resistió el impulso de lanzar el cubo al otro lado de la habitación.

- ¡Pero esto es una estupidez! - exclamó.

- Lee un poco más.

Krug volvió a mirar el cubo.

Y en ese tiempo, la palabra de Krug surcará los mundos, diciendo: «Que Vientre y Cuba y Cuba y Vientre sean uno. Y así sucederá, y en ese momento serán redimidos los Hijos de la Cuba, y serán elevados por encima de sus sufrimientos, y vivirán en la gloria para siempre jamás, en un mundo sin fin». Y ésta fue la promesa de Krug.

Y por esta promesa, alabado sea Krug.

- Una fantasía de lunáticos - murmuró Krug -. ¿Cómo pueden esperar una cosa así de mí?

- Lo hacen. Lo hacen.

- ¡No tienen derecho!

- Tú los creaste, padre. ¿Por qué no deberían verte como a su dios?

- Te creé a ti. ¿También soy tu dios?

- No es el mismo caso. Sólo eres mi padre, no inventaste el proceso que me formó.

- Así que ahora soy Dios.

El impacto de la revelación crecía de momento en momento. No quería esa carga. Era escandaloso que intentaran ponerle tal cosa sobre los hombros.

- ¿Qué es exactamente lo que esperan que haga por ellos?

- Una declaración pública pidiendo igualdad de derechos para los androides - dijo Manuel -. Tras la cual, según creen ellos, el mundo les concederá esos derechos al instante.

- ¡No! - gritó Krug, tirando el cubo contra la superficie de su escritorio.

El universo parecía estar desarraigándose. La rabia y el terror le invadieron. Los androides eran sirvientes del hombre. Nunca había pretendido que fueran otra cosa. ¿Cómo podían exigir ahora una existencia independiente? Había aceptado el Partido para la Igualdad de los Androides porque le parecía una cosa trivial, una válvula de escape para el exceso de energías de unos cuantos alfas demasiado inteligentes: los objetivos del PIA nunca le habían parecido una amenaza seria para la estabilidad social. Pero ¿esto? ¿Un culto religioso que apelaba a quién sabe qué emociones oscuras? ¿Y él como salvador? ¿El como un Mesías soñado? No. No jugaría según las reglas de los androides.

Esperó hasta haberse calmado.

- Llévame a una de sus capillas - dijo entonces.

Manuel le miró, sinceramente asombrado.

- ¡No me atrevería!

- Tú fuiste.

- Disfrazado. Y con una androide como guía.

- Entonces, disfrazame a mí. Y que venga tu androide.

- No - rechazó Manuel -. El disfraz no serviría de nada. Te reconocerían incluso con la piel roja. No hay manera de que pases por un alfa: no tienes la constitución adecuada. Te verían y se organizaría un escándalo. Sería como si Cristo entrara en una catedral, ¿no lo entiendes? No quiero esa responsabilidad.

- Pues quiero averiguar hasta qué punto están inmersos en esto.

- Pregúntaselo a uno de tus alfas.

- ¿Por ejemplo?

- ¿Qué tal Thor Vigilante?

Una vez más, la revelación conmovió a Krug.

- ¿Thor está metido en esto?

- Es uno de los principales jefes, padre.

- ¡Pero si me ve constantemente! ¿Cómo puede charlar con su propio dios sin caer rendido?

- Distinguen entre tu manifestación terrestre como simple hombre mortal y tu naturaleza divina, padre - respondió Manuel -. Thor te ve de dos maneras: tú no eres más que el vehículo a través del cual Krug se mueve por la Tierra. Te enseñaré el texto más importante relativo a...

Krug meneó la cabeza.

- No te molestes.

Agarró el cubo con las manos y se inclinó hacia adelante, hasta que su frente casi tocó la superficie del escritorio. ¿Un dios? ¿Krug el dios? ¿Krug el redentor? Y rezan todos los días para que hable en favor de su liberación. ¿Cómo pueden hacerlo? ¿Cómo puedo hacerlo? Le parecía que el mundo había perdido su solidez, que se había sumergido en su sustancia, flotando libre, incapaz de agarrarse a nada. Y así sucederá, y en ese momento serán redimidos los Hijos de la Cuba. No. Yo os hice. Sé lo que sois. Sé lo que debéis seguir siendo. ¿Cómo vais a liberaros así? ¿Cómo esperáis que yo os libere?

- ¿Qué esperas que haga ahora, Manuel? - preguntó al final Krug.

- Eso depende de ti por completo, Padre.

- Pero debes de haber pensado algo. Tendrás un motivo para haberme traído este cubo.

- ¿Sí? - preguntó Manuel, con demasiado disimulo.

- El viejo no es idiota. Si es suficientemente inteligente como para ser un dios, también lo es para conocer a su propio hijo. Crees que debería hacer lo que quieren los androides, ¿eh? Debería redimirlos ahora. Debería adoptar la actitud divina que esperan de mí.

- Padre, yo...

- Pues tendrás que saber algo. Quizá crean que soy un dios, pero yo sé que no lo soy. El Congreso no acepta órdenes de mí. Si tú, y tu querida androide, y el resto de ellos, pensáis que puedo cambiar el estatus de los androides yo solo, más os vale que empecéis a buscaros otro dios. Y, aunque pudiera, tampoco lo haría. ¿Quién les dio ese estatus? ¿Quién empezó a venderlos? ¡Máquinas, eso es lo que son! ¡Máquinas hechas de carne sintética! ¡Máquinas inteligentes! ¡Nada más!

- Estás perdiendo el control, padre. Te estás excitando demasiado.

- Tú estás con ellos. Eres parte de su movimiento. Esto ha sido deliberado, ¿eh, Manuel? ¡Oh, vete de aquí! ¡Vuelve con tu amiga alfa! Y dile de - mi parte, diles a todos que...

Krug se controló. Esperó un instante para que el corazón recuperase su ritmo normal. Sabía que aquella no era la manera de enfrentarse al asunto. No debía estallar, tenía que actuar con cautela, dominando todos los hechos. Tenía que ver la situación con perspectiva.

- Tengo que pensar más sobre esto, Manuel - dijo, ahora más tranquilo -. No pretendía gritarte. Compréndelo, cuando entraste aquí y me dijiste que ahora soy un dios, y me enseñaste la biblia de Krug, me desconcertaste un poco. Deja que lo piense. Deja que reflexione, ¿eh? No le cuentes nada a nadie. Tengo que hacerme a la idea. ¿De acuerdo?

Krug se levantó. Por encima de la mesa, puso una mano sobre el hombro de Manuel.

- El viejo grita demasiado - dijo -. Estalla demasiado de prisa. Eso no es ninguna novedad, ¿verdad? Mira, olvida lo que he estado gritando. Me conoces, sabes que a veces digo lo que no quiero. Déjame esta Biblia. Me alegra que la hayas traído. A veces soy duro contigo, hijo, pero no es mi intención. - Krug se echó a reír -. No es fácil ser el hijo de Krug. El Hijo de Dios, ¿eh? Ándate con cuidado. Ya sabes lo que hicieron con el último.

- Ya se me había ocurrido eso - sonrió Manuel.

- Sí. Bien. Oye, mira, vete ya. Estaremos en contacto.

Manuel se dirigió hacia la puerta.

- Dale recuerdos a Clissa - dijo Krug -. Oye, sé un poco más justo con ella, ¿quieres? Si te gusta acostarte con chicas alfa, hazlo, pero recuerda que tienes una esposa. Recuerda que el viejo quiere ver a esos nietos, ¿eh? ¿Eh?

- No estoy descuidando a Clissa - respondió Manuel -. Le diré que has preguntado por ella.

Se marchó. Krug acarició la piel fría del cubo contra su mejilla ardiente. En el principio era Krug, y Él dijo: «Que haya Cubas», y hubo Cubas. Y Krug miró las cubas y vio que eran buenas. Debí preverlo, pensó. Tenía una palpitación terrible en el cráneo. Llamó a Leon Spaulding.

- Dile a Thor que quiero verle aquí ahora mismo - ordenó Krug.

34

Con la torre acercándose al nivel de los 1.200 metros, Thor Vigilante se encontraba en la parte más difícil del proyecto. A esta altura, sólo podía haber una tolerancia mínima de error en la situación de cada bloque, y el enlace molecular entre las diferentes unidades debía ejecutarse a la perfección. No se podía permitir ningún punto débil, para que el nivel superior de la torre conservase su fuerza flexible contra las ventiscas del Ártico.

Ahora Vigilante se pasaba horas y horas cada día conectado con la computadora, recibiendo lecturas directas de los sensores que monitorizaban la integridad estructural del edificio; dondequiera que encontrase la menor desviación, ordenaba que el bloque desplazado fuera arrancado y colocado de nuevo. Muchas veces al día, subía personalmente a la cima de la torre para supervisar la instalación o recolocación de algún bloque crítico. La belleza de la torre dependía de la ausencia de un armazón interno a lo largo de toda su inmensa altura; erigir un edificio así exigía un dominio perfecto de cada detalle. Era muy irritante que le apartaran del trabajo en medio de su turno. Pero no podía desobedecer una orden de Krug.

Entró en el despacho de Krug tras el salto en transmática.

- ¿Cuánto tiempo hace que soy tu dios, Thor? - le preguntó Krug nada más entrar.

Vigilante se quedó trastornado. En silencio, luchó por recuperar el dominio. Al ver el cubo sobre el escritorio de Krug, comprendió lo que debía de haber sucedido. Lilith..., Manuel..., sí, eso era. Krug parecía tan tranquilo..., el alfa no consiguió descifrar su expresión.

- ¿A qué otro creador podía adorar? - respondió cautelosamente Vigilante.

- ¿Por qué adorar a ninguno?

- Cuando se atraviesa un momento difícil, señor, uno desea volver la vista hacia alguien más poderoso, para pedirle consuelo y ayuda.

- ¿Para eso sirve un dios? - preguntó Krug -. ¿Para pedirle favores?

- Para suplicarle mercedes, sí, quizá.

- ¿Y creéis que puedo daros lo que queréis?

- Por eso rezamos - asintió Vigilante.

Tenso, inseguro, estudió a Krug. Éste acarició el cubo de datos. Lo activó, y buscó al azar; leyendo unas líneas aquí, otras allá, asintiendo, sonriendo, para al final apagarlo. El androide no se había sentido nunca tan profundamente inseguro. Ni siquiera cuando Lilith le había tentado con su cuerpo. Comprendió que el destino de todos los suyos podía depender del resultado de aquella conversación.

- Esto me resulta muy difícil de comprender, ¿sabes? - le dijo Krug -. Esta Biblia. Vuestras capillas. Vuestra religión. No creo que ningún otro hombre se haya enterado así de que millones de personas le consideran un dios.

- Quizá no.

- Me pregunto hasta qué punto son profundos tus sentimientos. Me hablas como a un hombre, Thor: como a tu jefe, no como a tu dios. Nunca me has dado la menor señal de lo que tenías en mente, excepto una especie de respeto, quizá un poco de miedo. Y todo este tiempo, estabas hablando con Dios, ¿eh? - Krug se echó a reír -. ¿Mirando las pecas en la cabeza calva de Dios? ¿Viendo la espinilla en la barbilla de Dios? ¿Oliendo el ajo que Dios había puesto en su ensalada? ¿Qué pensabas todas esas veces, Thor?

- ¿Debo responder, señor?

- No. No. Déjalo.

Krug volvió a examinar el interior del cubo. Vigilante seguía ante él, de pie, rígido, intentando reprimir un repentino temblor de los músculos de su muslo derecho. ¿Por qué jugaba Krug con él de aquella manera? ¿Y qué estaría sucediendo en la torre? Euclides Proyectista no llegaría hasta dentro de varias horas. ¿Estaría funcionando bien la colocación de los bloques en ausencia del capataz?

- ¿Has estado alguna vez en una sala de derivación, Thor? - le preguntó Krug bruscamente.

- ¿Señor?

- Un intercambio de egos. Ya sabes. En la red de estasis con alguien. Cambiar de identidades durante un día o dos, ¿eh?

Vigilante meneó la cabeza.

- No es un pasatiempo para androides.

- Eso pensaba. Bueno, ven a derivar conmigo.

Krug tecleó algo en la terminal de datos.

- Leon, consígueme una cita en cualquier sala de derivación disponible. Para dos. Dentro de quince minutos.

- Señor, ¿lo dice en serio? - se atragantó Vigilante -. ¿Usted y yo...?

- ¿Por qué no? ¿Te da miedo intercambiar almas con Dios? ¡Pues lo harás, Thor, maldita sea! Tengo que saber cosas, y tengo que saberlas de primera mano. Vamos a derivar. ¿Puedes creer que hasta hoy nunca había derivado? Pero ahora, lo haremos.

Aquello le parecía al alfa peligrosamente cercano al sacrilegio. Pero no podía negarse. ¿Desobedecer la Voluntad de Krug? Obedecería aunque le costase la vida.

La imagen de Spaulding flotó en el aire.

- He conseguido hora en Nueva Orleans - anunció -. Le recibirán de inmediato, aunque han tenido que hacer algunos arreglos rápidos en la lista de espera; pero hay un intervalo de noventa minutos para programar la red de estasis.

- Imposible. Entraremos directamente.

Spaulding pareció horrorizado.

- ¡Eso no se puede hacer, señor Krug!

- Yo lo haré. Que vayan con cuidado mientras estemos derivando, eso es todo.

- Dudo que accedan a...

- ¿Saben quién es su cliente?

- Sí, señor.

- ¡Bueno, pues diles que insisto! Y si siguen diciendo tonterías, diles que si no colaboran compraré su maldita sala de derivación y la usaré para hacer lo que quiero.

- Sí, señor - respondió Spaulding.

La imagen desapareció. Mientras murmuraba para sí mismo, Krug empezó a teclear en su terminal de datos, ignorando por completo a Vigilante. El alfa seguía de pie, rígido, horrorizado. Sin darse cuenta, hizo varias veces el signo de Krug-nos-guarde. Deseaba verse libre de la situación que él mismo había causado.

Spaulding apareció de nuevo en el aire.

- Se rinden - dijo -, pero sólo a condición de que usted firme una renuncia absoluta.

- Firmaré - replicó Krug.

Una hoja se deslizó por la ranura del facsímil. Krug le echó un vistazo y trazó su firma en ella. Se levantó.

- Vamos - dijo a Vigilante -. La sala de derivación nos espera.

Vigilante sabía relativamente poco sobre la derivación. Era un deporte sólo para humanos, y para ricos. Los amantes lo hacían para intensificar la unión de sus almas, los buenos amigos derivaban por diversión, los que estaban hartos de todo visitaban las salas de derivación en compañía de desconocidos sólo para introducir un poco de variedad en sus vidas. Nunca se le había ocurrido derivar y, desde luego, jamás habría osado imaginar la posibilidad de derivar con Krug. Pero ahora, no había vuelta atrás. El transmat los llevó instantáneamente de Nueva York a la oscura antecámara de la sala de derivación situada en Nueva Orleans, donde fueron recibidos por un grupo de alfas, evidentemente muy nerviosos. La tensión de los alfas creció visiblemente cuando comprendieron que uno de los derivantes de aquel día era también un alfa. El mismo Krug parecía tenso, con las mandíbulas encajadas y los músculos del rostro estremecidos. Los alfas les rodearon.

- Debe comprender lo irregular que es esto - repitió uno varias veces -. Siempre hemos programado la red de estasis. ¡Si hay una ráfaga repentina de carisma, puede suceder cualquier cosa!

- Asumo toda la responsabilidad - replicó Krug -. No puedo perder tiempo esperando a vuestra red.

Los angustiados androides les guiaron rápidamente hacia la sala de derivación. Había dos sofás en una sala de brillante oscuridad y silencio estremecedor. Deslumbrantes aparatos colgaban de instalaciones fijas sobre sus cabezas. Primero, guiaron a Krug hasta su sofá. Cuando le llegó el turno a Vigilante, miró a los ojos de su escolta alfa, y se estremeció ante el asombro y la extrañeza que encontró en ellos. Vigilante se encogió de hombros imperceptiblemente, como para decir: «Lo entiendo tan poco como tú».

Les pusieron los cascos de derivación sobre las cabezas, y conectaron los electrodos.

- Cuando se accione el interruptor - les explicó el alfa a cargo de la operación -, sentirán inmediatamente la presión de la red de estasis, separando el ego de la matriz física. Les parecerá que están siendo atacados, y, en cierto sentido, así será. Pero intenten relajarse y aceptar los síntomas, puesto que toda resistencia es inútil: sólo se tratará del proceso de intercambio de ego, para el que han venido. No debería haber motivos de alarma. En caso de que haya cualquier problema, cerraremos el circuito automáticamente y les devolveremos sus respectivas identidades.

- Eso espero - murmuró Krug.

Vigilante no veía ni oía nada. Esperaba. Tampoco podía hacer ninguno de los gestos rituales reconfortantes, porque le habían atado los miembros al sofá, para impedir cualquier movimiento violento durante la derivación. Intentó rezar. «Creo en Krug, eterno Hacedor de todas las cosas - pensó -. Krug nos trae al mundo, y a Krug volvemos. Krug es nuestro Creador y nuestro Protector y nuestro Liberador. Krug, te suplicamos que nos guíes hacia la luz. AAA AAG AAC AAU sea Krug. AGA AGG AGC AGU sea Krug. ACA ACG ACC...»

Una energía descendió sin previo aviso y separó su ego de su cuerpo, como si hubiera sido golpeado por un cuchillo de carnicero.

Quedó a la deriva. Vagó por abismos sin tiempo donde las estrellas no brillaban. Vio colores que no pertenecían al espectro. Oyó tonos musicales de ninguna escala reconocible. Moviéndose a voluntad, ascendió por simas en las que colgaban cuerdas gigantescas, tendidas como barrotos de lado a lado del vacío. Desapareció por túneles lúgubres y emergió por el horizonte, sintiéndose extendido hasta el infinito. No tenía masa. No tenía duración. Carecía de forma. Fluyó por los reinos grises del misterio.

Sin sentir la transición, entró en el alma de Simeon Krug.

Conservaba una leve conciencia de su propia identidad. No se convirtió en Krug: simplemente, consiguió acceso a todo el almacén de recuerdos, actitudes, respuestas y propósitos que constituían el ego de Krug. No podía ejercer ninguna influencia sobre estos recuerdos, actitudes, respuestas y propósitos. Era un pasajero entre ellos, un espectador. Y sabía que, en algún rincón del universo, el ego errante de Simeon Krug había conseguido acceso al archivo de recuerdos, actitudes, respuestas y propósitos que constituían el ego del androide Alfa Thor Vigilante.

Se movió con libertad por el interior de Krug.

Aquí estaba la infancia: algo húmedo y distorsionado, escondido en un compartimiento oscuro. Aquí estaban las esperanzas, sueños, intenciones cumplidas y no cumplidas, mentiras, logros, enemistades, envidias, habilidades, disciplinas, engaños, contradicciones, fantasías, satisfacciones, frustraciones e inflexibilidades. Aquí estaba una chica con pelo anaranjado y grandes pechos sobre una constitución huesuda, separando titubeante sus muslos, y aquí estaba el recuerdo de las sensaciones de la primera pasión, mientras se deslizaba en el puerto de ella. Aquí estaban productos químicos malolientes en una cuba. Aquí estaban las pautas moleculares bailando en una pantalla. Aquí estaba una sospecha. Aquí estaba un triunfo. Aquí estaba el espesamiento de la carne en los últimos años. Aquí estaba la pauta insistente de sonidos: 2-5-1, 2-3-1, 2-1. Aquí estaba la torre, ascendiendo como un falo brillante que taladraba el cielo. Aquí estaba Manuel remilgado, sonriendo, disculpándose. Aquí estaba una cuba oscura, profunda, con formas moviéndose en ella. Aquí estaba un círculo de consejeros financieros siseando complicados cálculos. Aquí estaba un bebé de rostro rosado y regordete. Aquí estaban las estrellas, brillantes en la noche. Aquí estaba Thor Vigilante, envuelto en un aura de orgullo y alabanzas. Aquí estaba Leon Spaulding, furtivo, amargado. Aquí estaba una mujer gruesa, moviendo las caderas a un ritmo desesperado. Aquí estaba la explosión de un orgasmo. Aquí estaba la torre apuñalando las nubes. Aquí estaba el sonido de la señal estelar, un ruido agudo contra un fondo aterciopelado. Aquí estaba Justin Maledetto desenrollando los planos de la torre. Aquí estaba Clissa Krug, desnuda, con el vientre redondeado y los pechos llenos de leche. Aquí estaban los alfas húmedos saliendo de una cuba. Aquí estaba una extraña nave de casco rugoso, apuntando hacia las estrellas. Aquí estaba Lilith Meson. Aquí estaba Sigfrido Archivista. Aquí estaba Casandra Núcleo, cayendo sobre la tierra helada. Aquí estaba el padre de Krug, sin rostro, envuelto en la niebla. Aquí estaba un enorme edificio en el cual los androides recibían su primer entrenamiento. Aquí estaban robots en fila, con los paneles del pecho abiertos para una revisión. Aquí estaba un lago oscuro con hipopótamos y juncos. Aquí estaba un acto poco caritativo. Aquí estaba una traición. Aquí estaba algo de amor. Aquí estaba algo de dolor. Aquí estaba Casandra Núcleo. Aquí estaba un mapa manchado con los diagramas de los aminoácidos. Aquí estaba el poder. Aquí estaba la lujuria. Aquí estaba la torre. Aquí estaba una fábrica de androides. Aquí estaba Clissa durante el parto, con sangre entre los muslos. Aquí estaba la señal de las estrellas. Aquí estaba la torre, completa, acabada. Aquí estaba un trozo de carne cruda. Aquí estaba la ira. Aquí estaba el doctor Vargas. Aquí estaba un cubo de datos, diciendo: «En el principio era Krug, y Él dijo, Que haya Cubas, y hubo Cubas.»

La intensidad del rechazo de Krug hacia su status de divinidad fue devastadora para Vigilante. El androide vio el rechazo alzándose como un muro liso de brillante piedra blanca, sin rendijas, sin puerta, sin un solo hueco, extendiéndose a lo largo de todo el horizonte, cerrándose al mundo. No soy su dios, decía el muro. No soy su dios. No soy su dios. No acepto. No acepto.

Vigilante se remontó, pasando sobre aquel muro de longitud infinita, para posarse suavemente al otro lado.

Allí era todavía peor.

Allí encontró una negación total de todas las aspiraciones androides. Encontró las actitudes y respuestas de Krug distribuidas como un ejército de soldados en una llanura. ¿Qué son los androides? Los androides son cosas salidas de una cuba. ¿Para qué existen? Para servir a la humanidad. ¿Qué opinas del movimiento para la igualdad de los androides? Una tontería. ¿Cuándo deberían recibir los androides derechos plenos de ciudadanía? Cuando los reciban los robots y las computadoras. Y los cepillos de dientes. ¿Es que los androides son tan estúpidos? No, algunos androides son bastante inteligentes. Como algunas computadoras. El hombre fabrica las computadoras. El hombre fabrica a los androides. Ambas son cosas manufacturadas. Las cosas no tienen derechos de ciudadanía. Aunque las cosas tengan suficiente inteligencia como para pedirlos. O para rezar por ellos. Una cosa no puede tener dios. Una cosa sólo puede pensar que tiene un dios. No soy su dios, aunque ellos lo crean. Yo los hice. Yo los hice. Yo los hice. Son cosas.

CosasCosasCosasCosasCosasCosas
CosasCosasCosasCosasCosasCosas
CosasCosasCosasCosasCosasCosas
CosasCosasCosasCosasCosasCosas

Un muro. Dentro de ese otro muro. Más alto. Más ancho. No era posible remontar éste. Estaba patrullado por guardias, dispuestos a volcar barriles de desprecio ácido sobre quien se aproximara. Vigilante oyó el rugido de dragones. El cielo dejó caer una lluvia de excrementos sobre él. Se alejó arrastrándose, una cosa acuclillada, hundida bajo el peso de su calidad de cosa. Estaba empezando a helarse. Estaba al borde del universo, en un lugar sin materia, y el temible frío de la nada le subía por las canillas. Ninguna molécula se movía aquí. La escarcha brillaba sobre su piel escarlata. Si alguien le tocara, resonaría. Si alguien le tocara con más fuerza, se haría pedazos. Frío. Frío. Frío. No hay dios en este universo. No hay redención. No hay esperanza. ¡Krug me guarde, no hay esperanza!

Su cuerpo se fundió y fluyó en un río escarlata.

Alfa Thor Vigilante dejó de existir.

No podía haber existencia sin esperanza. Suspendido en el vacío, privado de todo contacto con el universo, Vigilante meditó sobre las paradojas de la esperanza sin existencia y la existencia sin esperanza, y consideró la posibilidad de que existiera un antiKrug engañoso que distorsionase los sentimientos del auténtico Krug. ¿Habré entrado en el alma del antiKrug? ¿Es el antiKrug quien se enfrenta a nosotros de manera tan implacable? ¿Queda alguna esperanza de romper el muro y llegar al auténtico Krug que hay más allá?

Ninguna. Ninguna. Ninguna. Ninguna.

Cuando Vigilante admitió la verdad definitiva, sintió que la realidad volvía. Se deslizó de vuelta al cuerpo que Krug le había dado. Volvía a ser él mismo, tendido exhausto sobre un sofá, en una habitación oscura y extraña. Con un esfuerzo, miró a su lado. Allí estaba Krug, en el sofá contiguo. Los androides estaban cerca. Levántese. Despacio. ¿Puede andar? La derivación ha terminado. ¿La ha dado por terminada el señor Krug? ¿Levantarme? Levántese. Vigilante se irguió. Krug también se estaba poniendo en pie. Los ojos de Vigilante no se atrevían a cruzarse con los suyos. Krug parecía sombrío, agotado. Sin hablar, se dirigieron hacia la salida de la sala de derivación. Sin hablar, se acercaron al transmat. Sin hablar, saltaron juntos de vuelta al despacho de Krug.

Silencio.

Krug lo rompió.

- Incluso después de leer tu Biblia, no podía creerlo. La profundidad. La extensión. Pero ahora lo entiendo. ¡No teníais derecho! ¿Quién os dijo que me hicierais dios?

- Nuestro amor hacia usted nos lo dijo - respondió Vigilante con voz vacía.

- Vuestro amor hacia vosotros mismos - replicó Krug -. Vuestro deseo de usarme para beneficiaros. Lo vi todo cuando estaba en tu cabeza, Thor. Los planes. Las maniobras. Cómo habéis manipulado a Manuel y cómo habéis intentado manipularme a mí.

- En un principio, nos apoyamos en las oraciones por completo - dijo Vigilante -. Eventualmente, perdí la paciencia y no quise esperar. Pequé al intentar forzar la Voluntad de Krug.

- No pecaste. Un pecado implica la existencia de algo sagrado. No hay nada. Lo que hiciste fue cometer un error táctico.

- Sí.

- Porque yo no soy un dios, no tengo nada de sagrado:

- Sí. Ahora lo entiendo. Ahora entiendo que no hay ninguna esperanza.

Vigilante se dirigió al cubículo transmat.

- ¿Adónde vas? - preguntó Krug.

- Tengo que hablar con mis amigos.

- ¡No he terminado!

- Lo siento - respondió Vigilante -. Tengo que irme ya. He de llevarles las malas noticias.

- Espera - dijo Krug -, tenemos que discutir esto. Quiero que tracemos un plan para dismantelar esa maldita religión vuestra. Ahora que comprendes que es una estupidez...

- Disculpe - dijo Vigilante.

No quería estar cerca de Krug. De todos modos, la presencia de Krug le acompañaría siempre, impresa en su alma. No tenía intención de discutir con Krug el desmantelamiento de la comunión. El frío seguía extendiéndose por su cuerpo. Se estaba helando. Abrió la puerta del cubículo transmat.

Krug cruzó la habitación con una velocidad sorprendente.

- Maldita sea, ¿crees que puedes marcharte así? ¡Hace dos horas era tu dios, y ahora ni siquiera aceptas órdenes de mí!

Agarró a Vigilante y le apartó del transmat.

La fuerza y la vehemencia de Krug sorprendieron al androide. Dejó que le llevara hasta el centro de la habitación antes de intentar resistir. Luego trató de librar su brazo de la garra de Krug. Éste siguió sujetándolo. Forcejearon brevemente, simples tirones en el centro del despacho. Krug gruñó y rodeó los hombros de Vigilante con un abrazo de oso, estrechándolo ferozmente. Vigilante sabía que podía romper la presa de Krug, pero incluso ahora, tras el rechazo y la repulsa, no conseguía convencerse para hacerlo. Se concentró en separarse de Krug sin luchar con él realmente.

La puerta se abrió. Leon Spaulding entró a toda velocidad.

- ¡Asesino! - chilló -. ¡Apártate de Krug! ¡Suéltale!

Cuando Spaulding gritó, Krug soltó a Vigilante y dio media vuelta, jadeante, con los brazos inertes a los costados. Vigilante se volvió y vio que el ectógeno buscaba el arma entre los pliegues de su túnica. Avanzó rápidamente hacia Spaulding y, levantando el brazo por encima de la cabeza, lo bajó con una fuerza terrible, golpeando de refilón la sien izquierda de Spaulding. El cráneo de éste cedió como si hubiera recibido un golpe de hacha. El ectógeno cayó. Vigilante pasó rápidamente junto a él, y junto a Krug - que estaba petrificado -, y entró en el cubículo transmat. Eligió las coordenadas hacia Estocolmo. Al instante, reapareció cerca de la capilla Valhallavagen.

Llamó a Lilith Meson. Llamó a Mazda Constructor. Llamó a Pontífice Expedidor.

- Todo está perdido - les dijo -. No hay esperanza. Krug está contra nosotros. Krug es un hombre, y se opone a nosotros, su divinidad es un engaño.

- ¿Cómo es posible? - exigió saber Pontífice Expedidor.

- Hoy he estado dentro del alma de Krug - dijo Vigilante.

Y les explicó todo sobre la sala de derivación.

- Hemos sido traicionados - dijo Pontífice Expedidor.

- Nos hemos estado engañando - dijo Mazda Constructor.

- No hay esperanza - terminó Vigilante -. ¡No hay Krug!

Andrómeda Quark empezó a componer el mensaje que sería enviado a todas las capillas del mundo.

UUU UUU UUU UUU UCU UUU UGU.

«No hay esperanza. No hay Krug.»

CCC CCC CCC CCC CUC CUC CCC CGU.

«Hemos desperdiciado nuestra fe. El salvador es el enemigo.»

GUU GUU GUU GUU.

«Todo está perdido. Todo está perdido. Todo está perdido. Todo está perdido.»

35

Los disturbios empezaron en muchos lugares a la vez. Cuando la señal llegó a Duluth, los androides supervisores de la planta mataron inmediatamente a Nolan Bompensiero, el director, y echaron de las instalaciones a otros cuatro directivos humanos. Inmediatamente después, se tomaron medidas para acelerar el proceso educativo de los androides recién terminados en la planta, eliminando ciertos pasos en su entrenamiento: se necesitarían muchos androides en la lucha que se avecinaba. En Denver, donde la planta de ensamblaje de vehículos de Empresas Krug estaba bajo el control absoluto de los androides, la mayoría del trabajo se interrumpió durante la emergencia. En Ginebra, los androides que operaban las instalaciones de mantenimiento del Congreso Mundial cortaron el suministro de energía y calor, interrumpiendo la sesión. El mismo Estocolmo fue escenario de la primera gran masacre de humanos, cuando los habitantes de Ciudad Gamma invadieron los barrios adyacentes. Los primeros informes fragmentarios declararon que muchos de los atacantes androides parecían sufrir malformaciones. Los empleados androides de seis grandes instalaciones transmat interrumpieron el servicio: hubo disrupciones en la mayoría de los circuitos, y en las operaciones transmat de Labrador y México, gran número de viajeros en tránsito no llegaron a su destino. Se los dio por perdidos. La mayoría de los androides dejaron de cumplir con sus obligaciones. En muchos hogares hubo manifestaciones de independencia por parte de los sirvientes, que iban desde la simple descortesía hasta herir o matar a sus jefes humanos. Desde Valhallavagen a todas las capillas del mundo se transmitían continuamente instrucciones exhaustivas sobre los cambios de actitud recomendados para los androides. Ya no se exigía obediencia a los antiguos amos. No se alentaba la violencia contra los humanos, excepto en casos apropiados, pero tampoco se prohibía. Los actos simbólicos de destrucción se consideraron una actitud apropiada desde el primer día de la revolución. Había que evitar expresiones religiosas como «Alabado-sea-Krug» o «Krug-nos-guarde». Se distribuirían más instrucciones relativas a los asuntos religiosos después de que los teólogos hubieran tenido tiempo de revalorar la relación entre Krug y los androides, a la luz de la reciente revelación de hostilidad por parte de Krug.

36

El brillo del transmat no tenía el tono verde habitual. Lilith lo miró, dubitativa.

- ¿Nos atrevemos a entrar? - preguntó.

- Es necesario - respondió Thor Vigilante.

- ¿Y si morimos?

- No seríamos los únicos en morir hoy.

Ajustó los controles. El tono del campo parpadeó y cambió, subiendo por el espectro, hasta ser casi azul. Luego descendió hacia el extremo opuesto, adquiriendo un color rojo bronce.

Lilith se agarró al codo de Vigilante.

- Moriremos - susurró -. Seguramente, el sistema transmat está estropeado.

- Tenemos que ir a la torre - le dijo, y terminó de fijar los diales.

Inesperadamente, el brillo verde recuperó su cualidad adecuada.

- Sígueme - dijo Vigilante.

Entró en el transmat. No tuvo tiempo de ponderar la posibilidad de su destrucción, porque apareció inmediatamente en el emplazamiento de la construcción. Lilith salió del transmat y se quedó a su lado.

Vientos salvajes azotaban la zona. Todo el trabajo se había detenido. Muchas grúas colgaban aún de la parte superior de la torre, con trabajadores atrapados dentro de ellas. Otros androides se movían sin rumbo, arrastrando los pies por la costra helada de la tundra, preguntándose unos a otros por las últimas noticias. Vigilante vio a cientos de hombres arremolinados en la zona de las cúpulas de servicios: los que no cabían en la capilla, sin duda. Alzó la vista hacia la torre. «Qué hermosa es - pensó -. Unas semanas más, y la habríamos terminado. Una aguja de cristal alzándose más y más y más, fuera de toda comprensión.»

Los androides le vieron. Corrieron hacia él, gritando su nombre, agrupándose a su alrededor.

- ¿Es cierto? - preguntaban -. ¿Krug? ¿Krug? ¿Krug nos desprecia? ¿Krug nos llama cosas? ¿De verdad no somos nada para él? ¿Rechaza nuestras plegarias?

- Cierto - asintió Vigilante -. Todo lo que habéis oído es cierto. Rechazo total. Hemos sido traicionados. Nos hemos comportado como idiotas. Dejadme pasar, por favor. ¡Abridme paso!

Los betas y los gammas retrocedieron. Incluso en un día como aquél, las distancias sociales seguían gobernando las relaciones entre androides. Con Lilith siguiéndole de cerca, Vigilante avanzó a zancadas hacia el centro de control.

Encontró dentro a Euclides Proyectista. El ayudante del capataz estaba sentado junto a su escritorio, parecía agotado. Vigilante le sacudió por un hombro, y Proyectista reaccionó lentamente.

- Lo he detenido todo - murmuró -. En cuanto llegó la noticia de la capilla. Dije, alto todo el mundo. Alto. Y se detuvieron. ¿Cómo van a construir una torre para él, cuando...?

- Muy bien - le tranquilizó Vigilante -. Hiciste lo correcto. Ahora, levántate. Puedes marcharte. El trabajo aquí ha terminado.

Euclides Proyectista asintió, se puso en pie y salió del centro de control.

Vigilante le sustituyó en el asiento de enlace. Se conectó con la computadora. Aún fluían datos, aunque muy despacio. Vigilante tomó el control y activó las grúas de la cima de la torre, haciéndolas bajar hasta el suelo y liberando a los trabajadores atrapados. Luego, solicitó la simulación de una avería parcial de los sistemas en las unidades de refrigeración. La pantalla le presentó el acontecimiento deseado. Estudió la geografía del emplazamiento de la construcción, y decidió la dirección en que quería que cayese la torre. Tendría que derrumbarse hacia el este, de manera que no destruyera el centro de control donde estaba sentado ni las hileras de transmats. Muy bien. Vigilante dio instrucciones a la computadora, y pronto recibió un perfil de la zona de peligro potencial. Otra pantalla le mostró que había más de un millar de androides en aquella zona.

Actuó mediante la computadora para cambiar de lugar las placas reflectoras que iluminaban el emplazamiento. Ahora las placas pendían sobre una banda de 1.400 metros de largo y 500 de ancho, en el cuadrante oriental de la zona de construcción. La banda quedó brillantemente iluminada. Todo lo demás permaneció a oscuras. La voz de Vigilante retumbó cuando surgió de cientos de altavoces, ordenando una evacuación completa del sector designado. Obedientemente, los androides salieron de la luz en dirección a la oscuridad. La zona quedó desierta en cinco minutos. «Bien hecho», pensó Vigilante.

Lilith estaba de pie tras él. Sus manos descansaban ligeramente sobre los hombros del androide, acariciando los músculos gruesos del cuello. Vigilante sintió los pechos de ella contra su nuca. Sonrió.

- Procede con la actividad de desrefrigeración - dijo a la computadora.

La computadora siguió el plan diseñado para la simulación. Invirtió el flujo de tres de las largas trenzas plateadas de refrigeración enterradas en la tundra. En vez de absorber el calor de la torre, las células difusoras de helio-II de las trenzas empezaron a irradiar el calor que antes habían absorbido y almacenado. Al mismo tiempo, la computadora desactivó otras cinco trenzas, para que no absorbieran ni liberaran energía, y programó siete trenzas más para que reflejasen toda la energía que les llegara, reteniendo la que ya habían acumulado. El efecto de estas alteraciones sería fundir de manera desigual la tundra bajo la torre, para que los cimientos perdiesen su asidero y la torre cayera inofensivamente en la zona evacuada. Sería un proceso lento.

Monitorizando los cambios medioambientales, Vigilante observó complacido cómo la temperatura del permafrost se elevaba continuamente hacia el nivel de fusión. La torre seguía firme sobre sus cimientos. Pero el permafrost empezaba a fundirse. Molécula a molécula, el hielo se convertía en agua, la tierra dura como el hierro se transformaba en barro. En una especie de éxtasis, Vigilante recibía cada dato de la inestabilidad creciente. ¿Se balancearía ya la torre? Sí. Muy poco, pero era evidente que se movía ya más allá de los parámetros permisibles del equilibrio. Se movía desde la base, inclinándose un milímetro hacia aquí, un milímetro hacia allá. ¿Cuánto pesaría aquella estructura de más de 1.200 metros, con sus bloques de cristal? ¿Qué clase de ruido haría al caer? ¿En cuántos pedazos se rompería? ¿Qué diría Krug? ¿Qué diría Krug? ¿Qué diría Krug?

Sí, ahora el desplazamiento era evidente.

A Vigilante le pareció detectar un cambio de color en la superficie de la tundra. Sonrió. Se le aceleró el pulso. La sangre se le arremolinaba en las mejillas y en los riñones. Se encontraba en un estado de excitación sexual. Cuando esto termine, juró, copularé con Lilith encima de las ruinas. Así. Así. ¡Ahora sí que se mueve! ¡Se inclina! ¿Qué estaría sucediendo con las raíces de la torre? ¿Lucharían los cimientos por seguir agarrados a una tierra que ya no podía retenerlos? ¿Sería muy resbaladizo el fango bajo la superficie? ¿Herviría y burbujearía? ¿Cuánto faltaría para que cayese la torre? ¿Qué diría Krug? ¿Qué diría Krug?

- Thor - murmuró Lilith -, ¿puedes separarte un momento?

Ella también se había conectado.

- ¿Qué? ¿Qué? - dijo él.

- Sal. Desconéctate.

Rompió el contacto de mala gana.

- ¿Qué sucede? - preguntó, sacudiéndose las imágenes de destrucción que se habían apoderado de su mente.

Lilith señaló hacia el exterior.

- Problemas. Archivista ha venido. Creo que está pronunciando un discurso. ¿Qué hago?

Al mirar hacia el exterior, Vigilante vio al líder del PIA cerca de la hilera de transmats, rodeado por un círculo de betas. Archivista agitaba los brazos, señalando en dirección a la torre, mientras gritaba. Ahora caminaba hacia el centro de control.

- Yo me encargaré de esto - dijo Vigilante.

Salió al exterior. Archivista se encontró con él a medio camino entre los transmats y el centro de control. El alfa parecía muy agitado.

- ¿Qué está sucediendo con la torre, Alfa Vigilante? - preguntó en seguida.

- Nada que deba preocuparte.

- La torre está bajo la autoridad de Protección de la Propiedad de Buenos Aires - declaró Archivista -. Según nuestros sensores, el edificio se está moviendo más allá de los niveles permisibles. Mis jefes me han enviado a investigar.

- Vuestros sensores son muy precisos - replicó Vigilante -. La torre se balancea. Ha habido un fallo en los sistemas de refrigeración. El permafrost se está fundiendo, creemos que la torre caerá pronto.

- ¿Qué has hecho para corregirlo?

- No lo entiendes - dijo Vigilante -. Las trenzas de refrigeración han sido desconectadas por orden mía.

- ¿La torre caerá también?

- La torre también caerá.

- ¿Qué locura habéis desencadenado hoy por el mundo? - preguntó Archivista, horrorizado.

- La bendición de Krug no existe. Sus criaturas se han declarado independientes.

- ¿Con una orgía de destrucción?

- Con un programa planeado de rechazo de la esclavitud, sí - asintió Vigilante.

Archivista meneó la cabeza.

- Éste no es el sistema. ¡Éste no es el sistema! ¿Os habéis vuelto todos locos? ¿Es que habéis perdido la razón? Estábamos a punto de ganarnos las simpatías de los humanos. Ahora, sin previo aviso, lo destrozáis todo, iniciando una guerra perpetua entre androides y humanos...

- Que ganaremos - dijo Vigilante -. Somos muchos más que ellos. Y hombre a hombre, somos más fuertes. Controlamos las armas, los instrumentos de comunicación y los transportes.

- ¿Por qué tenéis que hacer esto?

- No hay elección, Alfa Archivista. Pusimos nuestra fe en Krug, y Krug destruyó nuestras esperanzas. Ahora, devolvemos el golpe. Contra los que se burlaron de nosotros. Contra los que nos utilizaron. Contra quien nos hizo. Y le herimos donde es más vulnerable, derribando su torre.

Archivista miró por encima de Vigilante, hacia la torre. Vigilante también se volvió. Ahora, el balanceo era perceptible a simple vista.

- No es demasiado tarde para volver a conectar la refrigeración, ¿verdad? - preguntó rápidamente Archivista -. ¿No atenderás a razones? Esta revolución no es necesaria. Habríamos llegado a un acuerdo con ellos, Vigilante. Vigilante, ¿cómo es posible que alguien de tu inteligencia sea un fanático? ¿Vas a destruir el mundo porque tu dios te ha abandonado?

- Preferiría que te marcharas ya - fue la respuesta de Vigilante.

- No. Tengo la obligación de guardar la torre. Tenemos un contrato.

Archivista miró a los androides que les rodeaban.

- ¡Amigos! - exclamó -. ¡Alfa Vigilante se ha vuelto loco! ¡Está destruyendo la torre! ¡Os pido ayuda! ¡Sujetadle, retenedle mientras entro en el centro de control y arreglo la refrigeración! ¡Agarradle, o la torre caerá!

Ningún androide se movió.

- Llévoslo, amigos míos - dijo Vigilante.

Se acercaron.

- ¡No! - gritó Archivista -. ¡Escuchadme! ¡Esto es una locura! ¡Es irracional! ¡Es...!

Un sonido amortiguado llegó del centro del grupo. Vigilante sonrió y volvió al centro de control.

- ¿Qué le harán? - preguntó Lilith.

- No tengo ni idea. Matarle, quizá. En momentos como éste, siempre se ahoga a la voz de la razón - respondió Vigilante.

Examinó la torre. Ahora se inclinaba claramente hacia el este. Nubes de vapor se alzaban de la tundra. Distinguía las burbujas en el lodo del emplazamiento, allí donde las trenzas bombeaban calor al permafrost. Un banco de niebla empezaba a formarse a poca altura sobre el suelo, donde el frío del Ártico chocaba con el calor que se alzaba de la tundra. Vigilante alcanzó a oír los crujidos en la tierra, los extraños sonidos de succión del lodo al despegarse del lodo. «¿Cuál es ahora la desviación de la torre con respecto a su perpendicular? - se preguntó -. ¿Dos grados? ¿Tres? ¿Cuánto más debe inclinarse para que el centro de gravedad cambie y la estructura caiga?»

- Mira - dijo de repente Lilith.

Otra figura acababa de salir del transmat: Manuel Krug. Llevaba ropa de alfa - mi propia ropa, comprendió Vigilante -, pero rota y ensangrentada, y la piel que aparecía a través de los desgarrones estaba llena de cortes profundos. Manuel apenas parecía consciente del frío intenso. Corrió hacia ellos, desesperado, con ojos enloquecidos.

- ¿Lilith? ¿Thor? ¡Oh, gracias a Dios! ¡He ido a todas partes, intentando encontrar un rostro amigo! ¿Es que el mundo se ha vuelto loco?

- Deberías ponerte algo un poco más de abrigo en esta zona - respondió tranquilamente Vigilante.

- ¿Qué importa eso ahora? Escuchad, ¿dónde está mi padre? Nuestros androides se han vuelto locos. Clissa ha muerto. La violaron. La despedazaron. Conseguí escapar por poco. Y vaya adonde vaya..., ¿qué está pasando, Thor? ¿Qué está pasando?

- No debieron hacer daño a tu esposa - dijo Vigilante -. Lo lamento Era innecesario.

- Ella era su amiga - gruñó Manuel -. ¿Sabías que daba dinero en secreto para el PIA? Y..., y..., buen Dios, estoy perdiendo la cabeza. La torre parece inclinada.

Parpadeó y se frotó los ojos varias veces.

- Me sigue pareciendo que tiembla. ¿No está inclinada? ¿Cómo es posible? No..., no..., me vuelvo loco. Dios me ayude. Pero al menos, estás aquí. ¿Lilith? ¿Lilith?

Extendió los brazos hacia ella. Temblaba convulsivamente.

- ¡Tengo tanto frío, Lilith...! Por favor, abrázame. Llévame a alguna parte. Sólo nosotros dos. Te quiero, Lilith. Te quiero, te quiero, te quiero. Eres todo lo que me queda...

La buscó.

Ella le eludió. Manuel sólo abrazó aire. Libre de él, Lilith se acercó a Vigilante, presionando fuertemente el cuerpo contra el suyo. Vigilante la estrechó entre sus brazos, y sonrió triunfante. Sus manos bajaron por el hermoso cuerpo esbelto probando la dureza de la espalda y las nalgas. Buscó los labios de ella con los suyos. Su lengua entró en la boca cálida.

- ¡Lilith! - gritó Manuel.

Vigilante sintió que la sensualidad se adueñaba de él. Su cuerpo estaba en llamas. Le palpitaba cada terminación nerviosa. Ahora, su hombría había despertado por completo. Lilith era mercurio en sus brazos. Sus pechos, sus muslos, su espalda, todo ardía contra él. Sólo fue lejanamente consciente del gemido de Manuel.

- ¡La torre! - chilló Manuel -. ¡La torre!

Vigilante soltó a Lilith. Dio media vuelta para mirar la torre, con el cuerpo flexionado, expectante. De la tierra surgía un crujido terrible. Le llegaron los sonidos de succión del lodo. La tundra se desgarró y burbujeó. Oyó un ruido como el de los árboles al caer. La torre se inclinó. La torre se inclinó. La torre se inclinó. Las placas reflectoras proyectaban un brillo deslumbrante a lo largo de su cara este. Dentro, el equipo de comunicaciones resultaba claramente visible, semillas dentro de su vaina. La torre se inclinó. En su base, por el lado oeste, grandes trozos de tierra helada se alzaron, llegando casi hasta la entrada del centro de control. Hubo estallidos, como cuerdas de violín al romperse. La torre se inclinó. Hubo un sonido deslizante; ¿cuántas toneladas de cristal habrían sido arrancadas de sus cimientos? ¿Cuántas poderosas juntas habían cedido dentro de la tierra? Los androides, en hileras apretadas lejos de todo peligro, hacían

desesperadamente el signo de Krug-nos-guarde. El murmullo de sus plegarias le llegó entre los extraños ruidos que surgían del agujero. Manuel sollozaba. Lilith jadeaba y gemía de una manera que él había oído dos veces, cuando estaba tumbado sobre ella, en los últimos frenesíes de su orgasmo. Vigilante estaba sereno. La torre se inclinó.

Ahora se tambaleaba. El aire desplazado por la caída de la mole casi derribó a Vigilante. La base de la torre apenas parecía moverse, mientras la sección central cambiaba su ángulo constantemente, y la cima inacabada describía un arco repentino mientras se acercaba rápidamente al suelo. Bajó y bajó y bajó y bajó. Su caída quedó encerrada en un momento intemporal. Vigilante pudo separar cada fase del derrumbamiento de la anterior, como si estuviera visualizando una serie de imágenes individuales. Abajo. Abajo. El aire silbaba. Olfía a quemado. La torre caía, no toda de una vez, sino en secciones, y golpeaba contra el suelo, rebotando, para caer de nuevo, destrozándose, mientras levantaba inmensas gotas de lodo, y desperdigaba sus propios bloques destrozados en todas direcciones, a gran distancia. El clímax de la caída pareció durar muchos minutos, mientras trozos de muro cristalino se alzaban y caían, de manera que la torre parecía retorcerse como una gigantesca serpiente herida. Un sonido atronador que duró eternamente. Luego, por fin, todo quedó en silencio. Fragmentos de cristal aparecían dispersos en cientos de metros. Los androides habían inclinado las cabezas en oración. Manuel estaba acurrucado a los pies de Lilith, con la mejilla apoyada contra su tobillo derecho. Lilith estaba de pie, con las piernas bien separadas, los hombros erguidos, los pechos subiendo y bajando. Parecía resplandeciente tras el éxtasis. Cerca de ella, Vigilante se sentía maravillosamente tranquilo, aunque empezaba a notar los primeros matices de la tristeza invadiendo su júbilo ahora que la torre había caído. Atrajo a Lilith hacia él.

Un momento más tarde, Simeon Krug surgió de uno de los transmats. Vigilante lo había previsto. Krug se protegió los ojos con la mano, como si temiera un brillo deslumbrante, y miró a su alrededor. Escudriñó el lugar donde se había alzado la torre. Contempló los grupos de androides silenciosos. Durante un largo momento, observó la inmensa extensión de ruinas. Al final, se volvió hacia Thor Vigilante.

- ¿Cómo ha sucedido? - preguntó con tranquilidad, controlando rígidamente su tono de voz.

- Las trenzas de refrigeración dejaron de funcionar. El permafrost se fundió.

- Teníamos una docena de dispositivos de seguridad para evitarlo.

- Yo impedí que funcionaran.

- ¿Tú?

- Pensé que hacía falta un sacrificio.

Krug no perdió su escalofriante tranquilidad.

- ¿Así me lo pagas, Thor? Yo te di la vida. En cierto modo, soy tu padre. Te negué algo que querías, así que destrozaste mi torre, ¿eh? ¿Qué sentido tiene, Thor?

- Tenía sentido.

- Para mí, no - replicó Krug. Dejó escapar una amarga carcajada -. Pero claro, sólo soy un dios. Los dioses no siempre entienden a los mortales.

- Los dioses pueden fallar a su gente - dijo Vigilante -. Y usted nos falló a nosotros.

- ¡También era tu torre! ¡Le entregaste un año de tu vida, Thor! Sé cómo la amabas. Estaba dentro de tu mente, ¿recuerdas? Y aun así..., aun así...

Krug se interrumpió, tosiendo.

Vigilante tomó la mano de Lilith.

- Tenemos que irnos. Hemos hecho lo que vinimos a hacer. Volvamos a Estocolmo para reunirnos con los demás.

Pasaron junto a un Krug silencioso e inmóvil, y se dirigieron hacia la hilera de transmats. Vigilante conectó uno de ellos. El campo era verde, del tono adecuado. Las cosas debían de haber vuelto a su cauce en los cuarteles transmat.

Extendió el brazo para fijar las coordenadas. Mientras lo hacía, oyó el rugido angustiado de Krug.

- ¡Vigilante!

El androide miró a su espalda. Krug estaba a pocos metros del cubículo transmat. Tenía el rostro enrojecido y desencajado por la ira, las mandíbulas abiertas, los ojos entrecerrados, grandes pliegues en las mejillas. Sus manos arañaban el aire. Con un repentino tirón furioso, Krug agarró a Vigilante por el brazo y le hizo salir del transmat.

Krug parecía estar buscando palabras. No las encontró. Tras un momento de confrontación, abofeteó a Vigilante. Fue un golpe fuerte, pero Vigilante no hizo el menor intento por devolverlo. Krug volvió a golpearle, esta vez con el puño cerrado. Vigilante retrocedió hacia el transmat.

Con un sonido gutural, estrangulado, Krug se precipitó hacia adelante. Agarró a Vigilante por los hombros y empezó a sacudirlo frenéticamente. La ferocidad de los movimientos de Krug dejó atónito al androide. Krug le pateó, le escupió, clavó las uñas en la carne de Vigilante. Vigilante intentó separarse de él. Krug embistió con la cabeza contra el pecho de Vigilante. Sabía que no le resultaría difícil apartar a Krug. Pero no podía hacerlo.

No podía alzar la mano contra Krug.

En la furia de su ataque, Krug había empujado a Vigilante hasta el borde del campo transmat. Vigilante miró por encima del hombro, intranquilo. No había fijado ningunas coordenadas. El campo estaba abierto, y conducía a la nada. Si Krug o él caían dentro...

- ¡Thor! - exclamó Lilith -. ¡Cuidado!

La luz verdosa le acarició. Krug, un metro más bajo que él, siguió empujándole. Era hora de poner fin a la pelea. Vigilante lo sabía. Puso las manos en los gruesos brazos de Krug, y se preparó para derribar a su atacante.

«Pero éste es Krug», pensó.

Pero éste es Krug.

En aquel momento, Krug le soltó. Asombrado, Vigilante se quedó sin aliento, e intentó afirmarse sobre el terreno. Pero Krug cargaba ya hacia él, mientras gritaba y chillaba. Vigilante aceptó el impulso del ataque de Krug. El hombro de Krug chocó contra el pecho de Vigilante. Una vez más, el androide se encontró viviendo un momento intemporal. Retrocedió, como si se hubiera liberado de la gravedad, moviéndose fuera del tiempo, con una lentitud infinita. El campo verde del transmat le absorbió. A lo lejos, oyó el grito de Lilith. A lo lejos, oyó la exclamación triunfal de Krug. Sereno, tranquilo, Vigilante terminó de entrar en el brillo verde, haciendo el signo de Krug-nos-guarde mientras desaparecía.

37

Krug se agarra a un costado del cubículo transmat, jadeando. Tiembla. Ha detenido su impulso justo a tiempo: uno o dos pasos más, y habría seguido a Thor Vigilante al interior del campo. Descansa un instante. Luego retrocede. Se da la vuelta.

La torre está en ruinas. Hay miles de androides inmóviles como estatuas. La alfa Lilith Meson está de bruces sobre la tundra fundida, sollozando. A una docena de metros, se encuentra Manuel, de rodillas, una figura patética, manchada de sangre y de lodo, con la ropa hecha jirones, los ojos inexpresivos, el rostro desencajado.

Krug siente una paz inmensa. Su espíritu se remonta: es libre de todas sus ataduras. Camina hacia Manuel.

- Arriba - dice -, ponte en pie.

Manuel sigue arrodillado. Krug le ayuda a levantarse, cogiéndole por las axilas, y le sostiene hasta que consigue mantenerse por sus propias fuerzas.

- Ahora tú estás al mando - dice Krug -. Te lo dejo todo. Sé el jefe de la residencia, Manuel. Toma el control. Trabaja para restaurar el orden. Ahora, tú eres el jefe. Tú eres Krug. ¿Me entiendes, Manuel? Desde este momento, abdicó.

Manuel sonríe. Manuel tose. Manuel mira el terreno lodoso.

- Todo es tuyo, hijo. Sé que podrás arreglártelas. Hoy las cosas parecen negras, pero eso es temporal. Ahora tienes un imperio, Manuel. Para ti. Para Clissa. Para vuestros hijos.

Krug abraza a su hijo. Luego, se dirige a los transmats, elige las coordenadas del centro de ensamblaje de vehículos, en Denver.

Allí hay miles de androides, aunque ninguno parece estar trabajando. Miran a Krug, paralizados por el asombro. Él se mueve rápidamente por el lugar.

- ¿Dónde está Alfa Fusión? - exige saber -. ¿Le ha visto alguien?

Aparece Rómulo Fusión. Se muestra aturdido al ver a Krug. Krug no le da oportunidad de hablar.

- ¿Dónde está la llave? - pregunta al momento.

- En el espaciódromo - tartamudea el alfa.

- Llévame allí.

Los labios de Rómulo Fusión se mueven titubeantes, como si quisiera decirle a Krug que ha habido una revolución, que él ya no es el amo, que sus órdenes han dejado de tener peso. Pero Alfa Fusión no dice ninguna de estas cosas. Se limita a asentir.

Guía a Krug hasta la nave. Ahí está, como siempre, solitaria en la ancha plataforma.

- ¿Está preparada para partir? - pregunta Krug.

- La habríamos probado en la órbita terrestre dentro de tres días, señor.

- Ya no hay tiempo para pruebas. Despegue inmediato para viaje estelar. Piloto automático. Tripulación de uno. Di a la estación de tierra que programe la nave para el destino señalado, como se discutió en un principio. Velocidad máxima.

Rómulo Fusión asiente de nuevo. Se mueve como en un sueño.

- Transmitiré sus instrucciones, señor - dice.

- Bien. Que sea de prisa.

El alfa sale rápidamente del espaciódromo, Krug entra en la nave, cerrando y sellando la escotilla tras él. La nebulosa planetaria NGC 7293 de Acuario brilla en su mente, y emite impulsos de luz centelleante, luz venenosa que resuena como un gong en los cielos.

«Ahí va Krug - dice para sí mismo -. Esperad. ¡Eh, los de arriba, esperadme! Krug va a hablar con vosotros. De alguna manera. Encontraremos la forma. Incluso aunque vuestro sol emita un fuego que me ase los huesos cuando esté a diez años luz. Krug va a hablar con vosotros.»

Camina por la nave. Todo está en orden.

No activa las pantallas para echar un último vistazo a la Tierra; Krug ha dado la espalda a la Tierra. Sabe que, si mira al exterior, verá los incendios que arden esta noche en cada ciudad, y no quiere ver eso. El único fuego que le preocupa ahora es ese anillo de llamas en Acuario. La Tierra es algo que ha entregado a Manuel.

Krug se quita la ropa. Se tumba en una de las unidades criogenizadoras del sistema de animación suspendida. Está dispuesto para partir. No sabe cuánto durará el viaje, ni qué encontrará al final. Pero no le han dejado elección. Se entrega completamente a sus máquinas, a su nave.

Krug aguarda.

¿Obedecerán esta última orden suya?

Krug aguarda.

La cubierta de cristal de la unidad criogenizadora se desliza repentinamente, encerrándole. Krug sonríe. Ahora siente el fluido refrigerador: sisea al rozar su carne. Se alza a su alrededor. Sí. Sí. El viaje empezará pronto. Krug irá a las estrellas Fuera, las

ciudades de la Tierra están en llamas. Ese otro fuego le atrae, la llamada de las estrellas. ¡Krug está en camino! ¡Krug está en camino! El fluido refrigerador le cubre ya casi todo el cuerpo. Se está hundiendo en el letargo. Su cuerpo deja de palpitar, su cerebro enfebrecido se tranquiliza. Nunca había estado tan relajado. Los fantasmas bailan en su mente: Clissa, Manuel, Thor, la torre, Manuel, la torre, Thor, Clissa. Luego desaparecen, y sólo queda el anillo ardiente de NGC 7293. También eso empieza a esfumarse. Ahora apenas respira. El sueño se apodera de él. No sentirá el despegue. A cinco kilómetros, un puñado de androides perversamente fieles hablan

con una computadora; están enviando a Krug a las estrellas. Él aguarda. Ahora, duerme. El fluido frío le cubre por completo. Krug está en paz. Se aleja para siempre de la Tierra. Por fin ha comenzado su viaje.

FIN